



Librería del D.^o D.^o

José de Tejada y Urbina



BERROCAL
LIBROS ANTIGUOS



Cervantes, 22 - Bajo Interior Izda.
28014 - MADRID

Tlf.: (91) 429 84 23 Fax: (91) 420 18 16
(visitas previa cita)

5
22

R-134967

[Faint blue ink handwriting, possibly a signature or library stamp]

ANT
XIX
530

HISTORIA
DE
ANTEQUERA.



Al Conde de Ovillos
Su tpo e af. me

1) *Dias de Fejada*

HISTORIA

DE

ANTIOQUIA

HISTORIA DE ANTEQUERA

DESDE

SU FUNDACION HASTA EL AÑO DE 1800.

QUE RECUERDA

SU REMOTA ANTIGUEDAD, HEROICAS HAZAÑAS, GLORIOSOS
COMBATES Y CELEBRES MONUMENTOS QUE HA SALVADO
DE LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO,

Y ABRAZA

las de Archidona, Valle de Abdalacís, Alora y
otros pueblos comarcanos.

SU AUTOR

EL PRESBITERO DON CRISTOBAL FERNANDEZ.



MALAGA:

Imprenta del Comercio.

Julio.=1842.



ESTORIA

DE ANTIGÜEDAD

DE

EN FUNDACION EN EL AÑO DE 1800

QUE SE ENCUENTRA

EN BARRIO DE SAN JUAN, HEREDIA, COSTA RICA, EN EL AÑO DE 1800
COMPRADO Y CERRADO POR EL AÑO DE 1800
DE LOS AÑOS DEL AÑO DE 1800

Y AÑOS

las de Heredia, Calle de Heredia, Heredia y
estas palabras con otras

EN AÑO

EL PRESENTE DON JOSÉ DE MEDINA Y AGUAYO

**Esta obra es propiedad de su Editor
Don José de Medina y Aguayo.**

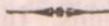


HEREDIA

Instituto del Comercio

1800

PRÓLOGO.



Escribo la historia de un pueblo particular, no de una nacion; de un municipio distinguido en tiempo del imperio romano, pero que no nos ha trasmitido de aquella época mas que sus mármoles incrustados en el arco de los Gigantes, cuyas inscripciones testifican su antigüedad y nobleza; de una villa adocenada y obscura mientras dominaron los Godos y los Sarracenos, pero cuya fortificacion y pujanza reprimió y contuvo no una sola vez al ejército castellano acaudillado por sus reyes; de una reducida poblacion que nunca fué metrópoli, ni cabeza de provincia, ni susceptible de incluir dentro de sus muros el número de habitantes que contaban las ciudades de la Bética, pero que opuso á sus invasores una resistencia increíble, que sufrió un sitio horroroso de seis meses, sin cesar de pugnar con sus enemigos,

y disputó la victoria y el valor á todo el poder de Castilla; de una plaza guarnecida por un puñado de guerreros esforzados, y confiada desde su conquista á la lealtad y denuedo de una colonia militar bien escasa, pero que acometida y asaltada por los fieros agarenos, abrió al pie de sus soberbias murallas el sepulcro de los mas afamados é ilustres Granadinos, y sembró la consternacion, el terror y el espanto entre los discípulos fanáticos del alcorán.

Desde que se incorporó á los dominios de la Monarquía española, empezó á ser un pueblo heróico, sus armas llevaron la desolacion al campo de sus enemigos, sus guerreros hicieron temblar al imperio de la media luna; el valor de sus defensores, padres de la generacion actual, la proveia de víveres y comestibles, porque abandonada á sus propias fuerzas y destituida de los socorros y sueldos de su soberano, hubiera sido profanada por los Sarracenos, y encadenada segunda vez por los sectarios del Islamismo, sin el arrojo y noble osadía de sus soldados. Inespugnable, coronada de triunfos, ceñida de laureles, paciente en las adversidades, altiva é indomable en medio de los mas funestos padecimientos, defendida alguna vez por el bello secso, siempre imponente y formidable para los Sarracenos, reconocida á la Providencia en sus victorias, constante, inalterable en sus reveses nunca merecidos, Antequera fué un pueblo ilustre, y digno de la alabanza y gratitud de nuestra patria.

Arrojados los moros de Antequera, no volvió á hollar su inmunda planta este suelo santificado por la religion de Jesucristo. Viéronse nuestros mayores en los mas tristes apuros y conflictos; bloqueados sin cesar, aislados, sin socorros, provisiones, ni esperanzas de adquirirlos; amenazábanlos de muerte los infieles, lanzaban contra ellos furiosos anatemas, que pronosticaban su inevitable ruina, si no se apresuraban á entregarles las llaves del castillo; los mismos reyes, considerando la cruel posicion en que se hallaban colocados nuestros héroes y que no debian ecsigirles sacrificios que superasen las fuerzas humanas, mandáronles abandonar la plaza y acogerse á Eciija y á Córdoba, para lo cual habian anticipado las instrucciones y avisos correspondientes á los alcaides de estos distritos. Pero los Antequeranos resueltos

á perecer antes que permitir á los enemigos de la fé, que profanasen sus templos y recobrasen una villa cuya conquista habia costado tantos trabajos, sacrificios y sangre, declararon la guerra á todo el poder de Granada, y contestaron á don Juan II que jamas entrarian en ella los infieles á no ser que pasasen sobre sus cadáveres. De aquí la multitud de privilegios con que la distinguió la generosidad y la justicia de nuestros monarcas; de aquí la albala que la concede las mismas esenciones que gozan las plazas de Olyera, Tarifa y Alcalá la Real, el título de ciudad, las repetidas confirmaciones de sus privilegios, la cédula de Enrique IV en que ordena que sea llamada en adelante LA MUY NOBLE CIUDAD DE ANTEQUERA, la cesion de las tercias reales en favor de nuestras iglesias, y en fin las demas consideraciones que ha merecido á la corona de España.

La historia de un pueblo tan heróico y singular no debe permanecer sepultada en la noche del olvido; las ilustres proezas de nuestros mayores, que obtuvieron en sus dias una gloriosa celebridad, son dignas de immortalizarse por medio de la prensa; la generacion actual no puede menos de mostrar un vivo interés en su publicacion, y nuestro reconocimiento á los beneficios que hemos recibido de ella, nos imponen este deber. Confieso que con mas acierto, gusto y elegancia la hubiera trazado cualquiera de los muchos ingenios que honran su patria en nuestros dias con sus bellas producciones, y fondos literarios, pero su omision me ha hecho conocer que ellos han contemplado esta empresa como propia de una capacidad menos aventajada que la suya, y de fuerzas mas endebles. A la verdad, en la historia de un pueblo particular, todo el trabajo del autor se reduce á investigar los acontecimientos mas brillantes y los hechos mas famosos de las generaciones precedentes, para transmitirlos con sencillez y verdad á las posteriores; á ecsaminar los antiguos documentos que acrediten su nobleza, y la gloria de sus antepasados, cotejarlos entre sí, para evitar las contradicciones en caso de divergencia, y preferir el testimonio mas imparcial, y sincero por medio de un sano criterio; á metodizar la narracion, y á esponerla con esactitud y circunstanciadamente, y en fin á desenvolver los manuscritos

que se conservan en los archivos y en poder de los curiosos, para no omitir las noticias de algun interés que comunican sus contenidos. Como Antequera jamas compuso un estado independiente ni fué centro de alguna monarquia estrangera, sus costumbres, su religion, su idioma, su política, sus afecciones, sus trages, sus leyes y usos fueron los del resto de la Monarquia, la historia general nos dispensa de formar tratados ó digresiones especiales sobre esta materia. Mientras fué romana, goda y mahometana, sus habitantes profesaron las creencias de sus dominadores, sin degenerar de las prácticas comunes, y desde que ondeó sobre la torre del Homenage el pendon de la fé, en todo se hizo semejante á los demas pueblos cristianos.

Sin embargo no se crea que ha sido tan fácil la obra, que hayamos podido finalizarla sin fatigas, ni dificultades; no; las complicaciones de los manuscritos, su falta de método, órden y crítica, su árdua y fastidiosa lectura, la reunion de los documentos mas indispensables, las tinieblas esparcidas sobre los tiempos pasados, y el silencio de la historia general acerca de la mayor parte de las gloriosas acciones de las armas antequeranas, nos han hecho sudar, y han ejercitado nuestra paciencia. Pero el pueblo á quien debo mi educacion, y que fué la patria de mi difunto padre, me ecsijen este trabajo, y mi constancia ha logrado al fin lo que deseaba. Abundará en defectos la historia de Antequera, no lo dudo, pero el juicioso lector, no dudará disimularlos y hacer justicia á mis reconocidos y apasionados intentos.

Pudiera haber dividido la obra en dos épocas, porque Antequera desde la conquista de Málaga, deponiendo el carácter guerrero y belicoso que la distinguia, dió principio á una nueva era de piedad y religion, y en adelante sus innumerables fundaciones de hermitas, parroquias, conventos y monasterios, ocupan esclusivamente las páginas de su historia. Pero empleada la mayor parte del volúmen en describir la primera que es la mas interesante y curiosa, y debiendo detenernos muy poco en la segunda, me pareció mas acertado comprenderla en un solo libro que contiene 33 capitulos sin verificar la division insinuada.

Como no ha sido mi objeto, al trazar estos borrones, tejer una historia política, moral, ó religiosa, no he procurado mezclar en ella las grandes máximas, principios y doctrinas, que se hallan esparcidas con profusion en las obras consagradas á tratar de aquellas materias, y con rapidez en la historia general. Tampoco me ha sido lícito anotar el origen de algunos pueblos comarcanos por falta de datos, pues los que he adquirido tienen todas las señales de apócrifos y fabulosos, y es mejor omitirlos que insertarlos en la obra. Por último, si he conseguido resucitar la justa celebridad de las heróicas hazañas de nuestros mayores, é iluminar las tinieblas de los siglos pasados, respecto á Antequera, nada me queda que desear sino el agrado de mis lectores.

CAPÍTULO PRIMERO.



HISTORIA DE ANTEQUERA.

DESDE

SU FUNDACION HASTA EL AÑO DE 1800.

SU AUTOR

el Pbro. D. Cristobal Fernandez.

CAPITULO PRIMERO.

Nombre de Antequera.--Antia ó Antium.--Su origen.--Nociones generales de historia --Cueva de Menga --Los Celtas y Rhodios.--Los Fenicios.--Los Cartagineses --Los Romanos.--Antequera municipio romano.--Era cristiana.--Tiberio.--Caligula.--Estatua consagrada á la Libertad --Vespasiano.--Division de España por los Romanos.--Division del imperio.--Los bárbaros del Septentrion.

El nombre de Antequera nos representa á primera vista una antigüedad muy remota; su etimología es bastante clara y sencilla, y la prueba mas firme en que estriba nuestra opinion. Antiquaria por una semejanza muy visible viene del adjetivo *antiquus* latino, y los que rehusan derivarla de esta voz radical han tenido que recurrir á vanas y cavilosas conjeturas que se destruyen por sí mismas. Las inscripciones gravadas en las numerosas lápidas que se conservan en el arco de la plaza Alta acreditan la autenticidad de este nombre sin peligro de equivocarse, y aunque *Anti* es indiferente para significar *Antia* ó *Antiquaria*, cuando se hallan las cinco primeras le-

tras de esta última dición, es preciso admitir la ecsistencia de una ciudad muy vetusta, cuya noble cualidad recuerda su misma nomenclatura.

Entre las medallas que reunió el P. Mtro. Florez en su gabinete ó museo, se encuentra una donde se lee espresamente Antik y el autor del Viaje topográfico, habiéndola ecsaminado cuidadosamente, asegura que se halla autorizado para deponer sobre su legitimidad é integridad perfecta en cuanto al nombre antiquísimo de esta ciudad, y la inscripcion que vamos á trasladar, desvanece todas las dudas.

P. QUINTIO. P. F.
HOSPITI ANTIK.
HOSPITALIS K
P. QUINTIUS HOSPITALIS
D. S. P. D D.

A Publio Quincio Hospite Hospital natural de Antikaria erigió esta memoria su hijo Hospital. Dedicala á sus espensas Publio Quincio Hospital.

Es muy endeble el fundamento en que se apoyan los que presumen formar el nombre de Antiquaria de las voces *Antia* y *aquaria*, suprimiendo la última vocal de la primera y la inicial de la segunda. Sienten estos que arruinado un pueblo cercano, que se apellidaba *Antia* ó *Antium* y levantada Antequera con sus reliquias, agregándola por la abundancia de las aguas que bañan el sitio de su actual poblacion la segunda palabra, resultó el nombre de esta ciudad. Pero no tenemos noticias de la ecsistencia de *Antia* sino por una equivocacion de Salengre al imprimir en su Nuevo Tesoro de antigüedades varias inscripciones de Antequera en las cuales léjos de leer *Antik* como hicieron todos los demas historiadores, escribió en vez de la K un diptongo de æ, añadiendo este municipio imaginario á los diruidos de la comarca, como sostiene Florez en la España sagrada, (1) Antonino en su itinerario, (2) edicion de Paris año de 1512 y otros muchos.

(1) Tomo segundo folio 16.

(2) Folio 29.

Sea en horabuena la significacion de Antequera, como quiere Ambrosio Calepino, conservadora de antigüedades, mas esto nunca probará que el nombre de nuestro pueblo resultase de la union de las voces espresadas; y por otra parte es evidente que si los restos y lápidas de *Antia* fueron trasportados á esta ciudad, es preciso que ya ecsistiese Antequera con mas ó ménos número de habitantes y con alguna denominacion. Cuándo una poblacion es destruida, los moradores que escapan del estrago, se abrigan en alguna de las inmediaciones, y se agregan por lo comun á los habitantes de una ciudad poco distante, mejor situada, ó fortalecida, ó que goza la proteccion de la fuerza armada, ó del tirano que los dispersó. Así que, aun suponiendo la ruina de la fingida *Antia*, si Antequera no hubiera ecsistido en esta época, no hubiera podido llamarse conservadora de antigüedades por la posesion de sus lápidas y restos, que hubieran retenido su nombre primitivo, careciendo de habitantes y denominacion el sitio á donde fueron trasportados.

Nada prueban tampoco las muchas lápidas que colocó el Ayuntamiento de Antequera en la puerta de los Gigantes y espresan el nombre de *Antia*, pues consta que renovaron entónces las inscripciones que el tiempo y el abandono habian borrado casi en su totalidad, y en esta operacion seguirian probablemente los escultores la equivocada impresion de Salengre, con el ánimo tal vez de aumentar los pueblos deruidos de la comarca. «Dióse traza, dice el P. Cabrera en su manuscrito, cap. 2, para que todas las inscripciones de piedra que por la injuria de los tiempos estuviesen gastadas, y á esta causa dificultosas ó imposibles de leerse, y asimismo aquellas que no pudiesen sacar sin gran daño de los edificios donde se hallasen, se copiasen en otras losas y mármoles señalando los sitios, donde fueron halladas, para que así engastadas en el muro, á los lados de la puerta, con facilidad pudiesen ser leidas.»

Siendo Antequera un monumento de respetable senectud, y habiendo sobrevivido á los pueblos comarcanos de aquel tiempo, convenimos con el citado Calepino que por haberse trasladado á su seno las preciosidades y recuerdos hitóricos de estos, tomó el nombre de conservadora de antigüedades, para anunciar su nobleza á los siglos posteriores, sin que nos vea-

mos forzados á admitir la ruina de Antia , ni sea posible fijar su precedente denominacion.

Se pierde en la obscuridad de los tiempos el origen de esta ciudad. El estado inculto de los primeros pobladores de la Bética y las densas tinieblas que envuelven aquellos tiempos salvajes, nos hacen impenetrable este secreto reservado á la eterna sabiduria. Algunos atribuyen su fundacion á los compañeros de Tubal, que desembarcó en las marinas de Andalucía, y al registrar un sitio tan fértil y ameno, se persuaden que destinaria algunas familias para que formando sus acostumbrados albergues al pié de la sierra, y al frente de nuestra frondosa vega, diesen principio á la poblacion de este delicioso terreno ; pero de estos tiempos remotos nada podemos creer con seguridad y si aventuramos alguna conjetura, salen al encuentro muchas dificultades que la hacen improbable.

La historia de España tropieza con estos mismos obstáculos al indagar la precedencia de los primeros pobladores de la Península, sus nombres y ciudades que fundaron, y aunque Mariana siguiendo el dictámen de graves autores, sostiene que el nieto de Noé fué el primer hombre que pisó la España, no es posible averiguar su residencia en este distrito. Mézclase despues con fabulosas narraciones que alejan el conocimiento de la verdad, y los héroes de la Mitologia, recorriendo las costas inmediatas, ejecutaron sus mas famosas empresas en esta parte de la Andalucía.

Gerion, monstruo de tres cuerpos que alimentaba sus bueyes con carne humana, edificó un castillo enfrente de Cádiz, y le dió el nombre de Gerondo, despues de haber subyugado á los españoles, y dilatando sus incursiones por las costas, no es extraño que registrase tambien este terreno. Hércules hijo de Júpiter privó de la vida á un tirano tan detestable, y resuelto á unir el Occéano con el Mediterráneo, separó las dos montañas Calpe y Abila que interceptaban los dos mares, y formó el estrecho de Gibraltar. Estas dos montañas que una pertenece á Andalucía y otra al Africa, se llaman las columnas de Hércules, y en ellas se escribió para monumento de su gloria: *non plus ultra*. Nombró éste gobernador de España á Hispalo que fundó á Sevilla, y Atlas viniendo de Italia y derrotando á su

hermano Hespero, se enseñoreó de toda la Península. Los argonautas, despues de la conquista del vellocino de oro desembarcaron en Heraclea hoy Gibraltar, y acometiendo á los moradores, se vieron precisados á partir, admirados del valer con que se defendian los Españoles.

Vivian entonces los hombres esparcidos por los campos, entre la espesura de los bosques y en albergues subterráneos, como fieras insociales. El rey Abides libertado muchas veces de un modo prodigioso de la saña y persecucion de su abuelo Gargoris, y heredando su corona, se propuso reunir á los Españoles en sociedad, les inclinó á edificar ciudades y aldeas, representándoles la utilidad que reportarian de la congregacion individual, protegiéndose mutuamente y comunicándose sus luces y conocimientos. Les dió leyes y estatutos, enseñó á cultivar los campos y les aficionó á la industria y al ejercicio de las artes. Una vida tan dulce, que proporcionaba tantas comodidades y placeres, no ménos que ventajas importantes tenia suficiente atractivo para que el hombre la desdennase, y abrazada generalmente, empezaron los Españoles á edificar casas y hogares en los sitios mas apacibles, y que ofrecian mejor defensa, siendo la fecundidad del terreno y clima templado objetos de preferencia, y de general aprobacion para fijar su residencia. Es muy verosímil que en esta época se poblase la vetusta Antequera y comenzase á cultivar la hermosa vega que en el dia es una de las mas deliciosas y productivas de España. Es verdad que la ignorancia y el olvido tienden un velo espeso sobre su noble cuna, y que no es posible establecer con certeza el año de su ilustre nacimiento, mas la frondosidad de sus tierras y el abrigo importante con que brindaba la eminencia de sus cabernosos riscos, nos persuaden que los primeros habitantes de esta comarca, al reunirse en sociedad, no despreciarian la ocasion de fundar una colonia al pié de estas empinadas sierras, y al frente de sus floridas y encantadoras llanuras. Pero nos asiste otra razon mas poderosa para apoyar nuestro dictámen.

Distante casi mil pasos de esta ciudad caminando hácia Archidona, se descubre una misteriosa y vetusta cueva, conocida vulgarmente con el nombre de Cueva de Menga. Muchas curiosidades notables, dignas de publicarse, encierra esta con-

cavidad subterránea, siendo la principal su admirable fábrica y antigüedad de su construcción. Ni los Romanos, ni los Godos, ni los Arabes solían ocuparse en obras semejantes, según el dictámen de los sabios arquitectos que la han examinado en varias épocas, y siendo anterior á estos antiguos dominadores de España, es muy verosímil que deba su origen á los tiempos remotos de que hablamos, y el único documento que nos ha quedado de aquellos siglos incultos en que ni se hallaban poblaciones, ni se había verificado la colección de individuos en sociedad. Se esconde este albergue secreto bajo una altura espaciosa, sembrado su oculto suelo de tierra bien pisada piedras pequeñas y en la superficie abundante cascajo. Su anchura es de veinte y cuatro pies y su longitud más de setenta. Enormes piedras levantadas del suelo de una vara de grueso forman sus costados paralelos y la dan dos varas de profundidad. La cubren tres losas descomunales cada una de veinte y cuatro pies de largo y otro tanto de ancho y en medio de ella se encuentran tres pilares cuadrados y paralelos que la dividen en dos naves. Poco distante de esta célebre cueva se esconde otra en las entrañas de la tierra que no es posible registrar por estar su puerta fuertemente cerrada. Su origen debe ser el mismo, pues su construcción exterior es semejante y podemos considerarla como una adición á la primera y un desahogo apartado que la multiplicación de las familias obligaría á fabricar. De qué podían servir estos espaciosos subterráneos sino para abrigar á los primeros habitantes de este terreno, cuando no acostumbraban los hombres á edificar sus hogares sobre la tierra? Para defenderse del rigor de las estaciones y evitar las sorpresas y asaltos de las fieras, numerosas por todas partes, á causa de la espesura de los bosques dilatados que todo lo cubrían, formaban con inmenso trabajo estas guaridas secretas, en que al mismo tiempo se libertaban de los crueles invasores que recorrían la tierra para subyugar y tiranizar á sus semejantes; pues ocultándose en aquellos profundos asilos su precaución les hacía invisibles á las activas diligencias de sus codiciosos y sangrientos perseguidores. Estas cuevas subterráneas, abiertas muchas veces en piedras y fabricadas con industria, eran semejantes á un vasto ángulo cubierto y capaz de servir de asilo á muchas personas.

La fama de las riquezas de España que volaba por todas partes, atrajo una multitud de extranjeros, que levantaron poblaciones y fundaron colonias por toda la Península. Una espantosa sequedad que padeció despues de la muerte de Abides todo lo habia desolado, y la nacion no era mas que un vasto desierto. Remedió el cielo estos males, reproduciendo sus lluvias, y los Celtas y Rhodios emprendieron sus expediciones hácia nuestras costas. Situáronse los primeros á las orillas del Ebro, y los segundos edificaron algunos pueblos á las faldas de los Pirineos.

Pero los Fenicios abordando á Tarteso que hoy es Tarifa y estendiéndose al poniente y levante, se apoderaron de la Bética, levantando muchos pueblos, entre los cuales se cuenta Málaga y Abdera, internándose algunos grupos errantes hácia estas comarcas y enriqueciéndose con los preciosos metales que les ofrecia la tierra con abundancia. Ya se habia fundado la soberbia Cartago, aquella colonia griega, que habia de dominar vastos paises y disputar á Roma la posesion del mundo.

Los Españoles, tiranizados por los Fenicios, suspiraban por su antigua libertad, y deseaban sacudir el yugo que les oprimia. Divididos en bandos y parcialidades por la astuta política de sus dominadores, se destruian mutuamente, mientras los Fenicios sujetaban á su poder los pueblos; hasta que aunados sus esfuerzos y conducidos al combate por el célebre Argantonio, humillaron el orgullo de los invasores, y castigaron su osadía. No contentos con haber derrotado á sus enemigos en España, acudieron al socorro de Tiro sitiada por los Babilonios. Reunida una poderosa armada compuesta principalmente de Andaluces en Cádiz, partieron la vuelta de levante, y favorecidos del viento, atravesaron por medio de la escuadra enemiga y penetraron en la ciudad. Una embajada elocuente que dirigieron los Tirios á Cartago y á Cádiz y refiere el P. Mariana, les proporcionó este importante socorro, que al fin precisó á Nabucodonosor á levantar el campo y abandonar la conquista.

Las guerras de los Fenicios con los Españoles lisongeaban las miras ambiciosas de Cartago, que intentaba apoderarse de la Península, aprovechándose de las disensiones y parcialidades. Habia crecido el poder de la república considerable-

mente, y el rumor de sus hazañas difundido por todas partes, habia hecho respetable su nombre. Ligáronse los nuestros con los Cartagineses para combatir á los Mauritanos, y logrando de este modo la confianza de nuestros antepasados, les arrebataron su libertad y se burlaron de su buena fé. Roma envidiosa de las glorias y prosperidad de Cartago, y no pudiendo mirar con indiferencia el acrecentamiento de su poder é influjo, dispuso arruinar una potencia, que neutralizaba sus desmedidas pretensiones, y amenazaba al Capitolio. La España citerior habia hecho las paces con Roma y habíase mostrado desafecta á Cartago. Annibal resuelto á desalojar á sus rivales de la Peninsula arruinó á Sagunto, despues de un sitio horroroso, y provocando de este modo á sus enemigos, hizo que se declarase la guerra. Reunióse en Cartagena fundacion de estos un poderoso ejército de Africanos y Españoles, para invadir á Roma, y derrotar á sus adversarios á las puertas de esta orgullosa capital y atravesando los Alpes, se internaron en Italia y vencieron á los Romanos.

En este rápido bosquejo no hemos hecho mencion de Antequera, pero fundada seguramente por alguna de estas colonias que poblaron la Bética, tomaria parte en estas conmociones estrepitosas y cooperaría á los grandes acontecimientos que se representaron en esta época memorable. Como situada en la España ulterior que habia abrazado la causa de los Cartagineses, armaría á sus habitantes en favor de esta república, y en la derrota de los Lacios junto al lago Trasimeno participarian de los gloriosos laureles de los vencedores.

El Cónsul Publio Escipion trocó la suerte de las armas y forzó al famoso Annibal á abandonar la Italia, y destruyendo poco despues á Cartago, se enseñoreó Roma de toda la España. En este tiempo se aumentó probablemente nuestra antigua poblacion: la fertilidad del terreno y el temple apacible del clima convidaba á los dominadores á preferir este sitio para fijar su residencia, y la elevacion de los cerros que nos rodean ofrecia á su genio guerrero un lugar apropósito para fortificarse y eludir los asaltos de sus innumerables enemigos.

La desgraciada batalla de Farsalia, aniquiló la libertad de Roma; hundióse la república bajo el cetro de Julio César, que es mirado como el fundador del imperio, y ya en esta

época podemos asegurar que Antequera fué un municipio romano. Concedían los emperadores ese título á los pueblos mas leales y que mas se habian distinguido en favor del imperio, y los municipios gozaban en parte ó en todo los derechos de los habitantes de Roma. Para obtener este título contribuía tambien aunque accidentalmente el número de vecinos y la riqueza de la poblacion, y estas ciudades eran consideradas como partes del pueblo romano. Es muy justo trasladar en este lugar una de las inscripciones de las antiguas lápidas colocadas en el arco de la plaza Alta, que anotó el autor del Viaje topográfico desde Granada á Lisboa, atribuido generalmente al P. Sanchez Sobrino y que prueba la vetusta municipalidad de Antequera.

GIENIO MUNICIPI ANTIK.
JULIA M. F. CORNELIA MA-
TERNA
MATER TESTAMENTO PONI
JUSSIT.

Julia Cornelia hija de Marco al Genio del Municipio de Antikaria. Materna su madre la mandó poner por su testamento.

Octavio sucesor de Julio César y primer Emperador Romano se hizo señor de todo el imperio, habiendo vencido al triunviro Antonio en la célebre batalla de Accio; los Españoles en reconocimiento de la paz que les habia proporcionado, empezaron desde entónces la era cesárea, y en las historias, escrituras públicas, y actas antiguas de los concilios eclesiásticos no usaban de otra para señalar los años, abandonando la era romana. En este tiempo nació Jesucristo redentor y libertador del género humano, y habiéndose designado despues su nacimiento como la época de la era comun, seguiremos nosotros en adelante este mismo rumbo para fijar los tiempos de los grandes acontecimientos.

Los seductores alagos y estudiados artificios de Livia esposa de Octavio, inclinaron á éste á nombrar por sucesor á Tiberio su entenado, despojando á Germánico y sus hijos del derecho que tenian para heredarle. La liviandad, avaricia y tiranía de este emperador escitaban el descontento general, al paso que el

virtuoso Germánico cautivaba todas las voluntades con su pro-
vidad y talentos. Abandonado y sin recursos continuaba la
guerra en Francia, rodeado de peligros y espuesto siempre á
perecer y su pequeño ejército á ser derrotado. Los Españoles
que le amaban, le enviaron armas y caballos que aceptó con
espresivas señales de gratitud; pero su generosa alma rehusó el
dinero que le presentaron los embajadores. Pison que habia
sido gobernador de España le dió muerte alevosa con yervas
emponzoñadas, y al regresar á Roma se suicidó, no pudiendo
sufrir los remordimientos de su conciencia. Los Antequera-
nos, apreciando las virtudes y el mérito de éste, y para per-
petuar su memoria, juntamente con la de su madre y Tiberio,
le consagraron una lápida, cuya inscripcion es la siguiente.

LIVLÆ DRUSI DIVI F.

MATRI TI. CÆSARIS.

AUG. PRINCIPIS ET

CONSERVATORIS ET

DRUSI GERMANICI

GENIALIS ORBIS

MARCUS CORNELIUS PROCULUS

PONTIFEX CÆSARUM

*Marco Cornelio Proculo Pontífice de los Césares á Livia,
hija del divino Druso, Madre de Tiberio César, Augusto Prin-
cipe y conservador, y de Druso Germánico, regocijo del
mundo.*

No podemos asegurar si este Marco Cornelio Proculo que
hace la dedicacion, fué natural de Antequera ó vecino sola-
mente, pero de cualquier modo que se le contemple, prueba
el brillante papel que representaba este municipio en el gran-
de imperio de los Césares, pues habia obtenido para sus hijos
ó moradores distinciones y prerogativas no comunes. Esta
misma reflexion nos hace formar la lectura de una multitud
de epitafios gravados en las mencionadas lápidas, que nos re-
cuerdan los ilustres personajes que yacian en sus respectivos
sepulcros.

Cayo hijo de Germánico sucedió á Tiberio, y se llamó Ca-
ligula por cierto género de calzado que usaba y en latin se de-
cia *caligæ*. Su demencia, su intemperancia y lubricidad le ad-

quirieron una celebridad funesta y ántes del cuarto año de su dominacion fué asesinado por Cherca, tribuno de una cohorte pretoria. El poder y la opulencia siempre han tenido aduladores, y los hombres mas ilustres no han desdeñado labrar su fortuna ó aumentar sus distinciones, valiéndose de estos medios reprobados. Caligula no merecia que le consagrasen estatuas, ni inscripciones; pero Antequera ha trasmitido á la posteridad su nombre y genealogía por medio de una de ellas. Tal vez impulsado el que la consagra por un sentimiento de respeto y veneracion al poder, prescindiendo de los vicios enormes del que le administraba, rindió de este modo un tributo de homenaje y sumision á la potestad, que siempre le merece.

C. CÆSAR. GERM.
IMP. AUG. D. TI. F.
DIVI AUG. N.
DIVI JUL. P. N.
TRIBUN. POT. II.
COS II. PONT. M.
CORNELIUS BASSUS
PONTIF. CÆSS.
D. S. P. DD.

Cornelio Baso Pontifice de los Césares consagró á su costa esta estatua á Cayo César Germánico, Emperador Augusto, hijo del divino Tiberio, nieto del divino Augusto, viznieto del divino Julio, Pontifice Máximo, ejerciendo segunda vez la tribunicia potestad y el segundo consulado.

La indolencia del emperador Claudio, los escándalos de su esposa Mesalina, las disoluciones de Neron, el despotismo militar, los excesos de Domicio y los gèrmenes de desorden y desorganizacion que se descubrian por todas partes, hacian insoportable el yugo de los Césares. Todo el imperio suspiraba por la república y un grito unánime resonaba por todos sus ángulos, aclamando la libertad. Antequera alimentaba los mismos sentimientos, y sus moradores adictos á la administracion representativa, cooperaba al restablecimiento del gobierno libre, y unia sus esfuerzos á los amantes de Pompeyo y Bruto. Indignada contra los abusos per-

niciosos del poder, recordaba los tiempos pasados en que reinaban la virtud, el orden y la justicia bajo la proteccion de la libertad, y uno de sus moradores para eterna memoria de su adhesion política la erigió una estatua con la siguiente inscripcion.

LIBERTATIS AUG.
SIGNUM CUM SUA BASI
C. FABIVS C. F. QUIR.
FABIANVS PECVNIA SVA
DD

Cayo Fabio Fabiano, hijo de Cayo, Quirino, erige á su costa esta estatua de la libertad augusta con su base.

Proclamado emperador Vespasiano, abandonó el sitio de Jerusalem, dejando en su lugar á su hijo para que le continuase, y revestido de la púrpura, anunció al mundo un imperio feliz, el restablecimiento de la paz, de la ley, y de la justicia, y la proscripcion del crimen, de los monopolios y usurpaciones. Su rectitud, discrecion, su prudencia y las demas nobles cualidades que le adornaban, hicieron olvidar los desmanes y tropelias de sus antecesores, y consagrado al bien y felicidad del imperio, era generalmente amado y venerado. Antequera no podia mostrarse insensible á los beneficios que disfrutaba en su reinado venturoso, y para dar á los siglos posteriores un testimonio de su amor y reconocimiento, dedicó á su memoria esta inscripcion:

IMP. CÆSARI
VESPASIANO AUG.
PONT. MAX.
TRIB. POT. VIII. IMP. XIIX.
COS. VIII. P. P.
LVCIVS PORTIVS SABELLIIVS II. VIR.
PECVNIA SVA
D. D. D.

Lucio Porcio Sabelio, Dunviro, por decreto de los decuriones, erige esta estatua á su costa al Emperador Cesar Vespasiano Augusto, nueve veces tribuno de la plebe, diez y

ocho veces Emperador, Consul la octava vez. Padre de la Patria.

Aunque los romanos dividieron desde luego la España en tres provincias que eran la Lusitania, la Bética y Tarraconense, Trajano aumentó otras tres la Cartaginense, la Galicia y la Mauritania Tingitana.

Constantino dividió también el imperio romano, fundando á Constantinopla en Bizancio, y haciéndola capital del nuevo imperio de Oriente. La desafección y falsías del senado romano, y el clima delicioso del Bósforo, le inclinaron á partir su vasto imperio en dos mitades, y sus hijos cubiertos de púrpura, dominaron desde estas famosas capitales el Oriente y Occidente. Sin embargo su afeminación y molicie, su indolencia y abandono, sus errores y vicios anunciaban la estrepitosa ruina de estos dos imperios colosales.

Los bárbaros de Septentrion inundaban las provincias, y se acercaban á Roma y Constantinopla con el aire de vencedores indomables. El terror y la victoria les precedían; su valor y arrojo allanaban todas las dificultades; sus conquistas se multiplicaban y el soberbio Alárico se atrevió á insultar los muros de la invencible Roma. Desaparecieron sus antiguos señores á la vista de estos feroces guerreros, el pueblo rey fué saqueado y ultrajado muchas veces por los bárbaros, y si la tiara no hubiera restablecido su lustre y dominación, sustituyendo á la diadema el poder espiritual, Roma sería tal vez un monton de ruinas y escombros, ó una triste aldea, edificada con las reliquias de la antigua dominadora del mundo. Los Hunnos, Godos, Vándalos, Suevos y otra multitud de bárbaros se repartieron las provincias del imperio, despues de haberlas conquistado, y ejerciendo un dominio cruel, no podían los pueblos aplaudir el cambio político, porque mudando de señores, no habían mejorado su suerte.

La España se vió al punto inundada de opresores, que solo aspiraban á tiranizarla. Los Suevos se situaron en Galicia, los Godos en parte del centro del reino, y en las provincias fronterizas ó aledañas á Francia, y los Vándalos en la Bética. Destruían los pueblos, arruinaban los mejores edi-

fieios, vejaban á los ciudadanos, esclavizaban á los vencidos, y por todas partes no resonaba sino el grito fatal de muerte, desolacion, estermínio y venganza. Antequera pudo sobrevivir á esta furiosa tempestad, y salvarse del incendio comun, mientras los célebres municipios de la comarca, diruidos al embate de esta terrible inundacion, desaparecieron sucesivamente, legando á la posteridad los monumentos de su antigua gloria y opulencia, y los curiosos vestigios de su poblacion. El genio devastador que animaba á los invasores, no respetó la belleza y fortificacion de estas ciudades desgraciadas, y en su frenético arrojó parecia que se habian propuesto desolar la tierra, y convertir á España en un triste y prolongado desierto. Todo lo atropellaban y destruian, y su sangrienta ambicion no reparaba que devastada la nacion, el trono de sus reyes se elevaria sobre ruinas y cadáveres en vez de colocarse en medio de una multitud inmensa de ciudadanos pacificados y sumisos. De este modo vengaban las injurias que habian recibido de la fementida y orgullosa Roma, y los ilustres municipios de Singilia, Iluro, y Nescania calmaron con su cenizas y su sangre el rencor de los implacables enemigos del imperio.

CAPITULO II.

Época de la destruccion de Singilia.--Asedio de la inscripcion --Descripcion de Singilia.--Anfiteatro --Laguna naumaquia --Antequera no es la antigua Singilia --Objeccion y refutacion.--Explicacion de la palabra Barb. que se lee en sus inscripciones.

No es posible fijar la época de la destruccion de Singilia; es un problema histórico que pretenden algunos resolver, persuadiéndose que fue arruinada por los Vándalos y Silingos cuando se apoderaron de la Andalucía, dominada á la sazón por los Romanos, ó en las guerras sangrientas que

tuvieron con los Godos. Otros por el contrario sostienen que los Sarracenos fueron los que la hicieron desaparecer, cuando invadieron y sojuzgaron la España. La oscuridad de estos tiempos remotos nos impide abrazar partido seguro en esta divergencia de opiniones; pero pareciéndonos mas probable la de los primeros, escojemos este lugar para describir sus ruinas. Fúndase nuestro dictámen en que siendo Singilia un municipio romano favorecido notablemente por sus señores y adicto á su dominacion por esta causa, opondria á los bárbaros una heróica resistencia al acometerla y por no menoscabar las glorias del nombre romano, cuyo honor sostenian sus armas, prefirió la muerte y la ruina al yugo afrentoso de sus enemigos. A la verdad consta que este pueblo sufria continuos y repetidos asaltos, y que hizo levantar alguna vez el sitio con que la estrechaban los bárbaros, y por otra parte sabemos que este nombre fue propio de los estrangeros que acometieron al imperio, y especialmente de aquellos feroces guerreros que vinieron del Septentrion; asi eran conocidos generalmente, y aun se gloria-ban de esta injuriosa denominacion que los distinguía de los Romanos, á quienes profesaban un odio implacable. Entre las lápidas pertenecientes á Singilia y trasladadas á Antequera despues de su destruccion elejimos la siguiente que prueba los frecuentes bloqueos y acometimientos que experimentaba este pueblo.

G. VALLIO MAXUMIANO

PROC. AUGG.

EV. ORDO SING BARB.

OB MUNICIPIUM.

DIUTINA OBSIDIONE LIBERA==

TUM

PATRONO CURANTIBUS

G. FAB. RUSTICO ET L Æ

MILIO

PONTIANO

El concejo de Singilia á la memoria de Gayo Valio Maximiano, procurador augustal de los Evocados, por haber li-

bertado al municipio de un largo cerco, siendo comisarios para la dedicacion Cayo Fabio Rustico y Lucio Emilio Ponciano.

Los soldados veteranos, que concluidas sus respectivas campañas, y obtenidas sus licencias, vivian retirados en sus casas, si volvian á empuñar las armas voluntariamente á ruegos de sus gefes, para servir á la patria en sus apuros y peligros, llamábanse Evocados.

No fueron los Vándalos ni Silingos los que sitiaron á Singilia en el tiempo de que habla la inscripcion precedente, como discurre el P. Cabrera. Valio Maximiano era procurador augustal en tiempo de Marco Aurelio y Lucio Vero, dos emperadores romanos que ceñian á un tiempo la diadema, y en esta época invadiendo los Mauritanos la Andalucía, hicieron sufrir á Singilia el prolongado asedio que recuerda la inscripcion. Es verdad que imperando Septimio Severo entraron tambien estos bárbaros é hicieron sangrientas incursiones en la Andalucía, pero este emperador aunque tuvo rivales que al fin fueron derrotados, jamas dividió su augusta dignidad con alguno, y de la palabra Augg. resulta que eran dos los césares que dominaban en aquel tiempo. Gayo Maximiano indica el referido autor que fue uno de los generales que hicieron felizmente la guerra á los bárbaros; pero en vez del año 164 de Cristo en que la pone, sería mas juicioso fijarla en el de 166, época de sus victorias, y en que Marco Aurelio empezó á llamarse cuarta vez emperador. Advertimos aquí de paso que el autor de las Conversaciones de Málaga padeció una notable equivocacion al trasladar la inscripcion precedente, adoptando la espresion *Gallo Maxumiano* en vez de Gayo Valio Maximiano; y sería tal vez por haberse fiado de alguna copia infiel.

Vencidos estos invasores y arrojados de la Bética, no fueron ellos los que la destruyeron como consta de la precedente lápida, y aunque despues sostuvieron los Romanos algunos choques con diversos pelotones de enemigos en Andalucía, no es posible que estos la arruinasen, siendo sus incursiones rápidas y sin fuerzas considerables, y habiendo siempre triunfado de ellos las armas del imperio. Pero los Vándalos al correr la Bética y subyugarla, es constante que destruyeron muchos pueblos, que arruinaron las ciudades que se defen-

dian, y que todo lo llevaron á sangre y fuego; por lo cual juzgamos mas probable que estos la aniquilasen y la hiciesen desaparecer de la tierra.

De la antigua ciudad de Singilia que no nos ha trasmitido otros recuerdos que sus copiosas lápidas reunidas en Antequera y colocadas en el arco de los Gigantes, hace mencion Plinio entre las que pertenecian á la jurisdiccion de Córdoba, y su nombre sienten algunos que fue usurpado al Genil, rio de Granada que corre á tres leguas de distancia y antiguamente se apellidaba Singilis; del mismo modo que Guadix debe su nombre al rio que baña sus inmediaciones.

Era Singilia una rica y numerosa poblacion, fundada sobre un monte inaccesible, tajado industriosamente por un costado y defendido al rededor por su notable eminencia, cuyo circuito era suficiente para abrigar ocho mil vecinos. Su elevada posicion la privaba del agua necesaria para el socorro de sus habitantes, y dos profundos algives les suministraba al año la que les habia negado la naturaleza de aquel empinado promontorio. Entre levante y norte á los 400 pasos de la cumbre se veía abierto otro algive ó cisterna, partiendo ademas del centro de la poblacion dos minas ó caminos subterráneos, que desembocaban junto al Guadalhorce, distante un cuarto de legua donde se proveian del agua suficiente en los largos asedios y bloqueos, dirijiéndose por aquellas sendas secretas sin esponerse á las saetas de los enemigos.

Un fuerte muro la circunvalaba aumentando su fortificacion natural, y en su interior se elevaba una ciudadela ó fortaleza que podia servir de asilo en los reveses de las armas á cuatro ó cinco mil personas. Abastecida de los demas artículos necesarios que la producía la fecundidad de su terreno y opulencia de su comercio, honrada por los Césares y defendida por sus guerreros habitantes, se ostentaba orgullosa en su eminente posicion, dominando las espaciosas llanuras que se estienden á su vista, é imponiendo con su actitud arrogante á los ambiciosos conquistadores.

La adornaba un precioso Anfiteatro, cuya suntuosidad, y bella construccion testifican su grandeza y señorío. Edificaban los Romanos para sus fiestas y juegos públicos estas

obras magníficas en que empleaban gustosos sus caudales; su figura era semicircular, y en su ámbito encerrábase algunas veces todo el pueblo para presenciar los combates de los gladiadores, y la pugna sangrienta de las fieras. Los leones, tigres, osos, caballos, toros y otros animales feroces lidiaban encarnizadamente en el circo, y los concurrentes sentados en las gradas que se estendian al redor, se divertian con estos fieros espectáculos. Algunos hombres audaces, para mostrar su valor, se arrojaban al combate, y peleaban con los animales mencionados, y su victoria era recompensada con algunos premios; y otros sentenciados á la pena capital obtenian permiso para mezclarse en esta horrible lucha bajo la condicion de ser absueltos de sus crímenes, si triunfaban de sus feroces competidores.

Poseia ademas una copiosa laguna naumaquia de cuatrocientos pasos de longitud y ciento veinte de latitud. Para suplir la escasez de agua y reunir la suficiente en este dilatado estanque, habian construido una sólida cañería de plomo, que la conducia desde el arroyo del alcázar, y en nuestros dias han encontrado los rústicos algunos atanores de este metal, escabando aquellos sitios. Servíales esta laguna para representar sus combates navales, y con barcas ó bajeles en el Tiber por disposicion de Octavio trababan los Romanos una especie de contienda marítima que recreaba al paso que instruía. Estos espectáculos se propagaron por las provincias del imperio y las ciudades mas ilustres y distinguidas fabricaban con notable gusto y primor y sin ahorrar gasto alguno estos artificiosos depósitos de agua, que les proporcionaba diversiones tan agradables. Las coronas, estatuas, inscripciones y palmas eran los premios ordinarios de los vencedores y los que por su inhabilidad, poca destreza, ó cobardía perdian la accion, eran el blanco de las burlas y sátiras populares, al paso que los marinos triunfantes lograban los aplausos, elogios, y aclamacion de los concurrentes.

Estaba sembrada la laguna de finísimas piedras de alabastro de diferentes colores y del tamaño de una haba, labradas y sentadas sobre mezcla con graciosa simetría, de las cuales encontró una el autor del citado Viage topográfico. Mil vestigios elocuentes que se descubren aun sostienen la

verdad de nuestras interesantes noticias y las ruinas del grande Anfiteatro se dejan ver todavía en el declive del monte.

Una dilatada cadena de melancólicos sepulcros se extendía á norte y poniente por todo aquel fecundo terreno que hoy distinguimos con el nombre de cortijo de Castillon y le cubria palmo á palmo de silenciosas sepulturas. Se encuentran ademas por todo el sitio que ocupaba la poblacion abundantes fragmentos de mármoles, alabastros y de finísimos búcaros, en nada inferiores á los de fábrica fenicia que se descubren en Adra y otros pueblos nacionales.

La fuente de la Reina Mora encañada hasta Singilia la abastecia tambien de agua, hallándose con frecuencia por todo este sitio monedas antiguas, lacrimatorios, urceolos, pateras y toda especie de antiguallas. Tales son las noticias que hemos podido adquirir y que especialmente hemos extractado del Viage topográfico, cuyo ilustrado autor habia ecsaminado con este fin, no sin trabajo y grande dificultad, aquellas respetables ruinas y encontrado en premio de sns fatigas y afanes cerca del Anfiteatro un ladrillo de una tercia de largo y poco ménos de ancho, con el monograma de Cristo, principio y fin de todas las cosas, que se habia salvado de la inclemencia del tiempo.

Así como no es posible averiguar quienes fueron los primeros colonos de Antequera, tampoco nos es dado descubrir á los pobladores de Singilia, al paso que una y otra por su procsimidad y situacion parecen haber tenido el mismo remoto origen, la misma nobleza, los mismos privilegios y proteccion de los Romanos. Ambas ciudades fueron municipios en tiempo del imperio, y el de Singilia nos consta por la siguiente inscripción que era libre, con la denominacion de Flavio; de modo que gozaba en toda su plenitud del derecho Romano, y esenciones anejas.

G. MUMMIO G. F.

QUIR. HISPANO

PONT. CIVIS ET INCOLÆ

M. M. FLABI LIB. SING.

EX AERE CONLATO

OB MERITA DEDERUNT.

Los ciudadanos y moradores del gran municipio Flavio libre, Sigilense, haciendo la costa entre todos, erigieron esta estatua por sus méritos al Pontífice Gayo Mumio hispano hijo de Quirite, ó Quirino Gayo.

De ningún modo podemos convenir con los que atribuyen la fundacion de Antequera á la ruina de Singilia. La desigualdad de sus nombres y las muchas inscripciones que contienen espresamente uno y otro, persuaden que fueron contemporáneas, y aun podemos formar argumento en favor de aquella, ecsaminando las épocas en que fueron gravadas estas lápidas. La mas antigua que conservamos de Singilia está dedicada al Emperador Trajano, y ya hemos visto que las de Antequera fueron consagradas á la madre de Tiberio y á Caligula antecesores de este. Y la llamamos mas antigua, no porque nos conste el tiempo de la ereccion de las otras, sino que señalando esta la época de su dedicacion y no pudiendo averiguar la de las restantes, es la que merece el primer lugar y ser tenida por la mas antigua.

IMP. CÆS.

DIVI TRAIANI PARTHICI F.

DIVI NERVÆ N.

TRAIANO HADRIANO AUG.

P. M. TRIB. POT. VI.

IMP. VI. COS. III. P. P.

M. ACLIUS C. F. QUIR.

AUG. A. SING.

DE SUA P. DD.

Marco Acilio hijo de Cayo Augustal, Quirino de Sigilia al Emperador César Trajano Adriano Augusto, Pontífice Maximino, ejerciendo sexta vez la tribunicia potestad, y otras seis la imperatoria, y tres veces el Consulado, Padre de la patria, hijo del divino Trajano Partico y nieto del divino Nerva.

Ni me opongan los que son del dictámen que impugnamos, que el nombre de Antequera la vieja que retiene el Castellon, acredita la ecsistencia de esta ciudad en aquel sitio de ruinas, es un testimonio auténtico de su innegable traslacion; porque generalmente se dá á los restos de los pueblos destruidos y trasportados á otro lugar el nombre con

que eran conocidos, y conserva el lugar de su situacion el que tenia con la adiccion de vieja. Este mismo argumento probaria que Ronda era el antiguo *Acinipo* porque sus moradores llaman al sitio donde estuvo situado este pueblo *Ronda la vieja* y que Santi Ponce seria en otro tiempo Sevilla porque conserva su nombre con el aditamento de vieja. Sin embargo consta que sobre las ruinas de la célebre *Italica* se elevó Santi Ponce, y que al par de *Acinipo* ecsistia una poblacion con el nombre de *Arunda*, que se ha trocado en *Ronda*, sin que jamas hayan estado estas ciudades en las ruinas espresadas. Digamos pues con el insigne historiador Florez en el lugar citado que *Antequera la vieja* es un abuso del vulgo que á las ruinas cercanas aplica el nombre de la actual poblacion, añadiendo el dictado de vieja, como se nota con frecuencia.

No debo concluir este capítulo sin explicar la significacion de la palabra *Barb.* que leemos en las inscripciones de *Singilia*. Algunos han entendido *Bárbara*, ó *Barbarorum*, destituidos de razon, pues no es creible que una ciudad tan distinguida por los Romanos adoptase un dictado notablemente afrentoso, y que designaba aquellos enjambres de hombres oscuros, incultos, depravados, y odiosos que se desprendieron del Septentrion, y asolaban el imperio; y por otra parte ya hemos copiado una inscripcion que no es mas que una accion de gracias y un testimonio de gratitud al que la libertó de los bárbaros. Piensan otros que se debe leer *Barbitana*, ó *Barbana*, refiriéndose á dos pueblos destruidos, que hubo poco distantes de este distrito, y de donde trajo *Singilia* su origen. Parécenos mas probable esta opinion, aunque la rodean algunas dificultades, porque *Barbi* estuvo situada en los confines de la Diócesis de *Egabro*, hoy *Cabra* y en este caso la traslacion es inverosímil porque median muchas leguas, como prueba el autor del Viage topográfico, reconociendo las ruinas de esta poblacion una legua al poniente de *Martos*; y otro *Barbi* ó *Barba* que ponen algunos junto á *Ostipo* hoy *Estepa*, aun no se halla suficientemente averiguada su ecsistencia.

CAPITULO III.

*Los Vándalos y Silingos.--Antigua poblacion de Antequera.--El Castillo.--
Los Godos.--Antequera toma parte en los grandes acontecimientos de
la nacion.--Antequera reclamada por el obispo de Málaga.--Ecsaminase
si Antequera fué en algun tiempo silla episcopal.--Fin del reinado de los
Godos.*

Luego que los Vándalos y Silingos se posesionaron de la Bética, admirados de la fertilidad del terreno, clima templado, riquezas del país, docilidad de sus habitantes, y de su bella situacion topográfica, no pensaron en desampararla, y determinaron fijarse en ella y afianzar su dominio en esta parte de la Peninsula. Por lo cual mitigando su ferocidad natural, y tratando con dulzura á sus moradores, pretendieron hacer olvidar sus recientes desmanes, tropelias y estragos. Dedicaronse á reparar las mejores fortificaciones, aumentar su ejército, ligar sus intereses con los de los habitantes del país y formar un pueblo con ellos. Entablaron negociaciones de paz con los Romanos que no podian aprobar su usurpacion y aunque estos les dictaron duras condiciones, tuvieron que someterse, y de este modo se restableció el sosiego por algun tiempo.

Estaba situada entonces Antequera sobre la cumbre del monte donde hoy se conserva su arruinado castillo. Rodeaba un fuerte muro la poblacion, y los arrabales se estendian por fuera á levante y poniente, ocupando los sitios que hoy se conocen con los nombres de Martin-Anton, Sta. Lucia, Capuchinos Viejos y Virgen de la Cabeza. Descúbreanse todavia en estos lugares con frecuencia pedazos de ladrillos, cántaros, tejos y otros vestigios de los tiempos del imperio, y que sirven de guia á los antiquarios, dice el autor del Viage topográfico, para conocer la antigüedad de las obras. En el recinto de la ciudad podemos creer que habitarian dos ó tres mil vecinos, y sus hogares y edificios estaban esparcidos en torno del fuerte, ciñéndole por todos lados. La agitacion continua de estos siglos guerreros, la discordia incesorable que todo lo

devastaba y consumía, las incursiones sangrientas de los extranjeros, y los repetidos asaltos y tentativas de los bárbaros, obligaban á los primeros colonos á escojer sitios elevados, montañas inaccesibles, soberbias alturas, para edificar sus domicilios. En el dia se halla despoblada y convertida en hazas y barbechos toda la circunferencia que ocupaba entónces la poblacion, y sus murallas por largos trechos é intervalos han perdido hasta los vestigios de su línea irregular. Algunas torres escéntricas, ó levantadas al borde de la circunvalacion, permanecen aun desmanteladas que tal vez lo serian construidas por los árabes en el tiempo de su ominosa dominacion.

La obra mas vetusta que aparece en esta escarpada eminencia es su castillo, que pudo ser obra de Romanos, reparada despues por los Godos y per los Agarenos. Se ven aun, dice el referido autor, sus muros y torreones, reparados en tiempos de los Godos, Arabes y Católicos, pero con vestigios de la mas remota antigüedad. Su cantería y mampostería desaliñada y el poco gusto que se descubre en la arquitectura de sus muros, son indicios de haber sido construido por los Moros; pero todavía se encuentran algunos sillares labrados en el exterior que acreditan su origen romano. Tambien se ven aun por la parte de sur y de levante grandes pedazos de hormazar, verdes ya con el tiempo y mas difíciles de romper que la piedra de mayor dureza. La figura de este castillo es cuadrada, y la fuerza de sus paredones laterales no puede contemplarse sin admiracion. Podemos asegurar que la elevada posicion de esta obra, su sólida construccion, y la fortaleza de dos torres que permanecen todavía, formando dos esquinas, la harian inespugnable en aquellos tiempos que no habian visto aun la invencion de la pólvora, y que era preciso escalar los fuertes y enseñorearse de ellos con la espada, las ballestas y las lanzas. Es verdad que careciendo de agua, no podia sufrir un largo asedio, pero si era socorrida esta plaza con oportunidad, difícil seria rendirla y conquistarla.

Ignoramos las vicisitudes de este castillo y poblacion en tiempo de los Vándalos, Silingos y Godos. Estos últimos aliados con los Romanos, y depositarios de su confianza hicieron la guerra á los otros á nombre del imperio, y en vez de res-

títuir los pueblos subyugados á sus antiguos señores , los agregaron á su naciente reino y sirvieron para aumentar sus vasallos, y dilatar los límites de su dominacion. Mostrábase los Godos alternativamente adictos ó desafectos á los Césares, segun convenia á sus miras ambiciosas , y con su apoyo y proteccion se revestian de la púrpura algunos tiranos que desaparecian rápidamente, y sufrían el castigo de su traicion y rebeldia. El imperio de Roma estaba próximo á su fatal decadencia, y por todas partes le rodeaban escollos y precipicios, donde habia de sumirse para siempre. Despues de Honorio no tuvo Roma sino algunos fantasmas teatrales en vez de Emperadores, y los bárbaros, aprovechando estos momentos favorables á sus intentos se habian radicado y fortalecido en las provincias.

No obstante los Reyes Godos subian al trono para descender muy pronto al sepulcro por medio de una muerte violenta; se asesinaban sucesivamente, y el crimen por lo comun era el que coronaba sus sienes salpicadas de sangre. Muy pocos fueron los que gobernaron en paz sus Estados; una muerte prematura é impensada los detenia en medio de su carrera, y les arrebatava una vida que no intentaban emplear sino en oprimir á los pueblos y esclavizar á los ciudadanos. El fratricidio se repetia con frecuencia para usurparse el cetro mútuamente los hermanos, y los colores que nos suministra la historia para retratar á estos seres detestables, han cubierto su memoria de execracion.

Profesaban los Godos los errores de Arrio, y mezclaban á sus impiedades la barbárie y la tiranía. Sacrificaron á su fé anatematizada innumerables víctimas que rehusaron sustituir á la verdadera religion las máximas supersticiosas de sus dominadores, y la persecucion y el martirio eran la suerte de los Españoles y Romanos, que resolvian conservar pura su creencia. Parecia que Antequera, indignada de tantos horrores y estragos, habia dejado de ecsistir, y se habia sepultado en la nada; el silencio de la historia, el olvido de los escritores, y su misteriosa abyeccion nos impiden encontrarla en esta época tenebrosa, y su antigua celebridad se oscureció en medio de una série tan dilatada de borrascas y tempestades. La accion de su importante vida no se ha hecho sentir sino en

tiempos florecientes, y en dias de gloria, y si ahora se muestra abismada en el mas profundo anonadamiento, es porque se prepara á brillar en un siglo mas venturoso, y resucitar su marchitada nobleza, y olvidados privilegios.

Mas á pesar de este sopor y nulidad en que se nos presenta, podemos enlazar su historia con la del reino, y sostener que participó de las agitaciones politicas de aquel tiempo, aunque prudente y mesurada no quiso representar papel alguno en escenas tan deplorables, y prefirió la quietud y el sosiego al bullicio y tumulto general que todo lo envolvía. Cuando el soberbio Agila sobre el Guadalquivir hizo temblar á los Cordobeses, Antequera que desde tiempos muy remotos estuvo sujeta á esta célebre capital, aunque un escritor moderno la hace dependiente del convento ó jurisdiccion de Ecija, (1) tomaria parte en la apurada situacion de Córdoba, y tal vez cooperaría con sus armas á la derrota del tirano, y en la guerra estrepitosa de Leovigildo con su hijo no se mantendria este pueblo impassible é indiferente, habiéndose dividido la nacion en parcialidades. Brilló en fin una nueva aurora para toda la Peninsula al empuñar el cetro Recaredo; reconocido el catolicismo como la religion dominante del pais, reedificaria Antequera sus templos deruidos por los Arrianos y consagrados al verdadero Dios.

No debemos pasar en silencio, y corresponde á esta época un suceso que refiere la España sagrada relativo á este pueblo. Poseia la silla de Egabro (Cabra) algunas parroquias que el Obispo de Málaga reclamó como pertenecientes á su jurisdiccion y confinando estas dos Diócesis precisamente por Antequera, nos vemos forzados á reconocer á esta ciudad por una de las parroquias demandadas y sujetas á una jurisdiccion dudosa, ó por lo ménos disputada. Es de dictamen Florez que antiguamente dependia Antequera en lo espiritual del obispado de Cabra, y que arruinada esta silla, fué agregada á la jurisdiccion de Málaga, pero no es posible resolver esta cuestion por falta

(1) Aunque en el número 23 del tomo primero del Guadalquivir se lee que Antequera pertenecia al convento jurídico de Ecija, nos parece mas natural que dependiese de Córdoba, como Singilia, segun Plinio, situada á muy corta distancia de esta ciudad, como se ha dicho. Véase á Florez en la España Sagrada tomo 2.º folio 17.

de documentos, y aunque respetamos el sentir de este insigne historiador, mientras no encontremos una razon poderosa para pensar de otro modo, no depondremos la persuacion en que estamos de que Antequera fué siempre del obispado de Málaga.

Movidos de un rumor del vulgo semejante á una tradicion popular hemos indagado cuidadosamente si Antequera ha sido en algun tiemposilla Episcopal. No una vez sola hemos recibido esta noticia de los naturales, y aunque los literatos la han desechado como falsa ó sospechosa; nos ha parecido conveniente ecsaminarla y proponer la cuestion.

En ninguno de los concilios nacionales que se celebraron antiguamente en España hallamos indicio ni aun el mas leve, para sostener la afirmativa. Asi como nos ha trasmitido los nombres de una multitud de obispados, que ya no ecsisten; ni tal vez será posible marcar el sitio que ocupaban, tambien nos hubieran informado de la silla episcopal de Antequera, si hubiera gozado algun tiempo de esta eminente distincion. Sabemos que Cabra fué cabeza de la diócesis Egabrense; Granada, ó un pueblo inmediato de la Iliberitana; que Ilipula fué silla episcopal, aunque todavia disputan los eruditos acerca del punto fijo donde estuvo situada; en fin nos consta por las subscripciones especialmente de los Prelados que asistian á estas numerosas asambleas los nombres de muchos obispados convertidos hoy en parroquias ó que han desaparecido juntamente con las famosas capitales donde fueron erigidos. Las actas de estos Concilios nacionales, que han esparcido mucha luz sobre la geografia antigua, son los únicos jueces para resolver nuestra cuestion, y su silencio unánime y general sobre esta materia, cuando ellos nos instruyen de los nombres de las otras diócesis, equivale á un argumento positivo.

Ademas el concilio undécimo de Toledo celebrado en tiempo del piadoso Wamba, al señalar los linderos y términos de los obispados, no nos deja duda sobre el asunto. Entre Iliberi, Malaca é Ilipula que eran aledaños no reconoce otra silla Episcopal, y hallándose Antequera en medio de los tres, es evidente que no seria mas que una parroquia, pues de otro modo su jurisdiccion se hubiera limitado sola á la ciu-

dad, y aun en este caso hubieran hecho mencion de ella los Prelados. En fin el año de 324 siendo Emperador Constantino Magno, designó el concilio Iliberitano los límites de las sedes Episcopales, y declaró á Málaga sufragánea de Sevilla, con otras iglesias Catedrales, entre las cuales no mencionándose Antequera, claro es que no seria entónces, como no ha sido despues silla Episcopal.

Es verdad que posteriormente, y con noble empeño ha tratado de emanciparse de Málaga y convertir su Sta. Iglesia insigne Colegial en Catedral, teniendo pendiente solicitud que fué reproducida y presentada en la Cámara de Castilla el año de 1782, pero hablando de su representacion eclesiástica en los tiempos antiguos, carecemos de documentos y razones para hacerla cabeza de una diócesis. Tenemos pues por un rumor vago é infundado la tradicion que el vulgo preconiza para sostener que Antequera fué en otro tiempo obispado.

Era de esperar que subiendo al trono la religion católica despues de la conversion de Recaredo, finalizasen los horrores y crímenes que habian denigrado la conducta de sus antecesores, que desterrase los vicios y torpezas, y reformase las costumbres. Pero los reyes que le sucedieron reprodujeron todos los desórdenes y escesos que habia lamentado la España en tiempo de Teudis, Teudiselo y Agila, y las intrigas, los asesinatos y delitos franqueaban la puerta á los mas altos destinos y aun las gradas regias del trono. Suíntila se cubre de gloria en el campo de batalla, y entre las delicias de la paz se abandona á los vicios mas vergonzosos. Despojado del poder por Sisenando recobró su lustre la monarquía y su vigor la disciplina eclesiástica. Los soberanos posteriores no mancharon su memoria con acciones ajenas de su augusta dignidad, y el piadoso Wamba fue un modelo de rectitud y desprendimiento, renunciando la corona y retirándose á un monasterio, despues de haber reinado en paz algunos años, y dictado varias leyes para la felicidad de sus vasallos. Interrumpió esta ilustre sucesion de príncipes virtuosos el cruel Vitiza que mostrándose al subir al trono como otro Salomon, envileció despues sus buenas prendas y contrajo los defectos mas odiosos. Su molicie, su afeminacion, su tiranía con los

desarreglos del pueblo atrajeron sobre España la indignacion del muy Alto, y la indolencia y torpes costumbres de Rodrigo último Rey de los Godos, consumaron la perdicion de la Península.

Habia éste ultrajado á la bella Florinda, dama del palacio y su honor ofendido la hacia suspirar por la venganza. Su tierna edad, la nobleza de su cuna, su delicado pundonor, la afrenta del hecho, todo contribuia á dictarle los pensamientos mas crueles de despecho, y de sangre. Notició al conde don Julian, Gobernador de Ceuta, su deshonrado padre, la mancha que habia contraido por la desenfrenada lascivia de Rodrigo, y le escortó á lavarla con su sangre y á desagraviarse sin reparar en los medios. El colérico y orgulloso conde, penetrado de un vivo y profundo sentimiento, y abandonado á las ideas mas violentas, resolvió en aquel instante la perdicion del Rey y de toda la España, y solo pensó despues en ejecutar su proyecto infame. Entabló negociaciones y tratados de paz y de alianza con los Arabes, que poco ántes se habian apoderado del Africa, y franqueándoles el paso para España, despues de haberles trazado un plan tan lisongero para aquellos ambiciosos conquistadores, vendió alevosamente su patria, su honor, y su rey. Rodrigo, despertando de su funesto letargo, é indignado de la traicion del conde, reunió un ejército poderoso para contener y arrojar de España á sus enemigos, pero ya era tarde, y derrotado por los invasores, desapareció de la tierra, sin que nadie pudiese encontrarle. El famoso rio Guadalete sirvió de tumba á la nobleza y juventud Española, y su rápida corriente mezclóse con la sangre de mil guerreros ilustres. Entraron los Mahometanos en la Península á principios del siglo octavo, y hasta el año de 1492 no fueron desalojados de Granada, último asilo que conservaron en su decadencia y adversidad.

CAPITULO IV.

*Los Sarracenos ocupan la Andalucia.--Toma de Antequera por los Arabes.
--Clima de Antequera.--Antequera Mahometana.--Nueva monarquia española.--Abdalacis.*

Estimulados los Sarracenos por los pérfidos discursos del conde y por su genio guerrero y devastador, abordaron á Gibraltar y ocupando á Tarifa y Algeciras, se extendieron rápidamente por toda la Andalucia. Don Sancho, primo del rey que mandaba el ejército español fué derrotado y muerto, y los musulmanes quedaron dueños del campo y libres de oposicion para continuar sus conquistas. Dirigió don Rodrigo á los suyos una patriótica alocucion que describe con elocuencia los estragos que causaban los enemigos por todas partes, y nos instruye de las calamidades que esperimentó la España en aquella época memorable. No contentos con arrebatarla su libertad, profanaban los templos, ultrajaban y prostituian el bello sexo, incendiaban los pueblos, saqueaban las ciudades, reducian á esclavitud á los mas ilustres ciudadanos, asolaban los campos, y todo lo convertian en cenizas, desolacion y ruinas. Málaga, Granada, Córdoba, toda la Andalucia se rindió sin resistencia, y se sometió al yugo de sus bárbaros opresores. El capitan Tarif era el que mandaba las fuerzas que se extendieron por estas provincias, y Mentesa que segun el arzobispo don Rodrigo estaba situada cerca de Jaen, por haberse defeadido, fué destruida y aniquilada.

Las fuerzas que se apoderaron de Málaga, dejando en esta plaza la guarnicion suficiente, se acercaron á la sierra, y se presentaron delante de esta ciudad. Antequera, destituida de apoyo, descuadernados sus muros, abandonada su antigua fortificacion, sin recursos, sin preparativos, ni soldados; hubiera cometido una inprudencia muy culpable si hubiera tratado de repeler á sus aguerridos adversarios. A ejemplo de las capitales de la Bética, y de otras poblaciones no ménos ilustres, abrió sus puertas, aunque con sumo dolor, á los sec-

tarios de Mahoma, y humilló su altivez sujetándose al poderío y dominacion de los impuros discípulos del Alcoran. El pendon del Islamismo ondeó al punto sobre sus mas soberbias torres, y el turbante y la media luna coronando sus almenas la convirtieron en un pueblo africano, ó parecido á los aldeaños de Meca.

Los Sarracenos ecsaminando la interesante posicion de Antequera, y la sólida construccion de su descuidada y envejecida fortaleza, conocieron la facilidad con que podian guarecerse de sus muros, y aprovecharse de sus torres, reparándolos, y edificando de nuevo todo lo que el tiempo habia destruido. Aumentaron la fortificacion, levantando muchas torres al rededor de las murallas, y centralizando la poblacion dentro de la linea, se pusieron en estado de defensa, por si ocurría algun reves en la campaña empezada, y se veian sus soldados en la necesidad de retroceder.

Estaban resueltos á no abandonar la plaza que les habia parecido la mas propia y acomodada para fijar su residencia, y eternizar sus generaciones. La belleza y temple apacible de su clima era para ellos el atractivo mas alagüeño que los detenía y aprisionaba al pie de estas elevadas sierras. Una continua primavera parece que reina en este sitio de flores y amenidad, el frio no molesta con rigor á sus moradores en el crudo invierno, ni los excesivos calores del estío se sienten demasiado en torno de este pueblo ilustre; sus aires son saludables y sus mareas frecuentes en el verano disminuyen los ardores de la estacion. Es verdad que comprimido este indómito elemento en la garganta de la sierra denominada la Boca del Asno y perdiendo su equilibrio y ordinaria templanza, suele incomodar al vecindario un fuerte viento, que llaman los naturales el *Solano* y batir con violencia los pingües sembrados y frondosas arboledas de la vega, causando con su desenfrenado impulso daños considerables; pero no tarda en recobrar su dulce calma, y luego que se tranquiliza contribuye con sus brisas suaves y ligeras á beneficiar la poblacion y la comarca.

Su atmósfera despejada con la agitacion de los vientos, que la bañan en todas direcciones nos muestra de continuo un cielo transparente claro y benigno, y las nubes atraídas

en el invierno por la altura de la sierra, son bien pronto disipadas al embate de sus oportunos sacudimientos. Las aguas dirigiendo sus corrientes por canales acomodados, no forman al rededor pantanos corrompidos que inficionan el ambiente, y las plantas nacen y crecen orgullosas con el socorro del riego, y con el cultivo del campo. Las cumbres de sus cerros espuestas á la accion del sol, en vez de ofrecernos un clima húmedo y nebuloso, contribuyen con la reflexion de sus rayos á moderar los rigores del frio en la estacion glacial.

Ocho leguas la separan de la costa, y se halla á los 36° 51' de latitud y 13° 4' de longitud.

Como constituida en la zona templada experimenta al año cuatro estaciones iguales, y se ven en su terreno las producciones comunes á todas las zonas; su temperamento delicioso es el mas apropósito para la vida animal y vegetal, y aunque el ser el hombre mas valiente, poseer talentos mas claros, ingenios mas secundos depende especialmente de la civilizacion no deja de cooperar el clima fisico para adornarle de estas dotes y bellas cualidades.

Tambien influiria para fijarse y establecerse en Antequera la fertilidad de su terreno que espondremos mas adelante. Creemos que no estaba desmontado, pero podian verificarlo en provecho y utilidad del vecindario, que poblándole de olivares, y proporcionándose abundantes cosechas de granos, y frutas de todas clases, reportarian lucrativas ventajas capaces de indemnizarlos de los trabajos que emplearan en cultivar sus campos. Por otra parte siendo Antequera la llave de las provincias limítrofes, y hallándose situada en la carretera de las capitales principales de la Andalucia, se juntaba este poderoso motivo para que pensasen en asegurarla, y ponerla á cubierto de las tentativas de cualquier invasor. Esta precaucion que aconsejaba entonces la incertidumbre de la suerte de sus armas y el misterioso desenlace de su atrevida empresa, recibió despues mayor impulso, cuando divididos los moros en parcialidades y bandos, se destruian con la guerra civil, disputándose la posesion de las provincias y los limites de sus estrechos y reducidos dominios.

Era muy natural que sometida Antequera al yugo de los musulmanes, se trocase á poco en una colonia africana, y

adoptase su religión, sus costumbres, vicios, lenguaje y afecciones. No tardó en componer un pueblo y una familia con sus dominadores, sustituyendo á los vestidos romanos y góticos las blancas libreas de los Sarracenos, sus ricas marlotas y lujosos albornoces, y á las severas costumbres de los cristianos las licenciosas é impúdicas usanzas de los sectarios de Mahoma. Mezcladas las familias y ligados los intereses, desaparecieron en breve los residuos de la fé católica y la intolerancia y exclusivismo de los Moros apresuró la estincion de los monumentos piadosos, y de todos los vestigios de la antigua religion. Convirtieron los templos en mezquitas, ó las levantaron por sus cimientos, sin aprovecharse de los edificios destinados á este santo objeto, y una devocion supersticiosa ocupó el lugar de las sanas creencias del cristianismo. La antigua mezquita que encontraron los conquistadores católicos dentro del cuadro del castillo, es muy probable que fuese edificada en este tiempo especialmente cuando desecho el ejército español á las márgenes del Guadalete y dominadas todas las capitales, no pensaron mas que en aclimatarse en la Península y poseerla sin oposicion.

Habiase refugiado un puñado de cristianos á los montes de Asturias, y cada dia se aumentaba su número. Hiciéronse fuertes en Cobadonga acaudillados por el valiente Don Pelayo, que se considera como el fundador de la nueva Monarquía y estendiéndose poco á poco hácia Leon y Galicia, admiraron al Universo con sus proezas y hazañas. Victoriosos en cien combates difíciles, y dotados de una infatigable actividad, se arrojaban temerariamente á los peligros mas notorios y abrazaban las empresas mas gloriosas. Esparcieron el terror entre los Sarracenos, que ocupados en disensiones y guerras civiles, y acobardados del mal éscito de sus jornadas contra los cristianos, los dejaban respirar y proseguir sus brillantes conquistas. Uno de los famosos capitanes que partieron á neutralizar los progresos de los Españoles, fué Alcama compañero de Tarif. Se hallaba á la sazón en Córdoba cuando se informó del levantamiento de Asturias, y reuniendo un poderoso ejército emprendió la marcha, llevando á su lado al Obispo de Sevilla Don Opas para que empleando todo su influjo y autoridad dispusese con la persuasion aquel nublado y redujese á la obediencia.

cia á su deudo Don Pelayo.

Los soldados cristianos, al recibir la noticia de la aproximacion de aquellas fuerzas, se desalentaron y temieron; pero los enérgicos discursos de su caudillo y las agradables esperanzas que supo infundirles, los reanimó vigorosamente y todos se dispusieron para el combate. Triunfaron los cristianos de los bárbaros, y el mismo Alcama pereció en la batalla, quedando prisionero Don Opas, cuya mision y seductores conatos fueron infructuosos para extinguir el fuego patrio que ardia en aquellos generosos corazones.

Abdalacis hijo de Musa, y encargado del gobierno de la Andalucía, escogió á Sevilla para residir y la designó capital de su reino. Hizo traer á su presencia á Egilona, esposa del infortunado Don Rodrigo, y enamorado de su modestia y hermosura, se enlazó con ella, dejándola en libertad para seguir su religion, y permitiéndola adornar sus sienes con una corona como Reina. Este Abdalacis fué el que le dió su nombre á la sierra del Valle, como discurre el P. Mariana, (1) y habiendo sido este pueblo un Municipio romano, cuya antigüedad y nobleza testifican muchas inscripciones que conserva esta ciudad en el mencionado arco de Hércules, justo será que espongamos aquí las noticias que hemos adquirido de su pasada existencia. Llamábase entónces Nescania, sus ruinas se descubren aun junto al sitio de su actual poblacion.

CAPITULO V.

Antigüedad de Nescania.--Nescania Municipio --Otras lápidas.--Antigua poblacion de Nescania.--Iluro.--Oso ú Osone --Sitio de la fabulosa Antia. Cortijo del Cambron.--Prósperos sucesos de las armas Católicas.

No es posible correr el velo que nos oculta la época de la fun-

(1) Nueva edicion cap. 27 tom. 3. °

dacion de Nescania; su origen se esconde entre las tinieblas de los siglos mas remotos, y semejante á las ciudades vecinas Antikaria y Singilia, sus vetustas ruinas, sus inscripciones, epitafios y estatuas acreditan su esclarecida nobleza, y su representacion en tiempo del imperio, pero no descubren sus principios, ni la procedencia de sus primeros colonos.

Sus lápidas trasladadas á Antequera nos instruyen del distinguido vecindario que la habitaba. Los Calpurinios, Escipiones, Estilicones, Nigelas y otros nombres ilustres, que aparecen como autores de la dedicacion nos hacen formar una idea muy elevada de las familias y moradores de Nescania, y sus opíparos banquetes, magníficas erecciones, y ostentosos monumentos prueban su boato, esplendidez y opulencia. Es verdad que concentradas las riquezas entre un número determinado de poderosos, suelen gemir los pueblos en la indigencia y la escasez, y que como discurre un escritor moderno (1) al lado de esos perístilos, de esos pórticos y lonjas yacia la multitud hacinada en miserables viviendas, pero Nescania generalmente era una poblacion rica, y los suntuosos edificios que la adornaban, y los costosos monumentos que consagraban los ciudadanos á la memoria de los Césares y personajes célebres de aquel tiempo, nos suministran datos suficientes para no admitir en este Municipio la monstruosa desigualdad, que se notaba antiguamente con frecuencia en la sociedad, y que aun no ha desaparecido en nuestros dias.

Entre las inscripciones de Nescania encontramos una dedicada al virtuoso Séneca español, natural de Córdoba, sabio de su siglo, inmolado al capricho y genio incorregible de Neron.

L. ANNÆO SENECAE
OB BENEFICIA
NESCANIENSES

F. C.

Los Nescanienses cuidaron de erigir esta estatua á Lucio Anneo Séneca por los beneficios que les habia hecho.

Mientras este célebre filósofo poseia la confianza del em-

(1) *Guadalhorce tom. 1.º núm. 36.*

perador, disponía de la suerte de los hombres y los pueblos, y sus bellos sentimientos le inclinaban á emplear su poder é influjo en la felicidad de sus semejantes.

No podemos negar que Nescania era un municipio romano, quizás tan distinguido y condecorado como Singilia. En la puerta de los Gigantes leemos dos inscripciones dedicadas al genio del Municipio, una por Lucio Postumio Estilicon, que mandó hacer á su costa con este objeto una estatua de bronce, del valor de nueve mil sextercios (1) y que se colocó en la plaza; y Marco Negro vecino tambien de Nescania costeó la obra, y erigió un altar en aquel sitio público, y la otra fué consagrada por Licinia Nigela Osquense en nombre suyo y de Fabio Firmano su esposo.

Si Antequera imbuida en los errores supersticiosos de los gentiles dedicó sus estatuas á Isis y Serapis, divinidades egipcias, Nescania nos ha trasmitido una inscripcion consagrada á los dioses Apolo y Esculapio. Otra nos instruye de un ara erijida en sitio público al númen de los divinos Augustos por Publio Fortunato Siberio, hijo de Marco y natural de este municipio. Seria muy difusa mi narracion si hubiera de dar noticia de todas, pero no debo pasar en silencio la que dedicaron los Nescanienses al emperador César Trajano. Su clemencia, rectitud y sabia administracion merecieron estos testimonios de gratitud y admiracion de la antigüedad, y su origen español los reclamaba especialmente en el suelo patrio.

IMP. CÆSARI DIVI NER-
VÆ F.
INVICTO TRAIANO AUG.
GERM. DACICO
ARMENICO PONT. MAX. TRIB.
POT.
XIII. IMP. VI. PP. OPTUMO MA-
XUMO
QUE PRINCIPI NESCANIENSES
DD.

(1) Componen estos 9000 sextercios la cantidad de 4764 valiendo cada uno 18 mrs. de nuestra moneda. Habia otro sextercio entre los romanos del valor de 500 rs. pero no habla de este la inscripcion.

Los Nescanienses dedicaron esta estatua al invicto Emperador César Trajano, hijo del divino Nerva, Augusto Germánico, Dacico, Armenico, Pontífice Maximo, Tribuno de la plebe trece veces y Emperador seis, Padre de la patria Optimo y Maximo Principe.

Pertenece esta inscripción al año 109 ó 110 de Cristo, tiempo en que Trajano habia vencido á los Germanos, Dacios y Armenios, como espresa.

Sin embargo de este esplendor, escribe una pluma esclarecida, (1) únicamente los esclavos se ocupaban de la agricultura, de la industria y de las artes; y en esas muchas ruinas que acabo de investigar no hallamos el menor recuerdo de ninguna empresa útil, ni de un asilo de beneficencia, donde se acogiese el mendigo. Los goces del pueblo rey consistian en la opulencia, en el oro, en los perfumes y en monumentos ostentosos..... pero en medio de su esplendor ni tenian plumas, ni ropa blanca, ni cristales en las ventanas, ni estribos para montar, sino unas sillas durísimas y carruages sin zopandas de movimiento, aun mas incómodo que el de nuestros carromatos.

Los documentos precedentes y recuerdos históricos que nos ha legado Nescania persuaden que su antigua poblacion era bastante numerosa, y ocuparia quizas todo el terreno donde hoy se descubren sus residuos, y parte del que sirve de asiento al Valle de Abdalacis. La opulencia y señorío de sus moradores, el interés que mostraban por la prosperidad del imperio, sus estatuas consagradas á los mas altos personajes, y los sucesos que describen, participando de la gloria de los héroes, á quienes se refieren, forman un argumento poderoso en favor de la amplitud, belleza, y representacion brillante de esta ciudad. Podemos compararla á Singilia en sus fortificaciones, número de vecinos y ornato del pueblo, y si no osamos garantir la ecsistencia de su anfiteatro, laguna naumaquia, circunvalacion y ciudadela, tampoco es inverosímil que poseyese estas preciosidades, y conformándonos con los usos de aquellos tiempos es preciso conceder que tendria muros y castillo, para defenderse de los su-

(1) *Guadalhorce* tomo 1.º núm. 35.

riosos invasores que todo lo asolaban y recorrían. En cuanto á su destruccion y ruina, aunque nos asiste la misma incertidumbre que hemos manifestado respecto á Singilia, podemos conjeturar que ocurrió cuando los Sarracenos se apoderaron de Andalucía. La procsimidad del sitio donde edificaron sus nuevos hogares los Nescanienses, y el nombre de valle de Abdalacis que conserva apoyan nuestras sospechas, y parece que la acreditan, pues si hubiera sido destruida por los Godos ó Vándalos, sus moradores se hubieran trasladado á otros sitios mas lejanos para fundar su nueva colonia, como acontecia regularmente en estos desastres y estragos, y por otra parte coincidiendo la época del gobierno de Abdalacis con las devastaciones de los Sarracenos, y habiendo tomado Nescania este nombre para distinguirse en adelante, es muy creíble que reedificándola y poblándola los apasionados ó favorecidos del hijo de Musa, y dándola esta denominacion renaciese casi al mismo tiempo de su ruina, y que su destruccion no fuese mas que un cambio de situacion y una mudanza de local.

Otro municipio no ménos antiguo, poco distante del valle de Abdalacis, reclama nuestra atencion en este lugar. Han pensado algunos que Iluro fuese el actual Alhaurin el Grande, y otros que Lora. Pero los mármoles que se hallan en Antequera, conducidos de las cercanias de Alora, testifican que esta villa fué el vetusto Municipio romano de que hablamos al presente. El autor del Viage topográfico le coloca en *Puerto Llano*, entre Antequera y Arola, al mediodia de aquella, donde se ven aun grandes ruinas cerca del cortijo de los *Ojos* y media legua del valle de Abdalacis. Bien puede ser lo que siente este insigne antiquario, y nunca nos atreveremos á impugnar su dictámen. Pero si hemos de esponer el nuestro con sinceridad, opinamos que el Municipio Iluro no estuvo distante de la poblacion que hoy llamamos Alora, y aun creemos que es la misma villa mencionada aunque despues de haber sufrido alguna novedad y alteracion. Sabido es que los Sarracenos en el tiempo de su dominacion corrompieron la nomenclatura romana que distinguia nuestras ciudades, y que la denominacion que las sustituyeron conserva algunos vestigios de sus nombres antiguos,

que nos iluminan para indagar su etimología; y nada mas parecido á Alora que Iluro.

Por otra parte le conviene á esta villa las principales notas conque describe Plinio al vetusto Iluro. Este autor la coloca cerca del mar, situada en una altura empinada y esta es puntualmente la topografía del castillo actual de Alora al paso que es notoria su proximidad á la costa. Una de las inscripciones pertenecientes á Iluro, es la que sigue.

STATUAM QUAM TESTAMENTO
SVO C. FABIVS VIBIANVS ILVR.
FIERI JUSSIT. VIVLÆ LVCANÆ
MATRI FABIA FIRMA HERES
DEDICAVIT.

La estatua que por su testamento mandó alzar Cayo Fabio Vibiano, natural de Iluro á su madre Vibia Lucana, la erigió Fabia Firmana su heredera.

El autor de las conversaciones de Málaga menciona otra inscripcion, encontrada en el cortijo del Almendral distante mas de media legua de Cártama, por lo cual consta que la república de Iluro dedica una estatua por decreto de los decuriones al Emperador Lucio, Aurelio Vero, Augusto vencedor de los Armenios, ejerciendo la cuarta vez la tribunicia potestad, la imperial por la décima vez, Cónsul la segunda y Proconsul, hijo del divino Antonino, nieto del divino Adriano, viznieto del divino Trajano, vencedor de los Partos y tercer nieto del divino Nerva, siendo Vibio el comisario para la dedicacion. (1) Confiesa este erudito los yerros cronológicos de la precedente inscripcion, que dependerán tal vez de la mala conservacion de sus números, pues de otro modo seria preciso decir que es supuesta por algun ignorante.

No dudamos que Iluro fué Municipio, como se deduce de dos lápidas que observó Morales y en el número 27 del tomo 1.º del Guadalupe encontramos otra, que es un recuerdo honroso de Lucio Septimino Silon, hijo de Marco y de la tribu Galeria; prefecto de la ciudad, personage emi-

(1) *Viaje topográfico* pág. 190.

nente, y dos veces cónsul, costeada por Marco Vivio Materno, natural de Iluro y soldado candidato de su legion, cuyo nombre era propio de los militares de mejor talla entre los romanos.

L. FABIO M. F.

GALERIO SEPTIMINO

CILONI PRÆF. URB.

C. V. COS. II

M. VIVIUS MATERNUS

ILURENCIS. A. MILICIIS

CANDIDATUS EJUS.

Descubrióse poco ha, y nos da noticia de este importante acontecimiento el Viage topográfico, una curiosa inscripcion en el cerro, ó monte Leon, huerta de Solana, distante casi dos leguas al mediodia de Antequera, que nos instruye de otro Municipio romano, que hubo en la comarca y es preciso llamar Oso, ú Osoné.

C. LICINIO AGRIPPINO OSO.

II. VIR. ° BIS. C. LICINIUS

AGRIPPINUS F. OPTU

MO PATRI ACCEPTA

EXEDRA AB ORDIN.

E. M. M. OSO. STATUA

M. CAN. ORNAMENTIS.

FXEDRE DATO

EPULO DD.

Cayo Licinio Agripino, habiendo recibido del Concejo del gran municipio Osonense la Ejedra, ó Asiento del Pórtico y dado un banquete, dedicó estatua adornada con las insignias de la Ejedra, à su Optimo padre Cayo Licinio Agripino, que habia sido dos veces duamviro de Osoné.

La Ejedra entre los antiguos romanos eran ciertos pórticos contruidos en lugar público con muchos asientos, donde concurrían á disputar los filósofos, rectores y demas candidatos de las ciencias. Parece pues, dice el citado autor, por esta inscripcion, que pertenecia á los ayuntamientos de los pueblos, conceder la Ejedra ó asientos en estos pórticos,

y que los que obtenian este privilegio, usaban de algun adorno, insignia ó distintivo honorífico.

Prueba indubitablemente esta lápida que hubo en esta comarca un gran Municipio llamado Osona, y debió estar cerca de cerro Leon, donde se descubren ruinas y muchos vestigios de antigüedad. Algunos leen en *Oso* Osonoba ú Osonuba, confundiendo este pueblo con el que mencionan Plinio y Estrabon. Pero colocándole el primero entre los pueblos situados desde el rio Guadiana por la costa del Océano, no léjos al parecer de Mirtilis ó Mertola, ó mas bien junto á Faro en los Algarbes, es preciso distinguirle de nuestro Osona que ecsistió en este terreno. Así mismo Estrabon hablando de Sonoba dice que estuvo sobre los esteros del Océano, donde eran frecuentes los flujos y reflujos, de lo cual resulta que era poblacion litoral.

Tampoco podemos equivocarla con Usuna aunque dista solo ocho leguas de Antequera, pues es constante que su antigua denominacion fué Ursaona, y que sus letras radicales la designan espresamente y sin variacion, en las lápidas antiguas que conserva la referida ciudad. Así que la inscripcion que refiere Masdeu tom. 3.^o pág. 459 ecsistente en Granada con la cifra *Oso* no debe atribuirse á Osuna, sino á nuestra Osona, como hubiera practicado este sábio autor si hubiera tenido á la vista la mencionada lápida recientemente descubierta.

Tan grande y distinguida era esta antigua y olvidada poblacion, que habia construido un suntuoso panteon, á semejanza del de Roma y su autor fué el mismo célebre Marco Agrípa que edificó el de la capital del imperio. Así lo manifiesta una de las lápidas traídas de cerro Leon y colocadas en el arco. «Hizo este Panteon, dice, Marco Agrípa tres veces cónsul, hijo de Lucio, y arruinado ya por su antigüedad, lo restituyeron con todo su culto el Emperador César Septimio Severo Pertinax, Arábico, Pártico, Pontífice Maximo, ejerciendo la tribunicia potestad la undécima vez y la tercera el Consulado, Padre de la patria, Proconsul, y el Emperador César Marco Aurelio Antonino (Caracala) Pio, Feliz, Augusto, despues de haber obtenido la quinta vez la tribunicia potestad y la consular y proconsular.

Las ruinas y vestigios de antigüedad que se descubren en cerro Leon, ignorándose el verdadero nombre del pueblo que allí estuvo situado, proporcionaron á los inventores de la impugnada *Antia* un local á propósito para colocarla, y suponiendo su ruina y traslacion á este punto, formaron con pueriles y quiméricas cavilaciones el nombre de Antequera. Toda la comarca no les ofrecia un lugar seguro para alojarla, aunque nos muestra por todos lados restos y señales inequívocas de antiguas poblaciones, destruidas por las vicisitudes y agitacion de los tiempos; pero estas respetables cenizas han trasmitido á la posteridad el nombre de ellas, y solo el de Osone estaba sepultado en el olvido. Parecíales pues que allí debió ecsistir su fabulosa *Antia* y probaban su infundada opinion, mostrándonos los mármoles que se habian conducido á esta ciudad, procedentes de *cerro Leon* y remitiéndonos á ecsaminar su terreno sembrado de antiguallas. En efecto si hubieran pretendido acomodarla sobre las ruinas de Singilia, Nescania, Haro, Aristipi, la autenticidad de su vetusta denominacion hubiera patentizado la usurpacion, y no hubiera podido poseer en paz un sitio ageno, que habia de reclamar su indisputable y notoria propiedad. Así que era lo mas conveniente que cerro Leon la sirviese de hospicio, mientras no se averiguase el verdadero nombre del Municipio que ántes le poblaba. Pero el reciente descubrimiento destruye sus conjeturas y aserciones sobre esta materia y sustituido al nombre de *Antia* el de Osone, no es posible que encuentren ya sus patronos donde situarla.

No podemos negar que el anónimo Ravenate la menciona en su geografia, pero ya hemos dicho que su autor padeció una grave equivocacion, y nos persuadimos que al renovar las inscripciones que se leen á los lados de la puerta de los Gigantes, se adoptó ciegamente su opinion, que seria tal vez en aquel tiempo la de algun erudito de Antequera. No pretendemos con Masdeu, Muretori y el autor de las conversaciones Malagueñas que las lápidas transportadas á esta ciudad desde *cerro Leon* pertenezcan al municipio Antikariense, pero tampoco podemos condescender con los que en vez de Antikaria escriben *Antia*, al trasladar la cifra *Anti*, como vemos en el Guadalhorce tomo 1.º núm. 23, y estamos en

la inteligencia de que si el redactor de estos ilustrados artículos hubiera tenido noticia de este reciente descubrimiento, no hubiera dudado conjurar como apócrifo el nombre de *Antia*.

Ninguno de los manuscritos que hemos examinado, ni los insignes antiquarios que tenemos á la vista, nos dan la mas leve noticia de haber existido poblacion en algun tiempo en el cortijo del Cambron; nos consta que por aquel distrito no se han encontrado lápidas, estatuas, ni epitafios que son las señales mas positivas, ni vestigios algunos de antigüedad; pero una anecdota que nos han contado y vamos á referir nos instruirá de este extraño descubrimiento, verificado el año de 1837.

Persiguiendo uno de nuestros generales á los carlistas que acaudillaba Gomez, comunicó una orden á las autoridades de Mollina, que dista dos leguas de Antequera, para que le preparasen y reuniesen en el *pueblo del Cambron* las raciones que necesitaba. Divulgóse la especie por esta ciudad y la novedad del nombre con que se designaba aquel cortijo, llamó justamente la atencion y se realizaron diligencias y consultas para ver si tenia apoyo alguno en la geografia antigua. Por mas que se buscaron, no fué posible encontrar documentos comprobantes, ó que por alguna analogia iluminasen á los curiosos en su intento. Todas las tentativas fueron inútiles y en nuestro dictámen la referida comunicacion, que espresaba el nombre de un pueblo desconocido en toda la antigüedad y cuya existencia no podia acreditarse con documento idóneo, contiene una equivocacion manifiesta y notoria, que no podemos atribuir sino á la precipitacion del que le redactó, ó del copiante, que en vez de cortijo escribió pueblo.

No faltó sin embargo quien asegurase que el cortijo del Cambron habia servido antiguamente de asiento á un Municipio romano, y que este era el fundamento que habia tenido aquel ilustre general para darle la denominacion mencionada. Mas ¿como era posible que el gefe distinguido de las fuerzas españolas se dirigiese en sus marchas por una geografia caduca é inesacta por su antigüedad, que le hubiera espuesto á cada paso á los mas graves errores y equivocaciones?

nes trascendentales? Por lo que aun suponiendo que en este sitio hubo algun dia poblacion que seria bien dificil probar, no es creible que este conocimiento moviese al esclarecido general á designar el cortijo del Cambron con el nombre controvertido.

Concluyamos este capitulo, haciendo una breve reseña de los prósperos sucesos de las armas católicas. Alentada la España con las repetidas victorias que obtuvo don Pelayo, durante su gloriosa carrera, imponia desde los montes de Asturias á las huestes agarenas, desechas y humilladas en el campo del honor, y los Alfonsos, Ramiros y Ordoños estendieron latamente sus dominios y dilataron sus conquistas por todas partes. Los condados de Castilla y Aragon se trocaron poco despues en reinos independientes y Fernando III el Santo unió en sus sienes las coronas de Leon y Castilla para no separarse jamas. Por todos lados amenazaba á los infieles su destruccion y completo esterminio, nada se oponia al valor de los castellanos, y en vano intentaban los Arabes alargar su efimera ecsistencia, estendiendo precauciones para detener el golpe fatal que iba á caer sobre sus cabezas. La segur estaba levantada, y no tardaria en postrar á los odiosos tiranos de nuestra patria.

CAPITULO VI.

Conquista de Andalucia.--Antequera frontera de Cristianos.--Acé canse los Cristianos á Antequera.--Vista del Castillo y villa de Antequera.--Costumbres bárbaras de estos tiempos.

Unidas las coronas de Castilla y de Leon y dueño Fernando III de otras vastas y ricas posesiones, fijó sus miras sobre la Andalucia, dividida en muchos estados y reinos independientes. Penetrado su corazon de los sentimientos religiosos, y herida su alma santa con el triste cuadro que le ofrecia su patria desmembrada, usurpada y

profanada, con un culto supersticioso, formó el grandioso proyecto de recobrar sus tiranizados dominios, esterminar á los árabes, y reunir todos los pueblos de la nacion bajo las banderas de la fé, restableciendo la insigne monarquia de los españoles. Con este objeto convocando á todos sus guerreros y participándoles su arriesgado designio, juntó en pocos dias un lucido y numeroso ejército, resuelto á combatir bajo sus auspicios á todo el poder de Mahoma, y á ejecutar una empresa, si bien difícil, que al fin los cubriría de gloria y adornaría su frente con los laureles de los vencedores. Dispuso entonces su marcha hácia la Andalucía, foco y centro de los musulmanes, y atravesando el reino de Córdoba, se presentó á las puertas de Priego, villa importante y opulenta, cuya conservacion interesaba á los Moros, y cuya conquista habia de esparcir el terror y el desaliento entre los bravos discípulos del Alcoran. Opuso á sus invasores una heroica resistencia; mas no pudiendo contrastar al entusiasmo y valor de los castellanos, se rindió en pocos dias. Dominado este castillo, acercóse el ejército á Loja, que en vano empleó todos sus esfuerzos y ardidés para libertarse; Fernando, habiéndola escalado sus guerreros, entró en ella, y se apoderó de su fortaleza, destruyendo en seguida sus muros, y allanando sus fortificaciones porque no era posible conservarla, y sin detenerse partió á la vega de Granada. Temblaron los Sarracenos á la aproximacion del ejército triunfante y solo pensaban en aplacar á Fernando, sometiéndose, para evitar el asalto, á las condiciones que tuvo á bien dictarles. Recobraron su libertad mil trescientos cristianos que gemian en las mazmorras de Granada, y declarándose este monarca tributario de la corona de Castilla, partió el Rey, auxiliado del soberano de Baeza, á emprender el sitio de Córdoba.

Los vasallos de este último, descontentos de su alianza con Fernando III conspiraban contra él, y preparaban un tumulto popular para destronarle. Por esta causa propuso al rey de Castilla que destinase algunas fuerzas cristianas á Baeza, para que guarneciendo el alcázar contuviesen á los revoltosos, é impidiesen los planes de rebeldia que imaginaban. Pero los soldados que le acompañaban, indignados de esta

medida, le asesinaron por los años de 1227. Estaban en combinacion con los vecinos de esta plaza, que al grito de *mueran los Cristianos* cercaron el castillo, y estrecharon la guarnicion. Informado Fernando de estos acontecimientos destacó un trozo considerable de su ejército para socorrer á los sitiados, y entraron en la ciudad, sosegaron el tumulto, y desde entonces quedó agregada Baeza á la corona de Castilla.

Desembarazados estos obstáculos, y dificultades, se formalizó el cerco de Córdoba, que se entregó el año de 1236. Conquistada la capital, se derramó el ejército por todo el reino, y se apoderó consecutivamente de Ecija, Estepa, Lucena, Porcuna, Marchena, Cabra, Osuna y Baena, respetando á Granada por medio de un tratado de paz, cuyas condiciones son las siguientes: Que Jaen se rindiera sin dilacion, que las rentas reales de aquella fuesen partibles entre las dos coronas y que el Rey Moro como feudatario concurriese á las córtes del reino, cuando fuesen convocadas.

Hallábase Antequera de este modo en la frontera de una porcion de pueblos cristianos que la rodeaban. Lucena no dista mas que siete leguas, Estepa seis, y en un dia de jornada podian presentarse sus soldados delante de sus muros, y sorprenderla, ó asaltarla. Era necesario por esta razon redoblar la vigilancia, reparar las fortificaciones, y aumentar la fuerza del castillo. Como parte del reino de Granada, cuyo Rey era aliado de Fernando, nada temia por entónces; pero la inestabilidad ordinaria de estos tratados y la inconsecuencia de semejantes amistades la hacia rezelar que en un momento de enojo, ó desavenencia, podia ser acometida y estrechada por los cristianos, que si la encontraban desprevenida y abandonada, la tomarian con facilidad, y la pondrian en estado de no volver á su dominio.

Alarmada pues y cautelosa no omitió precaucion alguna para libertarse de una sorpresa, y defenderse si era sitiada. Sus aguerridos habitantes se prestaron á hacer todos los servicios que reclamaba su situacion crítica y peligrosa y en pocos momentos se vieron armados y montados muchos jóvenes cuyos brios y aire marcial eran seguros precursores del triunfo, si llegaba la ocasion de lidiar con sus enemigos. Abastecieron la villa de víveres y comestibles de todas clases,

abrieron delante de las murallas profundos fosos, y no omitieron diligencia alguna para repeler á los contrarios en todo caso.

Pero en vano se afanaban en preparar la plaza para el asalto, pues el rey de Castilla en nada pensaba ménos que en atacar á Antequera, y todas sus miras estaban fijas en Sevilla. Fiel en sus pactos y religioso en sus convenciones y tratados, jamas intentó violarlos, si se ejecutaban y cumplian sus condiciones, y cuando se le vió combatir con sus armas los dominios de los Reyes tributarios, la deslealtad y rebeldia de estos era la causa de sus rompimientos é incursiones. Resuelto por entónces á ocupar á Sevilla, esigió al rey de Granada que en cumplimiento de lo pactado le auxiliase en su empresa, y Athamar al frente de un aguerrido ejército se puso á sus órdenes, y cooperó á la conquista de la capital de Andalucía. De este modo casi toda la Bética volvió al dominio de Castilla, y solo el reino de Granada, reducido á límites muy estrechos, se mantuvo independiente, aunque pagando las párias y tributos estipulados á los Reyes cristianos. Murió Fernando y sus augustos sucesores, provocados por los moros, creyeron finalizada la alianza, y que les asistia un pleno derecho para emprender la guerra contra Granada.

Fernando IV el emplazado se apoderó de Gibraltar, y fue feliz en sus expediciones contra los moros, pero á su muerte, quedando su hijo en menor edad, sufrió el reino sublevaciones y alborotos que alentaron á los infieles, y mancillaron el lustre de la monarquía. Los dos tios de Alfonso XI perecieron en una batalla contra los reyes de Granada, y la muerte de estos ilustres regentes fué la señal de alarma para los descontentos y ambiciosos que aspiraban al mando supremo de la nación. Pero al rayar el príncipe en la edad competente, empuñó el cetro, para serenar aquellas escandalosas conmociones. Cesó el desórden apenas subió al trono de sus padres, y los mas inquietos doblaron sumisos la rodilla delante de un príncipe tan digno de ceñir la diadema. El pueblo español, obediente á la voz de su rey, y enemigo implacable de los Sarracenos, se reunió bajo sus gloriosas banderas, para vengar la muerte de tantos ilustres guerreros inmolados en los campos

de Granada, y la sangre de sus regentes, que espiraron en el ardor del combate.

La nobleza española, todos los guerreros denodados de aquel tiempo los soldados mas valientes y animosos, acompañaban en Córdoba à su soberano, que disponia una brillante expedicion hácia el reino de Granada. Josef Abenhamet reinaba á la sazón en este último y pequeño asilo del poder mahometano, y tenia fuerzas respetables y adiestradas en el arte de la guerra, que podian neutralizar el buen éxito de la empresa meditada. Para deslumbrarle pues, y llamar su atencion por otro punto, se dirigieron á las costas de Málaga algunos buques, que enfilados delante del puerto amenazaban á la plaza. Pero entretanto Alfonso al frente de los guerreros Castellanos, se acercó de improviso á Alcalá-la-real, que no tardó en entregarse. Tomada esta villa, partieron á Rute y Benamejí que siguieron el mismo ejemplo, y adelantándose hácia Antequera, se apróximaron á esta interesante fortaleza. El objeto del rey era reconocer la fortificacion de los castillos enemigos, y apoderarse de los que ponian una endeble resistencia. Habia poco tiempo que Teba y Cañete reconocieron su dominio, engruesando su vasta monarquia, y Antequera se mantenia firme, aunque cercada de pueblos cristianos. Importaba conquistar esta fortaleza para contener á los Moros de Málaga y Granada, que la consideraban como un poderoso baluarte de defensa que los ponia á cubierto de las tentativas de sus adversarios siendo un punto de operaciones para su ejército, y un asilo seguro en sus retiradas. Mas la actitud imponente de los guerreros que la custodiaban, la ventajosa posicion de su castillo, y las dilaciones que ofrecia un sitio no menos arriesgado que dudoso, disuadieron al principe de acometerla y asaltarla.

Contemplaban los cristianos desde la yega el agradable no menos que terrible espectáculo que ofrecia á su vista la villa y el castillo de Antequera. Circunvalada, aunque siguiendo una línea irregular, por una espesa, fuerte y alta muralla, flanqueada de trecho en trecho por solidas torres y robustos bastiones desde donde los que la defendian, aun cuando fuesen en número reducido, podian detener á un ejército, y guardada por tropas aguerridas y valientes, desdeñaba some-

terse al bravo ejército que la observaba, aunque habia triunfado junto á Tarifa de mas de doscientos mil Africanos. Elevabase en la cumbre del cerro un soberbio castillo que dominaba la vega, y hacia casi inespugnable la villa. Esquinado por cuatro torres cuadradas, cuya construccion fortisima habia de inutilizar los esfuerzos de sus invasores, tremolaba con cierto aire de seguridad y arrogancia el estandarte de Mahoma que no podian mirar sin indignacion los campeones Castellanos, y coronadas sus eminentes azoteas y las almenas de sus muros de innumerables Sarracenos, que hacian brillar sus alfanques, y las puntas de sus lanzas, presentaban una perspectiva variada y entretenida.

El rey luego que reconoció la fuerza de aquel interesante alcázar, y que no era posible domarle, sin consumir mucho tiempo, y emplear todo su ejército, se contentó con talar sus frondosas huertas y los campos de Archidona, dando la vuelta hácia Ronda, y dirigiéndose en seguida á Sevilla. Verificóse esta expedicion el año de 1339. Los moros de Antequera que no pudieron menos de temblar en presencia del bizarro ejército Castellano y aunque guarecidos de sus altos y sólidos muros, y ocupando una posicion tan ventajosa no querían esponer la suerte de la villa á la decision de las armas les perdonaron los daños causados en sus campos porque abandonaba la comarca, y aunque la vega quedaba assolada reflexionaron que este era el mejor partido que podian haber sacado de esta rápida y devastadora incursion. Su retirada restableció la calma y la alegria entre los habitantes, y Antequera libre de sus enemigos, parecia que renaciendo de sus ruinas en aquel momento habia escapado de un incendio, y que se habia salvado en el dia de su destruccion.

Estas eran las costumbres bárbaras de aquellos tiempos que autorizaba el derecho de la guerra y las mas veces se adoptaban por represalias. Así los cristianos como los moros, cuando transitaban por los dominios de sus enemigos, ó ejecutaban sus terribles expediciones talaban frondosos plantios, amenos prados, poblados de moreras, incendiaban riquísimas mieses, destruían las aldeas y alquerias, y apresaban todo el ganado y gente que por falta de prevision y sin conocer el peligro, permanecian derramados por los campos. De este modo

no solo se disminuía la población, y el número de habitantes, sino que además se sumían en la miseria y la indigencia innumerables familias, que dependían de las producciones de las tierras que cultivaban, y en un día aciago se arruinaba toda su fortuna, y desaparecían todas sus esperanzas. Los pueblos experimentaban todos los males consiguientes á estas devastaciones é incendios, y las plagas mas dolorosas eran el resultado de estas bárbaras y destructoras medidas. La civilización del mundo actual ha suavizado las costumbres, y moderado el derecho de la guerra, y aunque todavía no se ha desterrado totalmente la ferocidad indómita de aquellos siglos, no podemos negar los adelantos y mejoras del arte militar, que nos escasea los horrosos espectáculos, que con tanta frecuencia se repetían en estos tiempos. El odio implacable que se profesaban mutuamente los Cristianos y Sarracenos era el móvil principal de los estragos que lamentaban los pueblos, y la diferencia de sus cultos y leyes, influía en su genio guerrero para no perdonar ocasion en que pudiesen perjudicarse y destruirse. El grito de la humanidad abogado en sus pechos de bronce, no resonaba con la energía suficiente para refrenar sus fieros impulsos, y por todas partes no se descubria sino la triste imagen de la venganza y la muerte.

CAPITULO VII.

Alteraciones de Castilla.--Rey Moro de Granada.--Antequera sitiada.--Los Antequeranos se preparan para defender la plaza.--Retirase el ejército Castellano --Desgracia del Rey Bermejo.--Muerte desastrosa del Rey Don Pedro.--Enrique II.--Sucesos posteriores.

Muerto el infatigable Alfonso XI en el contagio que devoró su ejército al pié de los muros de Gibraltar, poseido otra vez por los infieles, le sucedió su hijo Don Pedro, conocido en la historia por su incontinencia, avaricia y crueldades, y en po-

co tiempo sacrificó á su cólera, y detestable venganza un sin número de víctimas ilustres, siendo las mas notables sus dos hermanos y su inocente esposa. La nacion aterrada bajo el cetro férreo de este príncipe deseaba romper sus cadenas y sacudir un yugo tan pesado. Ardia la tea de la discordia por todas las provincias, y se multiplicaban las conspiraciones para arrojarle del trono. Su nombre odioso se oia con indignacion, y si en su furor y demencia se gloriaba de infundir terror al solo eco de su voz, la esperiencia le hizo conocer que un monarca que se complace en ver á sus vasallos pálidos, postrados y temblando á sus pies, participa de los mismos temores, inquietudes y amarguras que ocasiona con sus tiranías.

Reinaba por este tiempo en Granada Mahomat Aben Alhamar llamado vulgarmente el Rey Bermejo por el color de su barba y cabellos. Habia usurpado el trono á Mahomad Lago, y le sostenia en él su popularidad, y buen gobierno. Consumóse esta revolucion, mientras su émulo, auxiliando á Don Pedro en clase de tributario y aliado en las guerras de Aragon, estaba ausente de Granada, y no podia regresar en muchos dias. Cerciorado Mahomad Lago de los tristes acontecimientos que habian tenido lugar en la capital de su reino, vióse precisado á desamparar á Don Pedro, y caminar hácia sus dominios con el ánimo de humillar al usurpador. Pero todo era en vano, y su enemigo prevaleció, ocupando el trono que no le correspondia. El Rey de Castilla, privado del refuerzo de su aliado, tuvo que admitir la paz que aborrecia, y ardiendo en ira y furor contra el Rey Bermejo que con su alevosía habia desconcertado sus planes, juró vengarse del intruso y castigar su insolencia. Reunió pues su ejército para invadir sus estados, y todo estaba ya pronto para empezar la campaña.

Se discutió en un consejo de generales sobre la marcha y direccion del ejército, y el punto que seria mas conveniente atacar. Casi todos opinaron que el castillo de Antequera conquistado y agregado á la corona de Castilla proporcionaria ventajas de consideracion á la monarquia. Esta plaza aseguraba la frontera de los moros, era de ordinario un centro de operaciones, para alarmar continuamente á los pueblos cristianos que la rodeaban, y servia de asilo á los enemigos en sus incursiones y derrotas. Su posesion aumentaba la fuerza de

los Castillos cercanos, protegía los movimientos del ejército para apoderarse de los dominios de Granada, estrechaba la línea de los Musulmanes, descubría el camino de la costa de Málaga, y facilitaba la conquista de Archidona y Loja, que en combinacion con los Antequeranos no cesaban de incomodar las fronteras de Estepa, Benameji, Lucena, Teba, y otros pueblos cercanos. Aprobó el rey este dictámen y no tardó en presentarse delante de las murallas de la villa.

Dividióse el ejército castellano en muchos trozos para circunvalar á Antequera; por todas partes la rodeaban ilustres y esforzados guerreros que ansiaban enseñorearse de sus muros y dominar sus soberbias y elevadas torres. Las alturas de los cerros inmediatos viéronse al punto coronadas de soldados valientes, que reconocían la situacion de la villa, y buscaban el lugar mas aprópósito para escalarla y rendirla. La Virgen de la Cabeza, Santa Lucia, el cerro de San Cristobal, Martin-anton, cubiertos de fieros campeones que registraban desde sus vertientes el recinto de la poblacion, amenazaban al castillo y le constituían en grande apuro. El rey cercado de la nobleza, y de lo mas lucido del ejército, contemplaba desde el coso de San Francisco la fortificacion de la plaza, y su belicosa actitud, que le hacian concebir esperanzas poco lisonjeras; pero acostumbrado á triunfar en sus proyectos, y á no ceder en sus empresas, determinó formalizar el sitio, y no omitir diligencia alguna para conquistarla.

Sus aguerridos moradores agolpándose á las murallas, y escaminando los movimientos de los cristianos, se disponían á rechazar á los atrevidos que tentasen escalar la plaza. Empuñaban sus corbós alfanges y blandían sus lanzas al borde de sus altos muros, y los lucientes adornos de sus turbantes aumentando el resplandor de sus armas deslumbraban á los denodados y fieros castellanos. Toda la línea se hallaba animada y defendida, y por todos lados se notaban los mismos preparativos y vigilancia. No pudiendo por la desigualdad de sus fuerzas salir al campo á batirse con sus enemigos, y favoreciéndolos dentro de la plaza su ventajosa posicion, se limitaron á esperar el asalto, y custodiar las murallas. No los desalentaba el número, ni el valor de sus invasores, y estaban resueltos á derramar toda su sangre en defensa del cas-

tillo y de sus hogares.

Entretanto los cristianos, que se habian estendido al rededor de la plaza, con el ánimo de reconocer la linea, y cerciorarse de su fortificacion: viendo que por todas partes se mostraba igualmente difícil, y bien acondicionada, y que no se distinguía el punto mas endeble para dirigir el asalto, y verificarlo con buen éxito, noticiaron al rey el resultado de sus indagaciones y diligencias. Reflexionó entonces Don Pedro que la conquista de Antequera no podia ser obra de pocos dias, que era una empresa árdua y por lo tanto indispensable para conseguirla, emplear esclusivamente el ejército en este objeto; y como necesitaba el auxilio de estas fuerzas para apagar las disensiones de Castilla, y los tumultos que alteraban la Monarquía, dispuso levantar el sitio, y continuar su expedicion hácia el reino de Granada. Pero al emprender la retirada, sació su venganza y fiero rencor en los campos de la vega, incendiando las mieses, y destruyendo las fértiles arboledas de sus huertas.

A poco de esta jornada, intentando Don Diego Garcia de Padilla asaltar y sorprender á Guadix, fué derrotado por los moros, quedando él mismo prisionero. Aben Alhamar, receloso de sus vasallos que ya estaban cansados de su dominacion y queriendo asegurarse en el trono, trabando amistad con D. Pedro, para que le dispensase su proteccion y apoyo, le envió sin rescate al ilustre cautivo. No tardaron los fieros granadinos en despojarle de la corona, que colocaron en seguida sobre las sienes de su competidor. El rey Bermejo en su desgracia pensó enternecer á Don Pedro y comprometerle con alagüeñas promesas y ricos presentes á que defendiese su causa. Partió á Sevilla con cuatrocientos caballos y doscientos infantes que le seguian, y postrado á sus pies, imploró su gracia y auxilio. Recibióle el rey con agrado y le aseguró que nada debia temer á su lado. Pero aquella misma noche, mientras cenaba, fué arrestado por órden de su protector, y pocos dias despues hizo cortarles las cabezas al Bermejo y á otros treinta y siete caballeros de su comitiva. Antes de espirar, le dijo con zaña estas palabras: «Tomad el pago de las paces que por tu causa tan sin razon hice con el Rey de Aragon»; y poco despues envió su cabeza á Granada, presentándosela á su

rival como un regalo.

Amotinados los grandes y acaudillados por el infante Don Enrique, hermano de Don Pedro y conde de Trastamara, vióse obligado el Rey á regresar á Castilla, y batir á los conspiradores. Pero aborrecido generalmente y abandonado de sus soldados, que engruesaban todos los dias las filas de Don Enrique, anduvo errante de pueblo en pueblo, sin encontrar sitio seguro para salvar su vida y sus tesoros. Imploró en su desgracia el socorro de Eduardo rey de Inglaterra que zeloso de la Francia, que auxiliaba á Don Enrique, le tomó bajo su proteccion, y sus tropas le restablecieron en el trono, derrotando á los parciales de su hermano, que se refugió á la corte de Carlos V. Este soberano le reforzó con un poderoso ejército, que atravesando la frontera y presentando batalla á los ingleses y españoles que seguian á Don Pedro, cerca de Montiel le venció y deshizo todas sus fuerzas, apoderándose de su persona al fugarse de esta plaza, donde estaba sitiado. Su hermano, sin oír en este momento mas que el grito de venganza que despedian tantas víctimas ilustres y toda su familia bárbaramente sacrificada, le atravesó con su espada y le dejó tendido en el campo, revolcándose en su sangre. Tal fué el fin desastroso de un príncipe, que nunca aspiró á poseer el corazón de sus vasallos, y que solo se ocupaba durante su vida en lanzar víctimas inocentes al sepulcro.

El carácter generoso, afable y liberal de Enrique II, sus bellas índoles y apreciables cualidades le grangearon la estimacion de los españoles, y disiparon el horror del fratricidio. Apellidábanle Enrique el dadivoso, ó de las mercedes, por que reconocido á los servicios de sus compañeros de armas, distribuia entre ellos todos los empleos y premiaba sus afanes y peligros con donaciones generosas. Las pretensiones de los reyes de Portugal y de Inglaterra, que presumian ser los herederos legitimos de la corona de Castilla y los derechos que alegaba el de Navarra á ciertos estados, hubieran trastornado el reino, si su discrecion y prudencia no hubiera conjurado la tempestad, manejándose con el mayor tino y acierto. Sin embargo el rey moro de Granada, no despreciando la ocasion favorable que se le presentaba para molestar á los cristianos y apoderarse de las plazas

que no pudiesen resistirle, empezó de nuevo la guerra se internó en las provincias aledañas, talando los campos, incendiando los pueblos, y apresando hombres y ganado, por donde quiera que pasaba. Eshausto el real tesoro, y conmovida la nación con los recientes disturbios y las intrigas de las córtes estrangeras, fué preciso que Enrique calmára á sus enemigos, contentando á unos, y refrenando á otros con las armas. Entabló con los moros negociaciones de paz, se suspendieron las hostilidades, y su destreza amanzó á los bravos Sarracenos; obligando ademas al principe portugues á renunciar sus ambiciosas pretensiones. Florecieron en su tiempo las artes, la religion, la justicia el órden social; organizó la hacienda pública, dictó sabias leyes, y reconoció á los beneficios de la Francia, nunca abandonó su alianza, contribuyendo con su armada naval á la derrota de los ingleses, que se habian apoderado de varios estados de aquel reino. Fué llorado en su muerte de todos los españoles, y su hijo don Juan I antes de espirar Enrique, recibió los avisos, documentos y lecciones mas importantes para dirigirse y gobernarse en su augusto destino.

Los sucesos mas notables que siguieron despues, fueron la derrota de los castellanos en la famosa batalla de Aljubarrota, en que los Portugueses triunfaron del ejército, de don Juan el I y poco faltó para que le aprisionaran en su fuga; y la industria de que se valió Enrique III para sorprender á los grandes, y escatimarles los inmensos tesoros que consumian en opiparos banquetes, y en fastuosas profusiones mientras el monarca, oprimido de indigencia, se vió obligado á empeñar su gavan para alimentarse. Califican muchos escritores este ruidoso hecho de fabuloso é inesacto, y pesadas las razones en que se fundan, es preciso adherirse á su dictámen. «Murió este principe, dice el Duchesne, con el consuelo de dejar pagadas las deudas de la corona, recobradas las rentas usurpadas, bien provisto el tesoro real, á cuenta de lo que el habia ahorrado, y sin ser gravoso á los pueblos, tenia ya tomadas sus medidas para arrojar de España á los Moros.»

CAPITULO VIII.

Minoridad de Don Juan II.—El Infante Don Fernando.—Renuncia la corona —Introduccion á la conquista de Antequera.—Motivos de la próxima campaña —Se reúne en Córdoba el ejército.—Nombres de los guerreros mas ilustres.

Contaba don Juan II veinte y dos meses cuando falleció su augusto padre, y su larga minoridad ofrecia graves recelos é inquietudes á los hombres sensatos y experimentados. Abrióse el testamento del difunto rey, y fué general la aprobacion y alegría al oír los nombres de los regentes, cuyas virtudes y prendas eran admiradas y aplaudidas en todo el reino. Su madre doña Catalina de Lancaster, y su tio don Fernando eran los ilustres gobernadores que nombró Enrique, y á cuyo cuidado confió la tutela del augusto niño. Dotada la Reina viuda de una rara discrecion y prudencia, y de un corazon tierno y sensible, solo aspiraba á la felicidad de la nacion con sus determinaciones y maternales desvelos, y reconociendo que la ventura de los estados depende principalmente de los buenos sentimientos y educacion del príncipe, se dedicó esclusivamente á inspirarle desde su infancia las ideas mas puras y las máximas mas luminosas. Sembró en su alma las semillas de las virtudes, cultivó su niñez con esmero, le imbuyó en los principios religiosos, bosquejó sus costumbres, y sus continuas lecciones de moralidad formaron su carácter dócil, modesto, bondadoso, pacífico y amable. Evitaban cuidadosamente los ilustres gobernadores todo motivo de desavenencia é indisposicion entre ellos, y dedicada la reina á educar á su hijo, y el infante á dirigir los negocios del Estado, experimentó la España durante su gloriosa regencia los beneficios de una sábia administracion, las dulzuras de la paz y todas las ventajas del órden social sometido al imperio de la justicia. No habia visto esta generosa nacion hasta entónces una minoridad tan feliz y tranquila como la de don Juan II, y si no faltaron síntomas de alteracion y de discordia, el tino y desprendi-

miento del infante atajaron sus progresos, y afianzaron la paz.

A los veinte y cinco años de edad se encargó don Fernando de la Regencia, y admiró á la España con sus virtudes y talentos. No parecia tutor del rey sino padre; no admitió el poder supremo, para dominar y hacerse señor, sino para proteger á su augusto pupilo y defender sus derechos. Su constante aplicacion á los negocios del estado, su interés por la prosperidad de la patria, la bondad de su corazon, sus luces brillantes superiores á su edad, su celo incansable por el bien de los pueblos, su probada lealtad y sus sentimientos religiosos nos han trasmitido su retrato adornado con los mas bellos colores, y con los rasgos mas elegantes y magníficos. Cautivaba las voluntades insensiblemente; los castellanos le amaban con entusiasmo al paso que le tributaban gustosos todos los respetos debidos á su alta dignidad, y los grandes reconociendo sus méritos sobresalientes le hubieran elevado al trono si su heroica fidelidad no hubiera rechazado la propuesta. En las córtes convocadas en Toledo presidió por orden de su hermano impedido á la sazón por sus achaques y enfermedades, y en ellas hizo ostentacion de sus singulares talentos, y nobles cualidades.

El rasgo mas brillante de su vida fué la renuncia que hizo de la corona de España con que le brindaban los señores mas poderosos del reino. Habia reunido todas las voluntades y era mirado generalmente como el salvador de la patria en las graves calamidades que la afligian; su genio belicoso y emprendedor contra los mahometanos acrecentaba el amor que le tenían, y estaban todos persuadidos que él era el héroe destinado por el cielo para arrojar á los infieles de la Península, restaurar la monarquia, y elevarla al colmo de la gloria y de la prosperidad. Ofreciéronle pues el cetro, y le manifestaron el designio que habian concebido de ensalzarle al trono de sus padres. Se lisongeaban de que admitiria la propuesta, aunque no dudaban de su virtud y lealtad, creyeron que el resplandor de la diadema deslumbraria á un príncipe tan jóven y amante de la gloria, disipando los escrúpulos de su conciencia las estudiadas razones de conveniencia y necesidad en que fundaban su invitacion y proyecto. Pero, ¿cuál seria su sorpresa, cuando en vez de aplaudir y aprobar su resolucion, les

reprendió su deslealtad, y pintándoles con los mas vivos colores su criminal traicion, concluyó escortándolos á ser fieles, y sumisos á su legítimo soberano? *Yo mismo*, les decia, *os serviré de modelo toda mi vida*, y no esperéis jamas que suscriba á vuestros desatinados intentos, usurpando la corona de mi augusto sobrino.

No hay duda que merecia llevar la diadema, pero la hubiera poseido sin derecho. Asi que no solo resistió á los alhagos de los seductores, sino que ademas engrandeció los estados de su pupilo y le aseguró en sus sienas la corona. Tal es el héroe que destinaba la Providencia para conquistar á Antequera, y libertarla de sus opresores, santificando su suelo profanado con los errores de una secta inmunda, y ennoblecéndola con el culto del verdadero Dios. Don Fernando fué el autor de los timbres honoríficos que distinguen á esta ciudad en medio de una nacion gloriosa, y su nobleza y esclarecidos privilegios al paso que testifican sus ilustres hazañas y heróicos padecimientos, mientras fué frontera de moros, nos recuerdan la predileccion y consideraciones que merecia á los reyes de España y los importantes servicios que prestó en aquella época calamitosa á la corona de Castilla.

A fines del año de 1407 se encargó el infante de la regencia, y ya habia empezado el 1410 sin haber dado muestras de su aventajado valor, y ardiente zelo contra los sectarios de Mahoma que á pesar suyo y con grande repugnancia de su corazon conservaban en su obediencia el reino de Granada y destruian con sus sangrientas incursiones los pueblos cristianos de la frontera. Ansiaba llagase el momento de extinguir esta raza perniciosa que por muchos siglos habia sido el terror, y el azote de la monarquia, y que para baldon de los Españoles retenia este respetable fracmento de su antigua usurpacion. Varias veces el soberano de Granada acometido por los católicos, habia pedido la paz, haciéndose tributario de la corona de Castilla, pero su infidelidad, su inconsecuencia, no menos que el odio que respiraba contra los adoradores de Jesucristo, le habian hecho quebrantar los pactos mas sagrados, y rebelarse contra sus señores, especialmente cuando sus armas se ocupaban en otros objetos.

Por otra parte enemigo don Fernando de la ociosidad, y reflexionando que el ejército acuartelado, y permaneciendo en la inaccion se entregaria á los vicios, y perderia su acreditado vigor y arrojo, juzgaba necesario emplearle en nuevas empresas para sostener el lustre de las armas, y la reputacion de los invencibles guerreros, que le componian; y miraba como un deber suyo, por el carácter de regente de que se hallaba revestido, el reprimir á los infieles, castigar su osadia, y escarmentarlos en sus atrevidas expediciones y frecuentes correrias. Habian finalizado las treguas asentadas con los Moros, y ya no era posible escusarse de medir las armas y lidiar con unos enemigos tan implacables y perniciosos. La paz profunda que reinaba en Castilla, la armonia de todas las clases del Estado, el respeto y amor que le profesaban los vasallos de su augusto sobrino, y el entusiasmo con que recibió el ejército la noticia de la campaña meditada, le facilitaron los medios de realizarla, y le estimularon á apresurar el momento suspirado. Ocupábase de los preparativos, y la nobleza y el pueblo cooperaban á sus miras, prestando todos los sacrificios, y apoyo que necesitaba la empresa. El grito de guerra resonaba por toda la Peninsula, y la fuerza armada, moviéndose en todas direcciones, buscaba á sus generales, y se colocaba bajo sus respectivas banderas. Sobrevino á este tiempo la sorpresa de Zahara, villa importante no lejos de Córdoba, que habian recobrado los infieles, y esta desgracia aumentó la indignacion del infante y el entusiasmo del soldado. Para vengar á sus hermanos cautivos, y los desmanes que cometieron los enemigos en la rendicion de esta plaza, y al rededor de las ciudades vecinas se obligaron todos los guerreros á no soltar las armas hasta humillar á los Sarracenos, y lavar con su sangre la reciente injuria.

Señaló el infante á Córdoba para que se reuniese el ejército, y el mismo se dirigió á esta capital por el mes de febrero. A la aproximacion de sus fuerzas desampararon los Moros á Zahara, destruyendo sus fortificaciones, antes de emprender la retirada. Los Castellanos sin dilacion repararon los adarves, y restituyéndola sus arruinadas torres y pertrechos, la pusieron en estado de defensa. No tardaron en con-

currir al punto de reunion los señores de vasallos con sus fuerzas; cada dia se aumentaba el ejército con nuevos tercios de tropas que ingresaban en la ciudad, y sus vistosos y variados pendones tremolaban al frente de los cuerpos lucidos y denodados, que conducian sus bizarros y aguerridos adalides. Ardia el fuego patrio en todos los corazones; no habia un soldado que no ansiase el combate, y que no estuviese animado de los generosos sentimientos que siempre han distinguido á nuestros esforzados guerreros. La subordinacion, la disciplina, el aire marcial, y la decision de aquellos bravos militares, que se congregaban para vengar á la religion y á la patria de los ultrages que recibian continuamente de los Musulmanes, anunciaban el triunfo mas completo y la mas gloriosa victoria, y los fieros granadinos no pudieron ménos de temblar al informarse de la brillante jornada que preparaban sus enemigos.

Distinguese entre los nombres de aquellos ilustres guerreros los de Don Lope de Mendoza Arzobispo de Santiago, Don Sancho de Rojas Obispo de Palencia, Don Enrique Guzman conde de Niebla, Don Pedro Manrique adelantado de Leon, Don Pedro Ponce de Leon señor de Marchena, Don Gomez Manrique adelantado de Castilla, Don Fernando Manrique, Don Martin Fernandez de Córdoba alcaide de los donceles, Don Carlos Arellano, Don Garci Fernandez Manrique señor de Aguilar, Don Juan Fernandez Pacheco, el Dr. Don Pedro Sanchez del Castillo. Acudieron ademas otros esclarecidos personajes que Don Fernando armó caballeros, segun el uso de aquellos tiempos, y si la historia ha omitido sus nombres, sus heróicas proezas eternizaron su fama, y nos merecen un voto respetuoso de gratitud. Nuestros campos regados con su sangre y las losas de estos muros señaladas con las puntas de sus lanzas, renuevan todavia su memoria, y sus nombres escritos en el polvo, si se esconden tras el velo impenetrable que ha tendido sobre ellos el silencio de nuestros escritores, han sido descifrados por la posteridad reconocida, que lee con entusiasmo en torno del pueblo y en los sitios mas célebres de la circunferencia: aquí cayó mortalmente herido, ó aquí triunfó de los indomables Agarenos un héroe Español digno de la memoria de los siglos venideros.

Aun nos restan los nombres de otros guerreros inferiores, cuyas gloriosas proezas los darán á conocer en adelante. Ellos son los ascendientes de las numerosas familias que conservan sus apellidos en la generacion actual, y Orbaneja en su romance, á veces irregular en el metro, nos ha trasmitido una multitud de estos en el trozo que extractamos á continuacion.

Los Narvaez y Villegas
Gerones y Marmolejos
Chacones y Santisteban
Parejos, Ocones, Ortegas
Rojas, Enriquez, Aguayos
Almazanes y Riveras,
Eslavas y Barrionuevos
Bustamante, Rosales y Cabrerias
Ponce de Leon, Bazanes,
Los Uribes y Pinedas
Farfanes, Ruices, Solanas,
Carrisosas y Orbanejas.

En la conquista se distinguieron otros muchos que citaremos á su tiempo. La mayor parte de ellos eran hidalgos, oriundos de la sangre mas ilustre de Castilla; y los demas se ennoblecieron en el asalto de Antequera con sus brillantes hazañas. Componíase todo el ejército, dice el P. Mariana, de diez mil peones y tres mil quinientos caballos, la flor de la milicia de Castilla, soldados lucidos y bravos.

CAPITULO IX.

Conferencian los generales sobre la direccion del ejército y punto de ataque.--Inclinase don Fernando á sitiar á Antequera.--Rescate prodigioso de dos niños cautivos en Antequera.--Decide el infante el asalto de esta plaza.

Ya se habia completado el número de las fuerzas que ha-

bian de concurrir á la jornada y aun no se habian determinado sobre la direccion del ejército y punto de ataque. El objeto de la expedicion era estrechar la linea de los enemigos, disminuir sus dominios, hacerles respetar el nombre cristiano y castigar la insolencia con que se derramaban por la frontera, y asolaban los campos y los pueblos que encontraban en sus marchas. Desde Gibraltar hasta Baza se descubriau muchos castillos importantes y plazas de armas, cuya posesion anhelaban los nuestros casi con igual interes, y su conquista ofrecia al parecer las mismas ventajas y las mismas dificultades. Era preciso por lo tanto fijar las miras en alguno de estos puntos para empézar las operaciones, y para no esponer la empresa á un suceso desgraciado, deliberar con acierto, y con el acuerdo de los mas experimentados y juiciosos, sobre los medios mas seguros de rendir la fortaleza que fuese preferida.

Reuniéronse pues los ilustres gefes por órden del infante y conferenciaron largamente sobre el asunto. Divididos en sus dictámenes, y proponiendo cada uno asaltar los pueblos mas cercanos á sus señoríos, ó que mas se acomodaban á sus miras, permaneció mucho tiempo la cuestion indecisa. Sin embargo habia pluralidad de votos contra tres plazas mas notables, y toda la asamblea tomó parte en la discusion, equilibrándose el número de los que sostenian sus respectivos acuerdos. Opinaban los primeros que siendo Baza una ciudad rica, situada en tierra llana, y en un extremo de los estados enemigos, debia marcharse sobre ella, y su conquista no seria dificil, al paso que privaba á los moros de un poderoso baluarte, y de un antemural que cubria el reino de Granada, y retardaba su caida. Otros por el contrario eran de dictámen que se debia acometer á Gibraltar, que por su cercania á la costa de Africa facilitaba á los infieles diarios refuerzos, abria la Península á nuevas invaciones, y prolongaba el término de una guerra tan desastrosa, y esterminadora. Así lo conoció el invicto Alfonso XI, cuando cercó con su ejército este interesante castillo, y si un contagio funesto no hubiera aniquilado sus fuerzas y arrebatádole la ecsistencia, Gibraltar no hubiera podido resistir al asalto, y se hubiera entregado á los denodados castellanos. Convenian los gefes de

Los dos mencionados dictámenes en que seria mas acertado y prudente invadir los dominios de los Sarracenos por sus alas ó estremidades, pues en caso de un revés funesto guardaban sus espaldas muchos pueblos cristianos, prontos á socorrerlos y su aprocsimidad les brindaba con un asilo donde refugiarse.

Pero eran de distinto parecer otros guerreros no menos esclarecidos y famosos que juzgaban se debía atacar el centro, y apoderarse del castillo de Antequera. Situada á menos distancia de Córdoba que las otras dos plazas, y siendo una de las fortalezas mas importantes de aquellos tiempos estaban persuadidos que ninguna prometia un triunfo mas seguro y ventajoso y que aunque el rey de Granada con todas sus fuerzas pretendiese libertarla y alzar el sitio, podia contar el infante con el auxilio de toda la Andalucia. Para aumentar estos su partido, representaban la opulencia de sus moradores, la abundancia y fertilidad de su vega, la utilidad que sacarian del buen écsito de esta empresa los pueblos cristianos de la frontera, y en fin aseguraban que tomada esta villa no tardaria Málaga en rendirse, y que el trono del rey de Granada se veria amenazado desde sus altas almenas. Añadian que Lucena, Benamejí, Estepa y Antequera puestas en combinacion y aprovechándose de un descuido, podian, sin necesitar las fuerzas del ejército, sorprender á Archidona, Alora, el Valle de Abdalacis y otras villas situadas á corta distancia, y apoderarse de sus castillos; lo que era muy dificil careciendo de un punto de apoyo tan propio como Antequera y estando dominado por los enemigos su terreno.

Oia el infante don Fernando con atencion los tres diversos dictámenes que dividian el consejo, y ecsaminadas las razones en que se fundaban, apenas se atrevia á resolver la cuestion. Era notorio el daño que causaba á la monarquia la dominacion de los infieles en Gibraltar. Los Africanos reunidos en masas considerables desembarcaban todos los dias en aquella plaza, y agregándose á los Moros españoles que profesaban su misma religion, reforzaban sus huestes y alteraban la tranquilidad del reino con sus incursiones. El trono de Castilla peligraba, y ningun pueblo estaba seguro, sino se atajaba este torrente devastador, apoderándose de Gibraltar

y quitando á los mahometanos con la conquista de su alcázar la facilidad de repetir impunemente estas expediciones tan perniciosas. Baza por otra parte reclamaba la atencion del regente; sus recuerdos históricos, su incontestable y remota antigüedad, y los gloriosos timbres que la adornaban desde los primeros dias de la poblacion de España, la hacian merecer la preferencia en la cuestion que se ventilaba. Baza llamada en otro tiempo *Basta*, fué la madre y el origen de los pueblos bastulos, ó bastetanos, que la miraban como su metrópoli, ó capital de su nacion, y sus leyes, régimen administrativo, y sanas costumbres abolidas por Julio César, la hicieron célebre en aquellos siglos de oscuridad, y una de las ciudades mas famosas en la historia. Es verdad que ya habia desaparecido toda su grandeza, y que las vicisitudes y revoluciones de los tiempos la habian reducido á un pequeño recinto y corta poblacion; pero aun conservaba vestigios de su antigua fortificacion reparada por los Romanos, los Godos y los Mahometanos, y no era difícil rendirla y arrebatársela á los infieles, para resucitar su pasada nobleza, y su lustre primitivo.

Sin embargo, agradaba mas al infante la otra proposicion, y un secreto presentimiento le inclinaba á la conquista de Antequera, y apartaba sus miras de las plazas competidoras. Habia recibido las noticias mas plausibles sobre la importancia de su castillo, y su ventajosa posicion que podia servir á los cristianos poseyéndole y municionándole, de mucha utilidad, y la corona de España habia dado en su dictámen un paso muy agigantado para esterminar á sus enemigos, tomando esta plaza y confiando su defensa á manos diestras y valerosas, que supiesen preservarla de las acechanzas y tentativas de sus adversarios. Refieren algunos manuscritos que hemos consultado, que siendo Don Fernando general del ejército castellano en tiempo de Enrique III su hermano la cercó el año de 1403, y trató de apoderarse de ella; pero que penetrado de la dificultad de la empresa, se retiró en breve, sin haber hecho otra cosa que examinar su posicion, y la fuerza de sus murallas. Y siendo así, acaso influirian estos antecedentes para que se inclinase en favor de los que proponian la toma de Antequera, y desechase la opinion

de sus contrarios; pues la belleza de nuestro clima, la fertilidad de la vega, y la liga que podian formar contra los infieles los pueblos cercanos con Antequera ocupándola los católicos eran fundamentos muy poderosos para que el infante se interesase en su posesion. Mas á pesar de todo vacilaba aun, y permanecia perplejo, sin adoptar una resolucion decisiva, cuando un raro acontecimiento que vamos á referir, y testifican todas las memorias antiguas que hemos registrado, impulsaron su religioso ánimo á fallar el asalto de Antequera.

En medio de la populosa ciudad donde se habia congregado el ejército, agitada con el tumulto de las armas, la infatigable actividad de tantos guerreros, y los preparativos de la próxima campaña, un espectáculo prodigioso arrebató la admiracion general, y conmovió á todo el pueblo. Presentóse en Córdoba un religioso del Cister, cuyo venerable semblante y austeras virtudes tenian suficiente atractivo para grangearle la estimacion y aprecio de nuestros pios ascendientes; conducia dos tiernos infantes, uno de diez años y otro de once naturales de Teba, que sus padres le habian confiado para que participasen al ilustre regente la rara maravilla con que habian sido rescatados del cautiverio de Antequera donde habian jemido pocos dias ántes. Las canas respetables del monge, y la candorosa inocencia de los niños cautivaban los corazones y añadian mayores grados de autenticidad al hecho portentoso que publicaban. Ya se habia propagado la noticia por el pueblo, y don Fernando aun no los habia visto, ocupado en los graves negocios que le entretenian, cuando obtenida su licencia, se presentaron los tres forasteros. Señor: dijo el monge, estos dos infantes que me acompañan acaban de ser rescatados en Antequera del modo mas prodigioso. Son naturales de Teba, que dista cinco leguas de aquella y habiendo verificado sus bravos soldados una de sus frecuentes correrias por la frontera no hace mucho tiempo, capturaron á estos dos inocentes á las puertas de su pueblo, donde jugaban desprevenidos. Transportados á Antequera, sin atencion á sus tiernos años, y desoyendo el grito de la humanidad, los sumieron en sus lóbregas mazmorras, donde lloraban sin consuelo la ausencia de sus padres, y el rigor escesivo con que les trataban los bárbaros. Invocaban

sus inocentes lábios el nombre augusto de la Madre de Dios, é imploraban desde aquella inmunda prision su auxilio soberano. Sus continuos gemidos y lamentos, que solo merecieron la aspereza y los insultos de sus opresores, enternecieron al fin á la reina del Cielo. Quebrantando las férreas puertas de aquella profunda carcel apareció de repente al lado de los dos niños y enlazando sus trémulas manos los condujo fuera de los muros, señalándoles el camino que habian de seguir para llegar á su patria. A poco desapareció la caritativa muger que habia roto sus cadenas, y los habia liberado de la servidumbre. Emprendieron la marcha solos y desconsolados por senderos desconocidos, segun las instrucciones que les diera su bienhechora, mas despues de tres dias de una penosa jornada, desalentados con el cansancio, y extraviada su ruta, se arrojaron al suelo, regándolo con sus lágrimas inocentes.

Nadie acudia á sus lamentos, y el eco de sus voces candorosas resonaba á lo lejos, perdiéndose entre las fragosidades de los cerros inmediatos. Pero la Madre de misericordia penetrada de una dulce y amorosa compasion descendió segunda vez de las moradas celestiales para guiar á estos angustiados infantes. Sus palabras consoladoras introdujeron la paz en sus agitados corazones, que ya palpitaban de alegría, como antes de dolor y sobresalto, y estrechando sus blandas manos, los llevó hasta Peña-rubia desde donde le mostró el castillo de Teba. Los animó á proseguir el viaje, sin perder de vista á su patria y les prometió acompañarlos invisiblemente, hasta que se restituyesen al seno de sus desconsolados progenitores. Deploraban estos su desgracia, cuando llegaron sus hijos y se arrojaron en sus brazos. No es posible describir el júbilo y recocijo de aquellos afligidos padres al estrechar en su seno á los dos inocentes cautivos, preguntábanle mil cosas á un tiempo, y besando sus tiernos semblantes, no acababan de admirar un hallazgo tan venturoso y extraordinario. Contentaron los niños su justa curiosidad, informándolos minuciosamente, y como podian explicarse en su edad, de sus padecimientos en las mazmorras de Antequera, de la libertad que obtuvieron de una muger muy bella, que los puso fuera de las murallas, de su largo y extra-

viado viaje, y en fin de la segunda aparicion de su caritativa bienhechora que los condujo hasta Peña-rubia, y les mostró su pueblo. En vista de esta sencilla narracion no dudaron sus padres que la Virgen Ssma. los habia rescatado acudiendo al socorro de los inocentes que la invocaban en su amarga tribulacion, y acogiendo benignamente las súplicas que ellos mismos la dirijian con este fin. Un suceso tan raro y singular debe publicarse por todo el mundo, y aquellos piadosos progenitores han creido de su deber participarlo al ilustre regente del reino. Con este objeto me acompañan los dos niños que os harán la misma relacion, y yo he desempeñado mi encargo poniendo en su conocimiento la historia prodigiosa del cautiverio de estos dos inocentes.

Atónito y pasmado escuchaba el infante la narracion del venerable anciano y abismada su alma en la contemplacion de la Misericordia Divina, que habia cuidado de aquellas criaturas desvalidas de un modo tan digno de su augusta providencia, apenas se atrevía á interrumpir su religioso silencio, y á distraerse en otros pensamientos. Las circunstancias prodigiosas de este suceso gravadas fuertemente en su corazon, le habian sumergido en una meditacion profunda, semejante á una enagenacion, y se persuadia gustosamente que esta maravilla era un aviso del cielo, para que dirigiese sus armas hácia un pueblo, que la Virgen Santisima habia honrado con su presencia, y habia hecho teatro de sus favores. Inclínose totalmente la balanza, y se desvanecieron todas las dudas que le inspiraba la eleccion de uno de los dictámenes, que controvertian los gefes del ejército, y con una prontitud agena de su carácter lento y mesurado, determinó la conquista de Antequera.

Ya veis, decía á los generales, que el cielo mismo ha decidido la cuestion y nos ha marcado el punto que debemos atacar por medio de esta rara maravilla que hemos oido con asombro. La Madre de Dios que se dignó visitar las inmundas mazmorras de Antequera, debe tener en ella un templo cristiano, y ser reverenciada con el culto del Evangelio, y mientras el victorioso estandarte de la fé no tremole sobre sus soberbias torres, no hemos llenado los deberes que impone la religion á los soldados que se encargan de defender-

la. Todas las circunstancias de este prodigio merecen nuestra admiracion, y la santa Virgen no obró ménos portentosamente libertando á los infantes de sus crueles prisiones, que conservando sus vidas en cuatro dias de jornada sin socorro, sin guia, sin sustento y en una edad tan juvenil. La venerable ancianidad del monge que los conduce, y la inocencia de los cautivos no nos permiten dudar de la verdad del prodigio, y en ninguna empresa se emplearian nuestras armas tan justamente como en conquistar para María un pueblo que ha declarado suyo al distinguirle con sus favores y mercedes. Acérquemonos pues á esta plaza importante, sometámosla al imperio de la fé, restablezcamos el culto santo que abolieron los moros supersticiosos al apoderarse de ella, y no descansenos hasta colocar en lo mas alto de su alcázar los pendones de Castilla.

Escuchaban los generales al infante con sobrado gusto para que no aprobasen de comun acuerdo su determinacion, y el entusiasmo religioso que le animaba habíase comunicado á los corazones de todos los que componian la asamblea y producido en ellos los mismos efectos. Recibió la tropa con alegres aclamaciones la noticia de lo que se habia dispuesto, y un grito universal resonaba por todas partes, acogiendo el pensamiento del ilustre regente, congratulándole por haberle sancionado, y repitiendo sus alabanzas. El ardor, la fogosidad de aquellos intrépidos soldados apenas podia contenerse, y condenando las dilaciones, corrian por las calles de Córdoba gritando: guerra á los moros de Antequera, escalemos sus soberbias murallas, triunfemos de sus infieles moradores, establezcamos la religion cristiana en la villa y levantemos un templo á la Virgen sacrosanta, que la ha ennoblecido con sus maravillosos favores.

CAPITULO X.

Combate de un Caballero Cristiano con el alcaide de Ronda en el puente de Lucena.--Nombre del Cristiano.--Entra en Antequera don Tello.--Sale el ejército de Córdoba.--Historia de la doncella Laurena.

Mientras en Córdoba se reunía el ejército y se aprestaba todo lo necesario para el asalto de Antequera, un caballero cristiano natural de Ecija, discurría y se paseaba por la vega, registraba todos los sitios de la circunferencia, y acercándose á los muros, hacia señal con su pendoncillo que esperaba un guerrero para combatir. Avisaron los centinelas al alcaide, y le notificaron este inesperado acontecimiento, y subiendo á la torre del Homenaje, se divertía en observar aquel aventurero, que sobre un lucido y brioso caballo, blandiendo su lanza, y fuertemente armado atravesaba la llanura, á poca distancia de las murallas, con una bizarria y serenidad increíble. Asomaronse á los adarves muchos guerreros que no cesaban de admirar el valor y arrojo del cristiano, y su gallardo continente y aire marcial descubrian en él uno de los caballeros mas ilustres y esforzados de Castilla. Todos los moros que se preciaban de valientes solicitaron permiso para salir al campo á escaramucear, y molestaban al alcaide con repetidas instancias. Pero intimado este al ver la arrogancia y osadia del campeon cristiano, y temiendo esponer á una muerte inevitable al que se atreviese á admitir el desafio, estaba resuelto á destacar en su persecucion algunas fuerzas para que le capturasen, y condujesen á la villa.

Adoptado este pensamiento, dispuso y numeró los soldados que habian de salir á cautivar al valiente guerrero, previéndoles que evitasen la lucha y le trajesen vivo, pues se interesaba en su conservacion, como presa que debia ser de importancia, y por otra parte ansiaba por conocerle y tratarle, enamorado de su bizarria é intrepidez. Para que no se alejase de la vega ordenó que se le hiciese señal de que era admitido el duelo, y entretanto se congregaban á toda prisa sus perseguidores. Formados en la plaza del castillo, y acaudillados por

un bravo sarraceno, ya se dirijian á la puerta de la villa, cuando una contraorden los detuvo en el umbral, y les obligó á retroceder.

Habíase presentado el fiero Arabella alcaide de Ronda, que se hallaba á la sazón en Antequera, á su cauteloso compañero y le habia comprometido á que le dejase salir al combate, asegurándole la victoria y la prision de su rival. Decíale que no era honroso destinar contra un solo hombre tantos soldados; que este era indicio de temor y de miedo, y que los enemigos tendrian motivos muy poderosos para motejarlos de cobardes, si se ejecutaba la órden que habia dictado. Añadia que la confianza con que se presentaba en su terreno aquel cristiano, debia estimularle á proceder con nobleza, y á prodigarle sus consideraciones, pues segun las costumbres caballerescas de aquellos tiempos gozaban de salvoconducto los aventureros que se internaban en el pais enemigo, provocando á los valientes á un certamen singular. Concluyó finalmente manifestándole que estando Arabella en Antequera no podia permitir aquel atropellamiento, que los cubria de ignominia, y que demostraba no haber dentro de sus muros un guerrero denodado y valiente que osase pelear cuerpo á cuerpo con un solo castellano, que el contaba con el ánimo suficiente para vencerle y que su nombre habia sido siempre el terror de los enemigos mas osados.

Con estas reflexiones logró disuadir al alcaide de Antequera de su desatinado intento, y montando sobre un ligero caballo, salió de la villa, y encaminó sus pasos hacia el punto donde le esperaba su rival, que impaciente y enojado de la tardanza, habia repetido muchas veces el desafio, enarbolando un pendoncillo en la punta de su lanza. Luego que divisó al bizarro Arabella, que le buscaba para escaramucear, procuró ahorrarle la mitad del camino, corriendo hácia él con velocidad, y acercándose le dijo: bien se conoce en la elegancia de esa rica marlota, y precioso capellar, en el brillo de ese adornado turbante, en el mérito del caballo y la gallardia del ginete, que voy á combatir con un caballero ilustre y poderoso. Mi gloria será colmada, si alcanzo el triunfo y puedo postrar á un competidor tan esforzado, y si al contrario me abandona la fortuna y soy vencido, me servirá de consuelo en

mi desgracia, el haber lidiado con un rival tan valiente. Bravo castellano le respondió el moro, tu cortesania y valor acreditan la nobleza de tu sangre, y la serenidad con que atraviesas este terreno poblado de enemigos, que ofrece mil peligros á cada paso es un testimonio incontestable de tu intrepidez y arrojo. Mi gloria será igual ya sea vencedor ya vencido por haber peleado contigo y para mayor seguridad de tu persona, y sosiego de tu espíritu, retiremosnos de la villa para empezar el combate. Convenidos y acordes los dos impávidos guerreros partieron al puente de Lucena, y allí trabaron la sangrienta contienda.

Los Antequeranos asomados á las murallas, y ocupando los sitios mas altos de la villa y las azoteas de las torres, observaban á los combatientes, y seguian con los ojos todos sus movimientos. Habíanse acometido como dos leones, y sus lanzas manejadas con destreza, despedian globos de fuego que iluminaban el campo y deslumbraban á los espectadores. Arabella viendo muy cercano á su rival se abalanzó hácia él con intento de herirle, pero el cristiano en ademan de esperarle, eludió el golpe, dándole al mismo tiempo un bote de lanza entre el descubierto de la adarga, que penetró la fuerte cota y abrió sus carnes. No tardó el moro en sentir las funestas consecuencias de este golpe pues herido y arrojado del caballo, bañaba la arena con su sangre, mientras el soberbio castellano ileso y enseñoreandose de su víctima, cantó la victoria y enderezó un voto de gracias al Ser Supremo, porque le habia hecho triunfar de su esforzado enemigo. Saltando entónces del bruto con presteza y examinando la herida que era bastante peligrosa, sacó una venda que llevaba por precaucion, y la ciñó fuertemente para atajar el rio de sangre que derramaba, y mostrándose lastimado de su desgracia y cuidadoso de su vida, venció tambien el alma sensible de Arabella.

Soy tu prisionero, valiente cristiano, exclamó el alcaide de Ronda, y no puedo ménos de confesar la superioridad de tus fuerzas, y la destreza de tus armas invencibles. Bien puedes gloriarte de haber postrado á uno de los mas atrevidos campeones de las huestes Mahometanas, y de arrastrar unos trofeos, que aumentarán la fama de tu nombre, y alimentarán tu noble orgullo. Justo es por lo tanto que me manifiestes

quien es el ilustre guerrero que me ha vencido, no solo humillándome en tierra al impulso de su lanza, sino tambien salvando mi vida con sus generosos officios. Gallardo moro, respondió el castellano, mas bien la suerte que mi valor me ha ofrecido un triunfo tan glorioso: apenas podrá notarse desigualdad alguna entre nosotros, y si te miro rendido á mis pies es obligacion mia suministrarle como buen caballero todos los socorros que reclama tu peligrosa situacion. Desempeñados estos primeros deberes voy á satisfacer tu curiosidad. Mi nombre es Tello, mi patria Ecija. Hace pocos dias que sali de mi pueblo á recorrer el pais enemigo en busca de alguna aventura, y acercándome á los muros de esta plaza, me he batido con un competidor esforzado, pero que la fortuna envidiosa mira con zeño y le ha entregado al mas endeble de los soldados de Castilla. A este tiempo se percibió un sonido lejano, y escuchando Arabella con atencion: corre, valeroso guerrero, le dice, aléjate de esta comarca, salva tu vida amenazada. En el castillo han tocado alarma, y bien pronto te verás rodeado de una multitud furiosa que te acometerá para vengar mi sangre. Mi agradecimiento y mi honor me obligan á manifestarte el peligro en que te hallas, y la última prueba de amistad que quiero recibir de ti, es que te aproveches de mi aviso y evites el encuentro desapareciendo con velocidad de este distrito.

Seria un baldon para un guerrero castellano, repuso don Tello, volver las espaldas á sus enemigos y abandonarse á la fuga. Mi corazon no conoce el miedo, y es mi deber esperar á tu lado el escuadron que se aprocsima. No puedo condescender con tus ruegos, pero ellos me hacen formar una idea todavia mas elevada de tus nobles sentimientos y honrado proceder. Aun no habia concluido estas palabras y una multitud de fieros Sarracenos le cercan por todas partes, y se preparan á embestirle. Don Tello enristrando su lanza se pone en estado de defensa, y se dirige impávido á sus bravos enemigos sin desalentarse con el número. Pero Arabella levantándose aunque con bastante trabajo, y colocándose en medio de los combatientes, les suplicó enarecidamente que desistiesen de la pelea sin empezar las hostilidades. Don Tello es mi amigo intimo, gritaba á los Antequeranos, y si me ha vencido en la

batalla, le debo la vida y los mas generosos officios. Me veré en la necesidad si osais atacarle, de ponerme á su lado, y dividir con él los peligros y la suerte. Por otra parte es una infamia que tantos soldados se ocupen en combatir á un solo caballero y juro por el profeta que yo mismo publicaré vuestra cobardia, si desatendeis mis instancias y sobrevivo á la contienda. Retirad pues las armas, acceded á mis súplicas; y don Tello acompañado de su prisionero, no dudará en volver con nosotros á la plaza, y hospedarse al lado de Arabella dentro de los muros de Antequera. Acojió unánimemente el escuadron la proposicion del alcaide de Ronda, y era puntualmente lo que pretendia el de Antequera, segun las instrucciones que habia dado á su gente, y conviniendo tambien el castellano, regresaron todos á la villa.

Salieron sus moradores á recibirlos fuera del muro, y agolpándose en torno del guerrero, observaban todos sus movimientos, sus lucidas armas, sus brillantes adornos y su aire marcial. Admirados de su valor y denuedo no apartaban la vista de don Tello, que conservando su serenidad ordinaria, seguia al bizarro Arabella por medio de tantos infieles con el mismo aire de seguridad que si atravesase las calles de su patria, y le condujeran en triunfo sus amigos entre un numeroso concurso de entusiasmados cristianos. El alcaide rodeado de una noble comitiva los aguardaba en la plaza, y recibiendo á don Tello con afabilidad y cortesía, le prometió bajo palabra de honor á instancias del alcaide de Ronda, que seria respetada su libertad y su vida mientras permaneciese en Antequera.

Habiéndose curado y convalecido de sus heridas Arabella preguntó á don Tello que hácia donde intentaba dirigir su marcha, pues estaba en ánimo de acompañarle en su expedicion, y no apartarse de su lado hasta que se restituyese á su patria. Pero el valiente cristiano agradeciéndole su fineza, le rogó que se quedase en la villa, mientras él se encaminaba á la vega de Granada, objeto principal de sus aventuras. De ningun modo, repuso el alcaide de Ronda, abandonaré en una empresa tan arriesgada al que me ha concedido la vida, y supuesto que este es tu intento, no solo te asociaré en la jornada, sino que además te introduciré en la capital, donde mis

deudos y amigos que son bastante poderosos, asegurarán tu existencia, y nos prodigarán sus favores y consideraciones. Admitió Tello la propuesta por no enojar á su amigo, y despidiéndose del alcaide de Antequera, partieron para Granada á donde llegaron felizmente, sin que despues haya podido saberse de su paradero. Hubiera preferido el alcaide de esta plaza rete ner al castellano en vez de permitirle desalojar de Antequera; pero la vigilancia de Arabella, sus oficiosas precauciones, y la amistad que le ligaba con su compañero, le libertaron de la servidumbre. Es pues un problema difícil de resolver, si don Tello se portó mas generosa y noblemente, curando las heridas de su rival, en vez de cortarle la cabeza como se acostumbraba en estos combates particulares, ó el moro de endiéndole contra el escuadron que le rodeaba, y salvándole de los peligros que le ofrecia su residencia en un pueblo dominado por sus enemigos. Todo este divertido suceso lo refiere Orbaueja en un estenso romance, del cual extractamos á continuacion todo lo concerniente á nuestro asunto, advirtiendo que hemos añadido algunas circunstancias, para suplir la inconexion de su relato.

Sucedió que llegó un dia
á caballo por la vega
un caballero cristiano
de quien la morisma tiembla;
corriendo una escaramuza
llego hasta las mismas puertas
de la ciudad donde estuvo
hasta que salió Arabella
que era el alcaide de Ronda
á quien dieron esta empresa
por valiente y forastero,
y desde que le tuvo fuera
le desafió y se fueron
hasta la puente Lucena.
Alli enristraron las lanzas
sin preguntas, ni respuestas;
eran tan grandes los golpes
que despidiendo centellas
deslumbraban todo el campo

dando vueltas y revueltas.
Cayó del caballo el moro
ensangretando la arena;
se hecho el cristiano del bruto
dando de cristiano muestras,
y viéndole mal herido
sacó una benda y con ella
apretóle las heridas,
y por pagarle esta deuda
el moro dijo: cristiano,
vete por que en mi defensa
viene una escolta de moros
y sentiré que te ofendan;
dime primero quien eres
por que en bronce permanesca.
Amigo, Tello es mi nombre,
Ecija es mi amada tierra
y he venido con intento
de lograr ciertas ideas,
y me has de llevar cautivo
y al rey tienes de dar cuenta,
sola esta merced te pido.
En esto la tropa llega
y montando en sus caballos
entraron en Antequera,
donde en breve lo curaron
y á Granada dieron vuelta.
Regaló el cristiano al rey
teniéndolo á gran fineza;
adonde los dejaremos
y pasemos á dar cuenta &c.

El 21 de abril salió el ejército de Córdoba desfilando por delante de sus muros, y empezó á caminar hácia Antequera. Aunque el tiempo era lluvioso y los caminos cubiertos de barro y cenagales retardaban la marcha del soldado, y le ofrecian un tránsito penoso, las virtudes de aquellos invencibles guerreros triunfaron de todos los obstáculos, y allanaron todas las dificultades. Su paciencia, su constancia, y buen ánimo en los trabajos y fatigas de la guerra resplande-

cieron en esta jornada, y si en ella cada uno servia de modelo á sus compañeros, todos pueden servir de ejemplar á los siglos posteriores. Agregáronse en el camino otros cuerpos y tercios de tropa, que aguardaban en los pueblos de la frontera al ejército para incorporarse y tomar parte en la brillante empresa, que se preparaba. De este modo llegaron al rio de las Yeguas, cinco leguas de Antequera, donde se detuvo el infante para revisar su gente, y ver las fuerzas con que debía contar. Componíase todo el ejército de dos mil y quinientos hombres de armas, mil ginetes y diez mil peones, soldados animosos, valientes, aguerridos y experimentados, entre los cuales reinaba todo el entusiasmo de los antiguos españoles por su religion y su patria. No dudaba el ilustre regente del buen suceso de sus armas, y del glorioso desenlace de su árdua empresa á vista de unos guerreros tan briosos y denodados, y no pudo ocultar su alegría y la satisfaccion que le inspiraba su gente, anunciando la victoria que habia de coronar sus esfuerzos. Allí pernottaron el 23 de abril, y se dispuso la marcha para la madrugada del 24, dia en que se habia de colocar el real de los castellanos delante de los muros de Antequera.

Hallábase en el ejército una doncella cristiana que semejante á la célebre heroina del Taso en la conquista de Jerusalem, armada como los caballeros aventureros, y ocultando su sexo bajo el traje de un guerrero, venia á batirse con los moros y á dividir los trabajos y las glorias con los soldados cristianos. Nacida en las sierras de Bejar en Estremadura y acostumbrada á las fatigas y privaciones de una continua campaña, aparecia entre los Castellanos como un bizarro campeón, inaccesible al miedo y á la cobardia. Su ánimo varonil, su robustez natural y su airosa talla la distinguian entre sus compañeros y siendo hija de un pobre ganadero, sus nobles y elevados pensamientos la hacian aspirar á la fama de los héroes y á las ilustres condecoraciones, que adquiria el valor en las sangrientas batallas. Se habia hecho célebre en algunos combates parciales por la fuerza victoriosa de su nervudo brazo y el rumor de sus hazañas propagándose por todas partes habia cubierto de gloria su nombre.

Entre las proezas que ha publicado la fama respecto á nuestra valerosa doncella; mercede particular atencion la que

vamos á referir. Corria con frecuencia por las inmediaciones de Bejar un moro atrevido, llamado Argolan, que al frente de un grupo de fieros Sarracenos, talaba los campos, incendiaba los pueblos, y apresaba en sus rápidas incursiones innumerables cristianos desprevénidos, y todo el ganado que encontraba. Su nombre era el terror de aquellos contornos, y nadie estaba seguro de sus manos en los pueblos ni en los campos, por que sus afortunadas sorpresas inutilizaban todas las precauciones. Su vigilancia le libertaba de la persecucion de la fuerza armada, y siguiendo sendas tortuosas y caminos impracticables eludia los planes mas bien concertados para su destruccion. Temblaban las aldeas y alquerías á la mas leve noticia de su aproximacion, y la Estremadura gemia bajo el yugo de un bandido terrible, cuyas manos empapadas en sangre habian sembrado el luto, la consternacion y el espanto por toda aquella provincia.

Laurena indignada contra el odioso musulman, se propuso esterminarle, y vengar á los cristianos de los atropellamientos y ultrajes que recibian diariamente de este monstruo. La casualidad la ofreció una ocasion oportuna para medir sus armas con él. Habíase apartado de su gavilla, y registraba solo las cercanias de Bejar, cuando la bizarra doncella que custodiaba el ganado de su padre, le divisó entre la espesura de un bosque inmediato. Empuñando con velocidad su lanza, y montando sobre un ligero caballo, salió al encuentro al terrible Argolan, intimándole que se preparase para combatir. El fiero moro despreciando á su rival, la prodigó mil insultos, y la mandó deponer las armas. Mas ella enojada del desaire y ardiendo en furor por la arrogancia de su enemigo, enristró su lanza, y se dirigió hácia él con bravo impulso. Argolan evitando el golpe y acudiendo á defenderse, procuraba rendir á la doncella valiéndose de su destreza en el manejo de las armas y empleando todo su valor y esfuerzo contra su competidora. Pero Laurena aprovechándose de un descuido del moro, le hundió su lanza en las entrañas y le postró en tierra moribundo. Saltando entónces con rapidez del caballo, le cortó la cabeza y partió como un rayo en busca de su padre para demostrarle el honroso trofeo que testificaba su victoria. Concurrieron de los pueblos circunvecinos innumerables aldeanos á cerciorarse de

la hazaña y bendijeron á la ilustre libertadora de Bejar, que se hizo desde entonces el objeto de las alabanzas y admiracion de los extremeños.

CAPÍTULO XI.

Orden de batalla.--Recibe el infante la espada de S. Fernando --Juramento de los caballeros --Colócanse los reales en el coso de S. Francisco.--Los moros de Antequera --El obispo don Sancho ocupa la Rábita.--Cerro de S. Cristobal.--Traslacion del cuartel general.

El dia 24 de abril partió el ejército del rio de las Yeguas que hoy se llama Sierra de Yeguas tres leguas de Antequera, dispuesto en orden de batalla, segun las instrucciones del infante, y se dirigió á la vega de Antequera. Mandaba la vanguardia el condestable de Castilla don Ruy Lopez Davalos, uno de los hombres mas famosos de su siglo, y le acompañaban don Pedro Ponce de Leon señor de Marchena, don Martin Hernandez alcaide de los Donceles, Egas de Córdoba, Alonso Martin de Angúlo, Alonso Hernandez Argote con los mil ginetes y tres mil peones. Don Enrique conde de Niebla, don Diego Hernandez de Cordoba y don Pedro Garcia Herrera mariscales del rey, don Juan de Sandoval y su hermano don Diego mariscal del infante, don Garci Fernandez Manrique, don Cárlos de Arellano, don Garci Hernandez de Villagracia comendador mayor de Castilla, don Lorenzo Suarez comendador mayor de Leon, todos estos distinguidos personages formaban la comitiva del condestable don Ruy Lopez Davalos.

Llevaba el centro don Alonso Enriquez almirante de Castilla, y á sus órdenes marchaba don Juan Velasco con su gente compuesta de mil infantes. Seguia don Gomez Manrique adelantado de Castilla con otros mil peones. Y el ilustre regente se colocó á retaguardia con los gentiles-hombres y guardias de su persona que eran mil hombres de armas. A

su mano derecha iban don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, don Sancho de Rojas obispo de Palencia, don Alvar Perez de Guzman copero mayor, don Alonso Tenorio adelantado de Cazorla, don Ramir Nuñez señor de Boral y don Pedro de Guzman. Cubrian su izquierda don Perafran de Rivera, don Diego Hernandez de Quiñones, don Alvaro Camero camarero del infante, don Rodrigo de Narvaez y don Pedro Alonso Escalante, siguiendo á cada una de estas alas dos mil hombres de á pié, y á las espaldas del infante marchaba todo el convoy y equipage en muchos carros y bestias, que hacian parecer mas numeroso el ejército, ocupando una línea muy dilatada.

La ruta que seguiria el ejército se omite en todos los manuscritos, parécenos que seria probablemente desde Córdoba á Montilla de esta á Lucena, y el tercer dia al rio de las Yeguas. Luego que llegaron el 24 al término de Antequera apeándose de su caballo don Perafran de Rivera y tomando la espada de San Fernando, que llevaba consigo para entregarla al infante al pisar el pais enemigo, se acercó á él, y presentándosela con profundas y magestuosas ceremonias, le dijo: Recibid, hijo de San Fernando, esta ilustre espada que fué el terror de los moros en estas mismas provincias. Tended la vista al rededor y observareis una multitud de pueblos conquistados por ella. Cuando la empuñaba vuestro santo abuelo temblaban los Sarracenos, y nada podia resistir á su acerado filo. Ahora que ha de manejarla un guerrero de su sangre, es preciso que conserve su gloria, y que aumente el número de sus hazañas. Haced pues que no vuelva á la vaina, sin haber vengado á la religion y á la patria de los ultrages de sus enemigos.

La tomó entonces don Fernando con reverencia y acatamiento habiendo antes saltado de su caballo, y besándola respetuosamente exclamó: no permita el cielo que yo mançille el lustre y esplendor de esta espada victoriosa que domó tantas veces á los infieles en el campo del honor; la causa santa que defiende y el noble motivo que la ha desenvainado delante de esos muros soberbios renovarán sus proezas, y yo juro desde este momento no tenerla ociosa hasta arrojar de Antequera á los sectarios de Mahoma.

Habianse colocado en torno del infante los caballeros mas ilustres para presenciar la ceremonia y hacerla mas autorizada y brillante, y penetrados de un sentimiento religioso al oír el juramento del esclarecido regente, ansiaban por secundarle y repetir la fórmula. Don Fernando lo notaba con placer y dirijiéndose á ellos: ya estamos, les dijo, delante del famoso castillo, que propusimos domar, y restituir á la corona de nuestro soberano, antes de salir de Córdoba; y sus fuertes murallas han de ceder á nuestros poderosos conatos, ó servir de tumba á los guerreros cristianos. A nuestra vista se estiende esa espaciosa vega que ha de ser el teatro de nuestras victorias, ó de nuestra afrenta y donde es preciso hacer alarde de nuestro valor y denuedo, ó mostrar una cobardía indigna del nombre castellano. Por mi parte estoy resuelto á no desamparar la comarca, hasta rendir la plaza ó perecer en el asalto, como uno de mis soldados, y espero de vuestros bríos y militar entusiasmo que cooperando á mis intentos, os cubrireis de gloria á mi lado, sin abandonar la empresa, hasta que el pendon de Santiago ondee sobre las elevadas torres de Antequera. Jurad pues como yo lo hice, no envainar vuestras espadas, hasta triunfar de todos los obstáculos que se opongan á la rendicion de ese soberbio alcázar. Todos se prestaron gustosos á lo que solicitaba el infante; se comprometieron á conquistar á Antequera ó morir al pie de sus muros, y entre tantos ilustres campeones no hubo uno que se mostrase indiferente ó que mirase con frialdad la determinacion unánime de sus compañeros.

Alli permanecieron acampados hasta el dia 26, en que ordenó don Fernando que avanzase el ejército hácia la villa y se aprocsimase á sus murallas. Caminaba la tropa con tanto orden dividida en trozos, y guiada por sus bizarros adalides, que parecia un cuerpo inmenso; un solo movimiento se notaba en toda la linea. Mil ginetes lanceros abrian el paso al mando del condestable de Castilla, y la vega temblaba bajo el peso de sus armas y las pisadas de sus arrogantes caballos. Seguia el resto del ejército en el mismo orden de batalla, conque salieron de Córdoba, y ladeando la vanguardia el cerro de Vicaray que significa de dos vistas ó dos caras

se detuvieron á su falda, y dispuso el regente que se fijasen los reales en la llanura. Este cerro que en el día se llama de la Cruz, y desde que don Fernando colocó á su falda el cuartel general se denominó cerro del Infante, se halla entre levante y norte de Antequera á muy corta distancia y la llanura donde se establecieron los reales, es el coso actual de San Francisco.

Desde que los centinelas del castillo divisaron á los cristianos dieron la voz de alarma que cundió rápidamente por toda la villa, y acudiendo sus fieros moradores á los adarves conocieron el peligro que les amenazaba, y que estaban obligados á repeler á sus contrarios á costa de todos los sacrificios que fuesen necesarios. A la voz de guerra empuñaron las armas todos los moros que podían manejarlas, y se diseminaron por la línea con el ánimo de defenderla, y perecer entre los escombros de sus sólidas fortificaciones antes de entregar la plaza. Registraban desde el muro el campo del enemigo, erizado de lanzas, y cubierto de vistosos adornos formados por los pendones que sobresalian en medio de las masas y por los variados penachos de tantos guerreros esclarecidos que ofrecían una perspectiva agradable. Brillaban sus armas, la cota, el peto y el casquete, deslumbrando á los espectadores, y crecía el espanto y pavor de los infieles al notar los preparativos de guerra que se descubrían en torno del real castellano.

No se descuidaban los nuestros en examinar la posición de los enemigos, y su actitud amenazadora les anunciaba las dificultades que habían de superar para enseñorearse de la villa. Apiñados al rededor del cuartel general dirigían sus miradas á las soberbias torres del castillo coronadas de bravos Sarracenos, y decendiendo despues á las murallas, veíanlas cubiertas espesamente de un pueblo numeroso, que se preparaba para rechazar y batir á sus invasores.

Luego que el infante reconoció la línea de los enemigos, y los sitios mas altos de la circunferencia, mandó al obispo de Palencia don Sancho de Rojas que ocupase con dos mil peones y seiscientos lanceros un cerro eminente que domina al castillo, donde había una mezquita que los moros llamaban Rábita, y es donde hoy vemos la hermita de la Virgen

de la Cabeza. Obedeció inmediatamente, y acompañado de Diego Fernandez de Quiñones merino mayor de Asturias don Alvar Perez de Guzman, Juan Hurtado de Mendoza, Alonso Tenorio, Pedro Garcia de Herrera mariscal del rey, Juan Fernandez Pacheco, y otros muchos caballeros subió á á la cumbre y se posesionó de la altura fijando en lo mas elevado su real. Siendo los obispos en aquel tiempo señores de vasallos, concurrían con sus tercios de tropas á las expediciones del príncipe, y como se disputaba con las armas una causa mas religiosa que política, les correspondia á ellos especialmente presentarse en los combates, y no escusar los peligros de la guerra. Por otra parte el carácter militar de aquel siglo, y la necesidad que tenia el estado de los brazos de todos sus individuos, y el influjo de los personajes constituidos en alta dignidad, para esterminar á los Sarracenos, y limpiar la monarquia de esta raza perniciosa, contribuían en sumo grado para que los primeros ministros de la religion figurasen armados en las campañas, y se acostumbrasen á los horrores de estas sangrientas contiendas. Así que abandonado su cuidado pastoral, y trocando la espada por el incensario aparecían al lado de los fieros campeones de Castilla, se arrojaban á los peligros mas notorios, participaban de la suerte del ejército y empleaban todo el prestigio y autoridad de su ministerio en reanimar al soldado que desmayaba y en ecsortarles á abrazar las empresas mas difíciles.

Ni sucedia esto solamente en España donde la dominacion ominosa de los infieles parece que reclamaba la cooperacion de los pastores, para humillar al enemigo comun; casi todas las naciones de la Europa, regidas por el sistema feudal habian adoptado las mismas costumbres, y los obispos al frente de sus vasallos se confundían en las batallas con los mas denodados guerreros. Es verdad que repugnando esta conducta á la santidad de su carácter, merecia la desaprobacion de los varones mas religiosos de aquellos tiempos, pero no era posible estinguir tales abusos, mientras el poder del estado no se reconcentrase en una mano, y antes de reformarse el cuerpo episcopal, y ser reducido á sus legítimos deberes, era necesario mejorar las costumbres, y restablecer el órden social que se hallaba trastornado. En este mismo siglo

siendo el célebre cardenal de la Balue ministro de Luis XI y obispo de Evreux, en ocasion que pasaba revista á los franceses con su roquete, gremial y muceta, enojado el conde de Dammartin de su genio guerrero, é incompatible con su estado, le dijo al rey: «Señor, permitame V. M. que yo vaya á Evreux á hacer el ecsámen de los clérigos y celebrar las órdenes; porque vea V. M. como el obispo está ocupado en pasar la revista á los soldados.»

Ocupado el cerro de la Rábita por la gente del obispo, notó el regente que á la parte opuesta se descubria otro monte mas empinado, y que era necesario tomar posesion de él para dominar la villa. Dispuso pues que don Martin Blazquez, Fernan Perez de Ayala merino mayor de Guipuzcoa, Juan de Sotomayor gobernador de Alcántara y Ramiro de Guzman con cuatrocientos lanceros y mil peones se apoderasen del cerro de San Cristobal así llamado despues por los motivos que espondremos mas adelante. De este modo las partes meridional y oriental de Antequera estaban en descubierto á los enemigos, que desde las eminencias que ocupaban podian causar graves daños á los que defendiesen aquellos costados y lanzar sus mortíferas saetas dentro de la poblacion.

Formalizábase el sitio rápidamente y la obra-comenzada con tanto ardor era preciso concluirla y emplear los medios mas eficaces para apresurar su término, y obtener un resultado feliz. Por esta causa reflexionando el infante que el cuartel general estaba muy distante de los muros, y era muy difícil observar desde el coso de San Francisco los movimientos de los enemigos y dirigir las operaciones del ejército, determinó trasladarle á un sitio mas acomodado y cercano escogiendo para este fin una pequeña sierra, á la izquierda de la villa, donde hoy se conoce el convento de Carmelitas calzados. Desfilaron en seguida todos los cuerpos y colocado el real en la altura mencionada, se estendió el ejército por toda la cuesta hasta el convento de la Victoria, el dia 28 de abril.

CAPITULO XII.

Las bastidas.--Su construccion.--Sale un mensajero de Antequera para Granada.--Cueva de las Albarizas --Su descripcion.--Llega á Granada el mensajero.--Alteraciones de esta capital.

Ya estaba cercada Antequera por todas partes, y todo dispuesto para acometerla, pero la elevacion de sus fuertes muros ofrecia grandes dificultades al que tentase escalarlos. Mejor diremos que era imposible esta operacion á las fuerzas humanas y que sin el auxilio de las máquinas destinadas en aquellos tiempos á este fin nunca hubieran logrado nuestros guerreros trepar las murallas y dominar sus adarves. Penetrado de esta verdad don Fernando ordenó que el ingenioso artillero Juan Gutierrez, natural de Carmona partiese á Sevilla á formar las bastidas, escribiendo al mismo tiempo á la ciudad que le suministrase todos los auxilios que ecsijiera para la construccion de esta importante máquina. Le acompañaban mil doscientos hombres al mando de Fernando Rodriguez de Monroy señor de Belbis y el capitan Juan Vazquez Casasola, para que luego que se concluyese las custodiasen y condujesen seguras á Antequera.

No será fuera de propósito que expliquemos en este lugar la artificiosa construccion de las bastidas. Esta maquina militar era un castillo de madera, mas alto que los muros á que se aplicaba. Componiase de gruesos y soberbios pinos, y estribaba sobre ocho ruedas medianas, que facilitaban su movimiento para aprocsimarla al sitio conveniente. Tenia tres suelos ó repartimientos destinados á distintos objetos. Desde el primero jugaba contra el muro un terrible arriete, llamado así porque en la punta de esta máquina que era una viga grande, se ponía una pieza de hierro colocado en forma de cabeza de carnero. Cubria el segundo una compuerta con su goznes correspondientes, hecha de tablas y maderos, que cayendo sobre los adarves servia de puente levadizo. Y en el último se veian dos garitas, donde se abrigaban, y escondian flecheros atrevidos que asestaban sus tiros contra los defensores de las

torres á cuyo nivel se hallaban. Para preservar las bastidas de ser incendiadas forrábanlas de pieles crudas vacunas y su figura era cuadrada.

Atravesábalas en su interior una fuerte escala, por la cual podían subir á un tiempo dos hombres armados, y la compuerta del segundo repartimiento les servia de cobertizo, que los defendia y escudaba para llegar ilesos á incorporarse con la superficie del muro. Algunas tenían de latitud treinta pies otras cuarenta y aun cincuenta, y era tan fuerte su construccion, qua resistia á las bombardas que las arrojaban para destruirlas. Conocieronlas los romanos con el nombre de *sambuca*, y diéronlas esta denominacion por la semejanza de las cuerdas de este músico instrumento con las que arman nuestra máquina guerrera, como asegura Ambrosio Calepino; y no solo se usaban por tierra, sino tambien en el mar colocadas sobre barcas. El mismo Annibal se aprovechó de ellas en el sitio de Sagunto, y en el asalto de Antequera fueron utilísimas é indispensables.

Cuando los moros Antequeranos divisaron la primera vez el ejército á la estremidad de su término, y por sus ademanes, ceremonias y aparato conocian que venian determinados á asediar la plaza y apoderarse de ella pusieron sus esperanzas en el rey de Granada que los socorriese con sus fuerzas. La necesidad era urgente, el riesgo notorio, y el soberano á quien rendia homenaje este castillo, no podia menos de interesarse en su defensa, y valerse de los medios posibles para conservarle en su obediencia y libertarle de las manos de sus invasores. Convencidos de estas juiciosas reflexiones estendieron un parte en que daban noticia á su monarca del peligro que los amenazaba. En él describian sus rezelos y temores con la elocuencia que suelen inspirar los grandes apuros, las fuerzas del ejército castellano, la arrogancia y osadía de los guerreros que le componian, su actividad, sus preparativos, y el proyecto que á su parecer habian formado de asaltar el alcázar de Antequera, arrebatárselo á sus moradores y poblar la villa de cristianos. Para conducir este pliego y depositarle en las manos del rey se necesitaba un hombre de valor y de industria, capaz de eludir la vigilancia de los enemigos, superar todas las dificultades que habian de oponerse á

sus intentos, y manejarse con el debido tino y discrecion para burlar las diligencias de los escuadrones sueltos que se habian esparcido por la vega, con el objeto de interceptar todos los caminos y estorbar que se diese aviso á la Alhambra. Todos estos requisitos concurrían en un moro atrevido y práctico en el terreno, que aceptó la comision, y se comprometió á colocar en las regias manos el pliego mencionado.

Sin embargo no le era posible salir de la plaza sin que le descubriesen los cristianos que observaban sus puertas, y vijilaban la línea. Es verdad que mientras estuvo acampado el ejército en la linde de su terreno, y antes de trasladarse al coso de San Francisco el cuartel general hubieran podido los moros comunicar á Granada el aviso de su asedio y noticiar á su soberano la desagradable novedad que los alligia y turbaba con sobrado fundamento; pero confiados en que el ejército de Castilla no intentaria por entónces un sitio formal contra Antequera y persuadidos que el objeto de sus adversarios se reduciría á correr el campo Mahometano y hacer cabalgadas como en otras ocasiones, retardaron la diligencia, y su descuido ó imprevision los hubiera aislado completamente si el castillo no tuviera un escape subterráneo, que desembocando fuera de la línea de los cristianos, facilitaba el logro de sus deseos.

Era este la famosa cueva de las Albarizas, que se comunicaba con el alcázar, aunque cegada en la actualidad, é interceptada su ruta, no hemos tenido el gusto de examinarla y reconocerla. Sin embargo se trata de una suscripcion para levantar el peñasco que cubre su entrada, y franquear el paso á los curiosos que desean registrarla, y si llega á realizarse este loable pensamiento, espondremos el resultado de nuestras investigaciones, y no omitiremos circunstancia alguna que pueda contribuir á amenizar esta leyenda, publicando las cosas dignas de atencion y celebridad que se contengan en aquella. Al presente nos contentaremos con redactar las noticias que nos suministran los antiguos manuscritos respecto de la cueva de las Albarizas, y recordando el motivo que nos obliga á insertar su nombre en este lugar, repetimos que se comunicaba con el castillo, y que por ella salió el moro mensajero, como lo testifica aquel antiguo romance que principia:

De Antequera sale el moro

por la cueva de las Albarizas
carta lleva en la sua mano &c.

Sabido es que los romances y canciones populares son documentos irrecusables en la historia y que ellos nos han transmitido las noticias mas importantes y las tradiciones mas preciosas, para trazar el cuadro de los tiempos pasados. Es verdad que media una grande distancia desde el castillo hasta la puerta de la cueva, pero nos consta que en la calle Nueva y en la de Pazillas se descubren aun concavidades subterráneas que traen su ruta y direccion del sitio donde se halla su puerta y se encaminan á la fortaleza y por otra parte al describir la antigua Singilia hemos hecho mencion de otras cuevas, minas ó sendas abiertas en las entrañas de la tierra mas dilatadas y laboriosas.

Leemos en los antiguos manuscritos que era su entrada de cantería y su interior de arcilla. En sus paredes laterales se esconden algunos huecos que hicieron sospechar á sus observadores que habian servido en algun tiempo las Albarizas de mansion sepulcral. Pero aunque los romanos escogian estos silos para las inhumaciones de sus cadáveres, como estamos en la persuacion que la cueva mencionada es obra de moros, y no anterior á ellos, los cuales acostumbraban sepultar los muertos en lugares descubiertos, y marcados para este fin en la superficie de la tierra, no podemos convenir con los preopinantes. No negaremos por esto que los Arabes Españoles tuviesen sus panteones techados, para inhumar los despojos mortales de sus reyes, y aun de sus personajes mas poderosos y opulentos; pero la magnificencia y belleza que solian adornar estas mansiones fúnebres comparadas con el notable desaliño, poco orden y gusto de la cueva de las Albarizas, desvanecen toda sospecha sobre este asunto. Finalmente si esta concavidad subterránea hubiera servido en tiempo de los moros de cementerio á los sugetos mas distinguidos, como gratuitamente se supone, se hubieran encontrado en su seno, ó en los huecos laterales algunas reliquias de nuestra mortalidad, que acreditasen su triste y pavoroso destino; pero léjos de tropezar los que la han ecsaminado con estos funestos documentos, ni aun la misma tradicion nos ofrece el mas leve vestigio para abrazar la impugnada conjetura.

Mas ¿qué uso podian tener los nichos que se esconden en los costados internos de esta misteriosa cueva? Si no estaban destinados para servir de sepulturas á los difuntos mas esclarecidos, á la manera de los que vemos contruidos en las paredes de nuestros cementerios, cómo es posible adivinar su objeto? A esta objecion que nos opondrán seguramente los que sean de este sentir, respondemos que aun cuando no atinemos el uso y ejercicio de los huecos espresados, no por esto hemos de confesar que fuesen sepulturas, pues razones precedentes enervan y destruyen esta opinion al paso que estrivando en meras conjeturas, como hacen nuestros contrarios para fundar su creencia, podemos sospechar que al minar aquel terreno, forzados á dirigir la ruta por donde encontrasen menores inconvenientes y obstáculos, tal vez empezarian á horadar por aquellos lados, y encontrando peñascos ó partes menos dóciles, torcerian la senda, abandonando sus primeros trabajos y dejando abiertas aquellas concavidades.

Escapado pues el mensajero antequerano por esta secreta senda, y favorecido de la obscuridad de la noche, se alejó de la comarca, y en poco tiempo llegó á Archidona, noticiando á sus habitantes de paso el cerco de Antequera y el objeto de su apresurado viaje. De este modo divulgada la infausta nueva por aquella enriscada villa, si antes no habia circulado entre sus moradores en breve se propagó la alarma y los moros se prepararon para lo que ocurriese, colocando centinelas en los sitios mas altos, desde donde se descubrian todas las avenidas de Antequera, y disponiéndose á defender su castillo. Lo mismo sucedió en Loja, y en los pueblos de la vega de Granada que encontró en su tránsito el afanado mensajero. Llegó por fin á la corte, y publicando por las calles con grandes alrridos y voces destempladas el apuro y peligrosa situacion de su patria, cundió la noticia por la poblacion entretanto que se presentaba al monarca.

Reinaba á la sazón en este capital Mahomad IX segun la crónica de don Juan II (1) que habiendo usurpado el trono á su hermano Juseph, le tenia privado de la libertad en el castillo de Salobreña. Su ambicion inquieta y desme-

(1) Cap. 68 y 69 fol. 22.

dida le inspiró un pensamiento atroz y espantoso, para asegurar en sus sienes la corona, que la contemplaba vacilante, mientras viviese el infortunado Joseph. Envió pues á un alcaide que merecia su confianza á la referida fortaleza, con órden terminante de degollarle, y habiéndose presentado á su victima, le intimó de parte del rey que se dispusiese al sacrificio. Se entretenia este con un alfaqui jugando al ajedrez (1) y cerciorado del objeto de su mision; le suplicó suspendiese la ejecucion de la sentencia, hasta que concluyese el juego empezado. No dudó condescender el bárbaro ministro de las venganzas y del furor del fratricida con los ruegos del desgraciado principe. Pero entretanto revelados los granadinos contra Mahomad, y abominando sus crueldades, le habian despojado de la corona y proclamado á Joseph, despachando aceleradamente varios postas á Salobreña, para que evitasen la muerte del rey si llegaban á tiempo, y le informasen del pronunciamiento que se habia verificado en la capital á su favor. Cerca de media hora habia durado el juego, y concluido ya se preparaba el fiero alcaide para inmolar á su monarca y descargar el golpe fatal, cuando un estrepitoso ruido, y alegres aclamaciones que repetian *viva el rey Joseph*, pasmaron el brazo del verdugo y le dejaron sin movimiento. Penetraron los postas en el castillo y colocándose en la presencia de su soberano, le entregaron los pliegos que conducian, y con indecible entusiasmo hicieron relacion de los faustos acontecimientos de Granada, que habia aclamado unánimemente á Joseph y le habia rescatado el trono de sus mayores. Arrojándose entonces el alcaide á los pies del monarca que debiera sacrificar le pidió perdon de su temerario y culpable arrojó, y mostró participar de la alegria de los concurrentes, y aplaudir el pronunciamiento de Granada. Joseph levantándole del suelo, acogió benignamente sus ruegos, y le trató con indulgencia, y montando en un brioso caballo, partió para la corte, donde fué recibido con las mayores demostraciones de amor y regoci-

(1) *Palamedes* hijo de *Nauplio* rey de la isla de *Eubea* fué el inventor de los juegos de dados y ajedrez. Aque dicen imaginó para entretener el tiempo y disipar el fastidio que causaba la duracion del sitio de *Troya*. *Diccion. Mitol. verb. Troya* pág. 213.

jo. Segun el autor de las guerras civiles de Granada Joseph murió el año de 1409, y le sucedió Mahomad Abenazar el izquierdo, por lo cual cotejadas ambas narraciones, resulta ser inesacta alguna de ellas, y que el espresado monarca ó no fué el que recibió el mensajero de Antequera, y dispuso marchase el ejército al socorro de esta plaza ó que si reinaba en este tiempo, es decir el año de 1410, padeció un error gravisimo la cronologia de las guerras civiles de Granada. Nosotros prefiriendo la crónica de don Juan II no admitimos su muerte el año de 409, y suponemos que Joseph ceñia la corona, y gobernaba el reino cuando el conductor del pliego de Antequera, llegó á la capital.

CAPITULO XIII.

Envia Joseph un poderoso ejército para socorrer á Antequera.--Colocan los infieles el cuartel general en la boca del Asna --Combate parcial entre las avanzadas --Ocupan los cristianos el cerro de Santa Lucia.--Descúbrese los enemigos.--Sale un trozo del ejército á reconocerlos.

Recibió Joseph con torvo semblante la desagradable noticia del mensajero, y la consideró como un mal presagio de su segundo reinado, Convocó en seguida sin perder un momento á Cid Aly y Cid Ahmed ó Ahmad sus dos hermanos y á los guerreros mas famosos y valientes de Granada, y participándoles el sentimiento que le habia ocasionado aquella infausta nueva, y los perjuicios y fatales consecuencias que acarrearía al reino la pérdida de la plaza de Antequera, concluyó escortándolos en nombre del profeta, á que se armasen prontamente, y acudiesen al socorro del castillo amenazado. Todos se brindaron gustosos á emprender esta jornada, y lisonjearon al monarca con las mas alagüeñas esperanzas; pronosticaban con entusiasmo el triunfo de sus armas, juraban derrotar á los cristianos y proferian terribles amenazas contra los osados guerreros que habian puesto la villa en tan

amarga consternacion. Despidiéronse de Joseph, y cada cual se retiró á su casa á preparar sus armas, reunir su gente y apresurar la salida. Hallábase la ciudad alterada con el rumor que se habia propagado acerca del sitio de Antequera, y á pocas diligencias se organizó el ejército, y se colocaron los soldados bajo sus respectivas banderas. Los infantes que habian de mandar estas fuerzas, montando sobre dos hermosos y ligeros caballos, atravesaron la poblacion, y acompañados de muchos ginetes y peones que ya estaban listos y equipados marcharon sin detenerse hácia Loja, y descansando poco tiempo en este pueblo se trasladaron á Archidona donde esperaron el resto del ejército. Concurrieron las demas fuerzas sin tardanza, y engruesadas con los enganches de gente que habian tenido lugar en las villas y castillos del tránsito, inundaron la plaza de Archidona, y cubrieron sus contornos de bravos y denodados Sarracenos. El dia 4 de mayo hicieron los infantes reseña de la tropa, y contaron cinco mil caballos y ochenta mil peones, como refiere el célebre historiador Mariana. Satisfechos los régios generales del número y muchas del entusiasmo, ardor y decision de sus soldados dispusieron salir de la villa en la mañana del siguiente dia, y acercarse al campo de los enemigos.

Con el objeto de sorprender á los cristianos, é impedir que fuesen descubiertos hasta el instante perentorio en que debian caer sobre ellos, en vez de dirigirse á Antequera por la peña de los Enamorados, y marchar sobre la vega, se encaminaron por la falda de la sierra á buscar la boca del Asna. De este modo cubriendo por un espacio bastante prolongado esta ladera áspera y escabrosa, trepando cerros, y haciendo desaparecer á sus espaldas montañas difíciles, y eminencias encumbradas, llegaron al fin al sitio señalado. Disemináronse al punto muchos escuadrones por entre los riscos de la sierra para reconocer el terreno, y registrar las avenidas del campo castellano. Asegurados de la posicion y no encontrando dificultad para fijar los reales en esta altura, y en medio de aquellos enormes peñascos, determinaron ejecutarlo así los infantes.

En seguida destacaron una enorme avanzada para que examinase la linea de los enemigos, y descubriesen el sitio del

cuartel general. Conservaban los nuestros las mismas posiciones que ocuparon el 28 de abril, y como no habian llegado las bastidas, no habian empezado el asalto; pero entretanto bloqueaban la plaza, impidiendo la introduccion de viveres y comestibles, y la evasion ó fuga de sus habitantes. Acercóse en fin el fiero escuadron que se habia descolgado de la sierra para reconocer el campo de los cristianos, y como don Sancho de Rojas dominaba y descubria desde la Rábita los valles y cerros contiguos á la Escaleruela divisó á larga distancia la avanzada de los moros, y dispuso saliesen en su persecucion cien ginetes. Obedecieron prontamente los soldados escogidos para este fin, y abandonando la altura de la Virgen de la Cabeza, se aproximaron con intrepidez á los infieles. Al punto se trabó una sangrienta escaramuza, en que todos los combatientes dieron pruebas inequívocas de valor y esfuerzo. Peleaban los infieles con un ardor indecible manejaban la lanza con destreza y asestaban sus golpes con bizarría. Mas el brio y entusiasmo de nuestros guerreros hicieron inútiles todos sus esfuerzos, triunfando de sus rivales en este primer encuentro, y sacando ventajas considerables de la victoria. Distinguiéronse entre todos el hijo del comendador de Estepa Ruy Diaz de Mendoza, Juan Carrillo de Ormaza, y Antonio Garcia Gallego, que postraron en el combate á dos capitanes y al alcaide de Ronda, apoderándose ademas de un soldado, que condujeron prisionero á la presencia del ilustre regente. Dispersos los restantes y puestos en precipitada fuga, regresaron á la boca del Asna, é instruyeron á sus generales de la malograda tentativa de la avanzada. Desalentáronse los enemigos con este reves inesperado, y mientras ellos consideraban esta desgracia como un agüero fatal, y preludio de ulteriores y desastrosas consecuencias, los Castellanos penetrados de regocijo y de un fuego inestinguible, se entregaban á las mas dulces esperanzas, vaticinando en el venturoso écsito de este choque parcial el feliz resultado de su atrevida empresa.

Forzoso era que los dos infantes granadinos rodeados de sus mas famosos adalides alentasen con enérgicos discursos á los suyos que desmayaban paulativamente, y que para disipar la perniciosa impresion que habia causado el reciente des-

calabro, corriesen las filas, representando á sus soldados con viveza la deshonra é ignominia que los cubriría si empendiesen la retirada impulsados por un pequeño revés que no merecía consideracion. Decíanles que el buen écsito de las campañas no depende de la primera escaramuza sino del valor y denuedo de los cuerpos beligerantes; que nadie habia podido jamas adivinar el desenlace de una empresa tan gloriosa como la que habian abrazado, apoyándose en unos fundamentos tan insignificantes; que tal vez esta desgracia seria un aviso del profeta, para que se manejasen con cautela y recordándoles el peligro que los amenazaba, redoblasen la vigilancia, y avivasen la llama del fuego patrio que ardia en sus generosos corazones; que la suerte de las armas siempre habia sido varia é inconstante, y por lo comun los que empezaban la lid con ventaja, solian ser derrotados al final; y por último que una vez empuñadas las armas para defender al Alcoran, y los dominios de su soberano, que descansaba sobre el valor acreditado de tantos ilustres guerreros, estaban obligados á triunfar de sus enemigos ó perecer delante de los muros de la plaza sitiada. Aun no se han atrevido, continuaban, á comenzar el asalto y acaso no contarán todavia con las máquinas de guerra que se necesitan para escalar las murallas, y este es el tiempo oportuno, para aventurar una batalla general, que si no nos proporciona una victoria completa disminuirá al ménos sus fuerzas, y los obligará á levantar el sitio y retirarse, porque menoscabado el número de sus soldados se espondrían á una ruina total, permaneciendo al rededor de Antequera, y al frente de nuestro bravo ejército que les daria repetidas lecciones de humillacion y escarmiento.

Mientras los ilustres gefes pronunciaban este discurso y formaban estas reflexiones los acobardados Sarracenos recordando poco á poco su serenidad y arrogancia mostraban en sus espantosos y amenazadores semblantes que la fiereza y la ira se albergaban de nuevo en sus corazones. Correspondieron á las escortaciones de sus infantes con gritos de entusiasmo y estrepitosa algazara, que retumbaba por toda la sierra, y olvidando la reciente desgracia, todos se brindaron gustosos al combate. Aprovechándose entonces los adalides de estos momentos de esfervescencia, dispusieron que toda la caballeria y

un trozo considerable de infantes se abalanzáran hácia el campo enemigo, y acometiesen á los Castellanos.

Entretanto don Fernando rodeado de los señores y personajes mas ilustres de su ejército, habia hecho conducir á su presencia al moro cautivo, y adquiria las noticias mas importantes. Preguntaba al prisionero sobre el número de los enemigos, los generales que mandaban aquellas fuerzas el objeto de su expedicion, el punto de ataque que habian señalado, el sentido y disposicion en que se hallaba la tropa, sus preparativos y armas, y todo lo demas que podia servirle para adoptar precauciones y medidas convenientes á su situacion, y al noble fin que se habia propuesto. Aunque el moro no pudo satisfacer en todas sus partes la curiosidad del Regente porque al caer en manos de los cristianos aun no se habian tratado varios puntos de los contenidos en su interrogacion, instruyó á don Fernando de muchos pormenores de grande utilidad, y no ocultó noticia alguna, de las que estaban á su alcance. Informó al esclarecido caudillo del número de fuerzas que habian salido de Archidona, y se habian acampado en la garganta de la sierra, que las mandaban dos hermanos del rey de Granada, los cuales se habian comprometido á libertar á Antequera, y escarmentar á sus invasores, que entre ellos se encontraban los guerreros mas famosos del reino, y la flor de sus caballeros, y que todos habian jurado no soltar las armas, ni alejarse de estos contornos hasta asegurar la plaza y esterminar á los cristianos.

Con tales noticias no dudó el infante que los moros tardarian poco en avanzar hácia la línea de los Castellanos, y que como contaban con tanta gente, podrian con facilidad cubrir los cerros de la circunferencia, arrojar de ellos á los que los ocupaban en la actualidad, precipitarse en seguida sobre el ejército, y desbaratarle con el número y la confusion que era inevitable en una lucha tan desigual. Para contenerlos pues, y aumentar la defensa de la Rábita, estableciendo una línea de comunicacion, que evitase una sorpresa al obispo de Palencia, mandó que Rodrigo de Narvaez, Alvaro Camero, y Pedro Alonso Escalante con quinientos lanceros se apoderasen del cerro de Santa Lucia, y se diesen la mano con don Sancho de Rojas. Ya la noche habia tendido su negro

tanto sobre la tierra, y su imagen melancólica causaba horror á los mortales con sus lánguidos fulgores; el cielo habia velado con pardas nubes el resplandor de las estrellas; el aire agitaba con violencia los robustos troncos de los árboles, y las hojas de los zarzales y jarales que cubrian los campos. De este modo ahogaba el ligero ruido de los pasos silenciosos de la avanzada, que subiendo al monte cautelosamente, hizo señal á sus compañeros, luego que llegó á la cumbre, que la siguiesen sin recelo, pues estaba despejada de enemigos. Trepano entonces los bizarros donceles por aquella elevada cuesta, la ocuparon felizmente en la noche del 5 de mayo.

Al dia siguiente observando los cristianos desde la cima de este cerro las avenidas del camino de Málaga, por donde debian presentarse los infieles, descubrieron algunos enemigos hácia el cortijo del Gallumbal, el de las Animas, y cañada de Pesquera. Al momento corrió la voz entre nuestros guerreros, y permaneciendo algunos centinelas en la eminencia aunque tendidos y ocultos para ecsaminar sin ser vistos los movimientos de los contrarios, esperaban todos con impaciencia la hora de acometer, y trabar la contienda. Poco despues notaron los soldados que vigilaban á los enemigos que los campos y cerros mencionados se inundaban de fieros y briosos ginetes que dejando á sus espaldas la Escaleruela, se enfilaban, y estendian por todo el contorno, y avanzaban hácia la plaza bloqueada. Avisaron pues al cuartel general de la aprosimacion de los moros, y aunque no podian graduar el número de las fuerzas que se acercaban, porque aun no se descubria su retaguardia, manifestaron al esclarecido regente que parecia un ejército inmenso, y que todo se habia cubierto de caballos y hombres armados.

Luego que el infante recibió esta noticia, que confirmaba en cierto modo la relacion del prisionero, mandó que don Pedro Ponce de Leon acompañado de Carlos Arellano, Garci Fernandez Manrique, don Lorenzo Suarez de Figueroa comendador mayor de Leon, Frey Juan Sotomayor gobernador de Alcántara y Ramiro Yañez de Guzman con ochocientos lanceros y trescientos peones partiesen inmediatamente á reconocer á los enemigos. En breve se alejó del real este trozo del ejército, y dominando las alturas de Martin-anton, divisaron la

numerosa caballeria de los moros, sin poder calcular sobre la fuerza de á pie, por ocultarse tras de los ginetes, y entre los valles de aquel escabroso terreno. Habíanse adelantado algunos escuadrones que viendo á los cristianos tan cerca, espolearon sus caballos y embistieron á nuestros valientes lanceros. Animados entónces los cristianos á la voz de sus invictos adalides no dudaron acometer á los infieles, rechazándolos por todas partes, y rompiéndolos sin cesar. Distingúanse en la lid don Pedro Ponce de Leon, y los demas guerreros espresados haciendo prodigios de valor; corrian la linea con rapidez y se detenian donde el peligro era mas notorio; donde apiñados los enemigos, y empleando todos sus esfuerzos, hubieran obtenido ventajas seguras é inevitables, si el ardor y arrojo de unos gefes tan distinguidos y famosos no les hubieran opuesto una resistencia heróica, que ha inmortalizado sus nombres. Sin embargo los moros no se descuidaban, y aunque eran deshechos con frecuencia, tornaban á reunirse, y á cada instante se aumentaba su número con los escuadrones que llegaban. La batalla era sangrienta, y todos peleaban con la misma bravura y decision, sin notarse cobardia en ninguno de los combatientes; pero la desigualdad de las fuerzas hubiera inclinado la victoria al lado de los infieles, si don Pedro Ponce de Leon reconociendo el peligro de su gente, y que precisamente habian de perecer sus soldados, si continuaba la encarnizada lucha, por el incremento sucesivo de los enemigos, no se hubiera retirado del campo, sacando su tropa con el mejor órden; y así dirigiéndose á la Rábita desde los cerros de Martin-anton, no solo salvó á sus guerreros, sino que ademas logró instruir al infante del número de las fuerzas enemigas, y puntos que amenazaban.

CAPITULO XIV.

*Siguen los enemigos á los cristianos en su retirada.--Batalla de la Rábita --
Retiranse los infieles á la plaza del Portichuelo.--Victoria completa en la
boca del Asna.--Regresan los cristianos al cuartel general.*

Continuando su retirada en buen órden don Pedro Ponce de

Leon, y desamparando las alturas de Martin-anton, llegó á Sta. Lucia y se reforzó con los quinientos lanceros que ocupaban la cumbre al mando de los bizarros donceles Rodrigo de Narvaez Alvaro Camero y Pedro Alonso Escalante. Este pequeño corro bastó para contener á los infieles, pues rezelando que tal vez se hallaria en aquel sitio el cuartel general, y que podian salir en favor de los que se retiraban fuerzas respetables y suficientes para ocasionarles pérdidas de consideracion, si proseguian en desórden el alcance de los nuestros, acortaron el paso, y se condujeron con cautelosa lentitud, no omitiendo precaucion alguna en el reconocimiento que practicaron para descubrir impunemente el campo castellano.

Como el objeto principal de don Pedro Ponce de Leon al emprender la retirada y replegarse hácia estos cerros era avisar al infante de la aprocsimacion de los Sarracenos, y prevenir al obispo don Sancho para que no fuese sorprendido, y adoptase las medidas convenientes en defensa de su posicion y para rechazar á los enemigos que cargaban sobre él, despachó varios postas al real que instruyeron á don Fernando de todo lo que ocurría, y sin detenerse en su marcha se incorporó á las armas de la Rábita. Los moros que le observaban á corta distancia, viéndole abandonar la posicion de Sta. Lucia y acercarse á la referida mezquita, se persuadieron que esta era el centro de las operaciones de los cristianos, y que allí debia estar colocado el cuartel general. Avanzaban pues con serenidad y en buen órden, preparados á dar á sus contrarios una batalla decisiva sobre aquellas eminencias, cuando desprendiéndose don Pedro Ponce de Leon con su gente hácia el valle inmediato, se presumieron que huía y escusaba el combate, pues no esperaba al enemigo, y que seguramente habian fijado los Castellanos sus reales en otra parte. Así que desbandados y á galope se arrojaron en persecucion de los nuestros con el objeto de cortarlos, y en breve se acercaron á la Rábita.

Sin embargo don Pedro Ponce de Leon habia concertado con el obispo de Palencia esta feliz estratagema que produjo los mas venturosos resultados, y fingiendo desamparar el cerro de la Virgen de la Cabeza, se detuvo en la cuesta esperando que los enemigos se precipitaran en desórden hácia la posicion de don Sancho de Rojas. Todo sucedió segun lo habia previs-

ro, y mientras llamaba la atencion de los infieles por la pendiente del monte, el obispo que habia levantado algunas tapias y paredes de tierra para atrincherarse, aguardaba emboscado á los incautos y fogosos Sarracenos, que corrian á la muerte sin premeditarlo. Habia distribuido sus soldados este caudillo con el mayor acierto y prevision, recomendando á cada uno de los subalternos el puesto que les confiaba, y escortándolos á perecer ántes que abandonarlo, y cederlo á los enemigos, cubriendo los sitios mas peligrosos con la gente que inspiraba mayor confianza, y encargando á todos el buen orden, la serenidad y que se protegiesen mutuamente. Para asegurar el buen éxito de su empresa dió parte al ilustre regente del plan que habia combinado con don Pedro Ponce de Leon, suplicándole al mismo tiempo que se apresurase á acudir á su socorro, pues siendo muy numerosas las fuerzas que cargaban sobre el punto que defendia, aunque desbaratase á los primeros escuadrones, y lograrse romperlos y derrotarlos, precisamente le habian de envolver al fin y apoderarse de la ventajosa posicion que ocupaba.

Don Fernando que ya habia recibido las comunicaciones de don Pedro Ponce de Leon, y se sentia animado del mas vivo interés por el buen suceso de sus armas y la conquista de Antequera, habia mandado tocar al arma, y sus guerreros se reunian á toda prisa bajo sus banderas. Pero entretanto que marchaba el ejército no olvidando el apuro en que se hallarian los cristianos de la Rábida oprimidos y acosados por tantos infieles, temeroso de que perdiesen la posicion y se viesen obligados á ciar, y con el deseo de que dilatasen la contienda y entretuvieseu la lucha, hasta que él llegara con el poderoso refuerzo que le seguia, mandó que se adelantasen el camarero del rey Juan Velasco, Diego de Sandoval su mariscal, y Pedro de Zúñiga con cien lanceros, y alentasen á sus compañeros de armas. Partieron estos sin dilacion y á paso acelerado, y el ejército puesto en movimiento los seguia á corta distancia aunque con ménos precipitacion.

Mientras se adoptaban estas disposiciones en el cuartel general, los moros sufrían una derrota impensada en el cerro de la Virgen de la Cabeza. Precipitándose en pos de don Pedro Ponce de Leon, que creían fugitivo, acobardado y en disper-

sion, tocaron la línea del obispo de Palencia, y acometidos por sus soldados el sobresalto y la imprevisión aumentaron su desorden, y el denuedo de sus contrarios. Agolpábanse grupos considerables á las trincheras, y desprevenidos caían en manos de los fieros guerreros de Castilla, que inmolaban á su encono centenares de Sarracenos casi sin peligro y con notable ventaja. Favorecían á los cristianos además de los parapetos y artificiosa cerca donde se habían encerrado, su preparación y buen orden al paso que los moros acudiendo en trozos y grupos desordenados, encontraban la muerte incesorable donde se figuraban que empezarian sus glorias. Don Pedro Ponce de Leon viendo trabado el combate, subió inmediatamente á la cumbre en ocasión que los enemigos reforzados vendían caras sus vidas, y paralizaban las ventajas de los Castellanos, y protegiendo los movimientos de don Sancho de Rojas, contribuyó al esterminio de los infieles. Era horrible la carnicería que se notaba por todas partes, á cada momento crecía el número de los moros que mejoraban la suerte de sus armas, y constituían á los cristianos en grandes apuros y dificultades insuperables. Véíase todo el cerro cubierto de ensangrentados cadáveres, de hombres moribundos y cuerpos mutilados. Los gritos de los combatientes se prolongaban por la sierra, y unidos al estrépito de las armas y el ruido de los caballos hacían imperceptibles los dolorosos clamores de las víctimas espirantes. Volaba la muerte sobre las cabezas de todos los guerreros y con sañuda guadaña postraba en tierra á los mas orgullosos campeones. Descubriáanse en las puntas de las lanzas horribles trofeos, que causaban espanto; las cabezas mas ilustres del ejército granadino levantadas en alto, y salpicando de sangre á sus esforzados compañeros, repartían las últimas miradas de rencor y de odio sobre sus indómitos vencedores.

A pesar del valor y entusiasmo de nuestros animosos soldados, y á pesar del celo y actividad de sus bizarros adalides, la victoria que se mantuvo indecisa largo tiempo, comenzaba á inclinarse hácia los infieles. Su excesivo número abrumaba y confundía á los cristianos, que inutilmente intentaban rehacerse, para maniobrar con libertad, y desembarazo, y sus mortíferos golpes impulsados por la desesperación y la venganza disminuían sin cesar las huestes Castellanas. Pero

llegando á esta sazón el socorro que precedia al ejército fueron batidos y arrollados los moros, que abriéndose y replegándose, facilitaron un pequeño respiro á la gente del obispo y de don Pedro Ponce de Leon. Este último adiestrado en los combates particulares, y dotado de un valor no comun buscaba cuidadosamente en la batalla á los enemigos que mas se distinguian con sus hazañas y el poder de sus brazos, y dirigiéndose á ellos esclusivamente, les hacia experimentar la pujanza de sus armas, y la fuerza irresistible de sus golpes. En el mayor ardor del combate divisó á un turco que sobresalia entre sus campañeros por su elevada talla, y su funesta destreza, que acometido por muchos cristianos, se defendia con bravura, y los rechazaba con brio, habiendo derribado y tendido en el suelo á una porcion de guerreros. Parecióle un rival digno de su valor, y arrojándose á él como un rayo, fijó su atencion, y le provocó á un certamen personal. Enristrando entonces su lanza el fiero musulman, acometió á su contrario sin vacilar, y empleó toda su táctica y militares conocimientos para abatir al invencible castellano. Con el objeto de hacerse memorable y famoso servia este aventurero en el ejército granadino, y ya sus proezas le habian adquirido alguna celebridad, cuando don Pedro Ponce de Leon vino á detenerle en medio de su carrera, y á marchitar todos sus laureles con un solo bote de su lanza. Atravesado de una herida mortal, y derribado de su caballo, halló su sepultura en los montes de la Rábita, y conoció aunque tarde que no es lo mismo batirse con los griegos inconstantes y acobardados que con los indomables y aguerridos españoles.

Mientras esto sucedia con don Pedro Ponce de Leon, Juan Velasco que habia entrado en la lid al frente del pequeño refuerzo que enviára don Fernando embistiendo al caide de Alhama, que llevaba por todas partes la desolacion y la muerte, le hundió su lanza en las entrañas, y le puso fuera de combate. Por otra parte un alfaqui, viendo el lamentable estrago de los suyos, y deseando reanimarlos daba espantosas voces y horribles bramidos hácia el lado donde operaba Juan Hurtado de Mendoza, y enojado uno de nuestros guerreros de sus furiosos ademanes y destemplado clamoreo, se aprocsimó á él y le dividió la cabeza con una ter-

rible cuchillada, que le derribó á sus pies sin aliento.

Mezcláronse á este tiempo en la sangrienta lucha Diego Lopez de Zuñiga y Fernan Sanchez canciller del infante, dos piadosos guerreros que habian levantado organizado y equipado á su costa doscientos lanceros para obtener las indulgencias que el pontifice habia concedido en favor de los que militasen sin sueldo durante la presente campaña contra los infieles. Despues de largas y precipitadas jornadas, encontraron en fin al ejército cristiano rodeado de numerosos y bravos enemigos delante del castillo de Antequera, y arrojándose sin titubear al peligro, participaron de la gloria del triunfo y cooperaron á la derrota de los Sarracenos.

Ya estaba cerca el ejército Castellano, y su lucida vanguardia empezaba á subir el cerro de la Rábita, cuando los moros acosados por nuestros incansables guerreros, que aprovechándose de la confusion de los enemigos, les habian diezclado su gente, emprendieron la retirada hácia la plaza del Portichuelo, y las eminencias que se elevaban á su espalda. Con el tropel y el desorden de los fugitivos, y el ardor de sus perseguidores embarazábase el movimiento del cuartel general, y notándolo el ilustre regente mandó que se adelantasen con sus tercios Gomez Manrique, Pedro Manrique, Pedro Ponce, Carlos Arellano, Garci Fernandez Manrique, Martin Fernandez de Córdoba y Lope Ortiz de Zuñiga alcalde mayor de Sevilla, y dominasen las alturas por la parte mas favorable y que se ofreciese mas accesible y despejada. Asi lo ejecutaron sin dilacion, y subiendo á los cerros en distintas direcciones, cayeron de improviso sobre los infieles que intimidados y sobrecojidos de terror se abandonaron á la fuga. Pero acampado el grueso del ejército en la plaza del Portichuelo, refugiaronse los dispersos al abrigo de sus reales, y una fuerte avanzada que dió algunos pasos para protegerlos y contener á los contrarios, restableció el orden y regularizó la pelea. Lope Ortiz de Zuñiga fiado incautamente en la destreza de su brazo y agilidad de su caballo y arrebatado de su espíritu fogoso, perseguia á un grupo de Sarracenos, y engreido con el horroroso estrago, que en ellos hacia, se internó sin prudencia en el campo enemigo, espantándole con sus prodigiosas hazañas, hasta que apurados los medios de defensa,

roto el casco, descubierta la cabeza, su lanza dividida en pequeñas trizas, y atravesado de dos heridas mortales, cayó moribundo en medio de un cerco de cadáveres que antes había postrado su potente brazo. Mas Rodrigo de Narvaez, Pedro Alonso Escalante y Diego de Sandoval, que guiados del mismo ardor, le seguian muy de cerca, al ver el fin infausto de su malogrado compañero se abrieron paso por medio de las filas enemigas, y persiguieron á un moro que había atravesado uno de sus ojos con un flechazo, y alcanzándole el último por ser mas veloz su caballo, le levantó en la punta de su lanza, vengando la muerte del alcalde mayor de Sevilla.

Ya había subido el ejército á los cerros del combate, y enfilándose en sus espaciosas cumbres, se dirigian al Portichuelo con un órden inalterable. El religioso [del cister que condujo los dos niños cautivos á la presencia del infante, corria las filas con un crucifijo en la mano escortando á todos los guerreros á derramar su sangre en defensa de la religion y de la patria; y sus elocuentes discursos pronunciados con fervor comunicaban su entusiasmo á los generosos corazones de aquellos invencibles soldados. Conducian tambien en el centro con un aparato magestuoso á la Virgen de la Esperanza, que segun tradicion es la misma que hoy se venera en la santa iglesia Colegial.

Los infieles que se estendian desde el Portichuelo por la calle alta de Sta. María, viendo que se acercaba el ejército castellano, cuya marcha concertada y armoniosa y buena distribución y colocacion de los cuerpos, hacian parecer mas numeroso, sin consultar mas que al miedo que se había apoderado de ellos, y olvidando las leyes del honor, empezaron á retirarse con precipitacion, y á ceder la posicion á los enemigos. Los cristianos que observaron este rápido y vergonzoso movimiento, agujaron sus caballos, y se abalanzaron hácia los desbandados y pusilánimes Sarracenos, que atravesando cerros y valles, buscaban la Escaleruela para restituirse á sus reales. Acosados en su fuga, y perseguidos con actividad, los mas de ellos no llegaban á la boca del Asna, y sus cadáveres ensangrentados cubrian de trecho en trecho todo este escabroso camino que ofrecia por do quier horribles espectáculos, caballos desjarretados, armas rotas ó abandonadas, hombres moribua-

dos raudales de sangre y cuerpos mahometanos divididos en trozos.

Al llegar los primeros fugitivos al cuartel general, salió un numeroso cuerpo de reserva, que le custodiaba, y reforzándose con los dispersos que se incorporaban sin cesar, partió á contener y refrenar el impulso de nuestros denodados guerreros. Pero en vano pretendian los moros evitar su completa derrota, y arrancar de las manos de sus enemigos la victoria que ya se habia declarado en su favor. Así que la nueva lucha que se preparaba solo habia de servir para aumentar el lustre de las armas de Castilla, y hacer mas gloriosa la jornada. Ya no era posible resucitar el valor esforzado que ostentaban sus campeones al salir de Granada, y cuando fijaron los reales en la garganta de la sierra, pues el miedo y el desaliento habian sucedido á los denuestos y amenazas que lanzaban entónces contra nuestros infatigables soldados, y nada podia equilibrar las ventajas de un ejército triunfante respecto á un ejército vencido y desaminado.

Así fué que apenas se avistaron los cuerpos combatientes, se distinguieron los cristianos por su arrojo y animosidad, acometiendo sin detenerse á sus contrarios, al paso que estos cejando desde el primer encuentro, y reduciéndose á la defensiva, mostrando desde luego su impotencia y cobardía, no tardaron en volver las espaldas á los enemigos. Perdiendo terreno, y abandonando sucesivamente todas las posiciones, retrocedieron al cuartel general, y envueltos y aturdidos no supieron salvar las preciosidades y efectos que conservaban en él, que fueron en seguida despojos de nuestros bravos guerreros.

Ocupada la boca del Asna, y estendiéndose los nuestros por entre sus riscos y asperezas, se enseñorearon de todo aquel terreno, y le despojaron de enemigos. Saquearon los soldados las tiendas de campaña y reunido un rico botin, mandó el infante que se repartiese entre todos, y que cada uno tomase en razon de sus méritos, dignidad ó acciones de guerra la porcion ó efectos que le correspondiese. Mas esta justa distribucion no podia verificarse hasta que se hallasen presentes los gefes principales, que como testigos de la intrepidez y valor de los individuos que militaban bajo sus banderas, debian proponerlos nominalmente y solicitar que fuesen preferidos los mas acree-

dores. Continuaban todavía los generales Castellanos persiguiendo á los infieles que corrían hácia Archidona, Málaga y Cauche, para refugiarse dentro de los muros de estas plazas, y aun que el temor y el desaliento de los moros aseguraba á los que seguían el alcance, no le pareció prudente al augusto caudillo que se internasen tanto en el país enemigo, y mucho ménos con el desórden que era consiguiente á la disolucion de las fuerzas y separacion de los cuerpos, que habian tomado opuestas direcciones segun el rumbo de los infieles ahuyentados.

Por otra parte le interesaba al esclarecido regente volver al cuartel general que habia dejado á cargo de don Lorenzo Suarez de Figueroa con poca gente, y temia con sobrado fundamento que los moros de Antequera hiciesen una salida contra él, aprovechándose de la ausencia del ejército, y le derrotasen mientras sus tropas triunfaban á una legua de distancia de todo el poder de Granada. Mandó pues tocar á *recojerse*, y nuestros subordinados guerreros obedeciendo á la trompeta que los convocaba, aunque sentian volver atras, hasta conseguir el completo esterminio de los fugitivos y dispersos, regresaron á la boca del Asna, y se sometieron á las disposiciones del infante.

Distribuyéronse entónces los despojos con justicia y legalidad, y premiado con esto el valor de aquellos invencibles guerreros, sin que ninguno tuviese motivo para querellarse, el regente se contentó con un hermoso caballo bayo, que se encontró en la tienda de los infantes moros. Acto continuo hizo reseña de su gente, y vió no sin asombro que solo le faltaban ciento veinte soldados, como nota el citado Mariana, (1) al paso que el estrago de los enenigos habia sido espantoso, pues todo el camino de la Escaleruela y la garganta de la sierra estaban sembrado de cadáveres, y despues se averiguó que habia tenido de baja el ejército granadino quince mil hombres incluso en este número sus mas distinguidos gefes, y los personajes de mas alta categoría.

Evacuada esta diligencia se puso en movimiento el ejército abandonando las asperezas y riscos de la sierra, y dirigiéndose

(1) Lib. 19 cap. 21.

al cuartel general. Los moros de Antequera desconfiando del buen éxito de las armas mahometanas desde que vieron en dispersion á sus soldados y temiendo enfurecer mas á sus enemigos, si hacian alguna tentativa contra el real, se mantuvieron en la inaccion, cuidando solo de vigilar las murallas y defender la plaza. Por su parte don Lorenzo Suarez de Figueroa habia observado la misma conducta y aunque no perdia de vista á los infieles, y siempre estuvo preparado para rechazarlos si osaban acometerle en sus trincheras, rehusó provocarlos con ninguna clase de hostilidad.

Llegó por último el infante á la plaza del Cármen, y se alojó con su ejército dentro de la línea que ya hemos marcado y al punto notició á la reina gobernadora el feliz suceso de las armas de Castilla, y la brillante victoria que habia obtenido sobre los infieles. Participó ademas esta fausta nueva á las ciudades mas populosas del reino, que la celebraron con funciones religiosas y públicos regocijos, y desempeñando su deber como caudillo cristiano, derramó su corazon en la presencia del Altísimo, ofreciéndole sus votos en accion de gracias y mostrándole el mas profundo reconocimiento por un triunfo tan memorable.

CAPITULO XV.

*Conduccion de las bastidas.--Armanse las bastidas.--Se aproximan al muro.
--Accion gloriosa del infante.--Los manteletes.--Incurcion de los cristianos en los campos de Archidona, Loja y Malaga.*

Pulverizados los enemigos, y abatidos los pendones de Granada, se dedicó esclusivamente el ejército á estrechar el cerco de Antequera, y acelerar la rendicion de la plaza. El infante, mientras llegaban las bastidas, ordenó que su gente cubriese toda la circunvalacion, y continuando el bloqueo, aunque mas apretada la linea, adoptó las medidas convenientes para estorbar la introduccion de socorros en la vi-

lla, y la salida de los habitantes. Entretanto las bastidas cargadas en trescientos sesenta carretas y escoltados por mil y doscientos hombres al mando de Fernando Rodriguez de Monroy señor de Belbis, y del capitán Juan Vazquez Casasola, eran transportadas á Antequera. Habiéndose fabricado en el alcázar real, y no pudiendo salir por la puerta de Jerez, por ser muy largas y gruesas, mandó el regente que se derribase la parte del muro que impedía su estracción. La crónica de don Juan II cap. 31 desaprueba la referida determinación, fundado en que los muros de Sevilla se habían mantenido íntegros é ilesos desde que Julio César los levantó, y que la conducción de una máquina militar para tomar un castillo no era motivo suficiente para romper y destruir una obra tan vetusta y primorosa. Mas no tuvo presente su autor que las murallas de Sevilla habían sido reedificadas por los Sarracenos cuando se apoderaron de la capital de Andalucía, y que si conservaban algunos vestigios de la arquitectura romana apenas podían distinguirse de las reparaciones de los Godos, y de la renovación que se verificó en tiempo de la dominación de los Arabes. Por otra parte importaba mas la conquista de una plaza de tanta consideración como Antequera, que la íntegra conservación de aquella cortina, la cual podía en breve restablecerse, y volver á cubrir su línea al paso que Antequera hubiera burlado los conatos y esfuerzos de todo el ejército de Castilla sin el auxilio de esta máquina militar.

El día 12 de mayo se divisaron las bastidas á corta distancia, y se descargaron al pie de una cuesta, y en sitio que hoy ocupa el peso de la harina, ó alhondiga. No podían verse reunidos sin admiración tantos aprestos militares; un cargamento inmenso de madera, ruedas, piedras de amolar, balas de piedra, tacos para las piezas, escalas, palancas, sogas, maromas, estacas, mazos, y otros preparativos y pertrechos cubrían el espacio donde se fundó despues el convento de Sta. Catalina, y el Coso viejo. El día siguiente se trasladaron estas piezas y aprestos al llano inmediato que está sobre la pendiente y es la primera placeta del Cármen, donde doscientos hombres trabajaban sin cesar noche y día para armar las bastidas. Pero una torre cercana, que despues se llamó

de la escala, dominaba esta pequeña planicie, y los enemigos con saetas y mortíferos tiros de arcabuz hacian notable daño á los empleados en esta maniobra, por lo cual fué necesario desamparar aquel sitio, y trasladarse para concluir la máquina á la segunda plazeta, donde estaba el cuartel general. Los moros observando el movimiento y retirada de los nuestros aprosimaron al muro una bombardas, que era una máquina militar de metal con un cañon de mucho calibre que se usaba antiguamente, y se asimilaba á nuestros morteros, y disparando á los conductores, continuaba el estrago.

Pero Rodrigo de Narvaez, Garcí Fernandez Manrique, Carlos Arellano y otros caballeros acaudillando á un cuerpo de arcabuceros y flecheros hicieron frente á los infieles, y con acertadas descargas limpiaron la muralla, y facilitaron la traslacion de las bastidas. Usábase ya en este tiempo la pólvora, descubierta por un aleman segun Sabelico Blondus el año de 1380 siendo los Venecianos los primeros que se sirvieron de ella, aunque Naudero afirma que su invencion se verificó 24 años antes, es decir el de 1354.

A pesar de haberse alejado de aquel sitio los que trabajaban en la composicion de las bastidas, estaban todavia bajo los fuegos de una gruesa bombardas, que manejaban diestramente los enemigos, y despedia sobre ellos un horroroso incendio. El infante que no podia mirar con indiferencia el estrago que los infieles hacian en los suyos por medio de la máquina mencionada, estimuló á un famoso artillero aleman, que servia en el ejército, á que emplease toda su habilidad y arte en desmontarla ó inutilizarla. Dirigia este otra bombardas denominada Santa Cruz, y asestándola contra el punto donde jugaba la de los moros, fijó la punteria con un tino singular. Ya aplicaban los Antequeranos la mecha al fogon de su bombardas cuando disparada la nuestra, introdujo toda la carga en el cañon de los contrarios y reventó con horrible estrépito, dividiéndose en pequeños cascós, que al caer sobre la multitud ocasionaron graves heridas y contusiones. El regente penetrado de alegría con este feliz suceso, y pagado de la industria y acierto del aleman, le hizo varias mercedes, y le mostró que habia merecido bien de la patria.

Ya se habian armados dos bastidas y era necesario acer-

carlas al muro para ver si tenian la elevacion correspondientes, y se igualaba al nivel de los adarves, pero un profundo foso abierto al rededor de las murallas interceptaba el paso y hacia imposible la tentativa. Era preciso pues cegar aquella honda caba, y allanar el terreno, para que montada la maquina sobre sus ejes rodase hasta el sitio donde se intentaba aplicar. Acudieron los soldados á llenarla de tierra, ripios y escombros que conducian en espuestas, pero los moros desde el muro y las torres inmediatas, sacrificaban impunemente á nuestros guerreros con repetidas cargas de saetas y arcabuces. Ya habian caido al foso innumerables cadáveres, y los bravos sitiadores que jamas temieron al peligro, se intimidaron al considerar la suerte funesta que les preparaban sus enemigos si continuaban en la empresa. Informados sus respectivos gefes de estos desagradables incidentes, y temiendo que se menoscabase el número de sus soldados progresivamente hasta quedar aniquiladas sus fuerzas, si los impeñaban á obedecer, y concluir los trabajos empezados, allojaron en la obra, y la abandonaron del todo. Pero el infante que miraba este asunto con mas interés, y para el cual nada habia mas glorioso que perfeccionarle, y obtener el resultado que anhelaba, desaprobó altamente la conducta de los generales y los justos temores de los soldados, y ordenó que sin dilacion se empleasen todos los cuerpos en allanar y cubrir el foso.

Sin embargo como los Antequeranos permanecian en la misma parte de muro, y alentados con el buen suceso de sus anteriores descargas se mostraban en actitud todavia mas terrible y orgullosa, la disposicion del regente no produjo el efecto que apetecia, y sin omitir la ejecucion de sus órdenes, se conducian los cristianos con tanta tibieza y lentitud que indignado don Fernando y apeándose de su caballo, tomó una espuesta con tierra y cubierto con un paves, la descargó en el foso, exclamando á sus guerreros: «Avergonzaos con mi ejemplo, y sirva mi conducta á todos de modelo.»

Esta gloriosa accion, que es uno de los mas célebres pasajes de su vida, estimuló á todo el ejército á cooperar á sus intentos, y á pesar de los conatos de los infieles, en poco tiempo quedó cegada aquella profunda caba tan funesta para

nuestros soldados. Entonces mandó que se aprocsimasen las bastidas á la torre inmediata, destinando á Rodrigo de Narvaez, Pedro Alonso Escalante, y Alvaro Camero para que protegiesen con su gente á los individuos que se ocupaban en esta peligrosa operacion. Los moros enfurecidos y desesperados porque sus enemigos superando todas las dificultades, y burlándose de su rabiosa resistencia, iban logrando poco á poco el objeto que se habian propuesto, y reflexionando que aplicada la máquina á las murallas, serian inútiles todos sus esfuerzos, porque al fin tarde ó temprano habian de prevalecer y dominar los adarves, cargaron con furor sobre los que conducian las bastidas, arrojándoles un diluvio de flechas, piedras y combustibles incendiados. Perecian muchos cristianos sin que fuese posible evitarlo, y los bizarros donceles que mandaban esta fuerza quedaron heridos en el acto de evacuar su comision.

Desagradaba al infante estas tristes ocurrencias, y no podia ménos de manifestar el sentimiento que penetraba su corazon á vista de tantas victimas ilustres dignas de mejor suerte, pero era indispensable triunfar de aquellos obstáculos, y para conseguir la ocupacion de una plaza tan importante y fortificada, pasar sobre riesgos, y arroyos de sangre. Así que lejos de amilanarse y desmayar su invencible ánimo con estos lamentables acontecimientos, se acrecentó su brio y denuedo, y arrojándose al peligro esortaba á sus guerreros á proseguir la operacion. Mandó ademas construir varios manteletes que eran ciertas máquinas formadas de vigas y tablones con que antiguamente se cubrian y defendian los que intentaban escalar ó picar los muros de alguna plaza. Refugiándose pues nuestros soldados al abrigo de los manteletes escusaban los horrores de la muerte, y eludian las descargas de sus enemigos. Y para que en adelante todos participasen de las fatigas y trabajos de la guerra, y se dividiese el peligro y la suerte con igualdad, dispuso Fernando que alternasen todos los generales y se reemplazasen sucesivamente en la defensa de las bastidas.

Habianse estas arrimado á la torre y al subir por la escala un caballero vizcaino notó el regente que eran cortas, y se necesitaba aumentar su elevacion para que se nivelasen

con el muro. Por esta razon le mandó retirarse, y suspender su arriesgado y temerario intento hasta nueva orden. Entretanto los moros irritados contra los manteletes, que ponian á sus enemigos á cubierto de su furor, y frustaba sus zañudas intenciones, proyectaron una salida con el ánimo de incendiarlos. Acojido este pensamiento, y encargados de su egecucion los mas valientes y arrojados entre ellos, se precipitaron por una puerta cercana, que se llamó despues de las Bastidas, y acometiendo con la tea en una mano, y el alfange en la otra á la gente de don Lorenzo Suarez de Figueroa ausente á la sazón, entregaron á las llamas las *mantas* que estaban á su cargo, regresando con rapidéz á la villa.

Acudieron nuestros soldados á extinguir el fuego, y á repeler á los enemigos que ya se habian refugiado á la plaza, y avisados los demas generales con esta sorpresa que les sirvió de leccion, redoblaron la vigilancia, y á todas horas estaban sobre las armas. Así fué que engreidos los infieles con el venturoso écsito de esta tentativa, y creyendo que debian esperar el mismo resultado si la repetian, avanzaron de repente por la tarde á los manteletes que custodiaba Carlos Arellano. Aguardaba este intrépido caudillo de un momento á otro que los sitiados hiciesen otra salida, y tentasen quemar las *mantas* de su cargo, por lo que notando algun ruido ordenó su gente y la dispuso para el combate. A este tiempo llegaron los enemigos, que se arrojaron furiosos hácia nuestros preparados guerreros, pero rechazados y acometidos por todas partes cedieron el campo, y volvieron á la puerta de la villa, para estorbar que se introdujesen los cristianos en la plaza viendola abierta.

Siendo cortas las bastidas, como ya hemos insinuado, y faltando para aumentar su cuerpo la madera correspondiente envió el infante varios comisionados á Sevilla, para que la proporcionasen y condujesen. Y mientras regresaban á Antequera, como era forzoso paralizar las operaciones, dispuso que todos sus caballeros, grandes, ricos-hombres, escuderos y soldados recorriesen al campo enemigo, y conquistasen con sus armas los víveres y comestibles que ya escaseaban en el real, y habian de necesitarse hasta la rendicion de la plaza, pues tan firme en su resolucion como al principio no pensaba

en retirarse de este distrito, sin apoderarse del castillo sitiado. Para la defensa del cuartel general y de las máquinas bélicas reservó la mayor parte del ejército y mandó partir á los restantes los cuales luego que regresáran al real, debían relevar á sus compañeros, para que verificasen su incursión. Fueron los primeros que se alejaron del sitio don Pedro Ponce de Leon, Garci Fernandez Manrique, Carlos Arellano, y el conde don Fadrique con otros muchos caballeros y la fuerza que los acompañaba se componia de mil infantes y quinientos ginetes. Partieron hácia Archidona y se acercaron á las puertas de Loja, donde refugiados algunos cuerpos que habían escapado de la derrota, de la boca del Asna salieron á batirse con los nuestros, y á reprimir el orgullo de los Castellanos. Pero acostumbrados estos á vencer y recordando los infieles su reciente descalabro, en breve fueron deshechos y ahuyentados, pereciendo muchos en la refriega y mas todavía en la fuga. En esta ocasion rota la lanza de Rodrigo de Narvaez, y advirtiéndolo Diego de Sandoval arrebatóle la suya á un soldado que se habia retirado del combate, y se la dió á su compañero, diciendo: dejad que trabaje esta lanza. No tardó mucho aquel esforzado doncel en emplearla dignamente derribando con ella á un moro que portaba el estandarte del rey de Granada bordado con sus armas. En fin derramándose por todos aquellos campos, y registrando la comarca de Loja y Archidona, volvieron al real sin haber experimentado reves, ni pérdida alguna trayendo muchos cautivos y mas de seiscientos jacos y yeguas. Fué universal la alegría del ejército al abrazar á sus hermanos despues de una expedicion tan feliz, y al momento se preparó la segunda correria dirigida á la *Ajarquia* y campos de Málaga.

Era el caudillo de esta el condestable don Ruy Lopez Dávalos que al frente de dos mil doscientos hombres de armas, ochocientos caballos, y tres mil infantes flecheros y piqueros se acercó á Alora y se acampó á la orilla del rio. Acompañábanle don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, don Enrique de Guzman, don Gomez Manrique, don Pedro Manrique y don Lorenzo Suarez de Figueroa. El infatigable don Pedro Ponce de Leon obtuvo licencia para incorporarse en esta segunda jornada y engruesó con su gente el ejército expedicio-

nario. Los moros del valle de Abdalacis y los de Alora alarmados y rezelosos no se atrevieron á descansar mientras permanecia aquella fuerza tan cercana á sus castillos y pasaron en vela toda la noche. Temian no sin fundamento que el objeto del condestable fuese apoderarse de las plazas que defendian, y aunque los tranquilizaba de algun modo la fortificacion imponente de sus muros, y la ventajosa posicion que ocupaban, sabian muy bien que no podian resistir á un asedio y que el hambre y la necesidad los obligaria al fin á rendirse y entregarse á sus enemigos.

Sin embargo don Ruy Lopez Dávalos no pensaba molestar á los moradores de las villas mencionadas, y apenas brillaron los primeros fulgores de la luz sobre el horizonte, levantó su campo, y desalojó la comarca, encaminándose al alcázar de Cártama. Aproximóse á esta villa en órden de batalla, y la rodeó por todas partes, con el ánimo de saquearla, si lograba sorprenderla, y de tomar su castillo, si podia superar la resistencia que regularmente opondrian los infieles. Penetró pues en el arrabal y sus intrépidos soldados avanzaban hácia el interior, cuando los moros que se habian preparado para rechazar á sus adversarios al primer indicio que tuvieron de su aproximacion, acudieron á la defensa de la puerta de la villa y de las murallas, y detuvieron á los Castellanos, lanzando sobre ellos una espesa nube de saetas, que los oprimia y maltrataba con rigor.

Mandó entonces el condestable á sus guerreros que no se obstinasen en trepar el muro, pues de aquella porfiada lucha no podia resultar ventaja alguna, y era honor suyo regresar al real de Antequera sin haber experimentado pérdidas ni derrotas, como los que antes recorrieran los campos de Loja y Archidona, al paso que se esponia á un desastre, si insistian en el asalto de la villa. Obedecieron aunque no sin repugnancia nuestros bravos soldados, y para vengar los insultos que les prodigaban los infieles en su retirada, como asimismo las heridas de algunos compañeros, incendiaron el arrabal, y las mieses, y talaron todas sus huertas, viñas y demas posesiones rurales.

No tardaron en presentarse delante de Málaga continuando su espedicion, y alborotada esta ciudad, al ver abra-

zados sus campos, y perdida toda su riqueza pecuaria que habia caído en manos de los cristianos, salieron sus moradores armados, y con la mayor serenidad y audacia acometieron á los enemigos, y les disputaron la presa y las vidas en un sangriento combate. Habian acudido en tropel, anticipándose los ginetes mas fogosos á quienes favorecia la ligereza de sus caballos y la falta de órden con que entraron en batalla fué la causa principal de la derrota que sufrieron. Trabada la pelea, se defendieron con destreza y bizarría muchas horas, y aunque al fin tuvieron que ceder al valor de nuestros intrépidos guerreros, la pujanza de sus brazos produjo fatales efectos que lamentaron nuestras tropas. Tendidos en el campo de batalla muchos soldados valientes, y herido de gravedad el conde de Niebla, uno de los personajes mas distinguidos y amados del ejército, nada era capaz de contener el ardor y furia de los Castellanos, que solo respiraban venganzas. Arrojárónse á los infieles como fieras sedientas de sangre y de carnicería, y secundados sus nobles esfuerzos por todos los generales, reprimieron el orgullo de los moros, inmolando á su rencor las cabezas mas ilustres, y los guerreros mas arrogantes y gallardos. El espanto, la confusión y el desórden reinaban en las huestes Mahometanas que desbaratadas y arrolladas por todas partes, volvieron las espaldas, abandonándose á la fuga, y buscando un asilo dentro de la fortificacion de la plaza. Los cristianos siguieron al alcance, y los persiguieron hasta el umbral de la puerta de la ciudad, y acuchillando á los pelotones que huían, sembraron el campo de cadáveres, y convirtieron la poblacion en un lugar de llanto y de tristeza por la muerte de tantas victimas.

Fué muy sensible entre los cristianos la pérdida del jóven Fernando de Guzman, hijo de Juan Ramirez de Guzman natural de Toledo. Su valor, sus prendas sobresalientes, y sus méritos le habian hecho acreedor al aprecio general, y su temprana muerte ocurrida en la edad mas fogosa y lozana, escitó la lástima, é inflamaron los pechos de sus compañeros para vengarle. Fueron tambien heridos el tañedor Francisco de Medina que gozaba reputacion de valiente y esforzado en el ejército, y el soldado Juan de Trigueros, que sostuvo un combate particular con un bravo sarraceno á quien desafió en el,

calor de la batalla haciendole morder la tierra al primer bote de su lanza, aunque su rival logró desde luego la ventaja de herirle. En fin el condestable, viendo á los malagueños intimidados, y recojidos en la plaza, reunió su gente y marchó para Antequera. Conducia cuarenta prisioneros, y un número considerable de vacas, yeguas, y ganado lanar, apresado en varias partes durante la expedicion, y con este socorro llegó al real, y besó la mano del infante, que ya estaba inquieto por ignorar su paradero y la suerte de su dilatada expedicion. La tropa descansó todo aquel dia de las fatigas de la jornada y al siguiente ocupó los puestos confiados á su lealtad y valor.

CAPITULO XVI.

No es admitida una proposicion de paz presentada al infante por el rey de Granada --Se descubre una conspiracion. Rodrigo de Velez--Suplicio de los traidores.--Componense las bastidas.

Con el mayor pesar y demostraciones de sentimiento recibió el rey de Granada la noticia de la derrota de su ejército y dispersion de sus reliquias, que vagando de cerro en cerro y de sierra en sierra habian conseguido salvarse en varios castillos del reino, pero que amilanadas y vencidas no eran apropósito para conducir las de nuevo al combate, ni podian inspirar confianza alguna á su soberano. Tocaba este la dificultad de levantar otro ejército, ó de reorganizar el que habian acaudillado los infantes sus hermanos, ya porque estaba muy reciente la derrota de la boca del Asna, y ya porque el temor y cobardia de los fugitivos se habia comunicado á los corazones de todos sus vasallos, y como un contagio habia inficionado todas las masas. Diseminados los restos por sus dominios y publicando por do quiera el fin desgraciado de su expedicion se habia hecho el desastre mas estrepitoso, y la apatia y el desaliento se habian apoderado de los pechos de los infieles.

El nombre ilustre del infante don Fernando habia esparcido el terror entre los Sarracenos, y los pueblos mas bien for-

talecidos, sobresaltados, y conmovidos temblaban al mas leve indicio de la aprocsimacion de las huestes Castellanas. Ofreciáanse á la inquieta y tumultuada imaginacion de Juseph estas desagradables reflexiones, que afectaban su corazon, y le interceptaban todos los caminos para contrarestar á sus adversarios, y desquitarse de las pérdidas que habia experimentado y no encontrando un medio mas seguro para templar á don Fernando y obligarle á renunciar á la conquista de Antequera, que humillarse á sus pies, pidiendo la paz bajo la condicion de que dejase libre este castillo y desistiese del asalto intentado contra la villa, envió á su real un embajador con pliegos para el regente.

Al segundo dia de su salida de Granada llegó Zayde Alemin al cuartel general, y fué admitido á la presencia del infante. Esplanó el objeto de su mision, sosteniéndole con un discurso elocuente y bien estudiado, en que manifestaba sobradamente el miedo y abatimiento de su monarca al traves de sus frases artificiosas, y con el pretesto de una alianza indisoluble pretendia aletargar á los fieros Castellanos, y hacerles desistir de su gloriosa empresa. Abrió el regente los pliegos de Granada y cerciorado de su contenido, respondió verbalmente al embajador que en vano intentaba su amo distraerle de su intento, y proponerle la paz para evitar la conquista de la plaza sitiada; que los inmensos sacrificios que se habian hecho al pié de sus muros, los trabajos y padecimientos de un asedio tan prolongado, los ventajosos adelantos que habia obtenido á costa de tanta sangre, esposiciones, y riesgos, las victorias de la Rábita y de la boca del Asna, y por último la penosa conduccion de las máquinas y pertrechos necesarios para rendir á Antequera, no le permitian acceder á sus ruegos, ni abandonar la empresa hasta perfeccionarla y concluirla. Juseph, añadió, que nos ha provocado á la lid, y empezó la campaña sorprendiendo á Zahara, pide ahora la paz porque no tiene fuerzas para hacer la guerra, y cuando ve cercano el momento de que los cristianos ocupen una plaza que se ha resistido con tanta pertinacia y terquedad y logren el fruto de sus fatigas y heróicos esfuerzos, piensan adormecernos con proposiciones amistosas. Pero el ejército de Castilla al pisar este terreno juró apoderarse de Antequera ó perecer al pie de sus soberbias

torres y yo penetrado de un interés mas vivo, no solo le enseñé la fórmula del juramento y le estimulé á pronunciarlo sino que mas decidido y empeñado en la actualidad, léjos de admitir las negociaciones que estás encargado de entablar, daré mis órdenes para que se apresure la obra, y se estreche la villa, cuyos habitantes serán pasados á cuchillo si prosiguen resistiéndose tan imprudente, como infructuosamente.

Leemos en un manuscrito que tenemos á la vista que el infante resolvió acojer la proposicion del rey de Granada bajo la condicion de que se declarase vasallo de la corona de Castilla y pagase las párias que sus antecesores solian tributar, entregando ademas todos los cautivos que gemian en las mazmorras de sus dominios, y que no conformándose el plenipotenciario Zayde Alemin, se rompieron las negociaciones, y se continuaron las hostilidades. Pero carece en nuestro concepto de toda probabilidad este relato, porque ni el infante podia desembarazarse del compromiso sagrado á que se sujetó voluntariamente al pisar la vega de Antequera, ni el embajador de Granada hubiera desechado las condiciones mencionadas á trueque de lograr el objeto esclusivo de su comision. Respecto al regente si hubiera dado la contestacion que impugnamos, hubiera mostrado una inconsecuencia y volubilidad agena é incompatible con su carácter, cuya firmeza y estabilidad es bien conocida en la historia. Sabido es que los grandes de Castilla, cuando le brindaran con la corona, y no pudieron persuadirle á que subiese al trono de sus padres despues de las mas porfiadas instancias, le calificaron de inflexible; y prescindiendo de estos antecedentes, su alma religiosa miraba como irrevocable el juramento que habia pronunciado delante de las murallas de Antequera, y se creia obligado á cumplirle aunque fuese á costa de la vida. Por otra parte la obra que habia empezado bajo los mas favorables auspicios se hallaba muy adelantada y no era razon dejarla incompleta, y abandonarla, cuando ya se divisaba el término y todo presagiaba el mas venturoso resultado. Los infieles habian sido derrotados, el rey de Granada no contaba con fuerzas suficientes para estorbar la rendicion de la plaza, y aparecia muy claro que si solicitaba la alianza, no era por amor á la paz, sino por que reconocia la superioridad de sus enemigos y temia los triunfos de sus armas invencibles.

Esta misma reflexión nos hace inverosímil la supuesta inconveniencia del embajador Zayde Alein, que representando á un monarca sumiso é intimidado, sin ejército, sin preparativos, y forzado á solicitar la paz, no hubiera vacilado en aceptar las condiciones. Los antecesores de Joseph cuando disponian de fuerzas respetables y se hallaban en el colmo de la gloria y de la prosperidad, acometidos por los reyes de Castilla, se hicieron sus tributarios y no desdeñaron someterse al poder de sus rivales, como hemos notado en el discurso de esta historia; por lo que no era un baldon ó ignominia para este soberano seguir el ejemplo de sus mayores, especialmente en la apurada situacion en que se veia colocado. Por último ni el objeto del infante en la presente campaña era compeler al monarca de Granada á que se declarase vasallo de su angusto sobrino, ni en mi dictámen podia hallarse autorizado Zayde Alein para defraudar los deseos de su amo, y despreciar como gravosas y degradantes unas condiciones tan practicadas y comunes en esta clase de convenios y tratados de paz. Y hé aquí los fundamentos en que nos apoyamos para preferir el lacónico testo del Dr. Yegros que hablando acerca de este asunto, dice, que Zayde Alein *trató con el infante su negoció y no pudo efectuar cosa alguna*, por el carácter inflexible y religiosísimo de don Fernando.

Mientras permanecia en el real el embajador de Granada, mandó el regente que estoviese alojado fuera de la línea del ejército en una barraca que se preparó á un lado del Arroyon cerca de la huerta de la Carrera. Zayde Alein enojado de este desaire, y mucho mas del hediondo local que le habian destinado, se querelló delante del caudillo cristiano, representándole con energía las incomodidades insufribles que experimentaba en su alojamiento por el olor apestado y corrompido de las inmundicias arrojadas en aquel arroyo, y de las bestias muertas que hacinadas en él, inficionaban el ambiente con su putrefaccion. Aunque don Fernando tenia un corazon benigno, lleno de clemencia y de humanidad, participaba de la ferocidad de su siglo y adolecia de los defectos comunes de aquella época. Consideraban los cristianos á los infieles como enemigos de Dios y de los hombres y que ningun rigor era escusivo para mortificarlos, y oprimirlos. Aborreciáulos de muerte,

y detestaban á todos los que cubrian su cabeza con el turbante; los llamaban perros, y solian mirarlos como si lo fuesen; los contemplaban como indignos de compasion, y de gozar las dulzuras y comodidades de la vida, y se persuadian que el odio implacable que les profesaban era la mayor recomendacion de sus virtudes y el mérito mas relevante á los ojos de la Divinidad. Y aunque siempre reprobaremos esta conducta como opuesta á los principios del Evangelio, no podemos ménos de disculparlos al reflexionar sobre las inauditas tiranias y execrables tormentos que los moros hacian experimentar á los cristianos cautivos. Los trabajos, privaciones, angustias, lágrimas y ultrajes de nuestros prisioneros, sepultados en inmundas y lóbregas mazmorras, tratados como fieras, y reducidos al estado mas doloroso y lamentable impelian á los guerreros Castellanos á usar de semejantes represalias y no desperdiciar ocasion alguna para vengarse de la dureza y barbarie de sus enemigos.

Zayde Alemin aunque se hallaba revestido del carácter de embajador, no merecia las consideraciones del caudillo cristiano, que al recordar el atropellamiento con que los moros habia tratado en época muy reciente á los embajadores de Castilla, aprisionándolos contra todo derecho, y confundiéndolos con los demas cautivos, juzgó hacer demasiado con respetar su libertad, y conservarle en el referido alojamiento hasta que se volviese á Granada. Y así nunca debió esperar el moro las pretendidas deferencias y miramientos que reclamó al regente para que mudase su alojamiento, no solo por los motivos expresados, sino tambien porque importaba colocarle en aquel lugar donde no tuviese comunicacion con los sitiados, ni se impusiese de las disposiciones é intentos del ejército, ni pudiese eludir la vigilancia de los que estaban encargados de observarle. Y hé aquí la causa porque rehusó Fernando se hiciese novedad alguna, y no accediendo á la traslacion que solicitaba, le contestó que supuesto habia de permanecer poco tiempo en el real, y que evacuada ya su comision no debia retardar su marcha hácia la capital de su reino, llevase en paciencia las incomodidades del sitio donde estaba su barraca.

Ofendióse altamente el amor propio de Zayde Alemin con esta respuesta inesperada, y humillado su orgullo y fiera alta-

neria, suspiraba por vindicar su persona y su pomposa dignidad de los desaires que su acalorada imaginacion le representaba. Pensativo, melancólico, taciturno y avergonzado pasaba las horas en su apestada barraca, sin asomarse siquiera á esparcir la vista por la vega, y á reanimar con su presencia el decaido espíritu de los Antequeranos, que se afanaban por descubrir su tienda desde las torres mas altas, y que pendientes de sus negociaciones, se hubieran contentado con divisar el rojo color de su rico capellar, y los adornos relucientes de su turbante. Entregado á los pensamientos mas criminales maquinaba la ruina de los cristianos por medio de una infame alevosía. Habia notado cierta inclinacion y afecto en algunos soldados del ejército á quienes no seria difícil halagar, y seducir para que fuesen los instrumentos de la meditada traicion. La casualidad le facilitó la ocasion de sondear sus corazones y de insinuarse con ellos; habíanse retirado de sus compañeros y vagaban al rededor de la barraca, cuando tendiendo la vista el embajador que habia sentido un rumor cercano ó pasos de hombres, les hizo señal para que se aprocsimasen, y entabló al punto una conversacion familiar. A pocas diligencias averiguó que aquellos soldados eran moros conversos, y que aunque habian mudado de trage, y se veian entre los enemigos de la religion mahometana, su corazon, sus afecciones y creencias eran las mismas que ántes de bautizarse. Cada cual para justificar su apostasia le pintaba la coaccion y violencia con que habia recibido la fé cristiana, y queria persuadirle que colocado en la funesta alternativa de escoger la muerte ó la consagracion sacramental, no tuvo el valor suficiente para preferir la gloria de los mártires al cambio afrentoso que abrazaron. Pero en nuestra alma, repetian todos, no reina otra fé que la del profeta, y nuestras costumbres serán siempre semejantes á las que nos legaron nuestros padres.

No necesitaba mas el zañudo y vengativo embajador para manifestarles su proyecto, y escitarlos á cooperar á sus reprobadas ideas, y egecutar el plan infernal que habia concebido, A vista de una confesion tan ingénua y favorable nada tenia que rezelar, y dirigiéndose á los perjuros les dijo con ardor: la religion, el estado, el rey, nuestra vida, todo pende en este momento de vuestra lealtad y de vuestro arrojo, y vosotros se-
reis los salvadores de la patria si os atreveis á egecutar la em-

presa grandiosa que voy á comunicaros. Omito recordaros los amargos padecimientos de nuestros hermanos sitiados en esa villa, cuya libertad no es posible conseguir sino moviendo los resortes que yo pondré en vuestras manos; la vergonzosa derrota de nuestro ejército, la arrogancia de los enemigos, y los ultrages que ha recibido la corona de Granada representada en su embajador. De todo habeis sido testigos oculares y falta la paciencia para tolerarlo y la voz para referirlo. Pero si rehusamos la venganza que podemos lograr facilmente es preciso confesar que no corre por nuestras venas la sangre ilustre de nuestros mayores, y que somos indignos de los favores y proteccion del profeta. Por mi parte estoy resuelto á castigar el atrevimiento y la impiedad de nuestros enemigos con un ardid ingenioso y vosotros lavareis la mancha que habeis contraido, blasfemando de nuestra santa ley, y profesando la de los cristianos si os mancomunais conmigo para incendiar los reales del infante y entregar á las llamas todas sus máquinas y pertrechos.

Escuchaban los conversos á Zayde Alemin con profundo silencio y atencion; todos pendian de sus labios, y temian interrumpir su discurso con el mas leve movimiento: y el embajador asegurado de la sincera adhesion de los perjuros, y tomando alguna respiracion, prosiguió: si, he pensado incendiar el real de los cristianos, las bastidas, los manteletes, y todos los preparativos que han reunido al pie de esas inespugnables murallas para escalarlas y destruirlas. El plan que tengo trazado es el siguiente: luego que nuestros enemigos se abandonen al sueño, rociareis un bote de alquitran, que traje á prevencion sobre el maderaje, y uno de vosotros cargando con un barril de pólvora que ahora os entregaré, lo esparcirá oportunamente sobre los efectos que deben quemarse, y evacuada esta diligencia, se arrojará un poco de fuego sobre los combustibles, que en breve reducirán á cenizas los trabajos de tantos dias, y las soberbias escalas en que fundan sus esperanzas los cristianos para apoderarse de esa heroica y esforzada poblacion. Respondedme vosotros ahora y descubridme vuestros pensamientos, para ver si debo contar para la ruina de nuestros adversarios con vuestro valor y denuedo; la empresa es ardua y arriesgada, pero la religion y la patria

nos piden este sacrificio, y nosotros podemos salvarnos alejándonos velozmente de este terreno, mientras los cristianos acuden á contener el fuego, y cuidan de libertarse de las llamas.

Todos aprobaron su delincuente proyecto por unanimidad, se brindaron audazmente á ejecutar sus intentos, le aseguraron de su fidelidad y decision, y le propusieron escogiese las personas y dividiесе entre ellas los destinos que habian de desempeñar en el funesto drama que habia meditado. El que mas mereció su confianza fué Rodrigo de Velez, que refiriendo su genealogia, probó ser pariente de Zayde Alemin, pues resultaba ser hijo de Abderraman y nieto de Abdala, deudos muy cercanos de sus padres. A este pues le confió la parte principal de la empresa, entregándole el barril de pólvora, y previniéndole con sus instrucciones, le despidió al anochecer á la puerta de la barraca. Los otros se encargaron del alquitran y cada uno tomó un bote, y se preparó para derramarlo sobre las máquinas militares á la hora combinada.

Concertados los traidores y resueltos á complacer al embajador, y realizar sus infames maquinaciones, aquella noche hubieran perecido las bastidas, las mantas, las tiendas, y nuestros desprevenidos soldados, si afortunadamente no se hubiera descubierto la alevosia. El mencionado Rodrigo de Velez no era moro como habia finjido, pero sus compañeros que le tenian por tal, no pudieron desengañar ni precaver á Zayde Alemin, cuando les confiara su proyecto. Asi fué que encaminándose á continuacion á la tienda del infante le descubrió toda la trama, y le hizo patente la horrible conspiracion que se habia fraguado en la barraca del embajador granadino, entregándole el barril de pólvora con que debia incendiar el real. Don Fernando sin perder tiempo dispuso que Gonzalo Lopez y el canciller con quinientos hombres cayesen sobre los conjurados y los sorprendiesen, valiéndose de la maña y del sigilo para que no pudiesen fugarse, ni ocultar los documentos incontestables de su traicion, es decir los botes de alquitran.

Con el mayor tino y acierto se manejaron nuestros guerreros para capturar á los rebeldes, y sorprenderlos en el instante en que iban á ejecutar la traicion. Cogidos con los bo-

tes en las manos, y llevados á la presencia del infante, su turbacion indicio evidente del delito, los condenó aun antes de confesar el crimen y de pronunciarse la sentencia. Entretanto cercada la barraca de Zayde Alemin, y habiéndose entregado á los cristianos despues de vanas y artificiosas protestas, fué conducido como un reo al lado de sus cómplices, donde el regente, justificada la alevosia, é indignado contra unos seres tan infames, designaba la hora del suplicio en que habian de espigar sus maldades. El dia siguiente levantóse delante de la villa la horca fatal, y colgados los reos á presencia de una multitud de moros que se agolparon á la muralla, para ver el espectáculo, y de todo el ejército Castellano, sufrieron la pena que merecia su crimen detestable.

El infante reconociendo el importante servicio que habia hecho Rodrigo de Velez, y queriendo premiar su lealtad mandó que en adelante se llamase Rodrigo de Antequera. Regalóle un hermoso caballo y le ordenó partir inmediatamente á Valladolid donde se hallaba la corte, y que informase á la reinagobernadora de este feliz acontecimiento y del estado de sus armas. Obedeció gustoso Rodrigo, y habiendo obtenido la audiencia de la madre augusta del monarca, mereció su benevolencia, y en prueba de la real gratitud, consiguió que se le hiciese merced de 10000 mrs. de juro, que era un premio considerable en aquellos tiempos.

Mientras el se alejaba del cuartel, llegaron los comisionados que habian ido á Sevilla por madera para aumentar la elevacion de las bastidas y empezándose la obra con actividad y teson se compusieron prontamente, y se arreglaron al nivel de los muros. Deseaba con impaciencia el caudillo cristiano dar el asalto á la villa, y finalizar los trabajos del ejército, por lo cual ordenó que el dia de S. Juan se escalasen las murallas, y se tentase la conquista de la poblacion. Dilatóse despues para el viernes inmediato 27 de junio, pero habiéndose levantado en este dia un furioso huracan, que derribó las bastidas, quebrantó los mastiles, y deshizo las *arcas*, nombre propio del último cuerpo, no fué posible verificarlo por entonces, entretenidos nuestros soldados en la reparacion de la máquina, y en asegurar todas sus piezas resentidas del golpe.

CAPITULO XVII.

Batalla en la vega de Archidona -- Antigua Archidona. -- Postigo del Agua. -- Pide el infante socorro á Castilla.

Viendo el infante que se dilataba demasiado el asalto y conquista de la plaza y recelando que los moros recibian algun socorro exterior para alimentarse y prolongar el asedio, hizo tirar un foso de profundidad y anchura suficiente delante de las puertas de la villa, y en torno de los sitios mas llanos y por donde podia verificarse la importacion ó la salida, y fuga de sus habitantes, dejando libre unicamente la torre de la escala y puerta de las bastidas. A esta parte mandó acercar la artilleria y que batiese sin cesar el muro, y la fachada de la torre hasta apertillarlos y abrir una brecha proporcionada. Todo se ejecutó sin dilaciones, y mientras los cristianos se ocupaban en esta maniobra, un centinela que desde la Peña de los enamorados descubria la vega y las salidas de Archidona, levantando una nube de humo, causada por una llama animada semejante á un fanal, alarmó á todo el ejército, y le puso en movimiento. Ya se preparaban nuestros guerreros para dirigirse al sitio de la contraseña, cuando un soldado que corria á galope atravesando la vega de Antequera, llegó al real cubierto de sudor y polvo; y notició al regente y á los gefes distinguidos que le rodeaban, que habiendo partido de Archidona un escuadron enemigo de cuatrocientos caballos, y encaminándose hácia la Peña, habia cautivado á tres hombres y dos caballos de la guardia del infante y que Alonso Narvaez de Ecija con quinientos ginetes marchaba contra ellos, y tal vez ya habria trabado la batalla, de la que era imposible sacase ventaja alguna, por que los infieles habian dejado á retaguardia y se divisaban en las alturas inmediatas á la villa como unos quinientos lanceros y cuatro mil infantes.

Instruido de estos acontecimientos, y considerando el grave peligro en que se hallaban los cristianos, si no se les socorria con oportunidad y prontitud, dispuso Fernando que

se precipitasen al auxilio de nuestros bravos soldados Carlos Arellano, Garci Fernandez Manrique, Alvaro Camero, Rodrigo de Narvaez, Pedro Alonso Escalante, y Juan Carrillo de Toledo con toda su gente. Apenas se dió la órden, se alejaron los bizarros adalides seguidos de sus tercios formidables, y atravesando la angostura de la Peña, descubrieron á poco á los combatientes, encarnizados en la lucha y peleando con igual ardor y entusiasmo. Sin embargo Alonso Narvaez de Ecija, oprimido por el número mas que por el valor de sus contrarios, perdía instantáneamente el terreno, y á sus mas denodados compañeros. Los infieles le envolvian y arrollaban sin cesar, y aunque la serenidad y el ánimo invencible del caudillo castellano restablecía inmediatamente el órden y volvía á la carga con el mismo brio, era deshecho y desbaratado á continuacion y sus soldados se disminuian considerablemente.

Tal era el estado de la batalla cuando llegaron nuestros guerreros, y acometiendo por todas partes á los moros, los acuchillaron y reprimieron. Desde este instante empezaron los enemigos á retirarse aunque con órden y disputando el terreno á palmos; perdiendo las ventajas que habian obtenido sobre los cristianos, retrocedian á la villa para atrincherarse al abrigo de la fortificacion. Era horrible la mortandad de los Sarracenos, que cubiertos de sangre y arrebatados de furor, hacian poderosos esfuerzos para vindicar la muerte de sus hermanos, y castigar la osadia de sus adversarios. Desesperados y frenéticos manejaban sus lanzas con una furia indecible, y eludiendo los Castellanos sus golpes espantosos, los herian con destreza, y los arrojaban de sus caballos, poniéndolos fuera de combate. A esta sazón se divisó un nuevo refuerzo, que enviara el regente compuesto de trecientos caballos y mil infantes al mando de don Fadrique y de Diego Perez Sarmiento.

Los moros no osando esperar á nuestros soldados, se desbandaron y confiaron su salvacion á la fuga, pero adelantándose don Fadrique con los suyos, y favorecido de la ligereza y desembarazo de sus caballos, logró cortar á los fugitivos, que en vano espoleaban sus cansados brutos para libertarse de sus perseguidores. En fin los cristianos sin haber perdido mas que dos hombres, desde que llegó el socorro, no solo obtuvieron

una gloriosa y completa victoria, sino que además cogieron prisioneros á mas de cuatrocientos moros y mas de quinientos caballos, con muchas armas y despojos que abandonaban los enemigos en la fuga. Narvaez de Ecija sufrió alguna baja, aunque no de tanta consideracion como pudiera haber sido por la ventaja de los infieles, cuyo excesivo número apenas le dejaba defenderse. No eran todos estos moradores de Archidona, ni la pequeña estension de esta villa era susceptible de abrigar tantos vecinos, reuniéronse en ella los restos del ejército derrotado que permanecian en Loja, Cauche, Alora, Valle de Abdalacis y otros puntos cercanos, y reforzados con los moros mas valientes de estos castillos combinaron una expedicion hácia Antequera, con la esperanza de sorprender el campo de los cristianos. Pero descubiertos por nuestro centinela, y batidos por nuestros guerreros, no tuvieron otro recurso, después de su malograda empresa, que hospedarse dentro de los muros de Archidona, y aguardar en este asilo á que se disipase la tempestad, y se marchasen á su real los enemigos.

Justo será que insertemos en este lugar las noticias que hemos podido adquirir acerca de la antigua Archidona. El autor del Viaje topográfico, persuadido que esta es la vetusta *Vescis* denominada así por Ptolomeo y *Faventia* por Plinio, refuta la opinion de las Conversaciones malagueñas, que la confunden con Aurigi, Aurgi ó Alvigi. En la pág. 62 de este opusculo leemos lo siguiente: «Ambrosio de Morales refiere haberse hallado en Archidona lápidas antiquísimas, que por estar muy borrados los caracteres, no pudo hacer juicio de ellas. Parece asintió á que esta fué la célebre Aurigi, ó Alvigi, de donde fué el presbítero Barbato que asistió al concilio Iliberitano.» El Viage topográfico, sin negar que diga esto Ambrosio de Morales, aunque confiesa no acordarse de haberlo leído, asegura que tiene muy presente que en su obra de las *Antigüedades de las ciudades de España*, al fol. 73, lit. E, hablando del nombre antiguo de Jaen, conjetura ser Aurigi ó Aurgi, probándolo con sus lápidas y en el fol. 74 impugna á Florian de Ocampo por haber dicho que Aurigi era Arjona, sin hablar una palabra de Archidona. Y en efecto, los antiquarios modernos estan acordes en que Aurigi ó Aurgi fué Jaen.

Sin adoptar ni rechazar ninguna de estas opiniones, nos

parece mas probable la que enseña que Archidona fué la antigua Escua una de las poblaciones mas opulentas y esclarecidas de la Bética segun Plinio y que Estrabon llamó Eguá. Fúndase esta opinion en la etimologia del nombre, y los que la sostienen, han encontrado el origen de este en el idioma hebreo. Segun Sandes Pagnino y el P. Carmelita Juan Maria, de Escha derivó Eschua, y esta palabra significa *esposa principal y cabeza de toda la familia*, es decir, Archi-donna. El sumario de Cean Bermudez reunió las antigüedades de este pueblo, aunque le coloca en Hueter, y Miñano asegura haberse hallado en sus cercanias muchas columnas, estatuas y otros monumentos.

El autor de las Conversaciones Malagueñas dice que el año de 1774 se encontró en el cortijo de Saavedra un trozo de pedestal que contenia una dedicacion al decemviro Lucio Memmio Severo de la tribu quirina, cuyo mármol sirvió en la cocina del convento de las Algaidas. Pero segun don Miguel Cortés y Lopez solo se conserva en aquella villa la siguiente.

IMP. CÆ. JULIUS VERUS
MAXIMINUS PIUS FELIX
AUG. GERMANICUS MAX.
SARMATICUS DAX.

El Emperador César Julio Vero Macsimino, pio, feliz, augusto, maximo, germánico, Sarmático, dacico.

Hemos extractado estas noticias del tomo 1.º del Guadalhorce, núm.º 25 y aunque ya hemos manifestado que adherimos á la opinion de su autor, el Viaje topográfico dice que nada encontró en la villa vieja que testificase su antigüedad, á escepcion de algunos cubos de sus murallas que parecen de fábrica romana. Por lo demas es cosa averiguada que en tiempo de la dominacion de los Arabes estaba situada en la eminencia de un monte inaccesible é impenetrable por la naturaleza, especialmente ántes de la invencion de la pólvora, donde en el dia se descubre el devoto Santuario de la vírgen de Gracia, que por su construccion parece haber sido mezquita de moros. Al rededor de esta hermita se ven todavia pedazos de cortina de las murallas antiguas y en la cumbre un grande algibe ó cisterna, para conservar el agua, que no podia ser conduci-

da en aqueductos á la villa por su elevada posicion.

Sospecha el Viage topográfico que la antigua Archidona estuvo situada en tiempos muy remotos sobre unos villares que distan media legua de la poblacion actual, hácia levante y cerca del cortijo de las Animas, que baña el rio Guadalhorce. Aquí dice que se encuentran rastros de antigüedad romana en medio de los encinares, y al medio día del espresado cortijo descuella una montañuela, que se conoce aun haber estado murada. Y en el caso de no haber ocupado este local la antigua Archidona, es preciso conceder que estos son vestigios de alguno de los muchos pueblos, cuya situacion pasada ignoramos.

Los moros cuando se apoderaron de esta villa, ó trasladaron la poblacion á la eminencia del monte, ó encontrándola coronando su altura, aumentaron su fortificacion, murándola y circunvalándola, para asegurar su posesion y libertarla de las manos de sus invasores. Como era inespugnable por su posicion, y al mismo tiempo el punto mas cercano al campo enemigo, le hicieron el centro de sus operaciones contra los cristianos que sitiaban á Antequera, y en su derrota y dispersion les sirvió de un asilo seguro, pronto y respetable. Así fué que reconociendo los cristianos la fuerza de este castillo, y el riesgo notorio á que se esponian, si se acercaban al pié de sus soberbios muros, desistieron de perseguir á los dispersos, y contentándose con la rica presa que habian logrado, partieron hácia el real ufanos y victoriosos. El infante celebró con repetidos aplausos el valor y denuedo de sus soldados, y conociendo que el cielo le favorecia constantemente, y se habia declarado en favor de sus armas, dió gracias al Todo Poderoso, y prosiguió los trabajos del sitio.

El rey de Granada cuando tuvo noticia de este último descalabro, en que habia perdido dos mil hombres entre muertos y prisioneros, se abandonó á las mayores enagenaciones de furor y de ira. Se retiró á lo mas escondido de su palacio sin permitir que nadie le visitase, su mal humor y profunda melancolia, no solo le hicieron insociable, sino que arrebatándole su templaza natural, y escitándole á actos indeliberados de ferocidad y de rabia, aborrecia y ultrajaba sin distincion á los vasallos que osaban distraerle con su presencia, y

él mismo se hubiera quitado la vida, si no lo estorbaran los consejos y vigilancia de su esposa y demas familia. Sus dos hermanos, disimulando la aspereza de sus modales, le seguian á todas partes, consolándole, y desvaneciendo con sus prudentes amonestaciones la tristeza fatal que se albergara en su pecho. Con sus buenos oficios y atinadas diligencias lograron sosegar su espíritu fuertemente conmovido y alterado; ya habia recobrado la razon su imperio sobre el alma angustiada de Joseph y el pensamiento que ocupaba toda su atencion era el de vengar haciendo el último esfuerzo, la sangre de tantas víctimas inmoladas por los fieros Castellanos.

Los infantes, á quienes la esperiencia habia hecho conocer la pujanza y el valor indomable de nuestros guerreros, trabajaban por disuadirle de su desatinado intento mostrándole la nulidad de las fuerzas que podian salir á campaña para batirse con un ejército aguerrido, disciplinado y triunfante, y representándole que en el caso que Antequera se entregara á los sitiadores, y fuese ocupada por los cristianos, era una villa ó una plaza ménos en el reino, al paso que se esponia á perder todos sus dominios y su misma corona, si, como ellos temian con sobrado fundamento, experimentaban las armas de Granada un revés de consideracion. Mas en vano pretendian inclinar al principe á que renunciase á su temeraria idea y desistiese del proyecto que habia concebido y estaba resuelto á poner en ejecucion. Inquieto, enojado, zañudo y colérico envió multitud de correos á las ciudades mas populosas del reino, y por un decreto irrevocable llamó á las armas á todos sus vasallos que se hallasen en edad de llevarlas, mandando que en el término de muy pocos dias se reuniesen en la capital con los soldados y banderas que servian en sus dominios.

Entretanto habia empezado el mes de setiembre, y la villa de Antequera rechazando á sus enemigos, en todas sus tentativas y continuando la heroica resistencia que opuso desde luego á sus bravos sitiadores, no daba esperanzas de rendirse, y se ostentaba orgullosa y ufana por haber inutilizado tantas veces los esfuerzos de los infatigables é impacientes Castellanos. El dia dos experimentaron sus moradores un calor tan escesivo que parecia haber caido fuego del cielo. Un

judio que consiguió fugarse de la plaza, y se presentó al infante le dió la noticia de la falta de agua que sufría la poblacion y que sino se hubiera provisto hasta entonces del rio bajando para este fin por un postigo que caia á las huertas, ya hubieran perecido sus habitantes, ó sometidose al poder de Castilla. Esta importante noticia privó á los Antequeranos de un recurso imprescindible, y del mas indispensable de los elementos con que contaban para prolongar su resistencia, y dar tiempo á que los socorriese su soberano, ó á que cansados los sitiadores, abandonasen la obra empezada. Como se aprocsimaba el invierno, y el ejército no podia permanecer acampado á la inclemencia de la estacion delante de la villa, por lo ménos esperaban que se retirasen los cristianos si tenían ánimo suficiente para sufrir cincuenta ó sesenta dias mas de peligros, trabajos y vigilancia. Dentro de las murallas conservaban todavia un acopio abundante de comestibles y provisiones de todas clases para no experimentar escasez en algunos meses, y sola el agua, de que carecia la villa por su elevada posicion, era preciso conducirla del exterior para el abasto del pueblo. Surtiáanse por lo tanto del rio que corre por la parte de levante, lamiendo los enormes peñascos donde se elevan sus muros, y para evitar que los enemigos le descubriesen, habian abierto simuladamente un postigo entre unos riscos que ocultaban la entrada á un lado de una torre que se precipita sobre la corriente del agua. Aunque los cristianos habian ecsaminado minuciosamente toda esta parte exterior de la villa, no pudieron vislumbrar el mencionado postigo, y figurándose que los infieles no se atreverian á descender por los precipicios que defienden este costado, no cuidaron de vigilarle y comprenderle en el cerco. Pero informado el infante por el judio, destacó inmediatamente una compañía escojida para que le custodiase y el dia siguiente le puso á cargo del esforzado Juan Hurtado de Mendoza.

A este tiempo, llegó un posta al ejército y notició al regente de lo que pasaba en Granada. A la voz de Juseph reuniáanse á toda prisa las fuerzas del reino en la capital, y firme en su resolucion se preparaba para venir en persona á Antequera. Fernando para contrarestarle, y asegurar mas el

triunfo, despachó varios correos á la Corte y á las capitales de provincia, reclamando un poderoso refuerzo. Sevilla, Córdoba, Jaen, Murcia y las plazas cristianas de sus distritos enviaron sin perder tiempo al cuartel general casi toda la tropa con que contaban, y en pocos dias recibieron las filas del infante un incremento formidable. Dirijiánse tambien desde Castilla á marchas precipitadas lucidos escuadrones de lanceros acaudillados por sus adalides para socorrer á los sitiadores, y sabedor el rey de Granada de estos acontecimientos empezó á temer y vacilar. Los infantes que lo conocieron, aprovecharon la ocasion, y le instaron de nuevo á que se tranquilizase y desistiese de su temerario y loco intento; y aunque afectó al principio desatenderlos, y no ceder á sus ruegos, ordenó al fin que se disolviese el ejército y regresasen sus soldados á los puntos interesantes que habian abandonado para obedecer sus decretos.

CAPITULO XVIII.

Historia de la mora Garrida.--Rápida ojeada sobre la villa.--Mortandad de los moros en la aprocsimacion de las bastidas.

Deseaba con ardor el infante descubrir las avanzadas de los enemigos para salir al combate; ya habia combinado con sus generales el plan de ataque, y se habian adoptado todas las disposiciones convenientes para destruir el poder de los infieles y aun apoderarse de la persona del rey si era posible. El ejército se hallaba en el mejor sentido, y se mostraba impaciente porque tardaban los moros en acudir al campo de batalla.

Mientras se presentaban los granadinos y se preparaban los nuestros á rechazarles, era preciso descuidar el sitio y dilatar el asalto, que se hubiera dado en estos dias sino hubiera ocurrido la impensada novedad que alarmaba á los Castellanos.

Habiánse paralizado las operaciones y aunque no abandonaron nuestros guerreros los puntos que ocupaban, suspendieron las hostilidades contra la plaza, y los sitiados y sitiadores parecia habian concertado unas tréguas momentáneas para descansar de las penosas fatigas de un cerco tan porfiado.

Entretanto un alfez de la compañía de don Pedro Ponce de Leon, que se llamaba Pedro Montalvo recorria solo la línea de los enemigos y detenido á las márgenes del rio entre el cerro de San Cristobal y los ásperos peñascos que servian de asiento á las murallas de la villa, contemplaba la eminencia inaccesible de aquel costado de la plaza, y su fortificacion natural. Ocupado en esta consideracion no apartaba la vista de los adarves, cuando le pareció divisar entre las almenas á una linda y bizarra mora que se paseaba por aquel lado. Fijó su atencion, y en efecto notó que no se equivocaba, porque deteniendose ella enfrente de Montalvo, le hizo testigo de su rara y pasmosa hermosura. Su gallardo continente, la belleza de sus facciones, la elegancia y lujo de sus adornos y la nobleza de sus modales, le hicieron sospechar que seria aquella una de las damas principales de la villa. Era de una estatura regular y de carnes enjuta, su frente tersa y pura coronada de un reluciente turbante sembrado de pedreria y ricas joyas; caian por su cuello menudos y dorados rizos, que aumentaban sus encantos, debilitaban el brillo de sus ojos azules sus prolongados párpados sombreando suavemente sus nacaradas mejillas, sus labios rosados dejaban entrever una blanquísima dentadura, era su cuerpo flectible y perfectamente formado, y sus afilados y transparentes dedos tocaban convulsivamente la parte exterior de los adarves hechizando á su enamorado y fogoso observador. De aquí tuvo origen aquella quintilla de Juan Galindo.

Viendo cosa tan lucida
toda mi vida estuviera
abajo en la descendida
vide á morica Garrida
pasear por la ribera.

Como la muralla era baja por aquel sitio, á causa de que los peñascos que la servian de cimiento, impedian la subida y la hacian inaccesible, tuvo oportunidad el alfez Montalvo

para ecsaminar completamente á la mora, y conocer su mérito. Favorecia ella misma su curiosidad, porque incorporándose en la superficie del muro, y descubriendo la mitad de su airosa talla, sin moverse del puesto, parecia que únicamente se habia parado para saciar las apasionadas miradas del cristiano. Doblando despues el cuerpo sobre los adarves y apoyándose sobre sus delicadas manos, registraba el profundo precipicio que la separaba de aquel bizarro caballero, cuya gallarda presencia, noble semblante y esforzado ánimo habian hecho en su alma una fuerte impresion que alteraba insensiblemente su quietud. Le miraba con atencion, y no podia ocultar el interés que habia sabido inspirarle Montalvo; queria interrumpir el silencio, y entablar conversacion, mas no se atrevia á empezar, esperaba que el cristiano lo verificase para corresponderle con agrado y cortesania y su alma impaciente discurria el modo de insinuarse en su corazon, sin faltar al decoro del secso.

El alferéz que experimentaba la misma alteracion y que ya no era dueño de sus movimientos, decidió romper el campo y dirigirla la palabra. Despreciando los peligros y la vida, atravesó el rio, y se detuvo al pie de los soberbios riscos, en cuya eminencia se habia colocado la mora. Saludóla en lengua arábica, mezclando al mismo tiempo, las frases amorosas que le dictó su pasion ardiente, y habiéndole ella correspondido con dulzura y afabilidad, se creyó antorizado para largar conversacion y preguntarle sobre su clase y estado.

Mi nombre es Daifahalema, respondió á Montalvo, y me llaman vulgarmente la mora Garrida. No hace mucho que pasando por esta villa el rey actual de Granada, me distinguió con sus favores, y me prefirió á todas las damas que hasta entonces habian dominado en su corazon. Ocupóse en servirme obsequioso y galan, mientras permaneció en la plaza, y puedo lisonjearme de que seria en la actualidad la sultana, sino hubiera estado ligada con vinculos sagrados cuando me confesó su amor. Desposada con Ali Reduan vecino de Antequera mi deber y la ley me prohibian escuchar su pasion; pero el obstinado Juseph traspasando los limites prescritos por nuestra religion pretendia satisfacer sus deseos por medios ilicitos y triunfar de mi resistencia con alagüeñas promesas y

magníficos presentes. No pudo vencer mi constancia en la amorosa porfia, y obligado á desalojar esta plaza para ocupar el trono de sus mayores, me dijo al despedirse que jamas olvidaria la imágen encantadora de la ingrata, á quien en vano habia demostado su cariño y el fuego que devoraba su pecho. Luego que ciñó sus sienes la corona de los reyes lejos de sostener el orgullo de su dignidad, mirando con indiferencia á la esposa de un vasallo, que se atrevió á rechazar sus instancias abatió á mis pies todo el esplendor de la purpura, ofreciéndome sus caudales y su corazon, si me resolvía á desamparar el lecho nupcial, y trasladar mi residencia á la Corte, donde su alta proteccion me pondria á cubierto de las persecuciones de mi ofendido esposo. Mi contestacion á una propuesta tan lisongera fué la misma que le dirigí verbalmente cuando me solicitaba en esta villa, y aun que despues ha insistido repetidas veces en su loco intento, jamas ha logrado de mí una esperanza.

Pero la que se ha mostrado tan fiera é inaccesible con un monarca, y ha tenido valor para despreciar un cetro por no faltar á la fé conyugal, no ha podido resistir á las dulces emociones que ha experimentado en estos cortos momentos. Es verdad que contribuyen para esto otras causas muy poderosas; el valor y nobleza de los caballeros cristianos, cuyo corazon ocupa un solo dueño, y la pureza de vuestra religion me inclinaron hace muchos dias á abjurar la fé del Alcoran. He considerado nuestras máximas supersticiosas, nuestras ridiculas costumbres, nuestras creencias infundadas y cotejándolas con la magestad, naturalidad y dulzura de la santa religion que profesais no he podido ménos de conocer y abominar el error, y desear iniciarme en vuestras misteriosas y sanas doctrinas. Estoy persuadida de que hablo con un noble caballero, merecedor de mi confianza, y que no dudará emplear los medios convenientes para libertarme de esta esclavitud, y conducirme al campo de los cristianos, donde mi alma se tranquilice recibiendo el santo bautismo y abrazando la fé gloriosa del Cordero sacrificado por nuestras maldades.

Aun no había pronunciado las últimas palabras, cuando el silvido de una flecha disparada desde una torre inmediata sobresaltó su espíritu, é interrumpió su discurso; habiase aso-

mado á ella un moro para gozar de la frescura de aquella deliciosa cañada, y distraer su imaginacion, viendo jugar las aguas del rio en su mansa corriente; y divisando al cristiano al pie de aquellos peñascos, le lanzó una saeta que afortunadamente erró el blanco, y se convirtió en pequeñas trizas al caer sobre los duros y ásperos riscos que rodeaban á Montalvo. Daifahalema asustada y sorprendida necesitó toda la fortaleza de su ánimo varonil para no desmayarse y quedar sin sentido á vista de un acontecimiento tan inesperado y desagradable. Serviala de algun consuelo el ver al alferz castellano ileso, y salvo del riesgo que corriera su vida; pero persuadida á que el moro habria oido la conversacion precedente, y que peligraba su honor y su existencia, si daba parte á la autoridad, y la delataba ante la ley, se creyó perdida, y que no tardaria encaminar al suplicio, segun la severidad de la legislacion Mahometana en esta parte. Mil pensamientos funestos, asaltando su vacilante y agitado espiritu, la atormentaban y confundian; no atinaba la senda que debia escoger para evitar la suerte fatal que la amenazaba, y convencida de que su desgracia era infalible, mientras no privase del aliento vital al fiero sarraceno que habia turbado sus delicias, adoptó una resolucion superior á su seco, y digna de que la eternice la fama. Con el mayor disimulo y serenidad se acercó al moro, y abrazándole en ademán de alagarle, levantóle del suelo y le arrojó por el precipicio, que le recibió descuartizado. Montalvo rezeloso de alguna traicion desde que cayó á sus pies la saeta viendo que Daifahalema se habia ocultado, juzgó prudente abandonar el puesto, y colocarse á mayor distancia y en lugar mas seguro. Pero su honor, su noble orgullo no le permitia retirarse un paso, ni dar muestras de precaucion y de miedo. Por otra parte se reprendia á sí mismo por haber admitido un pensamiento tan injusto y temerario; una dama tan bella y angelical no podia en su concepto ser cómplice en una alevosía tan infame, y Daifahalema tenia en sus atractivos y prendas excelentes la justificacion de su inocencia.

Ocupábase en estas reflexiones cuando desprendido el moro con violencia desde lo alto de la torre, y rodando precipitadamente por aquellos escarpados riscos, llegó al rio despedazado y sin aliento. Levantó su vista entónces con velocidad á la emi-

nencia, y encontró á su adorada sarracena, que ordenando sus ricos aderezos descompuestos al impulso que hizo para despedirle por el muro, ya estas vindicado, le dijo, y el agresor que maquinaba contra la vida de entrambos, ha espionado su delito con una muerte horrible. Justo es que nos separemos inmediatamente para evitar los peligros que nos amenazan, si somos descubiertos. Cristiano á tu nobleza y virtud confio mi salvacion, muévante mis ruegos, y las lágrimas de una muger desconsolada, si olvidas tu deber, y acobardado con las dificultades de la empresa, dudas y titubeas en su aventurada ejecucion. Mañana á la segunda vela de la noche te espero en el mismo sitio, y arrojando tu escala á esta torre, descenderé por ella, y me pondré bajo tu defensa y proteccion. Al concluir estas palabras volvió rezelosa y con precipitacion sus ojos hácia la villa, y tornándolos con la misma rapidez, indicó al cristiano que se retiraba porque se dirigian algunos moros á aquella parte del muro. Montalvo lanzando un grito de sentimiento porque se ausentaba su amado ídolo, la dijo al despedirse y arrancar hácia el interior: Adios, encanto de mi alma, hasta mañana á la segunda vela nocturna; y con pasos lentos y desmayados se encaminó al real. Desvelado toda aquella noche y sin apartarse un momento de su imaginacion el retrato de la bella Daifahalema, contaba las horas impaciente, y maldecia al padre de la luz porque no apresuraba su curso y espelia las estrellas del horizonte. Con la misma inquietud y desasosiego pasó el dia siguiente, y cuando la noche esparció sus pavorosas tinieblas sobre la tierra, su corazon palpitando de alegría, empezó á espaciarse, y á cambiar el negro humor que corria por sus venas porque contemplaba próximo el instante en que abandonando la villa la bella Daifahalema, debia ponerse en sus manos y colocarse bajo su proteccion,

Sin embargo esta dicha estaba reservada para otro, y cuando Montalvo partia afanado y presuroso para libertarla y estraerla de la villa con su escala, encontró en el camino á Guillermo de Renes, soldado frances que servia en el ejército, que ya la conducia al campo cristiano. Se acercó á reconocerlos y cerciorado de que la mora era Daifahalema, penetrado de furor y de enojo, desenvainó su espada y le intimó á Guillermo que se defendiese. El frances pensó templanle con protestas de

amistad y discursos estudiados; pero en vano se esforzaba, y Montalvo indignado contra su rival, iba á privarle de la vida y á castigar su atrevimiento, cuando un grito de Daifahalema detuvo su brazo y suspendió el golpe que amenazaba al codicioso Guillermo. La ronda que se hallaba cerca estrañando las voces destempladas de la reyerta, y estrépito que se percibia hácia el rio, acudió con presteza y algunos soldados del reten que custodiaba los manteletes, se incorporaron en el camino. A poco divisaron tres bultos á la orilla de las aguas, y á la voz de *alto á la ronda* se arrojaron sobre ellos, y reconocieron á las personas, imponiéndose de sus debates y de los sucesos ocurridos.

Montalvo mostró en breves palabras al gefe de la fuerza que aquella bella dama le pertenecia por todos títulos, y que de ningun modo permitiria que se la disputase, y poseyese su competidor. Guillermo con la escala en la mano, alegaba el mismo derecho y sostenia que habiéndola él sacado de Antequera, era suya esclusivamente, y que su arrojo y su maña le habia proporcionado una presa tan importante. Entretanto Daifahalema suplicaba al capitan de la ronda que la condujese á la presencia del regente y que nadie decidiera de su suerte hasta recibir el bautismo, y que don Fernando instruido de todos los pormenores y antecedentes, dictára sus órdenes sobre el asunto. Así se ejecutó con aprobacion de todos, y el dia siguiente fué bautizada con toda solemnidad Daifahalema por el obispo de Palencia, siendo sus padrinos el infante y su tio el almirante de Castilla, don Alonso Enriquez, llamándose desde entónces doña Leonor en gracia de la esposa del regente.

Convocó éste en seguida á los dos pretendientes, y haciéndose juez de la contienda, ecsaminó por sí mismo las razones en que cada uno apoyaba su derecho. Montalvo hizo una sencilla narracion de todo el suceso, pintando con vivos colores su pasion, añadiendo que cuando pensaba desquitarse de los sinsabores y zozobras de mas de un dia de tormentos que habia pasado, aguardando la hora concertada, se encontró en el camino á Guillermo que se habia anticipado, y traia consigo á la bella doña Leonor. Pidió al concluir justicia al infante, y protestó que nunca reconoceria otro derecho que el suyo sobre la mora convertida, á cuya eleccion se sometia en caso

que el frances no abandonara sus injustas pretensiones.

Guillermo de Renes tomando entónces la palabra dijo: señor, guiado de los mismos motivos y causas que ha espresado el alferez, recorría aquel valle estrecho y sombrío, y distinguiendo á la hermosa Daifahalema entre las almenas del muro, me detuve á contemplar su mérito incomparable, y la riqueza de sus adornos. Ella distraida en conversacion con Montalvo, aunque pudo descubrirme con facilidad, me dió tiempo sin dirigirme una mirada, para ocultarme en la concavidad de unas peñas, donde pude percibir toda la relacion que hacia al alferez. Noté con cuidado la hora de la cita, y aficionado á su belleza, no ménos que impulsado por la importancia de la aventura, resolví adelantarme á mi competidor, y lograr la ocasion si la mora, como yo sospechaba, acudia al sitio señalado ántes que apareciese Montalvo. Todo sucedió segun lo habia previsto, y asomándose Daifahalema á los adarves, me hizo señal para que arrojase la escala, y empezase la operacion. Obedeci con la velocidad y placer que puede discurrirse, y habiendo bajado la mora felizmente, me apresuraba á trasladarla al cuartel general, para evitar el encuentro del alferez, cuando hé aquí que á pocos pasos le tropezamos, y empuñando su espada y colmándome de insultos y denuestos, me provocó al combate, sino cedia la dama que mi maña y actividad la habian usurpado. A las voces de la reyerta, y desconsolados gritos de la bella mora, acudió la ronda y parte del reten de los manteletes y calmados los ánimos, aprobamos la proposicion de Daifahalema que rogó la condujesen á la presencia del infante, el cual despues de hacerse cristiana, decidiria su suerte y resolveria la cuestion. Esta es la verdad de todo lo acontecido, y aunque yo no tuve la dicha de divisarla el primero, y concertar con ella su fuga de la plaza y modo de verificarla, al fin he sido el que de hecho la ha libertado y estraído, y á mi arrojo y desvelos debe la satisfaccion de sus deseos y el logro de sus pretensiones.

No se ocultaba al infante que Montalvo tenia todo el derecho, y que si el frances la habia sacado de la villa, habia sido por medio de una culpable superchería, pero queriendo sacar partido de la contienda, y cerciorarse ademas de la voluntad de la nueva cristiana doña Leonor, rehusó resolver por entónces.

Cosa alguna sobre el asunto, y dejando la cuestion indecisa, estimuló el valor de los pretendientes, ofreciéndoles que premiaría con la mano de la dama disputada al que mas se distinguiera en las acciones de guerra que tuviesen lugar en adelante hasta la conquista de Antequera.

A este mismo tiempo llegó al real la noticia de la contraórden del rey de Granada acerca de la expedicion que intentara contra los sitiadores de esta plaza. Fernando, libre de este terrible inconveniente, y reforzado su ejército con los socorros que habian acudido de todas partes, determinó acelerar el asalto, y concluir de un golpe una empresa tan penosa.

Los moradores de Antequera privados del agua, y cansados de resistir inútilmente á sus enemigos, se hallaban en la mayor consternacion. Ya habian perecido sus mas valientes guerreros en la defensa de las murallas y en la funesta salida que practicaron contra los manteletes que defendia Carlos Arellano, y su muerte habia introducido el desaliento en la poblacion. Sus padres, esposas y parientes, sin poder contener las lágrimas, excitaban la compasion general y aumentaban la tristeza de los habitantes de Antequera, y aunque el fiero alcaide Alcarmen, corriendo por todas partes, y animando á sus compañeros, sostenia el espíritu público, y los escortaba con sus palabras y mas todavia con el ejemplo á prolongar la resistencia, y á defender su patria, su religion y sus hogares hasta perder la vida, se disminuia insensiblemente el valor y denuedo de los moros y se disipaba el ardiente entusiasmo que ostentaban al principio. Veian sus muros quebrantados, sus fortificaciones resentidas, sus jóvenes mas briosos y arrogantes cubiertos de sangre en el sepulcro, su ejército libertador derrotado y disperso, la villa enlutada por la pérdida de tantos héroes, sus torres mas soberbias aportilladas, apurados todos los recursos y medios de defensa, interceptado el paso para proveerse de agua en el rio, los comestibles muy caros, y en fin el incremento considerable que habian recibido las fuerzas cristianas desde que empezó el mes de setiembre.

No se ocultaban al valiente Alcarmen estas juiciosas reflexiones que turbaban generalmente á los vecinos de la villa, y aun él mismo solia formarlas con despecho y en silencio, pero la grandeza de su alma heroica no le permitia someterse á su

fuerza irresistible. Esperaba todavía inutilizar los esfuerzos de los cristianos, y salvar el castillo de Antequera, neutralizando las ventajas de los sitiadores. No podia creer que el rey de Granada abandonase á sus propias fuerzas una plaza tan importante, y aguardaba que de un momento ó otro inundase la vega un poderoso ejército Sarraceno resuelto á libertarla de la opresion de sus invasores, y á esterminar á los bravos y orgullosos Castellanos. Con estas gratas ilusiones recorria las calles y las plazas, reanimando á sus compañeros, enardeciendo á sus soldados, y estimulando á todos los guerreros á sostener la reputacion gloriosa adquirida en el presente asedio y á no rendirse á sus enemigos villana y cobardemente. Volaba impávido á los sitios mas peligrosos, reparaba las murallas destruidas, premeditaba las consecuencias de cualquiera desgracia que ocurria, y con sus atinadas y prudentes instrucciones, evitaba los daños y perjuicios que amenazaban. El pueblo le amaba como á un padre comun, y dispensándole su confianza, se ofrecia, obediente y gustoso á ejecutar sus disposiciones, y á cooperar á sus nobles intentos, sin escusar ningun sacrificio.

El dia 10 de setiembre mandó el infante que colocándose en las garitas ó arcas de las bastidas los ballesteros mas diestros y esforzados, se moviesen las máquinas hácia el muro en ademan de apromisarse, y que acestando sus tiros á los moros que acudiesen á defender los adarves, procurasen intimidarlos y escarmentarlos, para que el dia del asalto no se atreviesen á resistir á los sitiadores. En efecto los Antequeranos alentados con los discursos de Alcarmen, apenas empezó á rodar el castillo ambulante, acudieron en tropel á la parte amenazada de la muralla, y cuando se disponian á repeler á sus enemigos y herirlos con ventaja, paraban repentinamente las bastidas, y cayendo sobre ellos una espesa nube de ballestas, lanzadas desde las arcas, encontraban la muerte al pie del muro interior, donde escapaban el último aliento. Reemplazaban á los muertos otros atrevidos guerreros, que despreciando el peligro y la muerte, ocupaban sin dilacion el puesto de donde habian sido arrojados sus hermanos, y repitiendo nuestros soldados sus mortíferas descargas, caian hacinadas las víctimas sobre los yertos cadáveres de sus compañeros. Cinco dias duraron estos

ataques fingidos en que fué horrible la mortandad de los infieles; la villa espantada y llena de terror abandonó al fin la muralla, y determinó defender los adarves desde el interior, sin atreverse á impedir la aprocsimacion de las bastidas ni á batirse con sus contrarios á cuerpo descubierto.

Despejado el muro completamente, y conociendo el infante el desaliento y temor de los infieles, dispuso realizar el asalto el dia 16 de setiembre. Por lo cual el quince avisó á los caballeros á quienes habia concedido la subida, para que se preparasen y tuviesen listas sus armas y aderezadas sus escalas, pues habia resuelto apoderarse de la villa en el dia siguiente. Señaló á los demas el puesto que debian ocupar, instruyéndoles del plan de ataque, recomendándoles el valor, el honor y la gloria de la empresa que iban á acometer. Les encargó á todos especialmente que se protegiesen y socorriesen entre sí, que cuidasen de sostener la comunicacion por toda la línea, que estuviesen sumisos, prontos y obedientes á la voz de sus capitanes, y que imitasen con intrepidez el ejemplo de los mas atrevidos y esforzados, peleando simultáneamente; y acometiendo á un tiempo por todas partes. Prometió magníficos premios á los que se adelantasen y trepase el muro los primeros, y ordenó que ganadas las torres, tremolasen sobre ellas las ilustres banderas de los gefes distinguidos, cuya gente las hubiere escalado, y conquistado. Finalmente los escortó á la union y al órden, sin cuyos requisitos no era posible obtener la victoria, y presagiando un feliz resultado, les aseguró que el dia siguiente debian terminar sus trabajos, y Antequera aumentar el número de las plazas de Castilla.

CAPITULO XIX.

Apodéranse los cristianos de la torre de las bastidas --Asalto general --Antecora de las bastidas.--Enlace de doña Leonor con Montalvo.--Nombres de los primeros que asaltaron la villa.--Ocupase el castillo y la villa es evacuada.--Ceremonias en la colocacion de los pendones.--Tómanse los castillos de Aznalmará, Cauche y Tebar.--Aratípi.

El dia 16 de setiembre de 1410 despues de haber asistido

el infante, como acostumbraba, al incruento y augusto sacrificio del altar, viendo que los moros permanecian retirados de los adarves, mandó acercar las bastidas al muro y que una trompeta hiciese señal de acometer. La artilleria que no habia cesado de batir la fachada de la torre inmediata, habia abierto muchas brechas y aportillándola de modo que ningun enemigo podia ocultarse ni guarecerse en ella. Al colocarse la máquina militar en el sitio conveniente, don Fernando que al pié de ella y bajo su soberbio cobertizo dirigia las operaciones, notando no sin asombro que los infieles todavia pertinaces, haciendo los últimos esfuerzos, porfiaban en desviarla de las murallas, dispuso que se pusiera en la cabeza del puente un áncora de hierro que se habia traído á prevención de Sevilla, y con ella quedaron las bastidas amarradas al muro, y casi inmóviles. En seguida hizo señal á Juan de Torres, maestro de esta clase de máquinas, para que arrojase la compuerta, y formase el puente. Verificóse esta operación con tanto tino y acierto que cayendo la compuerta sobre dos moros, que habian subidos a los adarves los precipitó al interior de la villa muertos y aplastados.

Lanzáronse á continuacion sobre las murallas todos los soldados que contenian las arcas, y subiendo rápidamente otros muchos acuchillaron á los moros que estaban dentro de la bóveda de la torre, y se enseñorearon de ella. Carci Fernandez Manrique con otros caballeros trepando entónces por la escala y observando que la torre estaba minada, y los enemigos no la habian desamparado totalmente, mandó á sus escuderos Ortega Degradoso, Juan de Villa, Ruy Garcia de Rebolledo y á otros muchos que con cargas repetidas de saetas y arcabuces despejasen la concavidad subterránea, y se apoderasen de ella. Entretanto Rodrigo de Narvaez al pié de la escala no permitia que subiesen muchos á un tiempo, para evitar que se rompiese, y quedasen sin auxilio los que ya se habian posesionado de la torre; mas no por esto cesaba la continuacion y en breve trepó los adarves una fuerza bastante imponente.

Desde que la trompeta anunció el momento de acometer, arrojando los guerreros castellanos, sus escalas, porfiaba cada cual por su lado, y empleaba toda su maña y audacia en dominar la altura, y poner el pié en la muralla. La gente del

condestable don Ruy Lopez Davalos operaba desde la primera plazeta del Cármen hasta la Virgen de Espera, que era la puerta de Málaga. El camarero del rey Juan Velasco concretándose á batir y escalar esta puerta hacia prodigios de valor para auventar á los infieles y conseguir la entrada en la villa. Don Alonso Enriquez, y el conde Niebla tenian á su cargo la puerta principal de la villa, estendiéndose en ala por ambos lados y don Lorenzo Suarez de Figueroa en comunicacion con el adelantado de Castilla don Gomez Manrique abrazaban el otro costado de la poblacion al frente San Juan.

Toda la línea se hallaba igualmente animada, los sitiadores y sitiados acreditaban su valor y arrojo con las hazañas mas gloriosas, la lucha era sangrienta y encarnizada, el combate horroroso, el asalto general. Sin embargo ninguno se distinguia como el condestable de Castilla. Asaltaba la parte mas peligrosa é inaccesible de la línea, por lo que veíase precisado á correr sin descansar de un extremo á otro, reforzando los débiles, restableciendo el orden donde notaba alguna confusion, alentando á sus soldados con su presencia, y abatiendo el ánimo de los infieles con sus prudentes y acertadas disposiciones.

Ya ondeaba sobre la torre de las bastidas la bandera de Carci Fernandez Manrique, y viéndola los demas gefes del ejército inspiraron á sus soldados un brio tan incontrastable, que en breve tremolaron sobre los puntos que atacaban sus respectivos pendones. El conde de Niebla, ganada una de las torres de su demarcacion, subió á ella y enarboló su bandera; Juan Velasco, dominando la puerta de Málaga, colocó la suya en lo mas alto de la torre, y Diego Perez de Sandoval abalanzándose á la muralla con escalas puso su pendon sobre los adarves. A este tiempo Rodrigo de Narvaez, Alvaro Camero, Cárlos Arellano y Pedro Alonso Escalante, que habian quedado al pie de la escala de las bastidas subieron á la torre y ondearon sus banderas al lado de la de Carci Fernandez Manrique. Pero el infante ordenó que se colocasen en esta misma torre los pendones de Santiago, San Isidoro, Sevilla y Córdoba, procurando que estuviesen mas elevados que las banderas de los donceles. En fin ocupada la línea del condestable de Castilla, y haciendo que su aband-

rado entrase por un postigo que franqueaba el paso á la torre mas alta de su distrito, y la enarbolase á vista de los moros intimidados, se concluyó el asalto, y los cristianos se apoderaron de la villa.

Disemináronse al punto nuestros guerreros por sus calles y plazas acuchillando y batiendo á los que se retiraban al castillo, sin abandonar las armas, y disputando todavía el terreno. La poblacion estaba desierta ocupada unicamente por ancianos encorbados bajo el peso de los años, enfermos, heridos, niños, viejas, y otras personas inútiles que respetaron los cristianos, aunque el furor y la sed de sangre que devoraba sus pechos los inducia á cometer actos de barbarie y de inhumanidad. Los moros mas valientes y atrevidos habiáanse encerrado en el alcázar, donde pensaban resistirse aun, y burlarse de los conatos de sus adversarios. Pero en vano presumian alargar mas un sitio tan penoso y dilatado, pues tomada la villa, no podian permanecer mucho tiempo y en tan gran número dentro del cuadro estrecho del castillo. Don Fernando colocó á su puerta una fuerte guardia para impedir la fuga de los cercados, y previniendo á todo el ejército que prosiguiese sobre las armas hasta rendir la fortaleza, se retiró al cuartel general á dar gracias al Todopoderoso por tan importante y gloriosa victoria.

Refiere el P. Siguenza (1) que el santo monge Bellot frances del órden de S. Gerónimo estando de rodillas en este momento en la iglesia de Mejorada junto al altar de San Bartolomé, tuvo revelacion de la conquista de Antequera y convocando á los demas solitarios, les participó la noticia; cuidando ellos en seguida de comunicarla á la infanta doña Leonor esposa de don Fernando que se hallaba á la sazón en Medina del Campo.

El áncora, que sirvió para sujetar las bastidas á la torre, estuvo muchos años en la esquina de las casas de cabildo, que caia á la plaza de la feria, pero uno de los corregidores de Antequera la mandó quitar ya hace tiempo, pretestando que era una señal de sujecion á Sevilla. Aunque así lo hubiese sido, nada perdía Antequera de su lustre y esclarecida

(1) Tom. 2. lib. 2. Cap. 16. fol. 320.

nobleza, siendo constante por otra parte que á ninguna ciudad del reino debe tanto como á la capital de Andalucía, pues no solo contribuyó con sus armas, pertrechos y máquinas á la conquista de esta plaza, sino que además fué la única que la socorrió en sus mayores apuros y conflictos, como haremos ver en adelante. Mas ya que no fuese en prueba de reconocimiento, á lo ménos para eterna memoria del hecho debió permanecer el áncora en el sitio espresado, ó en otro cualquiera, donde la posteridad hubiese podido ecsaminarla y tenerla á la vista en todas las edades.

Los pretendientes de la nueva cristiana doña Leonor se esforzaron en el asalto de Antequera, rivalizando en proezas y hazañas, como en sus amores, y admirando á sus compañeros con su valor y denuedo. El infante supo con placer que ambos se habian distinguido igualmente, y que no era posible designar al mas digno, para premiarle con la joya prometida. Por lo cual sometiendo la cuestion al juicio de la misma interesada, ella escogió sin vacilar á don Pedro y le entregó su mano con la aprobación del regente. Ya poseía su corazón, y era dueño de su voluntad este afortunado guerrero, y aunque doña Leonor prudente y reservada habia guardado silencio hasta entónces sin decidirse por ninguno de los dos, en su pecho solo reinaba el preferido, y Guillermo jamas habia merecido su afecto. Don Fernando los desposó colmándolos de mercedes, y ascendiendo Montalvo á capitán de su guardia, y Daifahalema se llamó vulgarmente desde entónces doña Leonor de Montalvan la bella.

El miércoles 17 de setiembre, conquistada la villa agitábase con mucho acaloramiento entre los soldados esta cuestion: *quién fué el primero que trepó el muro y penetró en el interior de la plaza.* Habíanse mezclado en ella algunos gefes subalteruos, que tambien aspiraban al premio y presumian acreditar que fueron los primeros que pusieron el pié en las murallas, y arrojando á los Antequeranos que las defendian saltaron á continuacion dentro de la villa y se sostuvieron en ella cercados de peligros y espuestos á morir á cada instante. Los demas interesados alegaban tales datos y pruebas para justificar que merecian esclusivamente la palma, que era imposible averiguar la verdad. Dividiéronse tambien los gefes y

señores del ejército apoyando cada uno las pretensiones de sus soldados por la gloria que á ellos les resultaba. La contienda era reñida y degeneraba poco á poco en tumulto; ya habian empezado los insultos y denuestos, y nada faltaba para empuñar las armas y terminar con ellas la disputa; pero el infante sabedor de estos desagradables acontecimientos serenó con su presencia la tempestad, y restableció el orden y la tranquilidad con sus discretas y oportunas precauciones.

Para que se administrase recta justicia y congraciar al que tuviese el derecho nombró un tribunal compuesto de cinco jueces y le autorizó para que entendiese sobre el asunto, ordenando que indagada la verdad, se concediese el premio al mas digno. Conformáronse todos los pretendientes con esta disposicion, y los jueces habiendo oido á los testigos, y ecsaminado con madurez é imparcialidad las pruebas presentadas por cada uno de los competidores, pronunciaron que Gutierre de Torres doncel del infante, Gonzalo Lopez de la Cerna, Sancho Gonzalez Chirino y Fernando de Baeza fueron los primeros que tentaron y emprendieron la subida; pero se les adelantó un vizcaino llamado Juan Choque, que perdió la vida en la misma torre, siguiéndole Juan de S. Vicente que salió muy mal herido del combate. El regente aprobó la sentencia del tribunal, distinguiendo á este último con los honores del premio, y dispensando á los otros sus elogios y mercedes, terminó este ruidoso asunto.

Don Rodrigo de Carvajal en su poema heróico del asalto de Antequera impreso en América y del cual solo hemos podido ver una copia manuscrita, espresa los nombres de los ilustres guerreros que se arrojaron al muro y saltaron á la villa despues de los agraciados, y ya porque así lo hemos prometido, como por ser un documento curioso é interesante para la posteridad que reconocerá en la mayor parte de ellos su origen y su ascendencia, insertamos á continuacion tres octavas ritmas del canto veinte.

Manda en tanto Fernando á los peones
saltar por el castillo de madera
á conquistar los fuertes torreones
que el adarve defienden de Antequera,
y todos con gallardos corazones

siguen los pasos y veloz carrera
de los sesenta fuertes caballeros
que asaltaron el muro los primeros.

Salta Juan Ruiz, Cañete y Juan Merino
Tejada, Izquierdo, Cuellar y Solana
Portillo, Casasola, Espejo, Espino,
Amaya y Mirabal y de la Llana,
Villalon, Campo, Vega y Palomino,
Caja, Borja, Delgado y Orellana,
Parejo y Almanza, Salabria y Vela
Montrefrio, Muñoz y Valenzuela.

Salta Cabello, Adame, Boza y Haza,
Luque, Castillo, Vilchez y Reguera,
Santaella, Linares y Peraza
Leiva, Estudillo, Cobos y Rivera,
y otros muchos hidalgos que la plaza
sus descendientes honran de Antequera,
que si ellos consiguieron la victoria
en los nietos ilustra su memoria.

El mismo dia 17 reforzó el infante la guardia del castillo y mandó acercar la artilleria y otras máquinas de guerra para que arrojasen sin cesar piedras y bombas dentro del cuadro del alcázar. Como se habian refugiado los moros en este último asilo, y por su excesivo número no cabian en las torres, era horrible el estrago que hacia en ellos las repetidas y destructoras descargas de nuestras bombardas y pedreros. La noche del 19 cayeron sobre los infieles apiñados en aquel pequeño recinto diez y seis piedras enormes lanzadas por un ingenio, segun escribió á la ciudad de Murcia el Dr. don Alonso Fernandez de Cascales, alcaide de corte, hallándose al servicio del infante en la conquista de Antequera, cuya carta se copió é insertó al pié de la letra en la historia de Murcia, y su original se conserva en el archivo de la referida ciudad.

Los moros arredrados y viendo fallidas sus esperanzas, reflexionando que si proseguian la resistencia iban todos á perecer, tremolaron una bandera de paz, para que se suspendiesen las hostilidades y empezasen las negociaciones. Manifestaron despues por medio de un parlamento que querian tratar con un pariente del infante, y este envió al efecto á su

ño el conde don Fadrique y al obispo don Sancho, á los cuales indicó el alcaide que estaba resuelto á *darse á partido* y entregar las llaves del alcázar, si eran admitidas las honrosas condiciones que les propuso, á saber: que pudiesen disponer de sus bienes muebles vendiéndolos ó trasportándolos á donde les pareciese; que les habian de franquear el bagaje necesario para llegar á Archidona, y que sus personas quedasen libres, y con facultad para trasladarse á los puntos que eligiesen, sin que ningun cuerpo castellano pudiese hostilizarlos en el camino, y mientras durase la conduccion de sus intereses y haberes. Don Fernando se indignó fuertemente al informarse de la demanda y solicitud de los infieles y les contestó, que si no se rendian á discrecion, para sufrir la suerte de prisioneros de guerra, entregando al mismo tiempo todos los cautivos que gemian en sus mazmorras, y renunciando sus bienes y haciendas que debian repartirse entre los vencedores, mandaria continuar el fuego contra la fortaleza y cuando se apoderasen de ella, pasaria á cuchillo á todos los moros que se hallaban allí encerrados. Negáronse los Antequeranos á someterse á una capitulacion tan gravosa, y asegurando la puerta del alcázar, resolvieron defenderse hasta perecer. El regente ordenó á los artilleros que prosiguiesen su interrumpido ejercicio, y el 22 de setiembre no pudiendo sufrir mas los sitiados, repitieron la señal de paz que hicieron la primera vez. El conde don Fadrique y el obispo de Palencia partieron para el castillo, y conducidos al interior trataron con Alcarmen de moderar las condiciones de ambas partes y despues de una larga discusion, convinieron en las siguientes: Que los Antequeranos entregasen inmediatamente el castillo dejando en él todas sus armas, bastimentos y almadraques con los cristianos cautivos, y no pudiesen conducir sus bienes á otra plaza: y que el infante por su parte les franquearia mil bestias para que transportasen sus hijos y mugeres á Archidona, debiendo regresar el bagaje de esta villa al real de los Castellanos.

El dia 24 arregladas de este modo las capitulaciones, entregó Alcarmen las llaves de las puertas del castillo y torre del Homenage al conde don Fadrique y á don Sancho de Rojas y desalojó la plaza con los demas refugiados en el alcázar. En

seguida salieron de la villa y se acamparon en el camino de Archidona dos mil quinientos veinte y ocho personas, segun la lista que se hizo, y mientras los despachaban los cristianos, murieron cincuenta de sus heridas y de las enfermedades causadas por la continua vigilia y las privaciones. Entre ellas habia ochocientos noventa y cinco hombres de pelea, setecientas setenta mugeres y ochocientos sesenta y tres niños de ambos sexos, y no acabaron de evacuar la poblacion hasta el veinte y cinco.

El dia anterior se colocaron en la torre del Homenage tres pendones con las ceremonias y el órden siguiente. El primero que se desplegó al aire fué el de la Sta. Cruzada, á cuya vista el ejército se postró en tierra con profunda reverencia, y despues de cantar el obispo la oracion *Deus qui per crucem tuam &c.* entonaron los sacerdotes el himno *Te Deum laudamus.* En seguida se colocó el pendon de Santiago, gritando el ejército Santiago, Santiago, y por último el de los reyes de Castilla, que era saludado con una aclamacion universal, que repetia: Castilla, Castilla. Aunque los demas manuscritos suponen que se observaron las espresadas ceremonias al ondear estas banderas sobre la torre del Homenage, dice el Dr. Yegros que se dan por ciertas únicamente, por acostumbrarse en actos semejantes.

Conquistada Antequera tuvo noticia el infante de que en su término habia tres castillos formidables ocupados por los infieles, y eran Aznalmara, Cauche y Tebar. Dispuso pues que el 28 marchase con su gente el conde de Niebla, don Enrique su primo, y el condestable de Castilla para batir el primero, y que don Lope de Mendoza y don Lorenzo Suarez de Figueroa se dirijiesen á Cauche, debiendo reunirse despues de rendidas estas fortalezas, para acometer en combinacion á la de Tebar que era la mas interesante y mejor defendida. En efecto Aznalmara y Cauche se entregaron casi sin resistencia y amalgamadas las fuerzas espedicionarias, se aproximaron al último castillo. Cercáronle los nuestros, intimando á los infieles que se rindieran, y serian respetadas sus vidas, libertad y bienes como habia sucedido á sus compañeros los de Cauche y Aznalmara; pero los enemigos engañados con la sólida fortificacion de su alcázar, se mostraron rebeldes y rechazaron la proposi-

ción, dando principio á la lucha con una horrible descarga. Los cristianos enojados y furiosos estrecharon la línea y apretaron el cerco combatiendo sin cesar, aunque recibian notable daño. El condestable, haciendo ostentacion de su acreditado valor y arrojo, se cubrió con un paves y corrió al pié del muro, escoltando á los suyos á que le siguiesen. A este tiempo el arzobispo de Santiago don Lope de Mendoza fué herido de un pasador que le atravesó el pié. Esta ligera desgracia apresuró la conquista del fuerte, porque indignados nuestros guerreros al ver brotar la sangre del prelado, acometieron con tanta furia, que penetraron en el castillo y sacrificaron á catorce moros que encontraron, refugiándose los demas á la torre del Homenage. Encerrados en este pequeño recinto, amenazados por todas partes privados de todo socorro, y viendo que no les era posible defenderse, trataron de *darse á pleitesia*. Los gefes, señores y capitanes admitieron la propuesta, pero los soldados se opusieron y protestaron que habian de vengar la sangre del arzobispo, no dejando vivo á ninguno de los sarracenos que estaban en la torre. Notando los generales esta esfervescencia, y deseando concluir la obra, distrajeron á los soldados una noche mandándoles descansar, y facilitaron secretamente á los moros la salida. Evacuada la torre del Homenage se posesionaron de ella, y el infante nombró alcaide de Tebar á Pedro Sanchez Escobar con sesenta lanceros y treinta peones de guarnicion, de Aznalmara, á Alberto Rodriguez Abrego vecino de Sevilla con otra tanta fuerza, y de Cauche á un escudero natural de Olmedo en la misma forma.

Al rededor de estos castillos hubo antiguamente poblacion, como lo acreditan muchos monumentos y vestigios que se descubren aun; pero carecemos de datos para hacer la correspondiente descripcion, y hasta sus mismos nombres nos son desconocidos. Solamente Cauche nos ha trasmitido su antigua denominacion que es *Aratispi*, y aunque estaba situado en aquellos tiempos á un cuarto de legua de la poblacion actual hácia el mediodia, es cosa averiguada que destruido Aratispi, se trasladaron sus restos al sitio que hoy ocupa Cauche, y que los habitantes de aquella fueron los primeros pobladores de este.

Era Aratispi un estenso y distinguido municipio en tiempo de los romanos y en sus inscripciones usa el pomposo título

lo de república. Moraban en él personajes ilustres y condecorados en el imperio, y las lápidas incrustadas en la torre de la iglesia contienen muchos curiosos pormenores, que acreditan la gloria de este pueblo sobresaliente.

Uno de estos mármoles es un epitafio á la memoria de Lucio Licinio Liciniano, y al borde del lado izquierdo tiene gravado un círculo con otro mas pequeño en el centro al modo de la patera. En otra lápida leemos una dedicacion al emperador César Trajano, á quien se dá el soberbio título de Conservador del género humano, al año veinte y uno de su tribunicia potestad, y el trece de la imperatoria; y en la siguiente que copiamos á la letra se denomina república Aratispitana.

IMP.

CÆSARI. DIVI

TRAIANI. PARTHICI. F.

DIVI. NERVÆ. NEPOTI

TRAIANO HADRIANO

AUG. PONTIFICI. MAX.

TRIB. POTEST... COS. III. P. P.

RESP. ARATISPITANA

D. D.

Al Augusto Emperador César Adriano Trajano, hijo del divino Trajano Partico, nieto del divino Nerva, Pontífice Maximino, ejerciendo la tribunicia potestad... tres veces el consulado, Padre de la Patria, la República Aratispitana consagra esta memoria.

Otras muchas inscripciones y epitafios pertenecientes á la antigua Aratispitana omitimos por no molestar, y en todos estos mármoles encontramos el mismo fundamento para testificar la pasada grandeza y brillantez de un pueblo oscuro en nuestros días y adocenado entre los pequeños lugares de la comarca. Destruida Aratispitana tal vez por los moros, y trasportados algunos de sus moradores al sitio que hoy ocupa Cauche, levantaron algunos hogares y domicilios, y formaron un nuevo pueblo. Los infieles para asegurar la posesion y defenderle, construyeron un soberbio castillo, y no pudiendo conservarle su guarnicion, despues de tomada Antequera, le entregaron, como hemos dicho, al arzobispo de Santiago que le sitió.

CAPITULO XX.

*Biografía de Rodrigo de Narvaez --Consagracion de la mezquita del castillo.
--Sta. Eufemia patrona de Antequera.--Armas de Antequera.--Nombres y
número de los primeros regidores y jurados.*

El dia 24 de setiembre, ocupado por los cristianos el castillo de Antequera, nombró el infante á Rodrigo de Narvaez su doncel (1) por alcaide de esta fortaleza, y dispuso que el contador mayor del rey Antonio Gomez hiciése inventario de todo lo que habian dejado los moros dentro del alcázar y lo entregase al nuevo alcaide. La fuerza que puso á sus órdenes para defensa de la plaza se componia de ciento treinta hombres montados, quinientos infantes y mil ballesteros.

Era Rodrigo de Narvaez uno de aquellos genios esforzados y valientes que ha producido nuestra patria para terror de sus enemigos, y aumento de sus glorias y blazones. Argote de Molina en su historia de la nobleza de Andalucia espone largamente su genealogia, estableciendo su alcurnia en San Juan de Pie del Puerto reino de Navarra, y enumera sus ascendientes empezando por Pedro Lopez de Narvaez, hijo de Inigo Ruiz de Narvaez señor de Benacazon y Benarreduan, lugares de la huerta de Valencia, y alcaide de Jérica. Casó aquel con Teresa Rodriguez de Viedma, hija de Rodrigo Iniguez de Viedma y de Juana Diaz de Funes, y tuvo en ella á Juan de Narvaez, Alvar de Narvaez, y Constanza Lopez de Narvaez. Enlazóse el primogénito con Catalina Hernandez de Villaescusa, hija de Sancho, y enjendró á Hernan y Rodrigo de Narvaez que fué obispo de Jaen. Contrajo aquel matrimonio con Mencia Sanchez de Padilla, y de ella nacieron Rodrigo de Narvaez nuestro primer alcaide, Diaz Sanchez de Narvaez maestro-sala del rey don Juan de Navarra, Juan Ruiz de Narvaez y doña Elvira. Suspendamos ahora su genealogia

(1) Se llamaban donceles los que siendo desde niños pages de las personas reales, pasaban despues á servir en la milicia, formando un cuerpo con ciertas prerogativas. Distinguianse de los infanzones en que estos eran señores de vasallos sin titulo, y los donceles caballeros hijodalgos solamente.

reservándonos para otra ocasion el continuarla, mientras se halle enlazada nuestra historia, y trazemos la biografía del héroe doncel, á cuya lealtad confió don Fernando la plaza de Antequera.

Separado desde niño del lado de sus padres y educado en la cámara del infante, su bella índole, sus moralidades, talentos, virtudes y denuedo le distinguian entre sus cólegas y le hicieron merecer la predileccion del regente. Apenas rayó en la edad lozana, y se desarrolló su espíritu, descubrió un genio emprendedor, activo infatigable y ardiente. Su arrojo y animosidad lograron muchas veces los aplausos y admiracion de sus contemporáneos, y en las acciones de guerra ninguno le escedia en valor, ni pudo imitar sus hazañas.

El año 1407 hallándose desempeñando una honrosa comision en Baeza, le invitaron los caballeros mas famosos que se habian reunido en esta plaza para que los acompañase en la arriesgada tentativa que meditaban contra Mahomad rey de Granada, que con seis mil caballos y ochenta mil peones habia puesto sitio á Jaen. Su tio el obispo don Rodrigo, que se fugó de la plaza á la aprocsimacion de los infieles el estimuló, á incorporarse en la jornada, y con quinientos lanceros formados en escuadron muy bien ordenado avanzaron hácia los moros. Rodrigo, al frente de los guerreros mas ilustres, se lanzó al peligro sin vacilar, y atropellando á los Sarracenos se abrió paso por medio de sus formidables falanges, y penetró en la plaza, seguido de sus osados compañeros. Roforzada la guarnicion, y alentados los moradores de Jaen con el venturoso écsito de la temeraria empresa de sus libertadores, concertaron con ellos un plan de batalla no ménos atrevido, que mereciendo la aprobacion del fogoso y ardiente Rodrigo, se puso en ejecucion el dia siguiente. Abrióronse de improviso las puertas de la ciudad, y cayendo los cristianos como un rayo sobre los sitiadores, los desordenaron y oprimieron, haciendo en ellos una horrible carniceria, apresando innumerables cautivos, y auyentando de la comarca á los restantes que dispersos y sobrecojidos de terror, no se creyeron seguros hasta que se encerraron en la capital de su reino.

El año de 1408 estando Rodrigo de Narvaez en Baena, con otros capitanes y caballeros tuvo noticia de que el rey de

Granada desde Alcaudete que sitiara á la sazón, enviaba á un alcaide y capitán mayor de su guardia á la villa de Alhendin por bastimentos y demas cosas de que carecia el real, y eran indispensables para rendir la plaza. Dirigiéndose sin perder tiempo á sus briosos compañeros les propuso una salida para capturar al comisionado, y derrotar la fuerza que le escoltaba. Habiéndolos inducido á que cooperasen á sus intentos, marchó sobre Alhendin con quinientos caballos; y aunque los moros tomaron el vado del rio para interceptar el paso, arrollados por el valiente Narvaez y sus soldados, viéronse obligados á ceder y retirarse á la villa, despues de haber perdido en el combate trescientos ginetes.

Poco ántes de la conquista de Antequera, cuando los cristianos recobraron á Zahara, hizo Rodrigo de Narvaez prodigios de valor, persiguiendo á los cobardes que la abandonaron al acercarse el ejército de Castilla, y acompañado de Diego Hernandez de Quiñones, merino mayor de las Asturias y Pedro Alonso Escalante llegó con su gente hasta las puertas de Grazalema. La eminencia de su posición inaccesible, y la imponente defensa de su castillo les aconsejaban retroceder, y no molestar la villa; pero el noble orgullo de Rodrigo, su entusiasmo y ardor, no le permitian volver al cuartel general sin haber hecho alguna acción gloriosa y digna de celebridad. Esortó pues á sus soldados á que siguiesen sus pasos y despreciasen el peligro, y lanzándose dentro de la villa, sembró entre sus habitantes la consternación y el espanto, se apoderó del alcázar, y arrojó á los infieles de aquel lugar. No se distinguió ménos en el sitio de Setenil el año de 1407. En fin fué Rodrigo de Narvaez uno de los guerreros mas intrépidos y famosos de su tiempo, y esta convicción indujo al infante don Fernando á confiarle el gobierno y defensa de Antequera. Como rodeada de pueblos enemigos, y espuesta á cada momento á ser sorprendida y asaltada, conoció que era indispensable destinar á su defensa un alcaide capaz de salvarla de sus conflictos, de imponer á los infieles y de sostener el lustre y honor de las armas cristianas. Ninguno le pareció mas idoneo, ni que mas llenase sus miras que Rodrigo de Narvaez, y así le prefirió sin detenerse ni titubear, para que desempeñase el espinoso y honorífico empleo, que habia em-

recido con su fidelidad y acreditado valor.

El 1.º de octubre congregados en el real por disposición del infante todos los grandes, señores, capitanes, ricos-hombres, eclesiásticos y demas personas de distincion, salieron en forma de procesion para consagrar la mezquita que tenian los moros dentro del castillo. Los clérigos, y regulares llevaban cruces y reliquias de los santos mártires, para mayor solemnidad del acto, y por ser requisitos indispensables para la ceremonia. Rompian la marcha los pendones de la cruzada, Santiago, San Isidoro, la bandera de las armas del regente y el estandarte de su divisa, y seguian detras aquellos héroes esclarecidos con la mas profunda reverencia, y tierna devocion, divididos en dos alas y presididos por su ilustre y virtuoso caudillo. De este modo entraron en la mezquita, y la bendijo y purificó con los ecsorcismos de la iglesia el arzobispo de Santiago don Lope de Mendoza. Acto continuo celebró la primera misa, en que predicó un religioso de santo Domingo, que algunos han pretendido fuese san Vicente Ferrer mas no es posible apoyar esta opinion en documento alguno pues ni la vida del santo, ni los antiguos manuscritos, ni aun la tradicion misma nos suministran luz alguna sobre el asunto y en nuestro dictámen no es mas que una congetura aventurada, ó una sospecha piadosa y vulgar. El nombre que se dió á la nueva iglesia fué el de san Salvador, y en una tabla que se conserva en santa Maria leemos que el orador sagrado de esta funcion religiosa fué el obispo de Palencia, noticia desmentida generalmente por todos los manuscritos que hemos ecsaminado. Se añade en ella que la mezquita fué consagrada por tres obispos; no sabemos el fundamento que pueda tener esta especie: nos consta que los prelados de Santiago y Palencia concurrieron á la conquista de Antequera, pero ignoramos el nombre, y la diócesis del otro, que en el caso de haberse hallado entre los guerreros Castellanos durante el penoso y prolongado sitio de Antequera, se le hubiera visto figurar alguna vez como á sus cólegas, y la historia no hubiera sepultado su nombre en el olvido. En fin el infante, consagrada la iglesia, la ofreció una preciosa cruz de oro y dos campanas, y la paz que sirvió en esta primera misa fué encontrada despues de muchos años en un hueco del tem-

plo, y se conserva actualmente en poder de la señora viuda de don Manuel Solana.

Cuando entraron los cristianos en la villa, entre otras cosas notables que encontraron lo fué una fuente que habian empezado los moros á abrir tres dias antes, y en una piedra que dejaron en el fondo se leian estas palabras: *cuando esta piedra se quitare ganaran los cristianos á Antequera*. Salió vana y mentirosa la inauguracion pues todavia permanecia en su sitio, cuando los cristianos se posesionaron de la villa.

Como la conquista de Antequera se verificó el 16 de setiembre, dia en que celebra la iglesia el martirio de santa Eufemia, san Cornelio, san Cipriano, san Geminiano y santa Lucia, disputóse largamente sobre cual de estos santos habia de ser patrono de la villa. Especialmente Rodrigo de Narvaez y Gonzalo Chacon agitaban la controversia con estrépito y acaloramiento y no conformándose ninguno de los dos con el parecer y voto del otro contendiente, fué necesario avenirlos con una medida de paz dictada por el infante. Reunidos en la nueva iglesia, y patente el adorable Sacramento, despues de celebrarse misa del Espíritu-santo, á quien se invocó para que dirigiese la suerte, se encerraron cinco cédulas en una cajita: por tres veces continuadas salió el nombre de santa Eufemia que á vista de una repeticion tan estraña, y tal vez prodigiosa, fué aclamada y jurada patrona de Antequera.

Fué santa Eufemia natural de Calcedonia en el Asia mayor, y como un dia no asistiese á ciertos espectáculos consagrados al dios de la guerra, presumieron sus idólatras compatriotas que seria cristiana. Citáronla ante el tribunal, y confesando la tierna é inocente vírgen la fé con un valor increíble, fué azotada con varas de hierro, hasta que descoyuntados sus huesos y salpicados de sangre todos sus miembros, parecia escalar el último aliento. Sin embargo Eufemia, recobrando su vigor, se ofreció á la vista de sus tiranos como si nada hubiese padecido. Indignados, y arrebatados de furor los ministros de Diocleciano y Maximiano, la arrojaron á un horno de pez y azufre ardiendo; pero el cielo la libertó de las llamas y la conservó ilesa en medio del fuego. Aplicáronla entónces al tormento de las ruedas; pero las cuchillas se embotaron, y no pudieron obrar en aquel cuerpo privilegiado.

Resolvieron despues aserrar sus miembros virginales, y consumirlos en una caldera de aceite hirviendo; pero mudando al instante de parecer la arrojaron los bárbaros con rabioso despecho entre las fieras. Aquí recibió una herida mortal de una de ellas mientras las otras con una mansedumbre prodigiosa lamian sus pies y rindió su alma pura y elevada en manos de su Criador. Su cuerpo conservado cuidadosamente por los cristianos permaneció oculto desde el año de 311 y dia 16 de setiembre en que recibió la corona del martirio, hasta que Constantino restituyó la paz á la iglesia. Los calcedonios empezaron en esta época á tributar un culto público á sus restos venerables levantando un templo suntuoso consagrado á su nombre, donde colocaron su cuerpo que permanecia incorrupto y entero en una caja muy primorosa y decente, y la piedad de los fieles á la fama de sus prodigios, le hizo uno de los célebres santuarios de peregrinacion.

Celebróse en él en tiempo del emperador Maurício el famoso concilio Ecuménico de Calcedonia, á que asistieron trescientos sesenta padres, y refieren varios doctores que ella decidió prodigiosamente las cuestiones que allí se ventilaban declarando en una cédula la fé ortodoxa. El emperador Leon Isáurico enemigo implacable de las imágenes y reliquias de los santos, mandó arruinar este precioso templo y arrojó al mar el cajon donde se contenia el cuerpo de Eufemia, pero nadando sobre las aguas, aunque el inconoclasta la hizo forrar con hierro, fué encontrado por dos hermanos que salieron aquella noche del Bósforo, llamados Sergio y Sargonas. Condujéronle á la isla de Lemnos su patria, y allí se mantuvo hasta que el conde Anastasio, encontrando el sepulcro de Eufemia entre los escombros de un nuevo templo que los fieles la habian edificado, y arruinaron despues los inconoclastas le trasladó á Constantinopla en tiempo del emperador Constantino hijo de la célebre Irene, y de allí fué restituido á su antiguo templo de Calcedonia que ya estaba reedificado. La comunidad de religiosas carmelitas de la Encarnacion posee reliquias de esta ilustre vírgen, y el citado don Manuel Solana tomó parte de ellas, segun leemos en una recopilacion que hizo de las curiosidades de Antequera.

Las armas de Antequera son el emblema, ó distintivo de

los caballeros de la Terrasa órden militar instituido por don Garcia rey de Navarra, y restaurado por el infante don Fernando y la historia de su fundacion es la siguiente: Divirtiéndose un dia aquel principe en la caza por los bosques de Navarra, divisó un fiero javalí que acosado por los monteros buscaba su salvacion, ocultándose entre las malezas y breñas de aquel terreno. Persiguióle don Garcia con interés y empeño, y estrechándole en el alcance, se guareció el animal en una cueva, que formaban unos peñascos á la falda de la sierra. El principe sin arredrarse se internó en la caverna y hé aquí que de repente se ofrece á su vista un altar ocupado por una bella imágen que representaba á la Virgen Santísima de rodilla y meditando las palabras del nuncio celestial. A su lado sobre el mismo altar habia una jarra de azucenas, como se acostumbraba pintarla en esta solemnidad, y ademas en el suelo una campanilla. Era esta cueva propiamente una hermita pequeña aderezada por los godos para esconder y libertar la sagrada imagen en la incursion de los sarracenos como sucedió á las de Monserrate, Guadalupe y otras muchas en aquella época. Don Garcia penetrado de admiracion, y de un pavor religioso, se postró en tierra y adoró el sublime misterio que le recordaba la representacion, y retirándose en seguida á la corte, se dedicó á construir en aquel lugar una iglesia y monasterio, con el titulo de Sta. María de Navarra que entregó á los monges de S. Benito.

Para perpetuar la memoria de este suceso instituyó un órden de caballeria, y distinguió á sus individuos con magnificos collares de oro y plata ricamente adornados de los cuales pendia figurada la jarra de azucenas, como vemos el cordero en el collar del toyson. El nombre que dió á este órden militar fué el de la jarra de azucenas, ó Terrasa.

El infante don Fernando que deseaba propagar por Castilla la mencionada institucion porque estando consagrada á la Virgen madre de Dios era la que mas se conformaba con los sentimientos de su piadoso corazon, dió principio á su ejecucion en Medina del Campo en 1403. Anticipando la fiesta de la Asuncion con la autoridad pontificia, salió de su palacio acompañado de sus cinco hijos y de muchos señores y nobles en forma de procesion, y en la iglesia de Ntra. Sra. la

Antigua, donde todo estaba preparado, dicha la misa, tomó una porción de collares, echando uno á su cuello, y repartiéndolos los demas entre sus hijos y el acompañamiento. Para distinguir el órden militar de la Terrasa de Castilla del de Navarra, añadió al collar un grifo, donde se veia la jarra de azucenas con dos asas primorosamente labradas, y mandó que el hábito de los caballeros fuese una estola blanca; es decir un manto de este color.

No solo propagó por Castilla el infante esta institucion militar, despues por Aragon siendo su rey, sino que la restauró y restableció, restituyéndola todo el brillo y lustre de sus primeros dias oscurecido y empañado en su decadencia. Y como esta ciudad es deudora de todas sus glorias á Fernando que no dudó llamarse desde la conquista el infante de Antequera, y los caballeros que la libertaron de los infieles y especialmente algunos de los principales que se encargaron de su defensa y conservacion, pertenecian al órden de la Terrasa, adoptó por blason de sus armas la jarra de azucenas colocando á la derecha un castillo y á la izquierda un leon, que son las de la monarquia, con una A sobre el castillo, una Q sobre el leon y en la garganta de la jarra una T. Las dos primeras pueden decir Antequera, y la última Terrasa, aunque todas tres acaso indicarán únicamente el nombre de esta ciudad. Al pié de la jarra hay otra cifra, P. S. A. que se interpreta comunmente: *Por su amor.*

Dispuso el regente ántes de retirarse de Antequera que Rodrigo de Narvaez fuese al mismo tiempo alcaide de la fortaleza y alcalde mayor, que Gonzalo Chacon primo de éste, fuese alferrez mayor y alguacil mayor, entregándole el pendon con que se ganó Antequera. Este último edificó á su costa en el cerro de S. Cristobal una atalaya ó torre, que ya está arruinada. Rodrigo y Gonzalo debian entender en lo criminal y civil y Alonso Lupion fué el primer escribano público y del concejo.

Para el gobierno del pueblo dejó el infante seis regidores y cuatro jurados, cuyos nombres son los siguientes:

REGIDORES.

Pedro Gonzalez Ocon, caballero de la Banda-dorada.—

Lope Sanchez de Valenzuela.—Fernan Martin de Valdetapia.
—Antonio Lopez Lobato.—Alonso Gonzalez Estote.—Fernan Albases de Jerez.

JURADOS.

Pedro Rodriguez Escudero.—Juan Mendez de Valdes.—
Juan Ruiz de Robledo.—Alonso Martin.

Nos detenemos minuciosamente en estas curiosidades, por que así lo reclama el respeto y consideracion que nos merecen los descendientes de los héroes esclarecidos, que fueron destinados por el caudillo del ejército conquistador al gobierno y defensa de esta ilustre ciudad, y las familias distinguidas que han heredado sus apellidos no pueden ménos de interesarse en su publicacion. Así léjos de fastidiar á la mayor parte de nuestros lectores, estamos seguros de obtener su aprobacion, y que acogeran con señales inequívocas de complacencia la precedente enumeracion de los primeros regidores y jurados de Antequera.

CAPITULO XXI.

Parte el ejército con su caudillo para Sevilla.--Pierden los Antequeranos el castillo de Tebar y le recobran.--Ereccion de las tres primeras parroquias.--Privilegio de don Juan II.

El 3 de octubre, habiendo escigido el infante á Rodrigo de Narvaez pleito homenaje y juramento de fidelidad al rey don Juan II por quien quedaba encargado de la alcaidia de Antequera, y despues de dar las instrucciones mas importantes para la defensa de la plaza, y arreglo de su gobierno, se despidió de su amado doncel, exortándole como á los soldados que dejaba á su disposicion á conservar el castillo á pesar de todos los obstáculos y dificultades, y sostener la gloriosa reputacion que habian adquirido en la conquista. Acto continuo, preparado ya el ejército y formado en orden de batalla,

hizo señal para que se rompiese la marcha en direccion á Sevilla: llegó á esta capital el 14 y su esposa doña Leonor que le esperaba con impaciencia, salió á recibirle, acompañada de sus damas y de don Enrique de Villena, conde de Cangas, y otros caballeros, consiguiendo despues de mas de seis meses de ausencia estrecharle entre sus brazos. Esmeróse la populosa Sevilla en solemnizar la entrada del brillante ejército Castellano; el regente adornado con los honores del triunfo era conducido por sus calles con un aparato magestuoso en medio de la nobleza, del clero y de un pueblo inmenso que le redeaba. Por todas partes resonaban aclamaciones y alabanzas consagradas al vencedor de los infieles y á sus bravos guerreros; aquella entusiasmada multitud, apreciando justamente el mérito y sobresalientes virtudes del ilustre caudillo, y de sus intrépidos soldados, estremecía el aire, con voces y gritos de regocijo y enagenacion. Entretanto Rodrigo de Narvaez y la pequenaguarnicion que estaba á sus órdenes, aislados y entristecidos, lamentaban en silencio la ausencia de sus valientes compañeros y la sensible y dolorosa separacion de sus amigos y camaradas.

Habian visto con el mayor sentimiento partir á los Castellanos, y desde las torres mas altas de la poblacion los seguian con sus apasionadas miradas hasta que desaparecieron de la vega. Antequera que aquel mismo dia contenia dentro de sus muros tantos centenares de valientes guerreros se convirtió de repente en una mansion silenciosa semejante á un solitario despoblado, cuya profunda calma altera de cuando en cuando un lejano murmullo, y el eco de los pasos del transeunte. El tumulto, la agitacion, el movimiento continuo de aquellos infatigables combatientes que poco ha pisaban este suelo privilegiado trocáronse en un prolongado sosiego parecido á la inaccion; pero despertando á poco los nuevos pobladores de la villa de su ligera enagenacion, dedicáronse á reparar las fortificaciones de la plaza, y restablecer sus obras de defensa. Desde que se conquistó Antequera cuidó el infante de cubrir las brechas, y reedificar los pedazos de cortina que habia destruido la artilleria, y al desampararla todo el muro ó circunvalacion exterior se hallaba asegurada. Pero las torres que tanto habian padecido en el asalto, y algunas de ellas estaban casi

arruinadas, quedaron en un estado muy deplorable y para la defensa del muro y de la plaza era necesario que los nuevos colonos los restituyesen á su ser primitivo. Además como los domicilios de los moros no ofrecian á los cristianos todas las comodidades y desahogos, que les proporcionaban los edificios espaciosos de Castilla levantaron por sus cimientos varios hogares segun el uso y gusto de aquellos tiempos. Agregábase á esto otra razon mas poderosa para que pensasen en aumentar las casas y habitaciones; permanecian en la villa muchos infieles convertidos, que bajo la proteccion del regente conservaban sus domicilios, y no era posible ni justo despojarlos de su propiedad, y aunque habian desocupado los que emigraron otros muchos, todavia era necesario fabricar nuevos albergues para que se hospedase la guarnicion.

Mientras emprendian pues nuestros activos y laboriosos soldados estas útiles é indispensables maniobras, recibió Rodrigo de Narvaez la funesta noticia, de que los moros habian sitiado el castillo de Tebar y se habian apoderado de él á fuerza de armas. No pudo ménos de sorprenderse é indignarse el esforzado alcaide al imponerse de un acontecimiento tan inesperado y desagradable. Se habian tratado entre la corona de Castilla y de Granada unas tréguas de diez y siete meses de reino á reino y de mar á mar, y empezaban el 6 de octubre. El regente al despedirse de su bizaro doncel le prohibió expresa y formalmente hostilizar á los infieles, y molestarlos con sus armas. Ellos aprovechando el intérvalo que mediaba hasta el dia perentorio de la paz, se acercaron con fuerzas considerables al alcázar y le rindieron con el ánimo de conservarle en su poder todo el tiempo que durasen los tratados, y utilizarse de las abundantes cosechas de su terreno. Ocupáronle el 5 de octubre y Narvaez recibió la noticia el mismo dia al ponerse el sol; el siguiente empezaban las tréguas y suspension de hostilidades, y los que osaban turbar la paz en estos casos, incurrian en la real indignacion y en gravísimas penas dictadas por la legislacion actual. Sin embargo el animoso alcaide no podia tolerar que los moros abusando de la buena fé, y del reposo que ya comenzaba á reinar en toda la monarquia, hubiesen sorprendido el castillo de Tebar, y le poseyesen por medio de una supercheria tan marcada. Conoció desde luego su doblez

y aviesas intenciones y que la procsimidad del dia señalado para las tréguas era unicamente lo que los habia alentado á atacar el fuerte, porque no habiendo mas que un dia de intermedio la falta de tiempo frustraba cualquiera tentativa que él meditase para recobrarle. Entregado á estas reflexiones y notando que sus denodados compañeros participaban del mismo enojo, que se descubria eu su semblante, les manifestó que él estaba resuelto á salir inmediatamente para Tebar, y rendirle en aquella misma noche, si era posible. Aprobaron los demas su determinacion, y armándose la tropa en breves instantes partieron hácia el castillo.

Los infieles que seguramente no conocian el caráctes activo, guerrero y emprendedor de Narvaez, dormian descuidados sin esperar á sus indignados rivales que en su concepto habrian reducido toda su venganza á inútiles declamaciones y vanos denuestos. Los centinelas que mas bien por officiosidad que por recelo habian mirado mas de una vez las avenidas de la villa, nada habian podido distinguir y la lobreguez de la noche les impedia ver á distancia de seis pasos; todo estaba tranquilo y creian gozar de la mas completa seguridad. Entretanto abanzaban nuestros guerreros y los valientes escaladores que habian prometido internarse en el fuerte, y franquear la puerta á sus compañeros se habian adelantado presurosamente y ya tocaban el pie de las soberbias murallas del alcazar. Un furioso huracan que batia con estrépito la comarca habia favorecido sus pasos silenciosos y ahogado el ligero ruido causado por su marcha acelerada.

Ya habia esparcido al rededor la última ojeada el moro que vigilaba en las almenas, y empezaba á acomodarse sobre los adarves para descausar un rato cuando al embozarse con su albornos, que el aire le habia descompuesto, vió delante de sí á un guerrero cristiano que en el primer momento tuvo por un fantasma creado por la vigilia y el cansancio; mas al notar que tras de él treparon las murallas otros muchos reconoció el peligro en que se hallaba. Ya iba á dar el grito de alarma, cuando la férrea mano de uno de los escaladores le impidió lanzarlo, haciendo brillar á sus ojos la punta de su puñal. Intimóle el cristiano que le mostrase el cuerpo de guardia, y satisfecho por el intimidado sarraceno, se arrojó con sus com-

pañeros sobre la desprevenida guardia que sin osar defenderse se entregó prisionera.

Al ruido inevitable de esta impensada sorpresa empezaron á inquietarse los demas que dormian en el castillo, y antes que averiguasen el peligro que les amenazaba, impelieron los escaladores á los cautivos á que abriesen la puerta del alcázar. El animoso Narvaez con los suyos esperaba en el umbral, y franqueando el paso al interior, entró precipitadamente, intimando á los infieles que se entregasen sin dilacion, ó los pasaria á cuchillo é incendiaria las torres donde se guareciesen. Los moros intimidados, y llenos de terror se rindieron sin tardanza, escigiendo unicamente que fuesen respetadas sus vidas y libertad, y conformándose los vencedores, entregaron las llaves al segundo dia de haberlas usurpado.

Narvaez, ocupado el castillo, destinó cien caballos y cien infantes para que le guareciesen, y el dia 6 amaneció en Antequera. En seguida dió cuenta al regente de lo que habia ocurrido desde el 4 en que se alejó de esta villa, y Fernando no solo aprobó su conducta y le aseguró su gracia, sino que ademas se mostró agradecido á su celo y satisfecho de su valor.

Como la mezquita que los cristianos convirtieron en un templo consagrado á San Salvador era pequeña y baja, sin capacidad ni elevacion, segun acostumbraban los moros edificar sus santuarios, fué necesario darla mas cuerpo y estension. Se añadieron pues muchos pilares á los que formaban el edificio, y se amplió la nueva iglesia construyendo y agregando la capilla mayor, que aunque bastante reducida para que fuese proporcionada, daba sin duda mayor latitud al templo, y le hacia mas estenso y capaz. Tenia tres naves, y en las dos colaterales fabricaron varias capillas y bóvedas los conquistadores. La primera al lado del evangelio era de los Narvaez, y la segunda de los Santistebanes y de los Arroyos, á la izquierda ó lado de la epistola en el plan del altar mayor estaba la capilla y sepulcro de los Chacones Pagalajaras y mas abajo la del Santo Cristo, donde se mandaron enterrar los caballeros Padillas y Castillos. La capilla de Ntra. Sra. del Socorro era el sagrario, y fué edificada á espensas de don Sebastian Moreno y de su hijo copero de don Juan II. Seguia la de los señores Ocones Trillos, y por último en medio de la iglesia entre

las últimas columnas inmediatas al altar mayor se veía una sepultura cubierta con una losa donde estaba gravado el siguiente epitafio: esta sepultura es de Fernan Gonzalez Parejo y de sus herederos. R. Y. P. A. año de 1490 y en ella se enterró tambien su esposa doña Isabel Rodriguez como consta del testamento que otorgó ante Alvaro Oviedo en 20 de marzo de 1506.

Como aun no se habia conquistado Málaga á cuya diócesis pertenecia la iglesia de Antequera por disposicion de los antiguos concilios nacionales, quedó interinamente adjudicada á la metropolitana de Sevilla, y el 16 de febrero de 1411 don Alfonso patriarca de Constantinopla y administrador perpetuo de aquella con consejo y beneplácito del dean y cabildo erigió tres parroquias en la villa de Antequera, primera la de S. Salvador, segunda Sta. María y tercera S. Isidoro.

Edificáronse á continuacion los otros dos templos santa María en la plaza principal de la poblacion, y san Isidoro hácia la puerta de Málaga ó virgen de Espera habiéndose fundado despues la colegial en aquella, el pequeño edificio que se construyó al principio se trocó en un soberbio y magnífico santuario que describiremos á su tiempo. La iglesia de san Isidoro era una casa de armas de los infieles, de muy poca altura, y reducida capacidad; conservaba una rica y primorosa custodia que la regaló el infante con otras muchas joyas, que los mayordomos de la fábrica enagenaron hace tiempo con autorizacion de los prelados. El título y advocacion de esta iglesia fué disposicion del regente en señal de gratitud á la proteccion que le dispensó en la conquista de esta plaza aquel santo doctor; era muy devoto y afecto suyo, y ántes del día del asalto hizo que un monge cisterciense trajese desde Leon el estandarte de san Isidoro, que llegó al real el 10 de setiembre. Hubo en esta parroquia veinte y dos capellanias y con el tiempo trescientos vecinos; pero habiéndose despoblado despues toda su feligresía, se trasladó su sagrario á la hermita de Santiago, y á poco se arruinó su edificio, y se trocó el espacio que ocupaba en cementerio. En nuestros dias ha desaparecido tambien el cuadro ó solar que permanecia en pié, y agregado este pequeño terreno á las hazas que le rodean le hemos visto, no sin dolor, sembrado, y cubierto de fecundas y viciosas espigas.

Ajustadas las tréguas y concertada la paz entre Castilla y Granada, se avicindaron muchas familias en Antequera y diariamente se veia crecer el número de sus habitantes. Rodrigo de Narvaez con el objeto de fomentar el incremento que iba tomando la poblacion, representó al rey que si concedia á la villa los privilegios que gozaban Tarifa, Teba, Olvera y Alcalá-la-real acudirian otras muchas familias á poblarla, lo cual interesaba demasiado á la corona para que se mirase con indiferencia. Concluia suplicando al monarca le dispensase la gracia que impetraba, y honrase con algunas distinciones á una plaza tan importante; y los regentes accediendo á la peticion, despacharon en favor de Antequera la carta de privilegio que sigue:

La reina doña Catalina y el infante don Fernando.

Yo el Rey.

Hago saber á vos los mis contadores, que Rodrigo de Narvaez, alcaide de la mi villa de Antequera, que el infante don Fernando mi tio, mi tutor regidor de los mis reinos, ganó de los moros, enemigos de la fé, me imbió á decir que son venidos á morar é poblar en la dicha villa de Antequera ciertos vecinos é otrosi que vendrian á vivir é morar, é poblar otros muchos vecinos si los Yo franqueare, é diere franqueza é libertad de todas las cosas que son libres, y francos y quietos los vecinos que viven y moran é pueblan en las mis villas de Tarifa, é Teba, é Olvera é Alcalá-la-Real é en las otras mis villas y castillos fronteros de tierra de moros ó en cualquiera de ellos. E porque á mi servicio cumple mucho que la dicha mi villa esté poblada de toda la mas gente que ser pueda, es mi merced que todos los vecinos que agora en la dicha mi villa de Antequera moran é moraren, pueblan é poblaren en este año de 1411 é de aquí adelante de cada año para siempre jamas, que sean libres, francos é que no paguen moneda, ni monedas, ni pedido, ni pedidos, nin almoxarifazgo, (1) nin

(1) *Almoxarifazgo es el derecho que se paga de las mercaderias ó géneros que salen para otros reinos y de los que vienen a España por mar ó por tierra; y tambien de los géneros y frutos propios y estraños que se comercian de un puerto á otro en lo interior del reino, á escepcion de los frutos de nuestras Indias, por que estos satisfacen los derechos que llaman de proyecto al tiempo de su introduccion en los puertos de España en que están comprendidos los de entrada y salida para dentro y fuera del reino.*

almozarifazgos, nin diezmo, nin tributo, nin tributos, algun ni algunos que Yo mande cojer é derramar en los mis reinos este dicho año é de aqui adelante de cada año para siempre jamas. E otrosi es mi merced que no paguen alcabala, ni alcabalas ninguna ó ningunas en cualquiera manera que sea este dicho año de aqui adelante de cada año para siempre jamas de todas las cosas que vendieren, é de las cosas que llevaren para mantenimiento de dicho alcaide de la villa, é de los vecinos é moradores que en ella moraren de aqui adelante para siempre jamas, segun dicho es. La mi mercedes que hayan é gocen é le sean guardadas todas las mercedes é franquezas, é libertades que han é deben haber los vecinos que moran é pueblan en las dichas mis villas y fortalezas é castillos fronteros de tierra de moros, ó en cualquier de ellos, porque vos mando que lo pongades é asentedes en los mis libros de las mercedes, é delibredes mis cartas é privilegios de franqueza á el dicho alcaide é todas las personas, vecinos, é moradores que en la dicha villa de Antequera agora moran é moraren, é pueblan é poblaren é ahi vinieren á poblar y morar este dicho año de 1411, é de aqui adelante de cada año para siempre jamas para que no paguen las dichas moneda é monedas é pedido é pedidos, é almozarifazgo ni otro derecho, ni tributo nin tributos algunos. Nin otrosi las dichas alcabalas de todas las cosas que vendieren, é de las cosas que llevaren, proveimiento é mantenimiento del dicho alcaide, é de los vecinos, é moradores que moran é moraren en la dicha mi villa de Antequera este dicho año é de aqui adelante de cada año para siempre jamas en cualquier ciudad, ó villa, ó lugar de los dichos mis reinos é señorios, á todos los dichos vecinos é mo-

Este derecho se cobra en las aduanas y le distinguen en tres çlases: almozarifazgo de Indias, que es el que se cobra de los frutos y gêneros que vienen de ellas y de los que van allá; almozarifazgo mayor que es el que compone los derechos de entrada de las mercaderias de dentro y fuera del reino; y almozarifazgo menor que se deduce al que rindea los frutos y gêneros que se sacan para el interior del reino y de puerto á puerto; y su importe es de tres, cinco ó diez por ciento en la entrada de los referidos gêneros y mercaderias; el de salida siendo de puerto á puerto dentro del reino es de dos y medio y cinco por ciento, y si es para fuerade el. cinco, siete y medio y diez por ciento, conforme á sus clases. Tomó el nombre de almozarifazgo del que cobrava este derecho que se llamaba Almozarife. Llámase tambien diezmo del mar. Dicc. de la leng. cast. verbo Almozarifazgo.

radores, ó cualquier de ellos, ó su home de ellos, ó de cualquiera de ellos se acaecieron por los dichos mis reinos, la mi merced es que sean francos é quieto de todo lo sobredicho, é hayan, é gocen de todas las franquezas é libertades que han, y tienen, y gozan é son guardadas á los que moran é moraren é pueblan en las dichas mis villas de Tarifa, Teba, é Olvera, é Alcalá, é en las otras dichas mis villas é castillos fronteros de moros, como dicho es, salvo de los homicianos que no moran é moraren, é fueren á vivir é morar de aqui adelante en la dicha villa que es mi merced que no sean quietos ni perdonados, en caso que en los privilegios que las dichas villas é castillos tienen é contengan que sean quietos y perdonados, los que en ellos moraren, la mi merced es que lo non sean los que moren en la dicha villa de Antequera segun dicho es. E mando a vos los dichos mis contadores mayores que lo pongades asi por salvado, quando arrendaredes las monedas, é pedido, é almoxarifazgo, é alcabalas, é otros pechos, é derechos, é tributos, cualquier que sean para que les non paguen el dicho alcaide é los dichos vecinos é moradores de la dicha villa, porque á Mi no sea puesto descuento alguno, é la dicha merced le sea mejor guardada; pero es mi merced que le sea guardada esta dicha merced é franqueza por todo el tiempo que en la dicha mi villa moraren é poblaren los dichos vecinos é non mas, é sobre esto mando á vos los dichos mis contadores mayores é á el mi chanciller notario é escribanos é á los otros que estan á la tabla de los mis sellos, que mostrando vos por parte del dicho alcaide, é los vecinos é moradores de la dicha villa el traslado de cualquiera de los privilegios, que las dichas villas é castillos fronteros de tierra de moros, tienen sacado, con autoridad de juez que les de mis cartas, é privilegios por virtud del dicho tratado de privilegio, las que menester hubieren en esta razon para la seguridad de las dichas franquezas é mercedes suso contenidas, segun que sean guardadas á las dichas mis villas, castillos fronteros de tierra de moros, salvo en razon de los dichos homicianos, que es mi merced que no pongades en ellos la tal cláusula, no embargante que el privilegio original que cualquier de las dichas mis villas é castillos fronteros de tierra de moros tienen, non vos muestren é non

les desquite de chancilleria alguna, é non fagades ende al fecho en 20 dias de Octubre año del nacimiento de nuestro Señor Cristo de 1411.

E yo Sancho Romero la hice escrebir por mandado de los señores Reyna é Infante, tutores de nuestro señor el Rey, é regidores de sus reinos. Yo la Reyna. Yo el Infante. Registrada.

Hemos copiado al pié de la letra este privilegio, por ser un documento curioso digno de publicarse y que no puede ménos de interesar á los descendientes de los agraciados en todas épocas y en todas las generaciones. La misma conducta nos hemos trazado respecto á las demas cartas y cédulas reales con que los soberanos de Castilla honraron y distinguieron esta illustre ciudad.

CAPITULO XXII.

*El infante don Fernando rey de Aragon -Cisma de los 'cincuenta y un años
--Infortunio de don Ruy Lopez Dávalos.--Abindarraez y Rodrigo de Narvaez.*

El año de 1412 habiendo muerto sin sucesion el rey de Aragon don Martin fueron convocados en este reino los estados generales para tratar de heredero de la corona. Luis de Anjou y el conde de Urgel alegaban sus derechos á un trono que la providencia reservaba para el conquistador de Antequera. Los jueces compromisarios que se eligieron para entender y decidir sobre la cuestion que se ventilaba, pronunciaron que ninguno tenia mejor derecho que el regente de Castilla, al paso que por sus méritos, virtudes y heróico desprendimiento con que se negó á usurpar la corona de su sobrino, merecia indubitablemente la preferencia. San Vicente Ferrer fué uno de los jueces que se declaró sin vacilar por don Fernando y le adjudicó la corona y una aclamacion universal aprobó su voto y el de sus compañeros.

«Hallábase el infante en Cuenca dice el Duchesne (1) ciudad de Castilla la nueva, cuando llegaron los diputados aragoneses á darle noticia de su eleccion. Puso orden en los negocios de Castilla sin hacer dimision del gobierno y tomó la vuelta de Zaragoza, acompañado de muchos oficiales Castellanos. Iba á caballo con sus cuatros hijos don Alonso, don Juan, don Enrique y don Sancho, siguiéndole la reina en una magnífica carroza con el quinto hijo don Pedro y con las dos infantas doña María que despues fué reina de Castilla y doña Leonor que lo fué de Portugal. Su entrada en Aragon fué muy semejante á un triunfo continuado por todo el camino entre las perpetuas aclamaciones de *viva el rey*, y concurriendo los pueblos en tropel de todas partes por verle y por saludarle, los caminos estaban cubiertos de la muchedumbre, que con dificultad permitia valla para dar lugar al paso, y el aire resonaba con perpetuos regocijados gritos. Tanta impresion hace en el amante corazon de los vasallos la vista de un principe benemérito! A la misma reputacion debió tambien las dos coronas de Sicilia y de Cerdeña que le vinieron á ofrecer aun antes que pensase en esforzar la razon de su derecho.»

Ecsaltado al trono de Aragon le ocupó dignamente por el espacio de tres años nueve meses y ocho dias. Habiáse consagrado únicamente á la felicidad de sus vasallos, y una de sus mas gloriosas tareas fué el empeño con que procuró restablecer la paz de la iglesia turbada á la sazón por el cisma mas largo y pernicioso de cuantos la alligieron desde los primeros dias de su fundacion. Todo el orbe cristiano tomó parte en la cuestion y cada reino seguia á uno de los papas de aquel tiempo que en algunas ocasiones fueron cuatro. Benedicto XIII que fué español tuvo largo tiempo la obediencia de los reyes de Castilla y Aragon, y aunque fué depuesto en el concilio de Pisa y en el de Constanza, nada fué capaz de obligarle á ceder y renunciar sus pretensiones. El mismo Fernando, que se encargó de doblegarle y reducirle, vióse burlado en sus tentativas, y habiendo sido uno de sus mas poderosos protectores, le abandonó al fin, y aun hizo diligencias para apoderarse de su persona. Pero siempre enfermo y achacoso desde que

(1) *Comp. de la hist. de Esp. Parte 4.ª fol. 237.*

dejó su patria, no gozó ni un momento de complacencia en su reinado, y queriendo volver á Castilla para recobrar su salud, murió en Igualada viniendo de Barcelona. Su cuerpo yace en Poblet en un sepulcro humilde y muy ordinario dice el P. Mariana, y el conquistador de Antequera bajó á la tumba sin haber tenido el placer de terminar las escandalosas disensiones de la iglesia.

Para que se pueda formar juicio del célebre cisma que empezó el año de 1378 y concluyó el de 1429, insertaremos lo que dice S. Antonino en su Chron. part. 3, tit. 22, cap. 2. «Mucho se ha disputado sobre esta materia, y muchos libros se han impreso en defensa de los dos partidos. Una y otra obediencia tuvo, en todo el tiempo que duró el cisma, varones muy instruidos en las sagradas letras y en el derecho canónico y lo que es mas insignes por sus milagros; pero nunca pudo resolverse la cuestion sin que permaneciese dudosa para alguna de las partes. Por que si es de fé que la iglesia es una y no muchas y que del mismo modo es único su pastor y vicario de Cristo, no obstante cuando sucede crearse muchos á un tiempo por los cismáticos, no es necesario para la salud creer que es este ó el otro el legitimo pontifice, sino que es uno de ellos, es decir, el que se hubiere elegido canónicamente. Pero quien sea el canónicamente electo nadie está obligado á saberlo, como tampoco el derecho canónico, y en estos casos pueden seguir los pueblos á sus mayores y preladados.» Y mas claro otro escritor de aquellos tiempos: (1) El cisma 22 fué el peor y mas sutil de todos. Fué tan complicado que los hombres mas doctos y de mas recta conciencia no acertaban á saber á quien se debian adherir..... y asi desde Urbano VI hasta Martino V. no se quien fué el papa. El mismo cardenal Baronio manifestó á Jacobo Sirmondi que nada temia tanto como llegar á estos tiempos en los cuales no podia pronunciar libremente su sentir. La ocasion de este cisma fué la traslacion de la silla pontificia desde Aviñon (Francia) á Roma, pues los cardenales que siguieron al papa le eligieron sucesor en esta capital luego que murió, y los franceses en Aviñon nombraron y consagraron otro distinto.

(1) *Wernerus Rollewink in fasciculo temp. ad. an. 1378 tom. 2.*

Apenas se ausentó el infante de Castilla, los émulos de don Ruy Lopez Dávalos, asestaron contra él sus tiros infernales, y resolvieron su ruina. Habia sido este ilustre condestable el que al frente de la nobleza castellana ofreció la corona de don Juan II á su tio don Fernando, y esto sirvió de pretexto para intrigar contra él é indisponerle con la reina gobernadora. Acusáronle despues de haber atentado contra la magestad real, é imputaron el mismo crimen á don Enrique hijo de don Fernando de Antequera, á Pedro Manrique adelantado de Castilla y á su hermano Garci-Fernandez Manrique, designando á los cuatros como cabezas de una faccion. Promulgóse un decreto de convocacion á Córtes que debian celebrarse en Madrid para examinar la causa, y fueron citados los cuatro caballeros. Estos de comun acuerdo dispusieron que asistiesen solamente el infante don Enrique y Garci-Fernandez Manrique, que fueron recibidos con agrado, pero el dia siguiente al besarle la mano al rey, fueron presos y destinados á un castillo. Confiscaron sus estados y bienes, y aunque á poco despues los absolvieron y los restituyeron en posesion de lo que habian perdido, para don Ruy Lopez Dávalos no hubo clemencia ni consideracion. Retirado en Valencia y hospedado en una casa pobre y humilde, perdidos sus estados que comprendian á Arcos, Arjona, Osorno, Ribadeo, Candeleda, Arenas y otros muchos pueblos, y obscurecida toda su grandeza murió el 6 de enero de 1428. Su rival y enemigo principal fué don Alvaro de Luna, que le sucedió en el titulo de condestable de Castilla, y este fué el motor de todos los disturbios y alteraciones que esperimentó la monarquia en aquel tiempo. He aqui el fin desgraciado é indebido de uno de los ilustres campeones que mas se distinguieron en el sitio y conquista de Antequera, del libertador de Aznalmara y Tebar, que inmortalizó su nombre en toda esta comarca. Cuando incendiaba el arrabal de Cártama, y esparcia el terror entre los moros malagueños, se hallaba en el apogeo de su grandeza y la fortuna con semblante bonancible le seguia á todas partes ciñendo sus sienes con el laurel de los vencedores, pero en la corte probó bien pronto su inconstancia y ligereza, desamparándole todos sus amigos y deudos, y al espirar en el seno de la miseria, oprimido de calamidades, victima de la envidia y de la impostura, fué un

modelo de paciencia, magnanimidad, y virtud. Antequera reconocida á sus favores y brillantes servicios, no puede menos de unir su voz á la de la historia imparcial, para justificar su buena memoria, y vindicar su lealtad pura y sin mancha de las calumnias de sus émulos, y derramando sin cesar flores sobre su sepulcro trasmirá su elogio fúnebre, las pruebas de su inocencia y la noticia de sus famosas hazañas á la posteridad mas remota.

Mientras duraban las treguas entre las dos potencias enemigas los Antequeranos dedicados á fortificar la plaza y reparar sus torres destruidas y edificios arruinados descansaron algun tiempo de los trabajos y afanes de la guerra, y se alejaron del ruido de las armas. Pero esta pacifica situacion creada por un tratado transitorio, lejos de favorecer á nuestros infatigables guerreros, los perjudicaba en gran manera, porque entregados al ocio y á la inaccion, perdian insensiblemente el vigor y energia de su alma. Asi lo conoció el activo y denodado Narvaez, pues abandonando el lecho nupcial y hurtando el tiempo á las caricias de su esposa, recorría todas las noches la vega, y no gozaba del reposo y dulzuras del sueño hasta cerciorarse de la seguridad de su distrito. Una de estas noches salió de la villa con diez caballeros, que dividió como acostumbraba en dos trozos, dirigiéndose la mitad por un camino y él por otro con los restantes, debiéndose reunir en un punto marcado y hacerse una contraseña si ocurría alguna novedad. Atravesando pues los cinco primeros estas espaciosas llanuras encontraron á un moro granadino que montado sobre un brioso caballo, y enristrada su lanza caminaba solo por medios de los espesos bosques y matorrales, que cubrían entonces la vega. Acometiéronle nuestros soldados despues de haberle intimado en vano que se entregase, y el sarraceno empezó á defenderse con un valor y destreza admirable. Cercábanle los Antequeranos por todas partes, y redoblaban sus esfuerzos para rendirle, y aunque le constituian en grandes apuros jamas pudieron lograr ventaja alguna sobre él.

Rodrigo que habia llegado al punto convenido, y no encontró á sus compañeros, sospechando que tal vez habria retardado su marcha algun incidente funesto, y careciendo de

paciencia para aguardarlos, partió en busca de ellos. Ya se acercaba al sitio donde lidiaban los combatientes, y el ruido de las armas y de los caballos justificó sus recelos, y le obligó á acelerar sus pasos. Incorporándose al fin con los guerreros, mandó á los suyos suspender la lucha y que le informasen de los pormenores y circunstancias de aquel suceso, y satisfecha su curiosidad, le dijo al moro que si gustaba batirse cuerpo á cuerpo con él. Accedió de buena gana el granadino, y separándose los dos rivales de los soldados Antequeranos trabaron una reñida y porfiada escaramuza.

Como era igual el valor y destreza de los dos combatientes se fatigaban sin fruto para humillarse el uno al otro. Duró cerca de una hora la contienda y el fuego que despedía sus armas iluminaba el campo y deslumbraba á los espectadores. En fin el moro cansado y reconociendo la superioridad de Narvaez le rogó que suspendiera el combate, pues él se entregaba prisionero y vencido, y arrojando en seguida sus armas al suelo, se puso á disposición del alcaide de Antequera.

Hizo señal entonces Rodrigo á sus soldados para que se acercasen, y colocando al cautivo en medio, marcharon hácia la villa. El granadino no cesaba de suspirar, y lamentarse de su desgracia mientras le conducian á Antequera, y notando Narvaez el profundo abatimiento en que se hallaba, y el despecho con que maldecia la adversidad de su suerte, le preguntó con interes sobre la causa de su estremado dolor. El sarraceno lanzando un grito de desesperacion, le contestó que en aquel fatal momento habia perdido todas sus dichas y venturas, y que un reves impensado le habia privado de su mayor felicidad.

Mi nombre es Abindarraez, prosiguió, y puedes lisongearte de haber vencido á uno de los guerreros mas famosos é ilustres de Granada. Amo á una linda dama de Coin llamada Jarifa, y habiendo prometido hacerme dueño de su hermosura, y entregarse clandestinamente en mis brazos, porque su padre por antiguos enconos de familia se opone á nuestro enlace, caminaba presuroso hácia la villa citada, cuando el encuentro infausto de tus soldados ha frustrado todos mis placeres y desvanecido mis gratas ilusiones y esperanzas. Re-

fleccióna pues, valeroso alcaide, si tengo motivos para sentir mi desgracia y deplorar mis infortunios.

El alma noble y sensible de Narvaez no pudo oír esta relación sin enternecerse, y ofreciéndole á Abindarraez su libertad, si juraba volver á Antequera luego que lograse el objeto de su viage, le hizo ver que su valor igualaba á su generosidad, y que si le habia postrado en el combate, sus virtudes y la grandeza de su espíritu merecian el triunfo y las alabanzas de los héroes. El moro agradecido á una fineza tan deseada, dió fe y palabra de volver á la prision luego que disfrutase los favores de su amada Jarifa, y recobrando su perdida libertad se dirigió aceleradamente á Coin.

No tardó Abindarraez en cumplir como caballero lo que habia prometido; á los pocos dias de este acontecimiento regresó á Antequera en compañía de la bella mora á quien habia entregado su corazon. Informada Jarifa del compromiso en que se hallaba su amante, resolvió seguirle al cautiverio, y participar á su lado de las adversidades de la fortuna y de los trabajos de su prision. Rodrigo satisfecho de la fidelidad de Abindarraez y sensible á sus padecimientos, determinó darle libertad, y declarándose protector de los dos amantes escribió al rey de Granada, para que interviniendo en el asunto, reconciliase á los padres de Jarifa con su hija y yerno y los desposase segun sus leyes y costumbres. Joseph los recibió con benovelencia y agasajo, y respetando la recomendacion del alcaide de Antequera, hizo celebrar el himeneo con notable pompa, y que los padres de la jóven Jarifa no solo aprobasen su voluntad, sino que asistiesen tambien al acto del desposorio.

CAPITULO XXIII.

Derrota de los infieles al pié de las murallas de Antequera.--Victoria del Chaparral ó batalla de los cuernos.--Muerte de Rodrigo de Narvaez.

Luego que don Juan II salió de su minoridad y empuñó

el cetro, la desaplicacion y abandono con que miraba los negocios del estado produjeron muchas alteraciones, que conmovieron la monarquía. Confiando el gobierno del reino á su valido don Alvaro de Luna, y empleado en escribir versos, mientras debiera manejar la espada y dictar leyes, se hizo el juguete de los ambiciosos, y de innumerables facciones, que despedazaban el seno de la patria. Entretanto los moros finalizadas las treguas, empezaron sus acostumbradas incursiones, y cundieron la alarma por toda la frontera cristiana. Murió Joseph el año de 1420 y le sucedió en el trono de Granada su hijo mayor Muley Duhamad VIII Nazar Aben Joseph el hajari (izquierdo) que habiendo desaprobado siempre las paces ajustadas con los conquistadores de Autequera, y mirando con la mayor repugnancia la posesion de los cristianos en esta plaza, para que no se solazasen en ella y recobrarla si era posible, destinó al capitán Alivero con un poderoso ejército á hostilizarla y combatirla. Rodrigo de Narvaez cuya vigilancia era incansable, luego que descubrió á los enemigos, preparó á sus guerreros para rechazarlos, y distribuyéndolos por la línea, previniéndoles que estuviesen ocultos hasta que se diese la orden de acometer, permitió á los infieles que se acercasen á las murallas. Apenas lo verificaron, cuando los defensores de la plaza, asomándose á los adarves á la voz de su caudillo, arrojaron sobre los sitiadores una espesa nube de dardos y saetas, y sacrificaron á los soldados mas famosos y denodados del ejército granadino. Confusos y aturdidos comenzaron á rehacerse y replegarse para evitar las sangrientas descargas de los Antequeranos, pero la muerte del arrogante Alivero les obligó á abandonar el bloqueo, y regresar á la capital á marchas aceleradas. Cayó aquel fiero capitán entre los primeros que sucumbieron al pie de nuestros soberbios muros, y cargando su gente con el cadáver, le transportó á Granada, donde el rey que esperaba los mas faustos acontecimientos, tuvo el pesar de verle sin vida, y á sus guerreros disminuidos y acobardados. Fué general el sentimiento de aquella poblacion por la pérdida de un caudillo tan famoso, y Muhamad arrebatado de ira, juró vengar su muerte, y lavar la afrenta de los suyos, en la sangre de los cristianos de toda la frontera.

Mandó pues que Helin Zulema con mil quinientos ginetes y cuatro mil infantes recorriese el campo enemigo. Salió el atrevido adalid sin perder tiempo de la capital, y cayendo como una furiosa tempestad sobre los campos de Ecija, Osuna y Estepa, llevó la desolacion y el esterminio por todas partes, cautivando todas las personas que encontraba en el tránsito, y haciendo una copiosa cabalgada con el ganado que robó á sus dueños desprevenidos y aterrados.

Antes de hollar el territorio de Antequera se escapó uno de los cautivos que gozaba la graduacion de capitán, y logró refugiarse en esta plaza. Informó á Rodrigo de Narvaez de la aproximacion de las fuerzas enemigas, y al mismo tiempo varios espías que habia repartido por la vega, acudiendo presurosamente á la villa, desde que descubrieron la avanzada de los infieles, le dieron la misma noticia. Ya le habia avisado el alcaide de Estepa de que los moros en número considerable se dejaban ver por el camino de Osuna, y en direccion al castillo que el tenia á su cargo, y con el objeto de socorrerle si era atacado, habia preparado Narvaez su gente; de modo que al recibir las nuevas posteriores no tuvo que detenerse en alistar á sus soldados, ni en discurrir el plan de batalla pues ya le habia concebido.

Ordenada la tropa partió inmediatamente para el chaparral; le acompañaban 150 caballos y 300 infantes. En el camino percibió un estrepitoso murmullo, fuertes gritos y voces que le obligaron á pararse con el objeto de distinguir aquellos lejanos acentos. Despues averiguó que habian sido lanzados por los cautivos, que al divisar los muros de Antequera, no ignorando lo que publicaba la fama acerca del valor é intrepidez de su alcaide, le pedian socorro, é invocaban su nombre para que los libertase de las manos de sus opresores. Habiendo llegado al chaparral, se emboscó entre los encinares y malezas de aquel terreno y mientras se aproximaban los moros, que caminaban muy despacio á causa del ganado que conducían, varios soldados suyos levantaron junto á la Peña de los enamorados una grande hoguera, donde arrojaron pieles, cueros, cuernos y otros pestíferos combustibles.

Casi todo el ganado que apresaron los moros en esta es-

pedicion se componia de reses vacunas, y le habian colocado en la vanguardia. Difundiose el humo y mal olor de los combustibles por la vega, y produjo tan buen efecto la estratagema, que ella sola bastó para obtener una victoria memorable.

Apenas sintieron los animales la peste insufrible que causaba el incendio de la Peña de los enamorados retrocediendo y desbándose con una furia impetuosa rompieron las filas de los infieles, y desordenaron toda su gente. Entónces Rodrigo de Narvaez que esperaba esta ocasion para salir de la emboscada, se precipitó sobre los enemigos, invocando á S. Felipe y Santiago cuya festividad celebraba la iglesia aquel dia, y aprovechándose de la confusion que reinaba entre ellos los derrotó completamente y les arrebató toda la presa, quedando fuera de esto muchos moros cautivos en su poder y salvándose los demas en la fuga.

Horrible fue la carniceria que hicieron los Antequeranos en los orgullosos Granadinos, que habian asolado y hecho temblar á toda la frontera. Ufanos y haciendo alarde de su ferocidad y de sus robos, atravesaban nuestra hermosa vega donde pensaban dar el último golpe; pero el heroismo y valor de Narvaez, y el denuedo de sus soldados les dieron una funesta leccion que no pudieron olvidar en mucho tiempo, y perdiendo el fruto de sus rapiñas, aprendieron á respetar el distrito privilegiado que defendian los valientes. Los innumerables cautivos que recobraron su libertad en esta gloriosa victoria, colmaron de elogios y alabanzas al héroe esclarecido, que con aquella ingeniosa estratagema habia derrocado el poder de los agarenos; el aire resonaba con gritos de entusiasmo, y repetidas bendiciones, y rodeándole no menos admirados que agradecidos, le condujeron en triunfo á la plaza.

Habiéndose averiguado poco despues por medio de las escrupulosas y activas diligencias que practicó Narvaez la pertenencia de cada una de las cabezas de ganado recobradas de los enemigos se restituyeron á sus dueños, y los Antequeranos se contentaron con el rico despojo que abandonaron los infieles en la fuga. Segun nos han informado, hállase pintada esta accion memorable en la sala de las batallas de el Escorial.

Para perpetuar la memoria de este venturoso suceso hizo voto el ayuntamiento de celebrar todos los años una funcion religiosa en accion de gracias el primero de Mayo en que se verificó, y desde 1424 hasta nuestros dias se ha cumplido y desempeñado con toda esactitud. Al principio se celebraba este aniversario en la iglesia de san Salvador, como parroquia principal, y matriz de las que habia en la villa; fundada despues la Colegial, se trasladó la festividad á santa Maria, y desde que aquella se mudó á san Sebastian es este templo donde se solemniza y recuerda la famosa victoria del chaparral. Asiste el ayuntamiento á la referida funcion, y el envejecido pendon bajo el cual combatieron nuestros guerreros, que es el mismo que entregó el infante al alferez mayor Chacon, tremola aquel dia al frente de este cuerpo distinguido, como tambien el 16 de Septiembre aniversario de la conquista. Este último celebróse tambien sucesivamente en las iglesias que hemos mencionado, hasta que se fundó el monasterio de santa Eufemia, donde se efectúa en la actualidad, y la casulla que le sirve al celebrante solo este dia en el año, se compuso del sirgo de la bandera que perdieron los moros en el asalto de Antequera, y la conserva cuidadosamente el cabildo eclesiástico.

El sitio donde fueron derrotados los enemigos se distingue desde aquella época con el nombre de Torre de la Matanza, y aun en nuestros tiempos se han encontrado en él espuelas, estribos, armas rotas, y otras reliquias y documentos fehacientes. El vulgo suele llamar á la accion del chaparral *batalla de los cuernos*, aludiendo á los combustibles de la estratagema, con que se obtuvo la victoria y Juan Galindo soldado de caballeria, que concurrió á ella, y participó de los peligros y de las glorias, la describió en versos de arte mayor propios de aquellos tiempos. A continuacion extractamos algunas octavas que bastan para contentar la curiosidad y para el objeto que nos hemos propuesto, omitiendo las restantes por no fastidiar á nuestros lectores.

1.^a

Catorce años ha que aquí estamos
sirviendo á Dios y al rey don Juan

sufriendo laceria y muy grande afan
empero al fin grande honra ganamos,
de los enemigos que siempre llevamos
gran mejoría fasta el presente
del meridiente hasta el occidente
suena la fama que todos ganamos.

19.

Cayó muerto en tierra el buen Alivero
en esta manera que habedes oido
por toda Granada sonó gran ruido
de sus parientes haciendo gran duelo
y los de Antequera sin ningun rezelo
vinieron en paz con su cabalgada
de bacas que fué bien contada
habia un millar que no yerro un pelo.

21.

Despues que enterraron al moro famoso
veredes los moros que van á pensar,
amigos, parientes se van á juntar
á facer cabildo sobre el generoso
al rey de Granada que es poderoso
se van á quejar haciendo gran duelo
de los de Antequera que son de tal suelo
que les dan muy mal rato y muy doloroso.

22.

El rey de Granada con muy gran pesar
de sus caballeros muy buena cuadrilla
y muchos peones á gran maravilla
gran muchedumbre mandára juntar,
con buen capitan que no tiene par
Helin Zulema famoso y honrado
y desde Granada muy denodado
se va hácia Osuna á correr y robar.

25.

Con un pendon blanco de sirgo famoso
que es de la villa con su guarnicion
con una figura de un bravo leon,
sagrado y bendito y muy honoroso,
Señor Santiago y la Virgen Maria.

Señor San Felipe con ellos traia
maguer esto digo no soy mentiroso.

26.

Salen al campo sin mas tardar
asi caballeros como peones
á gran prisa vienen y no de gabar.

Ambrosio Fernandez diciendo razones
alcaide y señor vuelvan los peones
que hoy no es dia para pelear,
los moros son muchos que quieren quitar
las flores del campo con muchos millones.

27.

Fabló el alcaide con buen gasajado,
ó caballeros eso no digades
que no son los moros cuantos vos pensades
que mucho confio en el muy loado
Señor Jesucristo que crucificado
quiso morir por nos en la cruz
que hoy mira desde tanto capúz
que con nuestros lamentos será honrado.

28.

Por el real viejo que puso el infante
cuando Antequera estaba cercada
lleva su gente muy bien ordenada
y ambas las señas iban delante
y cerca del cortijo de este cabalgante
ordena su gente toda en batalla
la gente allí espera por desbaratalla
de los agarenos que viene pujante.

29.

Otros algunos toman penitencia
de sus pecados con lloros y gemidos
perdonan injurias los muy mal queridos
temiendo la muerte obscura sentencia,
estando esperando la mas gran potencia
del alto señor por siempre loado
y ven los polvos del pueblo dañado
con grandes nublos ante su presencia.

Estando así aquestos cristianos algunos que hacen concejo diciendo que era malo el consejo de ir á pelear con los mahometanos, pues que para uno de los cristianos habia treinta moros sin otro dudar que los enemigos los toman á manos con gana que tienen de escaramuzar.

31 y última.

Fabla Rodrigo el alcaide leal, señores y amigos miedo no hallades que aunque sean muchos sin duda seades que no han el esfuerzo para pelear, do quier que sentaren iremos á dar á cualquiera hora en su albergada y como la gente viene cansada muy bien los podremos desbaratar.

Poco despues de esta famosa victoria murió el ilustre doncel que con su valor y triunfos repetidos habia hecho á Antequera una de las plazas mas fuertes y respetables. Dejó de existir Rodrigo de Narvaez el 20 de noviembre de 1424, y le depositaron en su capilla de San Salvador. Su cuerpo embalsamado se colocó despues en un cajon de madera ricamente labrado y dorado, y le sostenian seis leones de lo mismo que le levantaban del suelo casi dos varas.

Este grande hombre fué el terror de los infieles y una de las mas poderosas columnas de la monarquia; nunca esgrimió en vano su tizona, y su brillo hizo temblar mas de una vez al poder de Mahoma. Habiase esparcido por todo el reino la fama de sus hazañas y en la frontera era Rodrigo de Narvaez el gefe de las operaciones cuando se trataba de repeler á los enemigos, y el nombre ilustre que se invocaba comunmente en los mayores apuros, porque ninguno inspiraba mayor confianza.

No es posible pintar el sentimiento y tristeza de la poblacion por la pérdida de su valiente alcaide. Parecian los vecinos una familia de duelo; cubriéronse de luto los caballeros y no hubo alma tan insensible que se negase á las comunes de-

mostraciones de dolor y pesar. Su esposa doña Beatriz de Monsalve y sus dos hijos Pedro y Fernando sumergidos en el mayor desconsuelo provocaban las lágrimas de los espectadores con sus tiernos ayes y lamentos; mostraban á los ciudadanos enternecidos los trofeos de aquellas memorables victorias que han inmortalizado su nombre, y ellos entretanto tributaban á sus virtudes el homenaje del llanto, y todos lamentaban la muerte infausta del héroe. »¿Quién fue visto dice Hernando del Pulgar en sus claros varones, quién fué visto ser mas industrioso, ni mas acepto á los actos de la guerra que Rodrigo de Narvaez, caballero hijodalgo á quien por notables hazañas que hizo contra los moros, le fué cometida la ciudad de Antequera? En defensa de la cual y en los vencimientos que hizo en los moros ganó tanta honra y estima de buen caballero que ninguno en sus tiempos la hubo mayor en aquellas fronteras.» Elogio tributado por una pluma imparcial que será en todos tiempos un testimonio irrecusable de la justa celebridad de Rodrigo de Narvaez.

CAPITULO XXIV.

Pedro de Narvaez segundo alcaide de Antequera.--Conquista y destruccion de las Cuevas --Derrota y muerte de Pedro Narvaez.-- Alcaide tercero de Antequera Fernando de Narvaez.--Victoria de Vadomaese.--Espedicion á los campos de Archidona y Loja.--Desastre en la peña de los enamorados.

Sucedió á Rodrigo en el destino como en el valor su hijo primogénito Pedro de Narvaez, heredero del valor y escelentes virtudes de su padre, como de los títulos adquiridos con su sangre, y á costa de peligros en el campo del honor. Servia de algun consuelo en la muerte del héroe el mérito acreditado del sucesor; y el segundo alcaide de Antequera correspondiendo á las esperanzas de la poblacion, desempeñó con dignidad su es-

pinoso empleo, y llenó el vacío del ilustre guerrero difunto.

Era Pedro de Narvaez un joven impetuoso, cuyo ardor le precipitaba á las empresas mas difíciles y temerarias. Aborreceda el ocio, y su actividad incansable no le permitia gozar un momento de sosiego. Su pasión dominante era el amor á la gloria, y aspiraba á inmortalizar su nombre por medio de las proezas mas extraordinarias. Apenas tomó posesion de la alcaidía, dispuso una expedición contra las Cuevas de Belba situadas á la ribera del Genil, que en aquel tiempo eran unos castillos bien fortificados con mas de doscientas casas al rededor. Acercóse con su gente á Cuevas bajas, y los moros careciendo de ánimo y valor para esperar á los Antequeranos, evitaron la lucha, abandonando el alcázar, y retirándose precipitadamente á Cuevas altas. Narvaez se apoderó del fuerte, y no teniendo soldados suficientes para guarnecerle y conservarle, le demolió é incendió ademas los edificios que componian aquella pequeña población. Ya hacia tiempo que el rey ocupado en las guerras de Aragon no enviaba socorro ni refuerzo alguno á la plaza de Antequera; por lo que tomó el partido de destruir y abrazar el castillo y casas de Cuevas bajas por no desmembrar la escasa fuerza con que contaba para la defensa de la villa confiada á su lealtad.

En seguida pasó á Cuevas altas, donde reforzados los infieles se preparaban á resistirle; pero la impetuosidad de Narvaez y la bravura de sus soldados les impidieron realizar su pensamiento, pues, antes de que pudiesen hacer uso de las armas, vieron rodeados y amenazados de muerte por sus enemigos. Rindieron el castillo y se entregaron prisioneros á los nuestros que los condujeron á la plaza, despues de haber inutilizado el fuerte y diruido los hogares de los Mahometanos, y el valiente alcaide obtenidas estas victorias, dió cuenta al rey de un suceso tan venturoso pidiéndole aquellos lugares y sus términos para propios de Antequera. Don Juan II se los concedió y desde entonces fueron agregadas las dos Cuevas á la alcaidía de esta plaza. Acompañáronle en la referida expedición ciento cincuenta ginetes y doscientos infantes y con este puñado de valientes logró intimidar á los infieles, y arrojarlos de sus fortificaciones.

Cada dia se complicaban mas las disensiones de Castilla, y

los infantes de Aragon indignados contra el rey su primo por su indolencia y los excesos de don Alvaro de Luna empuñaron las armas y promovieron la guerra. Don Juan II prisionero segun el Duchesne, sucesivamente de la faccion que dominaba, lejos de procurar restablecer el órden, y extinguir la tea de la discordia que ardia por todas partes, continuaba en la misma apatia y estraño sopor en que ya le hemos representado otra vez. Entretanto abandonada la frontera cristiana, y destituida de todo socorro, si habian de conservarse sus plazas, habia de ser á fuerza de riesgos, trabajos y heroicidades. Antequera aislada y abandonada á sus propias fuerzas tenia que buscar diariamente el sustento con las armas.

Pedro de Narvaez unas veces con solo los Antequeranos, y otras uniéndose á los demas alcaides que se hallaban en su misma situacion, salia con mucha frecuencia á recorrer las tierras de los enemigos, y á proveerse de granos y comestibles para el socorro de la plaza. Siguióle la fortuna constantemente en trece años que fué alcaide, libertándole de los peligros mas notorios, y haciéndole triunfar de todos los obstáculos. Regresaban por lo comun á la villa con buenas cabalgadas, y abundantes rebaños que enriquecian la poblacion, y desterraban de ella la escasez y la indigencia; pero el año de 1437 esperiméntó un revés impensado, que le privó de la vida, y á la plaza de su mayor consuelo.

Acompañado un dia de doscientos caballos y otros tantos infantes se internó en los campos de Málaga, y se apoderó de una rica piara de ganado. Contento y ufano con la presa volvia á Antequera, cuando al tocar la fuente de Guadalmedina entre Riogordo y Antequera divisó un cuerpo numeroso de enemigos que se dirigian hácia la última. Eran sus caudillos Andilva y Jariphe, que concertados con un esclavo de Antequera, caminaban presurosamente á ocupar esta plaza, segun el plan que combinaron con el infame. Habiales este prometido introducirlos en la villa, y hacerlos dueños de las llaves, y ellos en recompensa ofrecieron premiar su traicion con dinero y distinciones. Mas al descubrir al alcaide Narvaez en aquel terreno, sospecharon que tal vez se habia malogrado la empresa, y frustrado todo el proyecto. Imagináronse que el valiente Pedro, averiguada la intriga y combinacion habia salido á re-

cibirlos, y que acaso tendria mas gente de la que le rodeaba emboscada por aquel terreno, y con esta presuncion empezaron á titubear sobre el partido que debian seguir. Aconsejábales la prudencia retroceder sin trabar el combate, y evitar la lucha con unos guerreros tan famosos y acreditados; ya iban á poner en ejecucion la retirada, cuando descubrieron á lo lejos varios grupos de soldados cristianos que esparcidos y diseminados por todo el contorno, se ocupaban en despojar los pueblos y alquerias y en conducir el ganado.

No dudaron desde este momento que Narvaez habia hecho con los suyos una incursion en los campos de Málaga, y que en vez de inspirar rezelos y de imponerles respeto, debian acometerle sin vacilar, pues la ocasion no podia presentarse mas favorable. Rodeaban al animoso alcaide muy pocos de sus soldados, y los caballeros mas denodados al considerar el número de las fuerzas enemigas que ascendian á ochocientos caballos y mil peones, le aconsejaron que era prudencia retirarse con honor, y no esponerse á una derrota inevitable. Pero Narvaez incapaz de arredrarse y de volver la espalda á los infieles les reprendió su cobardia, y los ecsortó á defenderse. Andilva y Jariphe tomando la vuelta de un cerro cayeron sobre él con la impetuosidad del rayo, pero Narvaez, despreciando las instancias que repitieron sus compañeros para que se salvase del peligro, embrazó su escudo y con espada en mano se arrojó en medio de los sarracenos. Estimulados los caballeros con el ejemplo de su caudillo corrieron á su lado haciendo prodigios de valor, y tendieron en el campo á innumerables enemigos, pero oprimidos con el número aumentaron el número de los muertos y los infieles cantaron la victoria. El cadáver de Pedro de Narvaez confundido entre los demas fué entresacado por los infieles que le cortaron la cabeza y el brazo derecho, dejando el resto del cuerpo atravesado de mil heridas. Contentos con este horrible trofeo abandonaron el sitio y los Antequeranos despues de la primera turbacion causada por las funestas noticias de los fugitivos, partieron al lugar del combate para traer á la villa los cadáveres de los caballeros inmolados. La marcha parecia un triunfo, pero funeral. Por todo el tránsito no cesó la relacion de sus heróicas hazañas y gloriosas victorias; el pueblo que cubria el camino para recibirle tributó á su memoria

unas lágrimas sinceras, que fueron el mas ilustre testimonio de sus virtudes, y la mayor alabanza de sus méritos. Colocan algunos su desgraciada muerte el año tercero de su alcaidia, siguiendo al comendador griego Fernan Muñoz de Guzman sobre Juan de Mena fol. 168, pero habiéndose hallado el de 1430 con don Fernando Narvaez de Toledo señor de Valde-corneja en una incursion sobre el distrito de Ronda como consta de la crónica de don Juan II cap. 189, no podemos admitir esta opinion. Por otra parte hasta el año de 1437 no espidió el rey su cédula de alcalde mayor de Córdoba en favor del hermano del difunto, y no es creible que este empleo estuviese vacante tanto tiempo; espresando ademas en ella el monarca que le conferia aquel destino que habia vacado por la muerte de Pedro de Narvaez.

Juan de Mena en sus trescientos describe el trágico desastre de esta jornada y la muerte de este ilustre caballero en las dos octavas siguientes:

196.

El otro mancebo de sangre ferviente
que muestra su cuerpo sin sangre ninguna
par en el ánimo, no en la fortuna
con las virtudes del padre valiente;
Narvaez aquel es el cual agramente
muriendo deprende á vengar la muerte,
el cual infortunio de no buena suerte
saltea con manos de muy buena gente.

197.

Sin lo que fizo su padre Rodrigo
bien lo podemos hacer semejante
Evandro á su padre y su hijo al palante
el cual al comienso fué sin enemigo;
mas es otorgada sin esto que digo
á él la corona del cielo y la tierra
que ganan las tales en la santa guerra
do fin semejante les es mas amigo.

Sucedió al infortunado Pedro de Narvaez su hermano Fernando, semejante á su padre y á su antecesor en las prendas sobresalientes que los distinguieron. Su valor, su intrepidez, su arrojo, su constancia y denuedo renovaron las glo-

rias y multiplicaron los laureles de los Antequeranos. Luego que tomó posesion del mando, como ni la situacion apurada de la plaza, ni el ardor de su espíritu le permitian mantenerse á la defensiva, sin hostilizar á los enemigos, dispuso una salida en combinacion con el comendador Juan Fernandez de la Puebla alcaide de Estepa. Componíase su caballeria de cien soldados, y la infanteria de ciento cincuenta; todos se hallaban animados de los mas bravos sentimientos y anhelaban por vengar la sangre de su caudillo y de los ilustres caballeros que sucumbieron en el Guadalmedina.

Reunidas las fuerzas expedicionarias siguieron la corriente del Guadalhorce hasta el vado del Maestre, donde divisó la avanzada un cuerpo respetable de enemigos que venian de Ronda. Constaba esta fuerza de treientos caballos y cuatrocientos infantes, superior á la de los cristianos que no escedia de doscientos de la primera arma y trescientos de la segunda. Celebróse sobre el campo un precipitado consejo de capitanes para acordar lo que se debia hacer en aquel compromiso. Fueron muchos de dictámen que se escusara el combate, fundados en que siendo desiguales las fuerzas, debia temerse otra derrota como la reciente, y en este caso era inevitable la pérdida de la plaza, pues quedaba destituida de defensores. Lo mismo sentian algunos capitanes de Estepa, pero la mayor parte de ellos acaudillados por sus alcaides sostuvieron que se debia acometer á los moros. Decian »que »era mas seguro irse á los enemigos que volver las espaldas; »que huyendo serian con facilidad vencidos, pues la huida »denota temor, con que se entorpecen las manos y acobarda »el corazon, y mejor remedio era poner la defensa de la vida »en los brazos y armas, que en la huida cobarde de los »pies.»

Prevaleció este dictámen y se dió orden que veinte y cuatro ginetes se adelantasen hácia los moros, y trabasen la escaramuza. Los enemigos provocados se lanzaron sobre la vanguardia que retrocediendo en buen orden, trajo á sus rivales al sitio donde esperaban emboscados nuestros guerreiros. Entonces se precipitaron todos á un tiempo sobre ellos y desvaratándolos al primer impulso, los cargaron denodadamente, arrollándolos sin cesar, hasta que se pusieron en ver-

gonzosa fuga. Siguieron el alcance los cristianos haciendo en los infieles una espantosa carnicería; cogieron un rico botín que se distribuyó entre todos, y reunida la gente que perseguía á los dispersos, regresaron á sus respectivas plazas los alcaides. Algunos cobardes que desertaron antes de trabarse la lucha, y se habian refugiado á Antequera, alarmaron á la poblacion con los mas tristes presagios, y aseguraron que no era posible escapasen con vidas sus compañeros segun el excesivo número de los enemigos. Pero fué duplicado el placer cuando entró en la villa el valiente Fernando de Narvaez con los honores del triunfo, y cargado con los despojos de los sarracenos; trocose el sentimiento general en regocijos públicos, y por toda la villa no resonaba sino los elogios de los ilustres vencedores.

Alentado con el feliz suceso de esta jornada ordenó Fernando de Narvaez una expedicion á los campos de Loja y Archidona. Con cien caballos y casi el mismo número de peones se internó en el pais de los enemigos que aterrados y sorprendidos huian delante de él sin osar esperarle. Aproximóse á las puertas de Loja, y le hizo temblar á sus habitantes, y apresando todo el ganado que pastaba en la sierra, emprendió la vuelta hácia Antequera. En las cercanias de Archidona tuvo la misma suerte; creció considerablemente la cabalgada, que era preciso conducir despacio, y sin molestar á los vecinos de la última villa, llegaron á la Peña de los Enamorados

Los moros les habian seguido la pista desde Archidona picando la retaguardia, y no pudiendo ver sin grande pesar, y repugnancia toda su riqueza pecuaria en poder de los Antequeranos, ya habian combinado un plan para derrotarlos en su marcha lenta y mesurada. Juntáronse los de Loja y Archidona para acometerlos de consuno, y arrebatárles la presa; se anticiparon á sus enemigos, y se emboscaron en la Peña de los Enamorados, escogiendo aquel terreno para teatro de la sangrienta lid que meditaban.

Los cristianos, que al llegar á la Peña se vieron libres de enemigos, se desmontaron de sus caballos, y determinaron tomar algun reposo al pie de aquel enorme peñasco. Soltaron sus armas, desahogaron la cota, quitáronse el casco, y con

la mayor seguridad descansaban indefensos, cuando arrojándose de tropel los moros sobre ellos, los inmolaron impunemente, é inundaron de sangre aquel terreno.

Los mas de nuestros soldados entregados al sueño habian cerrado los ojos para no abrirlos jamas. Los restantes apenas atinaban con la sorpresa á empuñar sus armas para defenderse. Fernando de Narvaez montando inmediatamente en su caballo, y con espada en mano, arrolló las falanges enemigas y se abrió paso por medio de ellas; y viendo que era inútil y temeraria é imprudente la defensa, partió á la villa con los caballeros que escaparon del desastre.

CAPITULO XXV.

Peña de los Enamorados.--Armanse las mugeres de Antequera.--Disensiones en la villa --Pleito homenaje de los caballeros Antequeranos.--Titulo de ciudad concedido á Antequera.--Confirmacion de los privilegios de Antequera.--La nobleza de Castilla confirma los privilegios precedentes.

Esta famosa piedra cuya celebridad se estiende por toda España se levanta en medio de la vega camino de Archidona, como para dividir la de esta última de la de Antequera, su longitud es de dos estadios ó quinientos pasos y su latitud apenas escederá de medio estadio. Aunque á la vista parece que acaba en figura piramidal, su cumbre es plana y espaciosa y á su falda corre el fecundo Guadalhorce.

El titulo de este peñasco es el recuerdo de un suceso histórico que se refiere de muchos modos. El P. Mariana lib. 19, cap. 22, dice que hallandose cautivo en Granada un jóven cristiano, se enamoró de él la hija de su señor, y no dudó revelarle el fuego secreto que abrazaba su pecho. El jóven le correspondió fino y amante, y concertaron entre los dos el fugarse de aquella capital, y refugiarse á algunas de las plazas castellananas de la frontera. Una noche, favorecidos de la obscuridad, pusieron en ejecucion sus intentos, y se

alejaron de la vega de Granada. Sin cesar de caminar llegaron los fugitivos á la Peña de los Enamorados, donde fué preciso descansar algun tiempo de las fatigas de un viage tan penoso y dilatado. Pero mientras lo verificaban el padre de la mora que volaba en pos de ellos, se descubrió á corta distancia, acompañado de algunos ginetes. Los desdichados amantes viéndose perdidos se abalanzaron á la cumbre de la Peña, pero su perseguidor los amenazaba con zaña y fiereza, mientras subian, y les anunciaba una muerte horrorosa é inevitable sino se postraban inmediatamente á sus pies. Mostráronse rebeldes los enamorados y el jóven cristiano con piedras y palos defendia la subida del peñasco y arredraba á sus perseguidores, pero el padre incesorable mandó á varios flecheros de las cercanias que les enderezasen sus dardos mortíferos, y los privasen de la vida en la eminencia. Los infortunados amantes en tan apurada situacion se estrecharon fuertemente y se precipitaron por la Peña á vista del iracundo viejo que permaneció insensible, y queria deleitar su venganza aun mas allá del sepulcro, y este trágico acontecimiento dió á nuestra célebre colina el nombre de *Peña de los Enamorados*. Sigue esta narracion don Rodrigo de Carbajal en su poema, y añade que la mora se llamaba Ardama, su padre Abenabo y el jóven cautivo Tello de Aguilar caballero hijodalgo de Ecija, cuyo apellido se conserva todavia en Mollina dos leguas de Antequera segun hemos leído en una memoria.

El periódico literario la Alhambra en el tomo primero números 5, 6, 7 y 8 adorna y amplifica esta narracion sin separarse en el fondo del Mariana; denomina al cristiano don Gomez de Hinestrosa, haciéndole señor de un pingüe estado en los aledaños de Aragon y mozo muy gallardo que apenas rayaba en los 20 años de su edad, á la mora Zaide bella dama de Granada é hija del alcaide Aben Amir; y concluye de este modo.

Los amantes conocen entonces que la resistencia es inúti y temeraria, mas temiendo sufrir en manos de sus perseguidores una muerte llena de tormentos, se abrazan fuertemente entre si y se arrojan del Peñon abajo por aquella parte en que los estaba mirando y llenando de denuestos el

cruel y sañudo padre. De esta manera antes de llegar al pie de aquella empinada colina fallecen los desventurados amantes con lástima de cuantos presenciaban tan horroroso espectáculo. Al rumor del suceso acuden las gentes de los pueblos comarcanos y sepultan los cadáveres de los dos desgraciados fugitivos a pesar de la oposicion del fiero padre juntos y en el mismo sitio donde perecieron.

Pero no obstante la autoridad respetable en que estriba este relato, nos adherimos á otra historia menos divulgada y que tiene su apoyo en la tradicion. La espondremos con sencillez, sin apartarnos un punto de la verdad y no haremos mas que extractarla, del manuscrito donde la hemos encontrado, que es la citada recopilacion de don Manuel Solana, acomodándola á nuestro language.

Vivia en Archidona un moro muy poderoso llamado Brehen; la nobleza de su sangre igualaba á la opulencia de sus vastas posesiones. Tragona su hija única, era en aquel tiempo el objeto de todas las alabanzas por su hermosura y demas prendas personales, y los jóvenes mas ilustres y gallardos solicitaban su mano con emulacion. Pero Hamet Alhayaz de la servidumbre del rey de Granada mereció ser preferido á todos sus competidores. Informado de la belleza de Tragona la escribió una carta amorosa en que solicitaba su consentimiento para tratar del himeneo, y la mora aficionada no vaciló en dar favorable acogida á sus pretensiones. Por espacio de siete meses mantuvieron correspondencia epistolar, sin haberse visto ni un instante; pero al cabo de este tiempo Almanzor, alcáide de Alhama, y no menos opulento que Brehen, aunque agoviado bajo el peso de los años, pidió á este codicioso padre la mano de su hija. Brehen sin atender á la senectud de Almanzor y considerando solamente sus tesoros le admitió por yerno y trató de violentar la voluntad de su hija, que repugnó desde luego un enlace tan desatinado. Tragona tomando la pluma sin perder tiempo notició todo lo que ocurria á Alhayax, encargándole que en el dia y hora que le designaba habia de estar en Archidona, donde la encontraria en medio de algunas damas en la fuente de Antequera á la bajada de la villa, y deberia conocerla por una banda roja que ceñiria su cintura. Añadia que desde este

momento dispusiese de su persona á su arbitrio, trasladándola á donde gustase pues ella estaba resuelta á seguirle á todas partes, y solo de este modo podia frustrar el intento de su padre y las pretensiones de Almanzor.

Luego que Alhayax recibió esta carta, montó en una yegua de su amo, y partió hacia los montes de Archidona, donde permaneció oculto hasta la hora señalada. Acercóse á su tiempo á la fuente y reconociendo á Tragona entre sus damas por la bandaraja de la cintura, fingió querer dar agua á la yegua, mas en el acto de aproximarse á la fuente, hirió con los acicates al fiero animal, que saltando en el agua salpicó á las moras y las obligó á desviarse del sitio. Entretanto Tragona se mantuvo inmóvil y subiéndola su amante en la yegua, se fugaron hácia Antequera.

Gritaron entonces las damas, figurándose que Tragona iba hurtada y contra su voluntad; se impone el padre del suceso monta en un ligero caballo, invita en el tránsito á todos sus amigos y conocidos á que le sigan, vuela en persecución de los amantes, atormentado de rezelos y temores por un billete de Hamet que encontró en el cuarto de su hija, y tanto acelera su marcha, que al acercarse á la peña de los Enamorados, le separaba muy corta distancia de los fugitivos. Alhayax y Tragona acosados por Brehen treparon el Peñon y se acojieron á la eminencia para evitar las iras del zañudo y enojado perseguidor, y divisándolos un moro que se habia adelantado, volvió hácia Brehen y le dió la noticia. Preguntándole este con zozobra si la llevaba el moro por fuerza ó de la mano, á lo cual contestó que Tragona caminaba un buen trecho detrás de su amante y que este era el valiente Alhayax criado del rey. Brehen despues de un rato de suspension y silencio, exclamó esto es hecho; si ella va detrás es señal de que no sufre coaccion alguna, y que le sigue por su voluntad; abandonemoslos pues á su voluntad y á su capricho, Tragona no es ya mi hija; y al pronunciar estas últimas palabras, volvió las riendas á su caballo y regresó con los demas á Archidona.

Libres los amantes de la persecucion descendieron de la peña, atravesaron el rio, y tomando Alhayax la yegua que dejó al pie de la cuesta, se acercó con su amada á un rancho de

baqueros que distaba pocos pasos del Peñon. Conoció á Tragona uno de ellos, y sospechando que el moro la llevaba robada, dió cuenta á los demas, y entre todos resolvieron asesinar á Hamet. La mora cansada y sedienta les pidió un jarro de agua, que le trajo un baquero sin dilacion, y habiendo bebido ella, quiso hacer lo mismo Alhayax. Pero mientras lo ejecutaba le descargó el rústico una fuerte cuchillada sobre la cabeza que le tendió en el suelo. Levántase al punto el desdichado amante aunque bastante desatinado con el golpe, empuña su alfange, acomete al barbaro agresor y á sus compañeros que corrieron á socorrerle, hiere á seis de los nueve que tiene delante y cae al fin sin vida y bañado en su sangre á los pies de los baqueros que con palos y piedras le asesinaron.

Tragona viendo á su querido Alhayax sin alientos, toma un cuchillo que cayó al suelo durante la refriega atraviesa su delicado pecho y se arroja sobre el cadáver ensangrentado de su amante, espirando al momento. Instruido el padre de este fatal acontecimiento cuida de darles sepultura en aquel mismo lugar, y sobre el sepulcro mandó colocar una loza con esta palabras: *conditur unio, conditur unios*, aludiendo la repeticion al estrecho amor de aquellos desgraciados y á una piedra preciosa de esquisito valor, y de notable magnitud que pendia del cuello de Tragona, y con la cual fué sepultada. Como esta historia tradicional ha pasado de generacion en generacion hasta nosotros, se han hecho en todos tiempos escavaciones alrededor de la peña con el objeto de encontrar la perla da epitafio, y aunque se han descubierto varios sepulcros, la codicia no ha satisfecho sus deseos. No obstante en nuestros dias corrió la noticia de haberla hallado una vecina de Archidona, y aunque carecemos de fundamentos para garantirla, aseguramos con franqueza que no estamos esentos de una vehemente sospecha causada por la circunstanciada relacion que hemos oido.

Justo es que volvamos ya á nuestra historia interrumpida para investigar el origen del nombre de la Peña de los Enamorados. Fernando de Narvaez acompañado de Alonso Gonzalez Estote, Alonso Parejo, Gonzalo de Orbaneja, Alonso Solana y Gonzalo de Reina consiguió salvarse de la derrota y penetrar

en la plaza. Perecieron en el desastre de la Peña de los Enamorados casi todos los guerreros Antequeranos, y entre los caballeros mas ilustre fué preciso lamentar la muerte de Francisco Parejo. Los moros orgullosos y arrogantes con esta victoria persiguieron á los fugitivos, y llegaron en su alcance hasta nuestras murallas. Narvaez á cuya viva penetracion nada se escapaba, habia previsto este nuevo peligro, y adoptado medidas perentorias para desembarazarse y deslumbrar á los infieles. Conoció desde luego que persuadidos los enemigos á que ya no tendria Antequera defensores, y que no podrian resistir al asalto; se aprovecharian de la ocasion para cercarla y harian sus esfuerzos para apoderarse de ella. Confirmaba su rezelo viendo que formadas y ordenadas sus huestes avanzaban en su persecucion hácia la villa; por lo que apenas entró en ella, dispuso que todas las mugeres se disfrazasen y armadas acudiesen sin dilacion á las murallas para imponer á los moros. Obedeció inmediatamente el bello secso, y en un momento viéronse coronados los adarves de una multitud de guerreros que no pudieron menos de sorprender y desalentar á los enemigos. Sin embargo bloquearon la villa tres dias consecutivos y al cabo de ellos, descubriendo á unos cuantos soldados cristianos que venian de Estepa, sospecharon que seria algun socorro enviado á la plaza y abandonaron el sitio. Pero los soldados referidos no eran mas que ocho hombres de á caballo, que conducian á una muger llamada Maria Portillo, y asi podemos decir que las Antequeranas defendieron esta vez la plaza y que otra muger la libertó de sus sitiadores.

Con el lamentable destrozo de la Peña de los Enamorados y la escasez de gente y de dinero que experimentaba la villa habia diariamente disensiones y alborotos entre sus habitantes. No faltaban gritos subversivos y sintomas de sedicion contra la autoridad, y el resultado de todos los tumultos era un amago y á veces una resolucion formal de desamparar la plaza. Acudian los caballeros á calmar los ánimos y templar las pasiones con enérgicos y nobles discursos, y recordándoles los sacrificios que debian á la religion y á la patria, lo graban serenar las tempestades y conmociones.

Para remediar de un golpe todos estos males y por el afecto que tenian á Fernando de Narvaez, hicieron los ca-

balleros Antequeranos el pleito homenaje siguiente:

En la villa de Antequera miércoles 22 dias del mes de marzo año del nacimiento de nuestro Salvador Cristo de 1441, en este dia podia á ser á hora de puesto el sol, estando en la posada del honrado caballero Fernando de Narvaez alcalde mayor de esta villa por N. Sr. el Rey, que es en esta dicha villa en el arcázal de ella en la colacion de San Salvador, cerca de la torre del homenaje, el dicho Fernando de Narvaez y Pedro de Monsalve alcaide y alcalde mayor de la dicha villa por dicho Fernando de Narvaez, y Gonzalo Chacon alguacil mayor de la dicha villa por el dicho Sr. Rey y Ruy Diaz de Rojas regidor de esta villa por dicho Sr. Rey en presencia de mi Alonso de Lupion escribano y notario de N. Sr. el Rey y su escribano público de la dicha villa de Antequera, y escribano del concejo de ella, que fui en venido y llamado, especialmente requerido y rogado á pedimento del dicho Fernando de Narvaez para le dar fé y testimonio de lo que viere y oyere y ante mi pasare; y luego los dichos Pedro de Monsalve y Gonzalo y Ruy Diaz de Rojas razonaron y dijeron por palabra, por cuantos que antes de agora algunas personas de los vecinos y moradores, de esta villa, habiendo diversas opiniones y disensiones los unos contra los otros y los otros contra los otros, habian movido ciertos escandalos y ruidos de los cuales á el dicho Sr. Rey viene de perjuicio, y á esta villa mucho daño y peligro por causa de los dichos ruidos y escándalos y que ellos y cada uno de ellos codiciando el servicio del Sr. Rey y á el pro y bien y guarda y poblamiento de esta su villa.—Que juraban y juraron prometian y prometieron por el nombre de Dios, por Santa Maria y por los Santos Evangelios y por la señal de la Cruz en que cada uno de ellos corporalmente puso las manos derechas, segun forma de derecho y que hacian y hicieron pleito homenaje asi como hidalgos y caballeros de siempre ser en servicio del Sr. Rey y guarda y defensa de esta su villa y del dicho Fernando de Narvaez su alcaide y de no acoger en ella otra persona alguna, salvo á el dicho Sr. Rey, y al Sr. principe don Enrique su hijo y al dicho Fernando de Narvaez su alcaide; y que si alguna persona de cualquiera de ellos, ó de sus parientes, ó amigos, á escuderos, ó criados,

ó paniaguados, ó de losvecinos de esta villa, algun ruido, ó escándalo, ó razon, ó ruego que no debian mover y dijeron de los castigar por justicias ó por la manera que entendieren que cumple al servicio del Sr. Rey y á la guardia y pro y bien de de esta villa, y de no los defender, ni algunos de ellos por manera del servicio del Sr. Rey sea guardado y esta su villa por su merced, y los que erraren y sobresalieren sean castigados sopena de perjuro y caer en caso de menos valer y de malos hidalgos; y so cargo del dicho juramento juraron y prometieron de no pedir absolucion, restitucion de este juramento hasta cumplir lo susodicho, lo cual dijeron que daban y dieron y otorgaron libre y llenero y cumplido poder á cualquiera prelado ó juez de madre iglesia que por toda censura eclesiástica y so pena de escomunión mayor, les apremie á lo tener y cumplir, para lo cual obligaron asi sus bienes y para mas firmeza firmaron aqui sus nombres y pidieron á mi escribano que lo diese por testimonio á el dicho Fernando de Narvaez alcaide, y á su pedimento dele en de este segun que ante mi pasó, que fué fecho y pasó en la dicha villa de Antequera en el dicho dia del mes de marzo del dicho año del nacimiento de Ntro. Sr. Jesucristo de 1441 años; lo cual juraron y prometieron en la manera que dicho es, para el tanto que el dicho Fernando de Narvaez en esta villa estuviere y no para mas; Ruy Diaz de Rojas.—Gonzalo Chacon.—Pedro Monsalve: Era en este presente año de 1441 Pedro de Monsalve teniente de alcaide y alcalde mayor por el dicho Fernando de Narvaez á cuya causa entró y firmó el dicho pleito homenaje.

En este mismo año concedió el Rey á Antequera el titulo de ciudad, espidiendo para ello el privilegio ó cédula que copiamos á continuacion.

Yo el Rey

Para hacer bien y merced á vos el concejo, alcaide, alcaldes, alguaciles, regidores, caballeros, escuderos, jurados, é homes-buenos de la mi villa de Antequera por los buenos y leales servicios que me habeis fecho é facedes cada dia; es mi merced que de aqui adelante para siempre jamas la dicha mi villa sea ciudad y sea llamada la ciudad de Antequera, é haya y goce en quanto á ciudad de todas las prerrogativas y preeminencias, honras y esenciones é privilegios que han y de que gozan

las otras ciudades de mis reinos. Y mando al principe mi hijo don Enrique primogénito heredero y á los infantes, duques, condes, ricos homes, maestre de las órdenes, priores y á los de mi concejo, y corte y chancilleria, é á todos los concejos alcaldes, alguaciles, regidores caballeros, escuderos y homes buenos de todas las ciudades, villas y lugares de los mis reinos y señorios y á todos los otros mis subditos y naturales de cualquier estado, condicion y preeminencia ó dignidad que sean, ó cualquier que sean de ellos, que lo asi guarden y cumplan, é hagan guardar é cumplir en todo y por todo y que no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar contra ello, ni contra cualquiera cosa ni parte de ello, agora, ni en ningun tiempo, ni por alguna manera, sobre lo cual mando á el mi chanciller y notarios y á los otros oficiales que están á la tabla de los mis sellos que vos den, é libren, é pasen, é sellen mi carta de privilegio, la mas firme bastante que menester hubieredes en esta razon; é los unos ni los otros no fagan ende al por alguna manera, sopena de la mi merced y de diez mil maravedis á cada un año para la mi cámara. Fecha á 9 dias del mes de noviembre, año del nacimiento de N. S. Jesucristo de 1441.—Yo el Rey.—Yo el doctor don Fernando Diaz de Toledo oidor y refrendario del Rey y su secretario la fice escribir por su mandado. Registrada.

El año de 1443 confirmó el mismo rey don Juan II la albala anterior, y todos los privilegios que habia concedido á Antequera. Reconoce en esta nueva carta los relevantes servicios que habian prestado los Antequeranos á su corona y realiza la lealtad de su alcaide y demas caballeros; reproduce el privilegio de la ciudad, y la concede de nuevo todas prerrogativas, esenciones, honras y preeminencias que gozan las demas ciudades del reino.

Otrosi, prosigue al parrafo 3.º, que la dicha ciudad de Antequera, su tierra y territorio sea mia y de la mi corona real y de los reyes que despues de mi fueren en los dichos mis reinos y señorios, y que no pueda dar, ni enagenar de ella segun que por la dicha mi carta suso incorporada que en esta razon vos mandé se estienda.—Y juro y prometo por mi fe real y Rey y señor y por mis herederos y sucesores de guardar y cumplir y hacer guardar y cumplir lo que en la dicha mi car-

ta es contenido y cada cosa y parte de ello y de no ir ni venir, ni pasar, ni consentir ir ni pasar contra ello, ni contra alguna cosa, ni parte de ello, ahora, ni en algun tiempo, ni por alguna manera, y si contra ello fuere ó fueren en qualquiera manera ó so qualquier color, que aquel ó aquellos que contra ellos fueren, les venga la ira de Dios y de Santa Maria y de todos los santos del cielo.

Y que todo lo que asi en contrario fuere fecho, no vala ni sea cumplido, ni fecho, y que Yo desde aqui todo por ninguno y de ningun valor, y mando que el dicho principe mi hijo y los otros reyes que despues de él fueren en estos mis reinos que al comienzo de su reinado fueren, prometan y seguren de lo guardar y cumplir segun que Yo lo juro y desiendo firmemente que alguno, ni algunos no sean osados de ir ni pasar á la dicha ciudad de Antequera, ni á su tierra, nin alcaide, concejo, alcaldes, alguaciles, regidores, y oficiales, homes buenos, vecinos é moradores de ella, que ahora de aqui adelante para siempre jamas moraren, nin algunos de ellos contra los dichos mi albala y carta de suso incorporados y por mi confirmados, ni contra este mi privilegio, ni contra lo en él contenido, ni contra parte de ellos por lo quebrantar nin menguar en algun tiempo, nin por alguna manera que sea ó ser pueda, que qualquiera ó qualquier que lo ficieren, no les valdrá, é Yo desde ahora mando que no les vala y habrán la ira de Dios y la mia y á sus cuerpos y á lo que hubiere me tornar y pechar me han y desde agora mando que me pechen las penas en la dichas mis cartas y albala contenidas y mas que por la osadia que en ello cometieren, cobraré mil doblas de oro castellanas de la banda, y á el dicho alcaide, concejo, alcaldes, regidores y homes-buenos de la dicha ciudad y su tierra y á quien de vos hubieren, todas las cosas y daños é intereses, é injurias y menoscabos que por ende recibieren doblados &c.

Y al párrafo siguiente:—

Y si alguno ó algunos contra ellos fueren ó pasaren, ó quisieren ir y pasar, que se lo no consientan, mas que amparen y defiendan en todo ello con la sobredichas mi albala y carta y con este mi privilegio y con qualquiera cosa de ello á la dicha ciudad de Antequera y su tierra y territorio y alcaide concejo, alcaldes, alguaciles, regidores, oficiales, homes-bue-

nos y vecinos y moradores de ella y á cada uno de ellos, y á quien su voz de ellos, ó de cualquier de ellos, tuviere, y que prendan y fagan prender los cuerpos de aquel ó aquellos que contra ello ó parte de ello fueren ó pasaren y los tengan presos y bien recaudados, no les den sueltos ni fiados, sin mi mandado; y otrosí prendan y fagan prender en sus bienes por las dichas penas y las guarden para siempre para facer de ellas lo que de mi merced fuere &c.

Dada en la villa de Canta-lapiedra á 8 de junio año del nacimiento de N. S. Jesucristo de 1443.

Yo el sobredicho Rey don Juan reinante en uno con la Reina doña Maria mi muger y con el principe don Enrique mi hijo en Castilla, en Leon, en Toledo, en Galicia, en Sevilla, en Murcia, en Córdoba, en Jaen, en Baeza, en Badajoz, en el Algarbe, en Vizcaya, en Molina, otorgué este privilegio y confirmolo. El rey don Juan de Navarra infante y gobernador general de Aragon y Sicilia primo del Rey, confirmo. El infante don Enrique maestro de Santiago primo del Rey, confirmo. Don Alvaro de Luna condestable de Castilla y conde de Santisteban, confirma. Don Fadrique primo del Rey almirante mayor del mar, confirma. Don Juan conde de Niebla vasallo del Rey, confirma. Don Luis de la Cerda conde de Medina Odi vasallo del Rey, confirma. Don Alonso Pimentel conde de Benavente vasallo del Rey, confirma. Don Pedro señor de Montelegre vasallo del Rey, confirma. Don Gutierre de Sotomayor maestro de Alcantara, confirma. Don Gonzalo Quizon prior de San Juan, confirma. Diego Manrique adelantado mayor y notario mayor de Toledo, confirma. Diego Sarmiento adelantado mayor de Galicia, confirma. Perafran de Rivera adelantado y notario mayor de la Andalucia, confirma. Alonso Yañez Fajardo adelantado mayor de Murcia, confirma. Don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago capellan mayor del Rey, confirma. Don Alonso de Santa Maria obispo de Burgos, confirma. Don Pedro obispo de Palencia, confirma. Don Juan Cervantes cardenal de San Pedro administrador perpetuo de la iglesia de Segovia, confirma. Don Fr. Lope de Barrientos obispo de Avila, confirma. Don Alvaro Deiserna obispo de Cuenca, confirma. Don Fr. Diego obispo de Cartagena, confirma. Don Sancho obispo de Córdoba, confirma. Don Fr.

Juan cardenal de San Sisto administrador perpetuo de la iglesia de Cádiz, confirma. Don Gonzalo obispo de Jaen, confirma. Don Diego obispo de Calahorra, confirma. Don Gonzalo obispo de Placencia, confirma. Juan de Silva alferrez mayor del Rey y notario mayor de Toledo, confirma. Pedro Sarmiento repostero mayor del Rey, confirma. Juan Ramirez de Arellano señor de los Cameros vasallo del Rey, confirma. Inigo Lopez de Mendoza señor de la Vega vasallo del Rey, confirma. Don Pedro señor de Oñate, confirma. Pedro de Ayala merino mayor de Guipuzcoa, confirma. Pedro Lopez de Ayala aposentador mayor y su alcalde mayor de Toledo, confirma. La iglesia de Toledo, vaca. Don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, adelantado mayor de Castilla, confirma. Don Juan conde de Arminaque y de Cangas y de Tineo, vasallo del Rey, confirma. Don Juan Manrique conde de Castañeda canciller mayor del Rey, confirma. Don Pedro Ponce de Leon conde de Arcos y de la Frontera, señor de Marchena, confirma. Don Fernando Alvarez de Toledo conde de Alva señor de Valde-corneja, confirma. Don Rodrigo de Villadrando conde Ribadio, confirma. Don Pedro Niño conde de Guebra señor de Sigales, confirma. Don Pedro Acuña conde Valencia, confirma. Don Gutierre de Toledo arzobispo de Sevilla, confirma. Don Pedro Baca obispo de Leon, confirma. Don Riverte de Moya obispo de Osma, confirma. Don Gonzalo obispo de Oviedo, confirma. Don Juan de Milla obispo, obispo de Zamora, confirma. Don Sancho obispo de Salamanca, confirma. Don Pedro obispo de Coria, confirma. Don Fr. Juau Morales obispo de Badajoz, confirma. Don Alvaro de Osorio obispo de Astorga, confirma. Don Pedro obispo de Mondoñedo, confirma. Don Pedro obispo de Lugo, confirma. Don Alfonso obispo de Ciudad-Rodrigo, confirma. Don Alfonso de Lepe vasallo del Rey, confirma. Don Alvar Perez de Guzman, señor de Orgaz, alguacil mayor de Sevilla vasallo del Rey, confirma. Peralvarez Perez Osorio señor de Villalobos, de Castroverde vasallo del Rey, confirma. Don Pedro señor de Aguilar vasallo del Rey, confirma. Diego Hernandez de Quiñones merino mayor de Asturias, confirma. Diego Hernandez señor de Baena, mariscal de Castilla, confirma. Pedro Mendoza señor de Almazan, confirma. Juan de Tobar señor de Berlanga vasa-

No del Rey, confirma. Don Pedro de Zuñiga conde de Placencia justicia mayor de la casa del Rey, confirma. Don Pedro Hernandez de Velasco conde de Haro, camarero mayor del Rey, confirma. Sancho Tovar señor de Iruco guarda del Rey, confirma. Yo Garcia Sanchez de Valladolid la fice escribir por mandado del Rey mi Sr.

Desde la Sula con fecha 20 de marzo de 1442 el mismo rey don Juan hizo merced á Antequera de los castillos de Cauche, Aznalmara y Tebar, para que fuesen de su propiedad y jurisdiccion.

Concedió tambien á esta ciudad el privilegio de los hominianos, por el cual quedaban libres y absueltos de sus delitos los criminales que poblasen en ella, residiendo continuamente, y á su costa á lo menos un año y un dia, y escluyendo de esta gracia é indulto al traidor, ó alevoso que entregase Castillo ó asesinase á su señor, ó contrajese con la muger de él ó quebrantase tregua que el Rey hubiese pactado con sus enemigos. Dado en Valladolid á 20 de febrero de 1448.

CAPITULO XXVI.

Manda el rey don Juan á los Antequeranos que abandonen la plaza.--Concejo de los caballeros de Antequera.--Discurso de Ocon.--Contestacion al rey.--Carta segunda del rey.--Contestacion segunda de los Antequeranos.--Carta de los Antequeranos al arzobispo de Sevilla.--Circular del prelado.

El año de 1446 resuelto el Rey á tratar de paces y treguas con el soberano de Granada, escribió á los Antequeranos la siguiente carta, en que les manda abandonar la ciudad y trasladarse á Córdoba, porque no pudiendo socorrerlos por las inmensas atenciones que pesaban sobre su eshausto erario con motivo de las guerras de Aragon, si quedaban fuera del tratado, se verian en el caso de perecer indubitavelmente, pues cargarían sobre ellos los enemigos, y les harian sufrir todos los

trabajos de la esclavitud y aun suponiendo que los infieles no intentasen desalojarlos de la plaza, ó habian de morir de indigencia por falta de provisiones, ó habian de provocarlos con alguna incursion que verificasen para buscar el sustento, y entonces era inevitable su ruina, porque entregados á sus propias fuerzas y no pudiendo reclamar el auxilio de los demas alcaides de la frontera, en vano pensaria resistir á todo el poder de Granada, que se reuniria para vengar el mas leve agravio que los Antequeranos hiciesen á los moros.

El Rey

Honrado y valeroso alcaide y concejo de la nuestra ciudad de Antequera: entendiendo vuestra necesidad y valor juntos con los grandes sêrvicios que nos habeis fecho y de cada dia faceis tambien á Dios como á Nos contra los enemigos de la santa fe y nuestros, y las grandes congojas y trabajos que passais por no os poder acudir asi con socorros, como con los acostamientos y sueldos ordinarios, que os soliamos dar, por los continuos debates y discordias que por nuestros pecados de cada dia tenemos con los infantes de Aragon nuestros primos y grandes de nuestros reinos que nos debian ayudar y servir, esprimidos de las necesidades dichas, é acatando los vuestros leales servicios y que á la necesidad y ocasion se debe dar lugar, hemos dado oido á las paces que el rey de Granada nos pide, y á sus condiciones que con dolor debimos aceptar. Por que vos mandamos que vista esta, aviseis á el nuestro corregidor de la ciudad de Córdoba, el cual tiene nuestro mandado para que os acompañe hasta la dicha ciudad, desamparando esta que nuestra solia ser para que nuestro enemigo la posea, no dejando en ella cosa de que se pueda aprovechar y estaredes en la dicha ciudad de Córdoba, donde se vos se dará guarda, fasta que por Nos se vos mande lo que convenga.

Recibida esta carta-órden, congregó Fernando de Narvaez á todos los caballeros de la ciudad y la leyó publicamente. Consultóles en seguida sobre la determinacion que deberian tomar en negocio tan grave y árduo, pidió á cada uno que declarase su dictamen con franqueza, y se reservó el dar su voto despues de ellos. Fueron distintos los pareceres de aquellos ilustres caballeros; unos representaban con cierto aire de desaliento la escasez de las fuerzas con que contaban para defenderse y con-

Arrestar el poder de los infieles; otros decian que si esta ciudad era comprendida en las treguas, por fuerza habrian de pe-
recer de miseria y necesidad porque cesarian las espediciones
al pais de los enemigos y las presas con que ya hacia tiempo se
sustentaban. Los mas ancianos sostenian que era preciso
abandonar la plaza antes que los moros la rindiesen por fuerza;
pero los mas de ellos manifestaron que estaban decididos á
conservarla á todo trance, y que mientras corriese una gota
de sangre por sus venas, la ofrecerian gustosos en defensa de
su patria. Entre estos últimos se distinguia el valiente y es-
forzado Pedro Gonzalez de Ocon caballero de la banda dorada,
que levantándose en medio de la asamblea, se esplicó de este
modo.

»O Antequeranos nobles, acordaos cuantas veces la ciudad
»de Roma quiso asentar paces con otras naciones estrangeras
»y con infames condiciones y partidos entregarse en manos de
»los que estaban opuestos á la grandeza de su monarquia, y al-
»gunos romanos de ánimos intrépidos contra el voto de los
»demas se opusieron á tan cobarde intento como era sujetar
»su cuello á el yugo de otra nacion ó inclinar la cerviz de la
»cabeza del mundo romano á los pies de sus mayores enemigos.
»y tengo por caso torpe y afrentoso ajustarse al voto de aque-
»llos que por su mucha edad, ó poco ánimo no pueden valerse
»de las armas y que es justo seguir el parecer de aquellos á
»quien los años y generoso corazon, les da fuerza y brio para
»la pelea, y cuando se desamparase la ciudad es cosa indubi-
»table que semejante accion no se habia de atribuir á los vie-
»jos que no la podian defender, sino á los mozos que como bue-
»nos estaban obligados á contradecir no queriendo perder la
»fama y reputacion que sus mayores les dejaban ganada, antes
»adquiriendo ellos una perpetua afrenta originada de su cobar-
»dia, pues lo seria muy grande entregar á los moros la tenen-
»cia, sus casas y sus templos, en cuyos altares se habian ofre-
»cido sacrificios á el verdadero Dios y en cuyos sepulcros es-
»taban depositados los huesos de sus padres y hermanos. Y no
»se nos ponga por delante que faltándonos el socorro del Rey,
»no nos podremos sustentar, porque con nuestro valor acos-
»tumbrado, fiados en el poder divino, haremos entradas ven-
»turosas en las tierras de nuestros enemigos, para sustentar-

«nos, y conservarnos en el lustre que hemos tenido hasta aquí.»

A este tiempo descubriendo su pecho cubierto de cicatrices, y mostrando sus heridas á sus espectadores; aqui mismo, continuó, estoy resuelto á recibir otras muchas en defensa de mi honra y de mi patria, y los que no sean de mi voto desde luego la desamparen que yo y los demas la defenderemos hasta dar la vida en la demanda, con lo que cumpliremos con nuestra obligacion y adquiriremos nombre y fama eterna.»

Hemos copiado al pie de la letra este discurso por hallarle de un mismo modo en todos los manuscritos, y aunque sus autores tal vez le estractarian de alguno que le habria dado la correccion que se descubre en él respecto á las producciones y mucho mas improvisaciones de aquel tiempo, la energia, la oportunidad de los pensamientos, y las nobles ideas que se vierten en él son sin duda del denodado guerrero que le pronunció.

Produjeron tan buen efecto sus razones que todos á una voz acordaron defender la ciudad hasta perecer, y que se respondiese al rey que se habian comprometido á conservarla y libertarla de los enemigos con su valor, vigilancia y denuedo aunque se viesen precisados á sacrificar sus vidas. Contestaron pues al soberano de la manera siguiente:

Alto y poderoso Señor, vimos el mandado de V. A. fecho en Penafiel en 15 de marzo del presente y por él acatamos el pecho cristiano de V. A., pues por las disensiones y guerras del reino dice no nos puede socorrer, aunque lo desea, á los nuestros trabajos, ni librarnos los sueldos ordinarios que la vuestra Magestad nos solia librar y que atento á lo dicho y otras causas que á ello movian, estaba determinado á hacer treguas con el rey de Granada; y el vuestro cabildo y pueblo juntamente considerando muchas veces la determinacion del vuestro mandamiento y que de no obedecerle podiamos ser reputados de no leales, (de que Dios nos guarde) y que si lo cumpliamos haciamos grandes servicio á Dios y gran tuerto á nuestros padres y deudos, y mayores que con tanto trabajo ganaron y sustentaron esta ciudad del poder del enemigo, y que entregándola nos seria de poca pres y honor y seriamos reputados de timidos y cobardes, porque suplicamos á V. A.

atienda á su útil, haciendo las dichas treguas como mejor convenga, dejando á Antequera fuera de ellas, que con el favor de Señor Jesucristo entendemos defendernos de otro mayor poder que el de Granada, pues de él algunas veces lo hemos hecho; y en cuanto á el no podernos acudir con los acostamientos y salarios que de ordinario se nos daban, decimos que va para cinco años que nos pasamos sin ellos, porque no se nos contribuyen, y así de aquí adelante pasaremos sin ellos con el ayuda de Dios. Tan solamente queremos el nombre del Señor de la V. A. á quien Dios conserve largos años y de paz en sus reinos. Antequera 1.º de Abril de 1446.

El rey no satisfecho con esta contestacion escribió segunda vez á Antequera sobre el mismo asunto, estendiendo esta carta-órden.

Honrado y valeroso alcaide y concejo de Antequera; Una vuestra vimos fecha en 1.º de abril de este año por la cual conocemos la grandeza de vuestro valor y la fidelidad para Dios y Nos, y aunque á tal voluntad quisieramos acudir con la paga y galardón condigno, la grande necesidad de los tiempos nos lo impide tanto que apremiados de ella y con dolor grande que de ellos tenemos, hicimos las treguas con el rey de Granada, de que ya vos avisamos, dejándoos á vos fuera con mas promesa que le hicimos de que no siéndole por vos entregada la fortaleza, que á ello nos preferiamos compeleros.

La hora por los mandatarios del dicho rey, nos ha sido con mucha instancia pedido el cumplimiento de la nuestra palabra cerca del dicho entregamiento, manifestándonos que por dos veces habia ido el dicho rey por su persona y poder á esta ciudad, y entrambas con grande valor lo habiades alcanzado.—Y porque los reyes como Nos no tienen cosa de que mas se preciar que de cumplidores de sus palabras, prometiimientos y fe, porque vos encargamos y mandamos que vista esta, aviséis á nuestro adelantado que reside en Sevilla, y á el nuestro correjidor de Ecija, los cuales tienen nuestro mandatos, para que juntos vos acompañen con toda la demás de vuestra cuadrilla fasta la dicha ciudad de Ecija, donde seredes regalados y entretenidos fasta que por Nos vos sea mandado algo.

A esta segunda carta órden replicaron los Antequeranos:

«que el rey moro de Granada no habia aguardado á que S. A. hiciese el cumplimiento de las treguas, antes sin acuerdo demandado habia venido con todo su poder sobre Antequera estando primero obligado á hacerla tres requerimientos, y despues que se halló poco poderoso para ejecutar su doblada y cautelosa intencion demandaba la palabra que no habia guardado, y asi tampoco obligada á que se le guardase, y que ellos defenderian su ciudad, y que si menester fuere le retarian y desafiarian de pèrfido y quebrantador de fe á el y á cuantos lo defendiesen, pues habiendo treguas aunque Antequera quedase fuera de ellas, no habia de venir con mano armada, sino mostrarles su mandado y juntar sus mandatarios con los de S. A. para que juntos hiciesen sus requerimientos y ellos le dejasen libre la ciudad, y pues no lo habian hecho primero derramarian la poca sangre que les quedaba, que entregársela y que con esto quedaba la fe de S. M. salva.

El rey lejos de indignarse de una contravencion que tenia visos de rebeldia é insubordinacion, alabó mucho la intrepidez y arrojo de los Antequeranos y aprobó su heroica resolucion. Pero ellos entretanto esperimentaban todos los rigores de la indigencia y las adversidades de una suerte amarga y fatal: cercados siempre por los enemigos, no podian poner el pie fuera de los muros sin perder la libertad ó la vida; este largo y horroroso bloqueo no tenia término, y parecia que se habian propuesto los infieles consumir con el hambre y la miseria á aquellos ilustres y virtuosos ciudadanos.

Constituidos en tan lamentable situacion recurrieron al arzobispo de Sevilla para que moviese la piedad de los fieles en su favor, y les proporcionase algun socorro. Dirigiéronle una carta que insertamos á continuacion y uno de sus regidores burlando la vigilancia de los moros y despreciando los peligros, consiguió llegar á la capital de Andalucia y depositar entre las manos del prelado el doloroso escrito que decia asi:

M. Reverendo en Cristo Padre y Señor.
El concejo, alcaide, alcaldes, caballeros, escuderos, regidores, jurados, oficiales, homes buenos de la ciudad de Antequera, besamos vuestras manos y nos encomendamos en Vmd. y Señoria, la cual, señor, bien creemos que sabe los grandes ma-

les y trabajos que esta ciudad ha padecido de poco tiempo acá, y cada dia padece de los moros enemigos de la santa fe católica, la cual y los que en ella viven, no solamente han padecido muertes de sus personas y captividad sino otras muchas persecuciones de grandes pérdidas, males infinitos, é innumerables que por no enojar á Vmd. con larga escritura no los explicamos nuestra grande fortuna, irreparables males de muertes de padres y hijos, captivos, quemas y talas de nuestras heredades y sostenimiento de algun tanto y de alguna consolacion que habiamos de nuestras personas, de que ya de todo en todo, nos han quitado y destruido y venimos en grande estrecho y aprieto, siendo cada dia requeridos de los dichos moros en tanto grado, que por nuestros pecados de las puertas de la ciudad no salimos, guardándola y velándola de noche y de dia, padeciendo hambre y otras muchas angustias que á V. Sria. por evitar prolijidad no esplicamos.

Y hoy señor, somos en tanta perplejidad que nuestras vidas estan puestas á la muerte, la cual es sin temor, segun las cosas pasadas y turbaciones de nuestros corazones y congoja de nuestras ánimas; las voluntades estan bien puestas por servicio de Dios y del Rey Ntro. Sr. y de esta ciudad con todo corazon de las disponer.

Y como ya no tenemos que perder solo nuestras vidas en defensa de esta dicha ciudad, deseamos si ser pudiese de la sostener y que no se perdiere, viendo la continuacion y persecucion de los moros que cada dia asi nos afincan y siguen por poderla haber á las manos, lo cual Dios no quiera.

Y por ende, señor, recurrimos á Vmd. como aquel que siempre tuvo gran celo y servicio de Dios y del Rey Ntro. Sr. Vos suplicamos y demandamos por merced, pues á Ntro. Sr. plugo de vos poner en la perpetua administracion del arzobispado de Sevilla, allendé de la grandeza y señorío que Vmd. tiene, se requiera adolecer de esta ciudad y de los que en ella viven y que en vuestros tiempos no se pierda ni se traiga á poder de los enemigos, y por alguna manera V. Sria. nos quiera ayudar en como esta ciudad sea sostenida, pues Vmd. ve en los tiempos y como el Rey Ntro. Sr. con trabajos de sus reinos no la puede proveer en aquello que es proveida y para ello librado segun la contrariedad y diversidad de los tiem-

pos, no se puede cobrar ni hacer justicia y siquiera Vmd. plega por servicio de Dios y del Rey Ntro. Sr. y por caridad de esta ciudad de Sevilla y del dicho nuestro Obispado predicar por la grande miseria en que estamos porque se pueda haber alguna cosa para la defension de aquesta ciudad por vuestra merced sostenida.

Y asimismo suplicamos á V. Sria. que Vmd. mande poner una buena persona ó personas para que anden con los tales predicadores cuales V. Sria. entiende que cumplen para que las mandas que hubiere no las reciban, y las distribuyan como Vmd. mandare aqui en esta ciudad en aquellas cosas que mas cumplan al servicio de Dios y del Rey y guarda y amparo de esta ciudad sobre lo cual á V. Sria. inuiamos á Juan alguacil nuestro mandadero uno de los regidores de ella, el cual á V. S. suplicamos lo mando oír y dar fe y creencia acerca de lo que á V. Sria. de nuestra parte esplicare y fará relacion, suplicando á Vmd. lo mande poner en ejecucion.

Y Ntro. S. Dios acreciente vuestra vida y estado por muchos tiempos y buenos al su santo servicio como V. Sria. desea. Antequera 5 de Septiembre del año de 1449.

Enternecido el prelado al informarse del contenido de esta carta y al escuchar la triste relacion del regidor encargado de esta comision, estendió una circular del tenor siguiente:

Don Juan Cervantes por la misericordia divina cardenal de Ostia y administrador perpetuo de la iglesia y arzobispado de Sevilla, á todos honrados abades, vicarios, curas, clérigos capellanes de esta dicha ciudad y de todo el dicho nuestro arzobispado, salud y bendicion.—Sepades como el alcaide, y regidores y jurados de la ciudad de Antequera, nos enviaron una carta firmada de su nombre y sellada con su sello, notificando los grandes trabajos que han padecido y cada dia padecen, el reparo de los cuales muy encarecidamente nos recomendaron segun por el traslado de ella veredes, el cual es este que se sigue:—

Inserta la carta precedente, y despues prosigue:—Y nos viendo su peticion ser justa y ajustada, necesaria, meritoria para las ánimas de todos los fieles, y para que como pastor Y prelado conviene en los tales casos proveer y remediar ma-

yormente en tan evidente peligro y urgente necesidad y por
 escaltacion de nuestra santa fe y confusion de la depravada
 y abominable secta del descreido hijo de perdicion y mal aven-
 turado Mahoma. —Mandamos y dimos esta nuestra carta só la
 forma en ella contenida, por la cual mandamos á vos los suso-
 dichos y á cada uno de vos en virtud de santa obediencia que
 cada dia de domingo y fiesta de guardar en vuestras misas
 denunciades á vuestros pueblos la estrema necesidad y gran
 trabajo en que está la dicha ciudad y los que en ella viven, y
 cuan gran ofensa á todo el pueblo cristiano, y que en esta tier-
 ra viven, si para mengua, (lo que Dios desvie) viniese en po-
 der de los moros enemigos de nuestra santa fe, y cuan intol-
 erable daño á toda esta tierra se siguiera de ello, dándoles asi-
 mismo á entender cuan piadosa obra es ayudar aquel pueblo
 que Ntro. Señor por tan caro precio redimió para que sea de-
 fendido y amparado de la mano delos infieles y provocándolos
 en cuanto vos sea, á que para ello hagan sus limosnas y ayu-
 das para lo susodicho y porque mas continua y mayor diligen-
 cia la dicha limosna se dé, mando pongades en cada iglesia
 una buena persona fiel que tenga su bacín en vuestras iglesias
 y pueblos para que con mayor devocion provocados entenda-
 des cerca de esto allende el servicio muy aceptable que á
 Ntro. Señor facedes se trate de nuestro interese y muy gran-
 de provecho, é vos adolecades y nos adolecamos sobre nos,
 y nuestros progimos, pues estos en tal estremo y trabajo, an-
 gustia, hambre y continuas guerras, derramando sangre, y su-
 friendo de cada dia grandes trabajos peligros y cuidados que
 si por la fe que en ellos Dios Ntro. Señor esfuerza no fuese,
 ya habrian desamparado la tierra ganada con grandes espes-
 sas y muertes de muchos nuestros anteriores y seria tomada y
 ocupada de los malditos infieles que sin piedad y con cuanta
 inhumanidad en perpetua captividad y servidumbre á los que
 de nosotros por nuestros pecados de sus manos guarde por el
 infinito tesoro de nuestro Salvador Cristo que se ofreció por
 nosotros en santa Cruz y de la abundancia de los méritos de
 nuestra abogada la gloriosa Virgen Santa Maria y de sus san-
 tos apóstoles, mártires y confesores, y por la facultad que te-
 nemos para de ello dispensar á cada qualquier persona home, ó
 muger que de lo suyo administrare limosna á la dicha ciudad

de Antequera, otorgamos por cada vegada cien días de perdón é indulgencia y otros cien dias á cualquiera de vos que esta demanda propusiere para cada un dia que la propusiere; y otros cien días á cada uno de los que tomaren á cargo de traer los dichos bacines y andar entre las buenas gentes por cada una de vuestras iglesias y pueblos pidiendo, los cuales vos sean en remision de las penas que por vuestras negligencias, culpas y pecados en purgatorio habiades de pagar, con la cual limosna porque mas fiel y seguramente venga á el lugar deseado, vos pondredes una buena persona que entre vosotros disputaredes, para lo que asi cobrare é le fuere dado, lo tenga y guarde bien y fielmente y no le dé á persona alguna, salvo á quien nuestra carta mostrare, el cual escogeremos que sea tal persona que los tales maravedis y cosas distribuya en lo que mas cumplidero sea á la dicha ciudad, y porque en ello mayor diligencia se haga vos enviaremos allá á Juan alguacil regidor de la dicha ciudad, en testimonio de lo cual mandamos dar esta nuestra carta patente, sellada con nuestro sello en las espaldas y refrendadas del notario infrascripto. Dada en la muy noble ciudad de Sevilla en 18 dias de septiembre año del nacimiento de Ntro. Señor Cristo de 1449. El Cardenal de Sevilla.—Por mandado de su Sria. Juan Gonzalez Piñoja, notario apostólico.

Estimulada la piedad de los fieles con las indulgencias que les concedia el cardenal arzobispo cada vez que diesen limosna en favor de los Antequeranos, y alentada con las escortaciones de los parrocos y demas ministros de la santa palabra se apresuró á contribuir con repetidas y cuantiosas donaciones de todas clases, que bastaron para el socorro de esta ciudad mientras duraron las treguas. A tal extremo de necesidad y miseria viéronse reducidos aquellos valientes guerreros que disponian poco antes de la suerte de sus enemigos y fueron el terror de los infieles, y aunque la plaza no perdió su actitud imponente y los moros no osaron tentar el asalto, los laureles que adquirieron en cien combates gloriosos, se marchitaron sobre el sepulcro de los héroes. Si alguno de nuestros soldados mostraba todavia su frente coronada, pálido estenuado y abatido aparecia como una sombra sepulcral evocada de la region de los muertos, mas propia para causar es-

panto y pavor con su presencia, que para blandir la lanza ó empuñar la espada.

Funesta inconsecuencia de los tiempos! Amargo desengaño de la gloria humana! Pocos años antes eran los Antequeranos los que difundían el temor y la alarma por todas partes y ahora apenas pueden apartarse un momento de las murallas para descansar porque los infieles están siempre á la vista; el rey los colmaba de privilegios y esenciones, y ahora les manda abandonar la ciudad; la abundancia frutos de sus peligrosas incursiones reinaba dentro de la plaza, y ahora se ven precisados á enternecer á los fieles con la representacion de sus infortunios, para que les suministren una limosna y escusar de este modo los horrores del hambre y una muerte cierta y lamentable. Pero los padecimientos y calamidades de Antequera compondrán en los siglos posteriores la parte mas esencial de sus gloriosos timbres, y si en la actualidad se ve sumerjida en un profundo abatimiento, no está lejos el momento de su libertad y grandeza.

CAPITULO XXVII.

Derrota de Albohacen y ocupacion de Fuente-la-piedra.--Conquista de Archidona.--Albala de Enrique IV en favor de las iglesias de Antequera.--Titulo de muy noble ciudad concedido á Antequera.

Ismael rey de Granada tenia dos hijos Albohacen y Boabdellin (1) El primero altivo, inquieto y denodado, queriendo dar muestras de su valor el año de 1461, reunió un valiente ejército compuesto de dos mil y quinientos ginetes y quince mil infantes, y acercándose á esta ciudad, procuró con el mayor esfuerzo apoderarse de ella; pero notando la fortificacion de la plaza y la firmeza de nuestros guerreros, se dirigió á los campos de

(1) Mariana lib. 23 cap. 3.º

Estepa, que ofrecian mas incentivo á su codicia que los de Antequera, abandonados é inculto ya habia muchos años. Contenia ademas aquel distrito gran de abundancia de ganado, mientras nuestros prados desiertos ya hacia tiempo que no resonaban con el baido de la oveja, ni el mugido del buey, ni los relinchos de las yeguas y caballos. Taló pues los campos de Estepa, incendió las mieses y robó todo el ganado; contento con la presa y mucho mas con la aventura de su correria verificada hasta entonces sin oposicion, se encaminó á Sierra-de-Yeguas. El intrépido y esforzado don Rodrigo Ponce de Leon, hijo del conde de Arcos, acompañado de Luis de Pernia, capitan de la guarnicion que tenia Osuna, voló al socorro de los cristianos, y salió al encuentro á Albohacen. Pasaba este el rio de las Yeguas, y Rodrigo mandando á sus soldados que le imitasen se arrojó sobre los infieles desde un ribazo cercano en que los observaba. Fué sangrienta la pelea, y la victoria permaneció indecisa largo tiempo, pero al fin fueron desvaratados los enemigos perdiendo en el combate mas de mil y cuatrocientos hombres, y los cristianos treinta ginetes y ciento cincuenta infantes. Don Rodrigo con los suyos se dirigió en seguida á Fuente-la-piedra, lugar pequeño á tres leguas de Antequera, y habiendodesalojado á los moros de la poblacion, la ocupó y pernoctó allí aquella noche. Al dia siguiente, cuando recogian los despojos, dice el Mariana en el lugar citado, «vieron volver los ganados á manadas; cuidaron al principio que fuese algun engaño, y por la polvareda que se levantaba, sospechaban eran los enemigos que revolviañ sobre ellos; mas luego se entendió que huidas las guardas por el miedo, los ganados por cierto instinto de la naturaleza, se volvian á las dehesas y pastos acostumbrados: tanto fué mas alegre la victoria y la presa mas rica. En las ciudades y pueblos hicieron procesiones en accion de gracias y regocijos por el buen suceso. Quebrantada por esta manera la confederacion y las paces, de una y otra parte se hicieron correrias &c.

El nombre de Fuente-la-piedra nos recuerda la virtud de las aguas que nacen en aquel sitio para curar la enfermedad del calculo en la vegiga ó en los riñones. Los romanos la conocieron, y eran conducidas estas aguas por todas partes, testificando su legitimidad la yerba *saxifraga* que pululaba y crecia

á la orilla del manantial. Entre las lápidas incrustadas en el arco de los Gigantes se encuentra una, cuya inscripcion fué consagrada á esta fuente, aunque algunos opinaron de otro modo, fundados en que este marmol segun ellos habia sido trasportado desde el Valle de Abdalajis y no Fuente-la-piedra.

FONTI DIVINO

ARAM. L. POSTHUMIUS

SATULLIUS

EX VOTO D. D. D.

Lucio Postumio Satulio por voto y con permiso de los decuriones dedicó esta ara á la fuente divina.

Dividiendo algunos la palabra Satullius dan á esta inscripcion diverso sentido, pues en el *Sa* leen sano y en lo restante *Tulio*, á quien hacen compañero de Postumio para la dedicacion, pero en nuestro concepto las letras de aquella voz no pueden separarse sin una arbitrariedad notoria, porque diciendo la inscripcion espresa y terminantemente Satullius nadie puede hallarse autorizado para preferir una cabilacion caprichosa á la única significacion que arroja la lectura natural.

Habia muerto en Valladolid D. Juan II á 20 de Julio de 1454 y á los cuatro dias despues fue proclamado y alzado por rey de Castilla el principe don Enrique, que trató á poco con los infieles nuevas treguas. Pero la impetuosidad de Albohacen, que infringió el pacto, y provocó á los cristianos, como hemos manifestado, cundió la alarma por toda la frontera, y el grito de guerra tornó á resonar con estrépito en las dos monarquias. Don Pedro Giron, Maestre de Calatrava, hombre célebre de su siglo, se acercó con su gente á la villa de Archidona, y la rodeó proponiendo á su alcaide que le entregase las llaves. Pero este rehusó acceder á la intimacion, y contando con la posicion inespugnable de la fortaleza, y con el valor de sus aguerridos habitantes, se preparó á rechazar á los invasores, y á defender la plaza hasta donde alcanzasen sus fuerzas. Don Pedro la bloqueó muchos dias consecutivos, privándola especialmente del agua que tomaban de una fuente que mana al pie del monte, donde estaba encastillada la poblacion, denominada Fuente de Antequera,

y los moros careciendo de este elemento, pues sus cisternas ó algibes no eran suficientes para abastecerlos, se inclinaban á rendirse; cuando los fogosos soldados de Giron trepando una noche la eminencia, y escalando aunque con grande dificultad los muros, saltaron dentro de la plaza y en breve se apoderaron de ella. Era el año de 1462, y Enrique IV, recibió á un tiempo la noticia de la toma de Archidona por el Maestre de Calatrava, la de Gibraltar por el Duque de Medina-Sidonia, y de haber sido proclamado en Barcelona por el pueblo que batió con el cuño y armas de Castilla las monedas del principado. Siendo don Pedro Giron, señor de Ureña en Castilla y de Osuna en Andalucía, pertenece desde entónces la villa de Archidona al señorío de la última que heredaron sus ilustres descendientes. Murió este glorioso conquistador el año de 1466, cuando iba á llegar al colmo de la fortuna y grandeza, enlazándose con la princesa doña Isabel que despues fue reina de Castilla, y le sepultaron en Calatrava en una capilla particular. Las desavenencias de aquellos tiempos difíciles y turbulentos han manchado su memoria con algunos lunares demasiado visibles para que pueda la historia disimularlos, pero en medio de las intrigas políticas, conjuraciones y arbitrariedades de que le acusa, se mostró siempre un grande hombre, amante de la gloria, enemigo de los infieles, emprendedor, activo, animoso en los combates, sereno en medio de los peligros, y merecedor en fin de los nobles timbres que le adornaban y legó á su posteridad.

Con el objeto de activar la conquista de los pueblos ocupados por los infieles y ayudar á los gastos de la guerra, concedieron los Papas á nuestros reyes los diezmos de las tierras recobradas. Urbano II hizo esta donacion á don Pedro rey de Aragon y de Navarra; Gregorio VII á don Sancho Ramirez de Aragon; Gregorio X á don Alonso el Sábio rey de Castilla; Juan XXII á don Alonso el Onceno; Urbano V á don Pedro el Cruel, y en tiempo de don Juan II se perpetuaron en esta corona, heredándola con el cetro Enrique IV; pero este príncipe reconociendo lo mucho que habia padecido Antequera en esta época de calamidad y que sus iglesias se hallaban destituidas y desprovistas de las cosas mas

necesarias para el culto divino, cedió en su favor las tercias reales pertenecientes á los diezmos que ya producía su terreno extendiendo la albala siguiente:

Don Enrique por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Galicia, de Sicilia, de Cerdeña, del Algarve, de Algecira, señor de Vizcaya y de Molina. Por quanto yo fice merced á las iglesias de la mi ciudad de Antequera del derecho que á mi pertenece, é Yo he de haber de cada año en la dicha ciudad para que lo hubiesen y llevasen en cada un año en quanto mi merced y voluntad fuere para el reparo de las fábricas de ellas, ó porque Yo he voluntad de facer merced y limosna á las dichas iglesias, é porque mejor tengan con que se reparar é de comprar los cálices y cruces y los ornamentos y las otras cosas necesarias á ellas; é porque los curas capellanesque de ellas son y fueren, tengan cargo de rogar por mi anima, y por las animas de mis progenitores: Por la presente hago merced gracia y donacion pura é propia é no revocable á las dichas iglesias por juro de heredad para siempre jamas del dicho tercuelo para que lo hayan y lleven para sí, de lo que susodicho es, se cumpla y haga por esta mi carta ó por su traslado signado de escribano público. Mando al concejo, á los alcaldes, regidores, caballeros, é escuderos, oficiales homes-buenos de la dicha ciudad de Antequera que agora son y serán de aqui adelante, y á los arrendadores, oficiales y cogedores é terceros, y deganos é mayordomo é otras cualesquier personas que ajen y recauden, é han, é hubieran de haber y recaudar este presente año y de aqui adelante de cada año para siempre jamas, en renta ó en fieltad, ó en otra cualquier manera, é lo deben é hubieren dar que recaudan con todos los maravedis, pan, vino é ganados, é minucias y otras cosas á el dicho tercuelo pertenecientes á los mayordomos, capellanes é curas que son é fueren de las iglesias, ó á la persona ó personas que por ello tienen é tuvieren cargo de cobrar este dicho año y de aqui adelante en cada año para siempre jamas á los plazos de cada un año, é só las penas è segun que á mi son obligados á lo dar y pagar, é fasta aqui lo daban y pagaban á las dichas iglesias, é que tomen sus cartas de pago de como reciben de ellos el dicho tercuelo, con las cuales y con el traslado de esta mi carta signado segun di-

cho es, mando que les sea recibido en cuenta, é que no les sea demandado otra vez; é que otra persona ni personas algunas acudan con el dicho tercuelo, ni cosa alguna de lo á él perteneciente, salvo á las dichas iglesias, é á los dichos sus mayordomos, é curas é capellanes, é personas que asi por ellos tienen é tuvieren cargo de lo cobrar, apercibiéndolos que cuando de otro cuenta dieren, ó pagaren lo perderán, é que no les sea recibido en cuenta, y que lo hayan de pagar á las dichas iglesias otra vez. Y si el dicho concejo y homes buenos, arrendadores, terceros de ganos, mayordomos, y otras personas que el dicho tercuelo cojen, recauden, é han, ó hubieren de coger y recaudar, y los deben y han ó hubieren darlo y pagarlo, no dieren ni pagaren agora, ni de aqui adelante en cada un año para siempre jamas á las dichas iglesias y á los mayordomos que por ellos los hubieren de haber á los plazos de cada año, segun y en la manera que dicho es por esta mi carta, mando y doy poder cumplido á los dichos clérigos, curas y mayordomos de las dichas iglesias é á las personas que asi por ellos el dicho tercuelo hubieren de haber y recaudar para lo haber y cobrar de ellos, para que cerca de ello les puedan hacer y fagan todas las prendas, apremios, y prisiones y ejecuciones, y obenciones y emplazamientos y las otras cosas que se requieren y se requieran y sobre ello les podia mandar hacer. E por esta dicha mi carta y por el dicho su traslado signado como dicho es mando á cualquier mis tesoreros, recaudadores, arrendadores y receptores que son y fueren de las mis rentas, é pechos é derechos de la dicha ciudad de Antequera, que no se entrometan en cosa alguna de lo que á el dicho tercuelo atañe, mas que dejen para las dichas iglesias, pues que Yo les fago merced, segun dicho es.

E otrosi por esta mi carta mando á los mis contadores mayores que pongan y asienten el traslado de ella en los mis libros y nominas de juro de heredad en lo salvado de ellos y que sobreescriban y den y tornen á las dichas iglesias esta mi carta original, para que por virtud de ella les sean acudidas agora y de aqui adelante para siempre jamas con el dicho tercuelo, é que en los arrendamientos que hicieren de las mis rentas de la ciudad de Antequera, dejen á parte

el dicho tercuelo para las dichas iglesias, porque esta merced que les Yo de él fago, les sea guardada para siempre jamas, á que si necesario fuere, les den y libren sobre ello mi carta de privilegio y las otras mis cartas y sobre cartas las mas firmes y bastantes que les pudieren y menester hubieren; por que esta merced que les Yo fago les sea guardada, las cuales y esta mi carta mando á el mi chanciller é notarios é á los otros mis oficiales que estan á la tabla de los mis sellos, que libren, pasen y sellen, lo cual les mando que asi fagan y cumplan, no embargante cualesquier leyes y ordenanzas fechas por el rey don Juan mi señor y padre que Dios haya, é por mi para que se non pueda dar cosa alguna de mis rentas de juro de heredad ni á las iglesias, ni poner por salvado en los dichos mis libros, ni otras cualesquier leyes, ni ordenanzas que en contrario sean, que Yo dispense con ellos, é quiero que se no entiendan ni estiendan en cuanto á esto atañe á los unos ni á los otros, é no fagades, ni fagan ende al por alguna manera, sopena de la mi merced é de diez mil maravedis á cada uno para la mi cámara; é demas mando al home que les esta mi carta mostrare, que los emplazen y parecan ante mien la mi corte, doquier que Yo sea del dia que os emplazare, á quince dias primeros siguientes, y so la dicha pena, sola cual mando á cualquiera escribano público que para esto fuere llamado que dende á que se la mostrare, de testimonio signado con su signo, por que Yo sepa en como se cumple mi mandado. Dada en la muy noble villa de Madrid á 21 dias del mes de abril año del nacimiento de Ntro. Señor Jesucristo de 1446.—Yo el Rey.—Yo Fernando de Badajoz escribano del Rey Ntro Sr. la fice escrebir por su mandado.

Los brillantes servicios que prestó á la corona Antequera desde su conquista y especialmente los heroicos padecimientos y dolorosos sacrificios en estos últimos años movieron el ánimo real de Enrique IV, el cual con el fin de premiarlos, y darla una prueba de su afecto y consideracion, despachó en su favor una cédula para que en adelante se titulase la muy noble ciudad de Antequera.

Yo el Rey.

Acatando los muchos y señalados servicios que vos el concejo, alcaide, alcaldes, alguacil, regidores, jurados caba-

llos, escuderos, oficiales, homes buenos de la muy noble ciudad de Antequera, me habeis fecho, y facedes cada dia en honor de la corona de mis reinos; y por la grande lealtad y fidelidad que en vosotros he fallado y conmigo habeis tenido é tenedes como buenos y leales vasallos con su Rey y señor natural; y porque la dicha ciudad sea mas ennoblecida es mi merced que de aqui adelante para siempre jamas la dicha ciudad de Antequera sea llamada y se llame: *la muy noble ciudad de Antequera*.—Y asi la nombro y llamo y quiero y mando que sea nombrada y llamada.—Y por este mi albala mando al principe don Alonso mi muy caro y amado hermano, é otrosi á los duques condes y marqueses, ricos homes, maestros de las órdenes, priores, comendadores, é á los de mi concejo, oidores de la mi audiencia, alcaldes, merinos, é otras justicias, é oficiales qualesquier de la mi casa y corte y chancilleria y á todos los concejos, corregidores, alcaldes, alguaciles, regidores, caballeros, escuderos, oficiales, y homes buenos de todas las ciudades, villas y lugares de los mis reinos y señorios y otras cualesquier personas mis vasallos, subditos y naturales de cualesquier estado y condicion, preeminencia ó dignidad que sean, que lo asi guarden y cumplan segun que en este mi dicho albala se contiene, y no vayan y pasen contra ello; é los unos é los otros no fagan ende al de alguna manera sopena de la mi merced y de diez mil maravedis á cada uno para la mi cámara.—Y mando so la dicha pena á cualquier escribano público que para esto fuere llamado, que le den á el que se la mostrare testimonio signado con su signo por Yo sepa en como cumple mi mandado de lo cual os mande dar este mi albala, firmado de mi nombre fecha á 19 de diciembre año del nacimiento de Ntro. Señor Cristo de 1466. Yo el Rey.—Yo Juan de Oviedo, secretario del Rey Ntro. Sr. la fice escrebir por su mandado.

CAPITULO XXVIII.

Entra Enrique IV en Antequera.--Sepulcro de Rodrigo de Narvaez.--Muerte de Fernando de Narvaez.--Causa y principio de la guerra de Granada.--Desgraciada expedicion á la Ajarquía de Málaga.--Derrota y prision del rey chico Boabdil.--Don Fernando el Catolico en Antequera.

Alquirezote gobernador de Málaga, (1) hombre experimentado en la guerra, de mucho valor y renombre, revelado contra el rey de Granada, le provocó al combate; pero habiéndose dado la batalla entre su gente y el ejército del soberano fué derrotado y obligado á buscar un protector y á confederarse con el rey don Enrique para llevar adelante sus proyectos de independencia y libertad. Solicitó una audiencia del monarca de Castilla, y este le señaló á Antequera como punto mas cercano, para satisfacer sus deseos. Dirigióse pues desde Ecija á esta ciudad por mayo de 1470, y cerciorado Fernando de Narvaez de su aproximacion no menos que de ciertas intrigas palaciegas, cuyo objeto no era otro que inclinar á Enrique IV á que le despojase de la alcaidia y le diese posesion de ella á don Alonso de Aguilar, tomó sus precauciones para frustrar los designios de su competidor. Salió Narvaez á recibir al rey; pero al incorporarse con él le declaró formalmente que de ningun modo permitia se alojasen dentro de la plaza la fuerza y los señores que le rodeaban, y que aquella escolta y acompañamiento era inutil en una ciudad cuya lealtad le era muy conocida y habia realzado con sus elogios y premiado con sus cédulas y albalas de privilegio.

Estaba muy reciente el ejemplo de Ecija donde Enrique depuso sin motivo ni razon á su alcaide don Martin de Cordoba, nombrando á don Fadrique Manrique para que le sucediese, y siendo este uno de los principales de la liga y conjuracion que tantos cuidados, sin sabores é inquietudes causaba al rey, no dudó premiar su desafeccion y reprobada con-

(1) *Crónica de Enrique IV.*

duncta con un destino que desempeñaba dignamente un vasallo leal y acreedor á sus consideraciones. Para evitar pues un desaire tan indebido, y una deposicion tan injusta, solo admitió Narvaez en Antequera á quinze caballeros de la comitiva del principe y la tropa se acampó en Santa Catalina, el poso de Carrion y el cerro de los Pendones que tomó su denominacion de este suceso.

Luego que penetró Enrique IV en la plaza, echaron el rastrillo los Antequeranos, y le condujeron á la iglesia de San Salvador. Narvaez para imponer al rey, recordarle los servicios de su padre y disuarle de su intencion, le preparaba en el templo un espectáculo fúnebre. Habia colocado en medio de la iglesia el sepulcro de Rodrigo de Narvaez, descubierto su consumido cadáver, y habia depositado en sus descarnadas manos las llaves del castillo; rodeabanle varias mugeres enlutadas, que alteraban el silencio de aquel recinto sagrado con lamentos y gemidos, vetiendo ademas muchas lágrimas, y ejerciendo el oficio de *lloronas* segun era entonces costumbre en las funciones funerales. El rey no pudo menos de conmoverse, y recibir una fuerte impresion á vista de este espectáculo, y las *lloronas* gritando al mismo tiempo, le representaban que el infante don Fernando hermano de su abuelo don Enrique III habia entregado aquellas llaves á Rodrigo de Narvaez, y que si era su voluntad arrebatarélas á su familia, se las pidiese al héroe difunto. Mudó el rey de parecer con este imprevisto acontecimiento y declaró que Narvaez seria el solo alcaide de Antequera, á no ser que renunciase voluntariamente.

Sabedor de estas novedades don Alonso de Aguilar, amenazó á la plaza, y manifestó que estaba decidido á apoderarse de ella á la fuerza. Los Antequeranos que no conocian el miedo, y no estaban acostumbrados á oír denuestos sin castigarlos al momento hicieron nna salida contra la gente de don Alonso, que sorprendida y desbaratada al primer impulso aban lonó la artilleria. Regresaron los nuestros á la ciudad, ufanos con el trofeo que ganáran, y depositaron los cañones apresados en la torre del Homenage con las armas de la casa de Aguilar para perpetua memoria de este suceso.

Ofendióse altamente el orgullo de don Alonso de Aguilar:

con este reves inesperado, y para evitar nuevas discordias y sangrientas parcialidades, mediaron el rey y todos los caballeros que le acompañaban, logrando despues de muchos trabajos reconciliarle con Narvaez. En fin los dos competidores amistados celebraron de comun acuerdo pleito homenaje ante Juan Toledo escribano de S. M. en que se obligaron á una alianza defensiva y ofensiva su fecha en 18 de mayo de 1470, y dos años despues por renuncia de Fernando de Narvaez tomó posesion de la alcaidia don Alonso de Aguilar.

Enrique IV disgustado con estas desavenencias se marchó á Archidona, donde recibió al gobernador de Málaga, que le hizo ricos presentes, y prometiéndole su cooperacion y auxilio contra el rey de Granada le despachó muy alegre y lleno de confianza. Esta entrevista y la proteccion que ofreció á Alquirzote el rey de Castilla, fue ocasion, dice el Mariana (1) para que Albobacen con las armas hiciese este año y «el siguiente muchas entradas y rompiese por tierra de cristianos; llevaron los moros grandes cabalgadas de hombres y «de ganados, quemaron campos y poblados; era tan grande su «indignacion y su avilanteza tal que hacian lo último del poder y pasaron muy adelante de lo que antes solian en las táblas, quemas y robos.»

Por último Fernando de Narvaez cargado de años y de padecimientos, despues de treinta y cinco que fue alcaide de Antequera en cuyo espacio apenas pueden numerarse sus trabajos y calamidades, murió el de 1472 poco despues de haber renunciado su destino. Fue grande hombre y digno de la gloriosa reputacion que gozaba; su ánimo esforzado experimentó los mayores infortunios sin abatirse, su paciencia fue heróica, su constancia invencible, su valor semejante al de su padre, y su amor á su patria, sobresalia entre las brillantes virtudes que le adornaban. Hizo con felicidad muchas expediciones, pero la Peña de los enamorados será siempre un triste recuerdo del doloroso desastre que experimentó con su gente. Amábale el pueblo y le obedecia con gusto, y Narvaez en recompensa se desvelaba por el bien público, y fijaba todas

(1) *Lib. 23 cap. 14.*

sus delicias en merecer la confianza y aprecio de sus ciudadanos.

Muerto Enrique IV á los veinte años, cuatro meses y algunos dias mas de reinado, alzáronse los pendones de Castilla por su hermana doña Isabel y el rey de Aragon esposo de esta, los cuales fueron coronados á pesar de la oposicion del príncipe de Portugal y de todos los adictos á doña Juana, conocida vulgarmente con el nombre de la Beltraneja. Por diciembre de 1482, sabiendo Albohacen que Zahara se hallaba desprovista de soldados, almacenes y vituallas, aprovechose de la ocasion, y en una noche muy tempestuosa la escaló, y se enseñoreó de ella. Manchó el bárbaro la gloria de la empresa con su ferocidad, inmoló á todos los moradores que osaron acudir á las armas para defender la plaza, y se llevó á los demas á Granada cargados de cadenas, para que adornasen su triunfo. Los reyes católicos informados en Medina del Campo de este desagradable acontecimiento, mandaron á los adelantados de la frontera y á las ciudades comarcanas que se apercibiesen para la guerra, y redoblasen la vigilancia para evitar la suerte de Zahara, mientras llegaba á la Andalucía el ejército de Castilla. Los nuestros indignados contra Albohacen como le llama el Mariana, ó Muley-Aben-Hacen como le denominan otros, juraron vengar la pérdida de la desgraciada Zahara y la sangre de los cristianos vertida por aquellos cobardes asesinos, que se encarnizaron vilmente en sus sorprendidos é indefensos habitantes, y don Rodrigo Ponce de Leon marques de Cádiz en union con el asistente de Sevilla Diego de Merlo, en una noche se apoderó de Alhama. Esta fue la causa y el principio de la guerra de Granada que duró diez años, y refiere la historia que un viejo que residia en esta capital y era tenido por agorero entre los moros, pronosticó la ruina del imperio de la media luna en España como una consecuencia de las crueldades de Zahara. «Las ruinas de este pueblo exclamó ¡ojalá yo mienta! caerán sobre nuestras cabezas. El ánimo me da que el fin de nuestro señorío en España es ya llegado.» (1)

No contentos los señores de la frontera con la toma de

(1) Mariana lib. 25, cap. I.

Alhama, cada cual por su lado hostilizaba á los moros, y les arrebataban los castillos que no contaban con una respetable defensa. Don Pedro Enriquez adelantado de Andalucía recobró con la ayuda del marques de Cádiz la villa de Cañete y se preparó para mayores empresas. Reunióse en Antequera con el conde de Cifuentes don Juan de Silva asistente de Sevilla, con don Alonso de Cárdenas maestre de Santiago y con don Rodrigo Ponce de Leon, los cuales combinaron con don Alonso de Aguilar alcaide actual de esta plaza una expedicion á la Ajarquia ó montes de Málaga, donde la riqueza de los enemigos y la abundancia de su ganado les prometia una presa considerable.

Mas apenas intentaron esta incursion se propagó la noticia entre los infieles, que retiraron apresuradamente sus piaras y rebaños y se prepararon para recibir á los cristianos. Partieron de Antequera los gefes expedicionarios, y don Alonso de Aguilar iba con su gente en la vanguardia; sus soldados cuando hollaron el pais enemigo se desordenaron, y esparcidos por el campo solo cuidaban de despojar las alquerias. El maestre de Santiago que mandaba la retaguardia, se metió sin premeditarlo en unas ramblas ó quebradas de los montes, donde no podia maniobrar la caballeria. Los sarracenos le observaban emboscados á muy corta distancia, y conociendo el yerro y apuro de don Alonso de Cárdenas, le salieron al encuentro, rodeándole por todas partes, y acuchichando impunemente á sus soldados.

El marques de Cádiz, notando el peligro del maestre, retrocede sin detencion acude al socorro y le saca del mal paso, pero á vista de la aspereza de aquel terreno impracticable, propuso á sus compañeros la retirada que se emprendió en el momento. Salváronse de este peligro para correr á otro mayor, porque ocupadas las eminencias por los enemigos, y conducidos por los guias á un profundo valle donde se despeña el Guadalhorce entre las sierras de Abdalasis, fueron derrotados completamente y cubrieron el terreno de cadáveres. Entonces el maestre: «hasta cuando, dijo á los suyos, soldados nos dejaremos degollar como reses mudas? Con el hierro, y con el esfuerzo hemos de abrir camino; procurad á lo menos de vender caro las vidas y no morir sin vengaros.»

Pronunciadas estas palabras empezó á subir la cuesta; llegó con dificultad á la cumbre: allí fué la lucha mas sangrienta y horrible la matanza de ambas partes, pereciendo, dice el Mariana, personas muy señaladas por su linage y hazañas. El marqués guiado por senderos extraordinarios logró salvarse y el maestre con algunos soldados, atravesando desiertos y matorrales, llegó al vado del Guadalhorce, donde abandonado de los enemigos que le perseguian, respiró con alguna libertad, y se encaminó á Antequera. Llámase el vado referido desde entonces el vado del maestre ó *vado maese*. El gobernador de Málaga Abohardil, que mandaba las fuerzas enemigas, capturó al alcaide de Antequera y al conde de Cifuentes con su hermano Pedro de Silva, y los tres fueron conducidos con buena escolta á Granada. Verificóse esta desgraciada expedicion á fines de marzo de 1483.

Este mismo año Boabdil, conocido vulgarmente con el nombre del Rey Chico, juntó un poderoso ejército y corrió los campos de Ecija. Acto continuo se presentó delante de Lucena, y la intimó su rendicion. Aconsejóle esta expedicion su suegro Aliatar alagando su codicia con las riquezas que prometia á su soberano en la frontera y especialmente en esta villa. Sitiáronla los granadinos el 21 de abril; el alcaide convocó á los moradores y les escoltó á defender la plaza con valor; reuniéronse en ella hasta doscientos caballos y ochocientos peones de los lugares comarcanos. Sin embargo la escasa guarnicion de Lucena, y sus muros bajos y endebles no hubieran podido contener á Boabdil, si el alcaide de los donceles don Diego Fernandez de Cordoba, y el conde de Cabra, no hubieran acudido al socorro. El Rey Chico, perdiendo la esperanza de tomar la villa, sació su iracunda saña en sus olivares, pero acometido por el conde de Cabra, empezó á dispersarse su gente.

Boabdil avergonzado arengó á sus soldados, y restableció el combate á la orilla de un arroyo, legua y media de Lucena camino de Loja; pero á este tiempo don Alonso de Aguilar que habia comprado su rescate, acudió á la *fama del peligro* con los Antequeranos y deshizo á los infieles al primer impetu. Boabdil se apeó de su caballo blanco y se escondió entre las matas y árboles de aquel arroyo, pero descubierto

por tres peones, él mismo declaró quien era para evitar la muerte. Condujéronle á Lucena prisionero, y el año 1520 celebróse ante Alfonso Perez de Mercado escribano de Antequera una informacion de diez testigos de la cual resultaba que el regidor Martin Hurtado de esta ciudad se apoderó en aquella derrota de la persona del rey Chico de Granada.

Por mayo de 1484 reunido en Córdoba el ejército cristiano, se trataba de una brillante jornada al país de los enemigos, y discutian los señores y gefes sobre el punto que se debía acometer, y aunque el maestro de Santiago era de diverso dictamen, todos los demas aprobaron el pensamiento del marques de Cádiz, que propuso el asalto de Alora. Convenidos en el plan de ataque, y deseando todos con impaciencia la ejecucion, vino el rey Católico desde Tarazona á esta ciudad á fines de mayo, y se unió con las fuerzas que le acompañaban al ejército de Córdoba.

Aprobó el acuerdo de los generales y declaró que estaba resuelto á dirigir personalmente las operaciones, y participar de los peligros de la campaña. Sin embargo encargó á todos el mayor sigilo y el disimulo, porque pretendia sorprender á los infieles, y al emprender la marcha hizo correr en el ejército la noticia de que iba á guarnecer á Alhama. De este modo salió de Córdoba y se acercó á Antequera donde pernoctó con su gente, y visitó esta heroica plaza cuya gloriosa fama se habia extendido por toda la monarquia, y cuyos valientes soldados ostentaban aun los ilustres laureles que adornaban sus frentes. No pudo menos de mostrar su admiracion, cuando sus habitantes le narraron los inesplicable padecimientos, privaciones y calamidades que experimentaron durante el tiempo de las treguas, y reconociendo el valor de aquellos bravos guerreros, les prodigó sus elogios, y los colmó de merecidas alabanzas.

CAPITULO XXIX.

Toma de Alora.--Rendicion del Valle de Abdalasis.--Conquista de Málaga.--Incremento de la poblacion de Antequera.--Fundacion de la parroquia de S. Juan.--Cultivo de la vega.--El Guadalhorce --El rio Lavilla y otros arroyos.--Laguna de la sal --El V. P. Martin de las cruces.--Alguaciles mayores y alcaldes.--Convento de S. Francisco.

El dia siguiente salió el rey con su ejército de Antequera y se dirigió á Alora. Sus moradores que no lo esperaban se turbaron con su aproximación, y no pudieron ocultar el terror pánico que se apoderó de sus corazones. Formalizose el sitio el mismo dia que llegaron, y empezó á jugar la artilleria contra las puertas de la villa y sus fuertes murallas, que no eran tan formidables como la posicion que ocupaba la plaza. Elevada sobre enormes y altos peñascos mostrábase inespugnable y si el horrible estruendo del cañon no hubiera intimidado á sus defensores, se hubiera dilatado el sitio por mucho tiempo. No era posible quitarles el agua del rio que la baña encañado entre piedras, y sus moradores, ademas de no carecer de provisiones, estaban acostumbrados á sustentarse con poco (1) y á usar de la comida y bebida mas bien para sostener la vida que para el regalo y deleite.

Combatidas las puertas y el muro, y abiertas muchas brechas en torno de la villa, los moros que jamas habian oido el espantoso estrépito de la artilleria, y que notaban el horrible estrago que habia causado en poco tiempo manifestaron que determinaban rendirse. Ajustáronse las capitulaciones, y habiendoles concedido el rey libertad para trasladarse á donde eligiesen con sus bienes muebles y alhajas, entregaron las llaves del castillo el 21 de junio. Fué general la alegria del ejército con este feliz suceso y colmado el regocijo al saber que ninguno de nuestros soldados habia perecido en el asalto,

(1) Mariana lib. 25 cap. 6.

y que los infieles hubieran podido alargar el sitio por muchos meses segun los preparativos y provisiones de todas clases que encerraba la plaza. Nombró el rey á Luis Fernandez Portocarrero por alcaide de Alora, y dejó á su mando una valiente guarnicion.

Verificada la toma de Alora partió el ejército al valle de Abdalasis distante dos leguas, y casi sin resistencia se apoderó de esta villa. El estampido del cañon habia resonado en esta plaza por la primera vez, cuando los cristianos batian los muros de Alora, y desde entonces habia cundido el espanto y la consternacion entre sus moradores. Opusieron una endeble resistencia á nuestros guerreros y á poco propusieron la suspension de las hostilidades. Presentaron al rey las llaves del castillo, sometiéndose á las mismas condiciones de sus hermanos los de Alora, y don Fernando ocupó la plaza al momento.

El año siguiente 1487, reunido en Córdoba, el ejército salió el 7 de abril para Málaga; componiase de doce mil ginetes y cuarenta mil infantes. Hasta que el rey al frente de esta fuerza respetable pisó el pais enemigo, no descubrió á los soldados su intento. Antes de acercarse á Málaga, pareció prudente y necesario apoderarse de la fortaleza de Velez Málaga; pero habiéndose esta resistido mas de lo que debiera esperarse, se prolongó el sitio y se retardó el objeto principal. Acudió Abohardil al socorro de esta plaza acompañado del famoso Reduan, siguiánle veinte mil caballos y otros tantos peones, que fijaron el real en las puertas de Safarralla. Los cristianos cargaron sobre ellos y los derrotaron completamente, penetrando hasta el cuartel general donde todo lo saquearon, quedando ademas con el bagage. Los velenos perdida toda esperanza de defensa, se rindieron el 27 de abril.

La noticia de este desastre sembró el terror y el espanto entre los Malagueños, y el alcaide Abenconnija su gobernador salió de la plaza para tratar de las capitulaciones con el rey, y entregarle la ciudad. Cierta número de soldados berberiscos que la guarnecian, se alarmaron y conmovieron al pueblo luego que se informaron de las negociaciones entabladas; degollaron inhumanamente á los ciudadanos que querian la paz y someterse á la corona de Castilla antes que empeza-

sen las hostilidades. Don Fernando á vista de esta sublevacion militar y del carácter enemigo que tomaba la poblacion en el momento en que debia incorporarse á la monarquia, colocó sus reales delante de la ciudad el 15 de mayo. En seguida envió comisionados á Antequera, para que llevasen al ejército maderage, sogas, maromas y otras cosas necesarias para escalar las murallas y armar las tiendas de campaña. En fin despues de muchas salidas infructuosas, y de los mayores esfuerzos para libertarse, abrió Málaga sus puertas el 18 de agosto, y el estandarte de la cruz tremoló sobre sus soberbios castillos.

Conquistada Málaga, se aumentó considerablemente la poblacion de Antequera; acudian de todas partes á esta ciudad numerosas familias con el objeto de gozar los grandes privilegios que los reyes de Castilla habian concedido á sus moradores; y como el poder de los infieles habia quedado reducido á la nulidad, ya no temian que los turbasen con sus acostubradas y devastadoras incursiones. Siendo pequeño el espacio que ocupaba entonces la ciudad comprendida dentro de la circunvalacion, levantaron fuera de las murallas muchos edificios, y especialmente poblaron de casas la parte que hoy conocemos con el nombre de arrabal ó barrio de S. Juan.

Al despedirse de los Antequeranos el infante don Fernando, les insinuó la devocion que tenia á S. Juan Bautista, y que estimarian le edificasen un templo. Por esta razon aumentado el vecindario y siendo preciso añadir una nueva parroquia, se consagró esta al glorioso precursor de Jesucristo el año de 1489, segun consta de los libros de colecturia. (1) Construyóse al principio un templo pequeño, que ocupaba solamente el terreno que hasta en nuestros dias ha servido de cementerio, y despues en tiempo del obispo don Francisco Pacheco se amplió y labró del modo que hoy permanece. Tiene tres naves y su capilla mayor, y se acabó la nueva obra el año de 1584, aunque hay tradicion que no se

(1) Comprendia antiguamente esta parroquia 26 calles, 652 casas, 1000 vecinos, y dos plazas, que eran la del Henchidero y la de Martinanton, donde se eleva al presente el templo de S. Juan.

celebró en él la primera misa hasta el de 1590. En una esquina de la iglesia hay una piedra donde se lee el año en que finalizaron los trabajos de su segunda construcción.

No habían descuidado los moros el cultivo de la vega, á que los invitaba la fertilidad del terreno, y las lucrativas ventajas, que ofrecia á su trabajo fueron un poderoso incentivo para que se afanasen en utilizarla y hacerla productiva con la labor. Pero limitaron este beneficio á una pequeña parte de la vega, y cuando conquistaron los cristianos á Antequera, eran muy escasos sus productos, y estrayagante sus cosechas, y comercio. Asi se colige de la albala de don Juan II fechada en 15 de junio de 1412 de la cual extractamos estas palabras:

Non demanden, nin consienta demandar á el dicho alcaide, ni á los vecinos é moradores, que en la dicha mi villa de Antequera moran é moraren de aqui adelante para siempre jamas las dichas monedas, nin pedidos, nin almozarifazgos, nin portazgos, nin diezmos, nin otro derecho, nin tributo alguno que sea en qualquiera manera; otrosi que les non demanden alcabala de todas las cosas de su labranza y crianza é que vendieren, é de la caza é venados, que cazaren los dichos vecinos é moradores de la dicha villa, é de los cueros é pellejos de los dichos venados é caza, mostrando por se de el alcaide de la dicha villa como aquella caza la cazaron en tierra de la dicha villa de Antequera; é los cueros que llevaren á vender que son la dicha caza; otrosi que les non demanden alcabala del esparto, nin de amapola, é ortigas que de la dicha villa llevaren á vender á otras qualquier parte, por que son semejantes á su labranza, pues en la dicha villa siembran las ortigas y las cojen. &c.

Mientras Antequera fué frontera de moros, no se dedicaron sus moradores al cultivo del campo, porque entonces solo se trataba de guerra y el sustento y provisiones se adquirian con las armas: ademas que las continuas correrias de los enemigos impedian confiar á la tierra la riqueza de los ciudadanos, que en un dia de incendio y de tala hubieran perdido sus caudales, y sus esperanzas, pero luego que se conquistó Málaga, la seguridad que empezó á reinar en el pais, y la multitud de familias que poblaron esta ciudad promovieron el

cultivo, y dieron á la vega un nuevo ser, y un aspecto vistoso y pintoresco. Sus eriales y bosques baldíos, cuya propiedad pertenecía á la ciudad, sus feraces soledades y tierras vírgenes, fecundas por su naturaleza se vendieron, ó adjudicaron á personas industriales, que poco á poco utilizaron todo el terreno. Cabrióse en esta época de frondosas arboledas ricos olivares y mieses abundantes. Sarcáronla en todas direcciones con canales de riego, que secundizando las plantas con sus aguas, formaron un amensísimo y poblado vergel.

Los duraznos de la Persia, los albaricoques de Armenia, los membrillos de Candia, los guindos y cerezos trasplantados á España por Luculo Romano, los nogales, perales y camuesos por Flaco Pompeyo desde la Etiopia Oriental, los ciruelos, granados, limones y naranjos procedentes de Africa florecen desde esta época en nuestras deliciosas planicies. Las huertas innumerables que rodean la ciudad comenzaron á producir toda clase de legumbres, frutos y granos, suministrando á los ciudadanos lo suficiente para el sustento y regalo de la vida y las abundantes cosechas de trigo, cebada y aceituna que proporcionaba todo el demás terreno colocaron á poco á esta muy noble ciudad en estado de no necesitar socorro alguno exterior. La dorada vid estendiendo sus verdes pampanos por las vertientes de los cerros y las llanuras espaciosas de las caserías contribuye á embellecer nuestros campos y sus apiñados racimos esprimidos arrojan un vino saludable y delicioso. Soberbios alamos elevándose por los aires hacen ostentacion de su poder sobre las plantas y arbustos inferiores y las aguas corren encañadas entre los espesos vallados y mimbreras que crecen y se nutren á sus márgenes amenas y sombrías.

Entre Loja y Archidona á la falda de las sierras de aquella nace el fecundo Guadalhorce, que atraviesa nuestra florida vega. Sus benéficas aguas se derraman por las casas de campos y jardines aledaños á su curso, fertilizando en su tránsito todo el terreno que percibe la humedad de sus corrientes. Su direccion es hácia poniente, pero vuelve despues hácia el medio dia, y encaminándose á las empinadas sierras de Abdalasis, que parece le salen al encuentro para detener su curso, se despeña por un caladero, y desemboca en el Mediterráneo una legua al poniente de Málaga. Llámale Plinio *rio de los fede-*

rados, aludiendo á los privilegios que gozaban en tiempo del imperio Málaga y Suel, (Fuengirola) municipios confederados con el pueblo romano, entre los cuales desagua en el mar el Guadalhorce. Tolomeo lo designó con el nombre de *Saduca*, y otros le apellidaron *Guadalquivirejo* por su semejanza con el Betis en la estacion lluviosa. Los árabes que no perdian ocasion de alterar las nomenclaturas romanas, y aun extinguirlas, trocaron su nombre primitivo, en Guadalhorce que significa rio de trigo, y con este nombre quisieron indicar las ricas y fértiles campiñas que atraviesa en su curso.

Ademas del Guadalhorce riegan las inmediaciones de esta ciudad otras corrientes cuya utilidad é importancia no nos permite pasarlos en silencio el rio Lavilla nace al pie de la siera poco mas de media legua de Antequera bajo el nuevo camino de Málaga, y suministra al año el agua necesaria para el movimiento de muchos molinos, batanes y fábricas de hilados; y distribuyendo despues sus corrientes entre las huertas y caserías, fertiliza una parte de la vega y se confunde al fin con el Guadalhorce. En tiempo de los moros nos consta que habia en la ribera algunos molinos, y uno de ellos nos ha trasmitido el nombre de su dueño, y le conserva para distinguirse de los demas. El molino de *Istrumendi* (1) es bien conocido en el pueblo, aunque el vulgo corrompiendo su nomenclatura, le llama de *Istrumenta* y su dueño hizo donacion de él á un cristiano vecino de Antequera segun las noticias que hemos podido adquirir.

El arroyo del Alcázar, descendiendo de poniente, corre de mediodia á norte y riega un partido dilatado de huertas y olivares. De levante corre otro arroyo de agua inferior, llamado de las Adelfas y socorre con sus aguas las haciendas del partido de las Suertes.

La causa principal que promovió la poblacion del arrabal

(1) Hemos examinado los titulos del molino de los Frailes, que tal vez será el mas antiguo de la ribera, y por ellos consta que Fernan Alvarez de Sotomayor, hijo de Pedro Alvarez uno de los conquistadores de Antequera dejó por su testamento el citado molino á sus dos hijos, que se convinieron en administrarle pro indiviso; pero habiéndole enagenado uno ae ellos sin la debida autorizacion y consentimiento de su hermano, Pedro de Narvaez que le habia comprado le restituyó á sus dueños el año de 1510, despues de haberle entregado el vendedor los maravedises desembolsados en virtud del aprecio del molino.

de San Juan, fué la procsimidad del rio Lavilla; hubo ademas una fuente en aquel tiempo en la Virgen de la Cabeza, cuyas aguas eran conducidas desde el Gallumbal. Mas luego que se estendió la poblacion hácia la vega, se conoció la necesidad de construir un acueducto, que trajese el agua á esta parte de la ciudad. He aqui el origen de la antigua cañeria de la Magdalena, que en nuestros dias, por hallarse rota, y no conducir el agua con la debida, reserva y pureza, como tambien por haberse descubierto en los prados de Duranguillo algunos pozos abastecidos y al parecer saludables, se ha pensado abandonar y sustituirla un nuevo acueducto; ya ha consumido esta obra cerca de 400,000 rs. y segun resulta del informe de la comision de aguas impreso el año de 1838 se necesitan aun para concluir los trabajos 190,000. Hállanse paralizados en la actualidad y desconfiamos de ver terminada la empresa. Del analisis y comparacion de las aguas de Duranguillo con las de la Magdalena y Lavilla, resultó que aquellas tenian mucho mas sulfate calizo á causa de su mayor estancamiento; y que si sus corrientes fuesen tan rápidas como las otras le perderian inmediatamente hasta igualarse con ellas porque segun indicios vehementes todas proceden de un mismo foco, y sus mezclas deben elaborarse en algun gran receptáculo de agua que se infiere habrá en los Torcales.

Trasladóse por este tiempo á la calle de Estepa por disposicion del corregidor don Pedro del Rey desde la villa la fuente redonda. Es de piedra éncarnada y labrada muy primorosamente con dos tazas, ocho caños y mascarones ovalados.

Las aguas de Fuente-de-piedra mezcladas con las de Santillan, se estancan en la vega y forman la famosa laguna de Antequera. La salubridad de su sal, demasiado notoria en todos tiempos, la facilidad con que se coagula por medio de la accion del sol, y la economia con que se beneficia y almacena, llamaron justamente la atencion de los moros, que se aprovecharon de ella, y la hicieron el articulo principal de su comercio.

Mientras dominaron en el pais, fué la laguna un manantial de riqueza y la fuente de la prosperidad y engrandecimiento de la poblacion, y cuando la recobraron los cristianos, no

dudaron aprovecharse de ella y destinarla á los mismo fines que los infieles. El rey don Juan II hizo donacion á los propios de esta ciudad de todos los montes, dehesas, rios y lagos que no perteneciesen á propiedad particular, y por esta razon disponia el ayuntamiento de la sal que producia, invirtiéndola en el consumo del vecindario, y enagenando la parte que no necesitaba. En el continuo bloqueo y asedio que experimentó Antequera durante las treguas funestas que este soberano ajustó con la corona de Granada, los infieles de los pueblos comarcanos la agotaban con sus cotidianas estracciones, y la conducian por todo el reino; y vendiéndola á un precio regular, se enriquecian con este tráfico, porque en todas partes era preferida la sal procedente de nuestra laguna. Pero ahuyentados los enemigos de la comarca, despues de las conquistas de Archidona, Alora, Valle de Abdalasis, y Málaga, se convirtió esta riqueza en beneficio del procomun de la ciudad, y las autoridades cuidaban de utilizarla y vigilar al rededor de ella, para evitar las estracciones ilegales y clandestinas que repetia con frecuencia la codicia.

Conquistada Granada el año de 1492, y estinguido en España el poder de los Mahometanos, se propagaron las órdenes religiosas por todas la monarquia, y el espiritu de aquel siglo de piedad no tendia mas que á levantar suntuosos monasterios de monges y frailes, y á multiplicar las comunidades. Antequera aun no tenia convento alguno, y la grandeza y opulencia de sus moradores juntamente con su devocion y piedad parece que reclamaban estas fundaciones. Para promover pues la de su instituto apareció por este tiempo en la ciudad un religioso recomendable por su virtud y santas costumbres, y se alojó en unas cuevas que habia en el Portichuelo en el mismo sitio donde se edificó el convento de Sta. Maria de Jesus. Llamábase Fr. Martin de las Cruces, era hijo de Antequera religioso tercero de San Francisco y con la competente licencia de sus superiores vino desde Córdoba á su patria, donde sirvió de modelo á sus contemporáneos. Era entonces el Portichuelo una montaña áspera, poblada de alcornoques, encinas, y quejigos y rodeaban la puerta de la incómoda habitacion del venerable eremita espesos zarzales, espinos plantas silvestres y malezas impenetrables que le cons-

tituian en una inculta y lóbrega soledad. El P. Martín aderezó con ramas de palmas y otros árboles una pobre y humilde choza para reservarse de la inclemencia de las estaciones y en ella se consagró esclusivamente al servicio de Dios y á la contemplacion de las delicias celestiales. Solia de cuando en cuando pasar á la ciudad, donde la caridad de los fieles le suministraba limosnas suficientes para subsistir, y en estas visitas se ocupaba en oír confesiones, servir al altar, ayudar á los parrocos y edificar con sus ejemplos sus compatriotas.

Ya habia muerto el valiente Gonzalo Chacon, y le sucedió en el destino de alferéz y alguacil mayor de esta ciudad su segundo hijo Gonzalo, porque el primogénito Rodrigo emigró á Portugal, despues de haber renunciado en su hermano el 27 de junio de 1441. Muerto aquel le reemplazó su tercer hijo Fernan por merced que le hizo Enrique IV y cédula que espidió en su favor el 23 de agosto de 1460 en Medina del Campo. Heredó el empleo Gonzalo, su hijo á quien agraciaron los reyes católicos desde Córdoba el 20 de agosto de 1485; pero impedido por una enfermedad habitual el 2 de setiembre de 1497 nombró el rey don Fernando de Medina del Campo á su hermano Fernan para que le desempeñase. Murió tambien por este tiempo el alcaide don Alonso de Aguilar, y los mismos Reyes católicos eligieron á su hijo primogénito don Pedro Fernandez de Córdoba marques de Priego para que le sucediese, por una cédula dada en Granada á 29 de setiembre de 1501. Como los señores de la casa de Aguilar no residian en Antequera, nombraron sus tenientes, que fueron Gomez de Figueroa, Gonzalo de Santisteban hijo de Bernal de Santisteban, Luis de Zayas Eslava y Alonso Perez de Padilla, que desempeñaron sucesivamente el honroso cargo que les confiaron. El último alcaide de esta casa distinguida fué don Lorenzo Suarez de Figueroa y Córdoba conde de Feria y segundo marques de Priego segun consta de la cédula del emperador Carlos V, su fecha en Burgos á 23 de marzo de 1524 y en seguida tornó la alcaidia á la casa de los Narvaez.

Padecia de los riñones el principe don Juan hijo de los reyes católicos y siendo San Zoylo el abogado á quien invocan los fieles oprimidos de la espresada enfermedad, le ofre-

ció erigirle un templo si le restituía la salud. No favoreció el santo sus votos, y don Juan en vez de indignarse porque desatendía sus súplicas, otorgó en Salamanca su testamento año de 1497, encargando á sus augustos progenitores que levantasen un santuario dedicado á San Zoilo con 34,000 mrs. que dejó para su fábrica. Los religiosos observantes que tenían sus miras sobre Antequera, alcanzaron del rey una cédula, en que haciéndoles donacion de la cantidad espresada, los autorizaba para fundar un convento en esta ciudad. Había en ella una hermita con la advocacion de San Zoilo en el sitio donde colocó primeramente sus reales el infante conquistador de modo que ningun lugar parecia mas apropósito, ni que mas llenase los deseos del difunto principe al recomendar á los reyes la ejecucion de su testamento. Cedió el ayuntamiento á los religiosos el año 1501, ciento cuarenta y seis canas al rededor de la hermita, que estaba entonces en el camino de Córdoba, y siendo aquellas de cinco varas cada una, resultaban setecientos treinta de donacion. Edificóse el monasterio y templo, ratificando su acuerdo el ayuntamiento el año siguiente, y los reyes católicos esciguieron al sindico que habia corrido con los gastos de la obra que rindiese cuentas de la inversion de los 34,000 mrs, el año de 1504, mas no pudo verificarlo hasta el de 1507 en que finalizaron los trabajos.

A los diez y nueve años despues advirtiéndole la ciudad que la cerca de la huerta y edificio perjudicaba al vecindario, y era un grande inconveniente para la plaza que meditaban formar en aquel sitio escijieron á los frailes que desocupasen una parte del terreno, con lo cual promovieronse cuestiones, conferencias, y consultas innumerables, pero al fin conviniéronse las partes, y la comunidad cedió un pedazo de la huerta, que es el Coso actual de San Francisco ó plaza de la Constitucion, indemnizándola el ayuntamiento con otro igual hácia la carrera.

Han habitado en otros tiempos 60 individuos en esta casa, sin los legos y demas criados y dependientes. Su huerta es espaciosa, y antiguamente un trozo de ella estuvo plantado de cepas. El templo es muy capaz, tiene dos naves, su construccion es de mamposteria le adornan hermosos y esce-

lentes cuadros. Su capilla mayor iluminada por dos ventanas presenta una vista alegre y agradable. Su retablo es primoroso y su arquitectura de bello gusto. Los patronos y dueños de la capilla mayor son los señores marqueses del Vado.

La capilla mas notable de esta iglesia es la de la Sangre cedida por el guardian Fr. Francisco de Escobar á la cofradia de la Sangre y Veracruz, que la edificaron á su costa y lá dieron entrada por el compas. El papa Paulo IV concedió á esta cofradia y capilla todas las indulgencias de la iglesia de San Juan de Letran en Roma por su bula de 17 de agosto de 1555. Hay en el compas una capilla fundada por cinco portugueses cofrades de San Antonio, y dedicada á este santo el año de 1636, y otra á San José por los albañiles y carpinteros el de 1668. Descansan en este convento los huesos del venerable Fr. Francisco del Villar, que siendo hijo de los escelentisimos duques de Segorve en el reinado de Cárlos V y criado en la corte al lado del principe, abandonó toda su fortuna y ocultando su nombre, profesó en Sevilla en estado de lego, y murió en la conventualidad de Antequera.

CAPITULO XXX.

Iglesia Colegial.--San Agustin.--Convento del Cármen.--Cabildos celebrados en San Salvador.--Los Remedios.--Hurto de la Virgen de Villaviciosa.--Aparicion de la Virgen de los Remedios.--Continuacion de los alcaides y alguaciles mayores.

Restablecida en Málaga la silla episcopal por bula que obtuvieron los reyes católicos de Inocencio VIII fecha 4 de agosto de 1486, don Pedro de Toledo fué el primero de los prelados que la ocuparon, y se consagró con bula especial del mismo papa. Sucedióle don Juan de Ortega obispo de Ciudad-Rodrigo en 16 de enero de 1495 segun Salazar de Mendoza (1) en la historia del Gran Cardenal de España, y segun el P. Roa en

(1) Libro 2. Cap. 47.

su historia de Málaga don Diego Ramirez de Villa-Escusa, presidente de Valladolid, capellan mayor de la Reina y obispo de Astorga. Visitando este último la iglesia de Antequera el año de 1502, y notando el incremento que en poco tiempo habia tomado la poblacion, augurando su grandeza futura, y considerando que sus abundantes diezmos podian sostener una iglesia colegial, concibió el proyecto y lo comunicó por cartas á los reyes católicos, que lo acogieron benignamente y le prometieron su cooperacion para realizarlo. La renta que propuso para dotarla fueron las dos terceras partes de las tercias reales que cedió Enrique IV en beneficio de las iglesias de Antequera, dejando lo restante para las fábricas, y como cada una de estas tenia dos beneficios simples servideros, los de la iglesia donde se fundase la colegial debian incorporarse é ingresar en la masa comun de la mesa capitular, luego que vacasen; y con la tercera parte remanente dotarse los cuatro beneficios de las otras.

Dado este primer paso se solicitó y obtuvo bula de Julio II espedita el 8 de febrero de 1503, el año primero de su pontificado, y en el siguiente usando don Diego Ramirez de Villa Escusa de su autoridad ordinaria como obispo y de la pontificia como delegado, creó y fundó la colegial de Antequera, eligiendo para este fin la parroquia de Santa Maria, por hallarse en sitio mas acomodado que las demas, y donde el pueblo con facilidad podia congregarse para los actos religiosos. Fué preferida ademas esta parroquia por ser su titular la Virgen de la Asuncion ó Santa Maria la mayor, que segun el canónigo Yegros era Ntra. Sra. de la Esperanza que ya hemos indicado ser la misma que trajeron los conquistadores, y dejaron á su despedida en Antequera. El papa en virtud de las razones espresadas y en atencion á la nobleza de la ciudad, á la decente dotacion del cabildo, y al apoyo decidido que prestaban los reyes católicos á la obra le concedió muchos privilegios y esenciones sin dejar alguno de los dispensados á las demas colegiales insignes y principales de la monarquia.

Creáronse en ella una dignidad con el nombre de preposición que preside al clero y al cabildo, doce canongias, entre ellas tres afectas la magistral, la doctoral y la lectoral; ocho raciones enteras y la agregaron con el nombre de medios racioneros

los demas ministros necesarios al culto y al servicio de la colegial, como son un cura sin jurisdiccion con el nombre de arcepreste, un sochantre, un sacristan mayor, un maestro de capilla, un organista, un pertiguero y un maestro de gramática con el cargo de enseñar á los niños de coro, y á los hijos de la ciudad que quieran oirle. El campanero y caniculario tienen dos tercios de racion. La canongia de escritura no se creó hasta el año de 1568 en cumplimiento de la sesion 5.^a del concilio de Trento cap. 1.^o; habiendo vacado una de ellas, el obispo don Francisco Blanco y Caballero la aplicó á este officio. Gozan los prevendados las vacantes por concesion de Clemente VII su fecha en Roma en 13 de enero de 1523, y la confirmó Felipe IV en Madrid 1.^o de julio de 1617, mandando que las informaciones no se hiciesen á costa de ellas como se acostumbraba, sino de los mismos presentados. De la canongia de mozos dispuso don César Riario obispo de Málaga, para dotar algunos músicos, despues de satisfacer á aquellos el sueldo estipulado, y desde entonces tiene esta colegial su capilla de música, compuesta de cantores y ministriles, sacando de las fábricas lo que falta para la integra dotacion de estos. Cuenta tambien varios capellanes de diferentes fundadores con obligacion de asistir al coro y al servicio del altar; cuatro de ellos están destinados á la parroquia, seis al altar para diáconos, y acompañar al preste.

El racionero Juan de Aguilar ademas de las dos capellanias que dejó fundadas hizo donacion á la Colegial de 32 ducados de renta para cuatro seises y ordenó que de su patronato se les diese á cada uno su opa encarnada con mangas y bonete para el servicio del coro. Por último tiene anejo un colegio seminario para el servicio del coro y del altar, fundado por el doctor don Francisco Cerio de Esquivel canónigo doctoral que fué de esta iglesia con renta de 14,000 reales anuales para el sustento de sus individuos y del rector, y el prepósito y cabildo son los que proveen este destino, las becas y capellanias.

Hasta el año de 1514 no se empezó la nueva obra, y ampliacion del templo de Santa Maria. Es este suntuoso edificio de fuerte canteria, tiene tres naves muy capaces, el cuerpo es bastante elevado. Siete gradas enlosadas de piedras bruñidas y

encarnadas franquean el paso al altar mayor. El retablo es muy vistoso y de perfecta arquitectura, de maderadorada; tiene dos cuerpos el sagrario; el primero de tres varas en alto con diez y seis columnas dóricas, sus capiteles y pedestales y el segundo de mas de vara y media con otra diez y seis columnas. Su fachada es muy primorosa adornada de muchas piramides, y tiene tres puertas; no se acabó la obra del templo hasta el año de 1550. Omitimos otros pormenores curiosos porque no es nuestro intento trazar la historia de las fundaciones de los santuarios de Antequera, y nos limitamos únicamente á una rápida descripción.

Don Diego Ramirez de Villaescusa en 25 de octubre de 1513 hizo donacion á los frailes de San Agustin de la hermita de Santa Catalina para que fundasen un monasterio, y tomó posesion de ella Fr. Martin de San Agustin. El comendador Rui Diaz de Rojas y Narvaez y doña Elena de Zayas su esposa edificaron la capilla mayor concluida el año de 1526, segun aparece de la escritura que otorgó en su favor la comunidad, en la cual se hallaba á la sazón Santo Tomas de Villanueva, provincial de la órden, cuya firma se conserva en el oficio de don Miguel Talavera. Permutaron despues los religiosos el convento, las viñas, olivares y censos que poseian por unas casas del alcaide Diego de Narvaez sitas en el lugar que hoy ocupa el monasterio de San Agustin, por escritura celebrada ante Alvaro Oviedo el 25 de julio de 1540, y su hermano Pedro de Narvaez le ayudó á levantar la capilla mayor, colocando en el arco toral diez y siete banderas que ganó su padre siendo general del emperador Carlos V en Guipuzcoa, Fuenterrabia y otras partes. En tiempo del prior Fr. Francisco Cano se alzó la capilla mayor mas de dos varas y en el año de 1675 y 76, siendo provincial el P. Fr. Melchor Vela hijo de esta ciudad, se construyó una primorosa torre que hoy permanece. En el posterior de 1580 aprobó el obispo de Málaga, don Francisco Pacheco las constituciones de la cofradia del Santo Entierro de Cristo. Tiene su templo suficiente latitud; en nuestros dias se haya bien maltratado y aun ruinoso pero conserva muchos indicios de su pasada suntuosidad y bellos adornos. Debajo del altar de San José hay una rica urna que contiene un cadáver vestido de malla de oro con piedras muy

preciosas, y en la cubierta se lee esta inscripcion: Verdadero y sagrado cuerpo y vaso de sangre del Sr. San Clemente mártir.

El M. R. P. Fr. Juan de Ortega y su compañero Fr. Agustin se presentaron en esta ciudad el año de 1513, solicitando que el ayuntamiento le cediese local apropósito para edificar un convento de carmelitas calzados. Cedióle este la hermita de San Sebastian el viejo, y admitiéndola los frailes, quedaron obligados á emprender la obra dentro del año. Tomaron posesion sin perder tiempo, entrando en el sitio marcado, y paseándose repetidas veces por él, arrojaron varias piedras fuera de la cerca en señal del dominio que adquiririan sobre ella. Sin embargo doña Leonor de Segura viuda de Alonso de Córdoba nombrada por los frailes fundadora y patrona compró un solar en la calle Fresca, á espaldas del convento de la Victoria, y empezó á labrar la capilla mayor y el monasterio; sobrevinola á este tiempo una peligrosa enfermedad, y dispuso se suspendiese la obra, y que se continuase la que habia empezada en San Sebastian el viejo, y su hija doña Catalina con su esposo don Gerónimo de Rojas y otros señores de la familia de este, concurriendo cada uno con 300 ducados edificaron el magnifico templo y convento de Ntra. Sra. del Cármen, que se acabó el año de 1614, y la capilla mayor el de 1633. No tiene esta iglesia mas que una nave, pero bien larga y espaciosa; su retablo es de lo mas primoroso y elegante que hay en Antequera. Tiene este templo una capilla consagrada á la soledad de la sagrada Virgen, no consta la época en que se levantó, ni las personas que la edificaron, pero el año de 1568 aprobó el vicario general de Málaga la constituciones de su cofradia.

En el 1.º de enero de 1495 celebró cabildo el ayuntamiento para nombrar alcaldes ordinarios, mayordomos y alcaldes del agua y sorteados los electores, resultaron Pedro Gonzalez Ocon, regidor, y Juan de la Puebla jurado, que autorizaron al efecto al maestro Luis, Pedro Medina, Miguel de Baeza y Fernan Garcia de Estepa conforme al tenor de la real cédula de los reyes católicos. En seguida fueron estos llamados á la iglesia de San Salvador y habiéndoseles presentado una nómina de los sifodalgos de Antequera para que eli-

giesen á los que habian de desempeñar los mencionados oficios, nombraron á Pedro de Narvaez, Diego Alarcon, Ruis Diaz de Rojas y Luis Galiano que fueron recibidos en el ayuntamiento.

«En el cabildo celebrado por esta ciudad, justicia y regimiento ante Pedro Fernandez de Córdoba escribano el día «sábado 16 de noviembre de 1496 á consecuencia de la real «cédula de los reyes católicos su fecha en Valladolid á 23 de «febrero de 1496 que se halla inserta, librada al concejo y regidores de la ciudad de Sevilla para que en todas las ciudades, «villas y lugares de sus reinos y señorios se hiciesen y fuesen «hechos hombres de á pie armados y sacados, escojidos entre «doce hombres uno para que sirviesen á S. M. cuando fuere «menester y fuesen llamados para la guerra, ó para otras cosas «que cumpliesen á su servicio y al bien y pacificacion de sus «reinos; con la que requerida la ciudad, acordó su cumplimiento y que se llevasen los padrones de vecinos y almas, «sacados de los padrones fechos por los jurados de esta ciudad, donde paraban y estaban, y por Francisco de Solana «alcalde de la hermandad y dicha copia parece componerse «de quinientas y treinta y tres personas con los hijodalgos.

«Nomina de los fijosdalgos nombrados y declarados de armas mayores.

»Fernando de Alarcon.—Bartolomé Fernandez de Villalón.—Juan Gimenez de Almodovar.—Alonso de la Cordovesa.—Anton del Rey.—Cristobal de la Torre su hijo.—Ruis Garcia de Morales.—Fernando de Antequera.—Bartolomé de Arroyo.—Alonso Ayamonte.—Gonzalo Coracho.—Pedro de Chinchilla.—Anton de Baena.—Pedro Trujillo.—Luis Alvarez.—Miguel de Estudillo.—Rodrigo Alonso de la Hinojosa.—Fernando Diaz de Montilla.—Ruiz Cañete.—Bartolomé Ruiz Aranel.—Pedro Doncemas.—Antonio Rincon.—Juan Parejo.—Juan de Linares.—Juan de la Torre.—Juan de Ortega.—Rodrigo de Padilla.—Rodrigo Alonso.—Juan de Alarcon.—Garcia de Reina.»

El año de 1508 en el cabildo celebrado en la iglesia de San Salvador fué nombrado alcalde ordinario Juan Parejo y en el de 1529 Fernan Gonzalez Parejo,

Continuaba el P. Martin de las Cruces en el mismo método de vida que adoptó desde el principio de su aparición en Antequera; empleado unicamente en el servicio de Dios y en los rigores de la penitencia hacia resonar á todas horas su humilde choza con cánticos y alabanzas celestiales. Sin embargo no perdía de vista su objeto principal que era promover la fundacion de algun convento del órden tercero en su patria, y la Providencia que penetraba los mas ocultos deseos de su virtuoso corazon, y que no podía menos de interesarse en sus ruegos, le facilitó quanto deseaba por unos medios tan sencillos como imprevistos. Los labradores del partido de las Suertes, Juan Romani, Diego Muñoz, Sancho de la Peña, Fernando de Piña y Juan de Escobar convinieron en edificar una hermita en los linderos del *Cañuelo* y *Torrearboles* á distancia de tres cuartos de leguas de la ciudad para que se dijese misa los dias de precepto, y habiéndolo realizado, les suplicó el venerable solitario que se la cediesen para habitarla y cuidar de ella, obligándose á celebrar el incruentado sacrificio todos los dias. Los labradores cuyas piadosas miras llenaba esta solicitud, acogieronla benignamente, y no solo se la entregaron para que la habitase, sino que ademas le hicieron donacion de ella por escritura celebrada ante Juan Mendoza escribano del número el año de 1519, y el notario apostólico Luis Sanchez le puso en posesion el 1.º de noviembre.

Contento el P. Martin de las Cruces con este feliz suceso se trasladó á la hermita, sin perder la posesion de la pobre choza ó casilla que le sirvió desde entonces de hospicio quando venia á la ciudad. Acomodado ya en ella, é insistiendo en su primer pensamiento, invitó á varios religiosos del convento de Córdoba y otros de la provincia para que se le reuniesen y cooperasen á sus intentos. No tardaron en asociársele algunos individuos recomendables por sus virtudes, y erudicion que en breve plantearon el edificio, y sus escortaciones y méritos interesaron al pueblo á contribuir con sus limosnas á la empresa comenzada. El fervor y piedad de los fieles proporcionaron todos los recursos que se necesitaban para la obra, y finalizados los trabajos del claustro, y la ampliacion del templo, que adquirió al mismo tiempo un adorno brillan-

te y los artículos indispensables para el culto divino, aumentóse la comunidad, y el venerable fundador suplicó al ayuntamiento que le hiciese donacion de algunas tierras para el sustento de los religiosos. Accedió á sus ruegos este benemérito y distinguido cuerpo, pero con alguna limitacion, hasta que el año de 1575 el licenciado Junco de Posadas del consejo de S. M. oidor de la chancilleria de Granada, y juez de términos y montes, hallándose en Antequera le concedió todas las tierras que contienen las aguas vertientes de los cerros circunvecinos al convento. El obispo de Málaga don César de Riario patriarca de Alejandria, á solicitud de la autoridad municipal, dió licencia para la fundacion de esta casa religiosa y el P. Fr. Rodrigo Perez ministro de Madre de Dios de Córdoba fué el agente de estas diligencias.

A poco de la fundacion del convento sucedió que un pastor natural de Antequera, hallándose de ganadero en el partido de la Nava jurisdiccion de Córdoba junto al santuario de Ntra. Sra. de Villaviciosa, enamorado de la hermosura de la imágen, se propuso hurtarla y traersela á esta ciudad. Habia oido decir que otro pastor la habia robado de la villa de Viciosa en Portugal, y que la Virgen habia obrado con él muchas maravillas, y aspirando á lograr sus prodigiosos favores y merecer la suerte de su compañero, aprovechóse de una ocasion, arrebató la imágen, y regresó con ella á Antequera. Ocupóle poco despues uno de los labradores de las suertes, y como el pastor estaba siempre con su ganado en las cercanias del convento, frecuentábale á menudo, y entabló amistad con el virtuoso fundador. Quejábbase este de continuo en su presencia de la falta que le hacia una imágen de la Madre de Dios para que fuese la titular de la iglesia; y el pastor conmovido y pagado de la religiosidad y prendas recomendables del P. Martin, le hizo donacion de la virgen de Villaviciosa, sin participarle el origen de su adquisicion.

La belleza de la imágen cautivó el corazon de su nuevo poseedor, y al punto la colocó en el altar mayor, donde estuvo por espacio de dos años; pero visitando casualmente este templo un vecino de Córdoba, la reconoció, y dió aviso á su ayuntamiento para que procurase recobrarla. En efecto por disposicion de los dos cabildos fué comisionado para el obje-

to el dean don Juan Fernandez de Córdoba, el cual personándose al P. Martin, y presentándole los documentos que certificaban la identidad y propiedad de la imágen, la recibió pacíficamente de sus manos, aunque no pudo verificarse este acto sin muchas lágrimas y demostraciones de sentimientos. Mientras disponia su regreso, depositóla en el hospital de la Caridad que estaba en la plaza de S. Sebastian y á pocos dias la condujo á Córdoba con la posible reverencia. Por este raro acontecimiento se cantaba entonces esta copla:

¿Quién os hizo de Antequera

Madre de Dios poderosa?

¿Quién os hizo de Antequera

Siendo de Villaviciosa?

No es posible describir el pesar y desconsuelo del P. Martin por la ausencia de la bella imágen; su afliccion crecia diariamente, y en sus fervorosas oraciones acompañadas de abundantes lágrimas pedia al Señor que mitigase su pena, indemnizándole de una perdida tan dolorosa. Favoreció el cielo sus plegarias y oyó benignamente sus ruegos, pues un dia á las diez de la mañana, mientras se ejercitaba en la oracion, llamaron aceleradamente á la puerta del convento, y saliendo á informarse de la causa de aquel estrepito, vió en ella á un bizarro caballero, adornado con una librea mas blanca que la nieve y montado sobre un brioso caballo, que alargando sus manos para entregarle una hermosa imágen de Ntra. Sra. que tenia abrasada y recostada sobre su pecho, le dijo estas palabras: *he aqui tu Remedio y el de la ciudad de Antequera.* El P. Martin enagenado de gozo con el feliz presente, luego que recibió la imágen, partió con velocidad al interior del claustro á demostrarla á sus compañeros, y cuando volvió á la puerta para hospedar al gallardo y generoso caballero y prodigarles sus atenciones en señal de gratitud, notó con pesar que habia desaparecido. Corrieron los religiosos á los sitios mas altos de la circunferencia con el deseo de descubrirle y obligarle á retroceder y permanecer algunos dias en su sociedad; pero todo fué en vano, y por ninguna parte se encontraban vestigios de su ruta, ni indicios de su paradero. Reflexionaron entonces no sin fundamento que el incognito caballero seria algun angel ó el patron de las Españas Santiago, y que el

Altísimo, haciendo ostentacion de sus misericordias, y sensible á los ruegos del venerable fundador, le habia enviado para depositar en sus manos esta imágen prodigiosa y consolar á su siervo de la pérdida que lamentaba. Tal es la historia de la aparicion de Ntra. Sra. de los Remedios, que contienen todos los manuscritos antiguos, y faltariamos sin duda á nuestro deber, si no la diésemos publicidad y la escluyéramos de nuestra narracion.

Murió el sexto alcaide don Lorenzo Suarez de Figueroa en la villa de Zafra el 22 de agosto de 1528 y el emperador por su cédula de 8 marzo del siguiente año dada en Toledo nombró para que le sucediese á Ruy Diaz de Rojas y Narvaez, llamado el de la lanzada comendador en Castilla del orden de Santiago y en ella manda á sus contadores mayores que le libren anualmente la cantidad de 137,192 mrs. sueldo que gozaron sus antecesores de la casa de Aguilar. Pero este mismo año renunció el destino en manos de la Emperatriz, gobernadora á la sazón por ausencia de Carlos V y le sucedió su hijo primogénito Diego de Narvaez para cuyo efecto se le despachó carta de privilegio desde Toledo en 20 de Agosto, escrita en pergamino, y marcada con el sello de plomo pendiente en hilos de seda de colores.

El noveno alcaide fué don Rodrigo de Narvaez y Rojas su hijo con la misma renta, segun consta de la cédula de merced firmada por Felipe II y de otra de privilegio del mismo Rey, escrita en pergamino y sellada y dirigida á sus contadores mayores desde Valladolid en 18 de julio de 1556. El 12 de agosto del mismo año perpetuó S. M. la alcaidia en la casa de los Narvaez, y así quedó anotado en los libros reales de tenencias con el pleito homenaje que hizo el primer alcaide, la entrega de la fortaleza de Antequera, y el inventario de armas y municiones que quedaron en ella al despedirse el infante don Fernando. El sexto alferrez mayor fué Fernan Chacon primogénito de Fernan Chacon y de doña Beatriz de Rojas su segunda esposa. El séptimo fué don Juan Chacon su cuarto hermano y en su tiempo se estinguió para siempre el oficio de algacil mayor por decreto de S. M. año de 1553. Por su muerte se incorporó su destino á la casa de los Narvaez, y Felipe II la

perpetuó en sus herederos por su cédula de merced, su fecha 10 de diciembre de 1566.

CAPITULO XXXI.

Parroquia de San Sebastian.--Santiago.--San Miguel.--Madre de Dios.--La Encarnacion.--Parroquia de San Pedro --Colegio de Santa Maria de Jesus --Confirmacion de los privilegios de Antequera.--Revocacion del decreto de Felipe II sobre administracion de la laguna de la sal.--Convento de la Victoria.--Casas de Cabildo y Papabellotas--Puerta de la villa y arco de los Gigantes.

El licenciado Andres Martinez Tellez beneficiado de Antequera en 1512 otorgó su testamento por el cual se mandó enterrar en la capilla que habia labrado en la parroquia de San Sebastian. De aqui se infiere que su ereccion fué mas antigua que la fecha mencionada, aunque se ignora absolutamente, y lo único que hemos podido averiguar es que era su templo tan pequeño como el de San Juan, y que el obispo don Fr. Bernardo Manrique promovió su ampliacion, y la obra que hoy permanece, el año de 1540. Construiase al mismo tiempo el magnifico templo de Santa Maria, en el que se habian invertido ya 3,000 ducados, y como los fieles acudian á esta obra con preferencia, escaseaban las limosnas en la de San Sebastian, y se retardaba su conclusion. En vista de esto mandó el prelado que se suspendiese la de la colegial, para que pudiese progresar la de la parroquia; pero el ayuntamiento que tenia mas interés por la primera, nombró á Cristobal de Ocon, para que representase á S. M. en Madrid *el agravo* que el obispo habia hecho á la ciudad con aquella disposicion. Fundábase esta ilustre corporacion para sostener su querrela, en que la grandeza y suntuosidad de San Sebastian indicaban que don Bernardo Manrique aspiraba á constituir-la en colegial y que en este caso se despoblaria la villa antigua y los caballeros y demas personas principales que tenian sus domicilios dentro de ella la abandonarían trasladándose al

arrabal de la parroquia. El rey por su cédula de 24 de marzo de 1544 mandó entonces al obispo que en los tres primeros años siguientes emplease sin oposicion las rentas de la fábrica en la obra de San Sebastian, pero que finalizado el término prescrito no pudiesen invertirse sino en el edificio de Santa Maria. Aceleráronse los trabajos con este motivo y el año de 1547 se acabó el templo de la parroquia, que tiene latitud y capacidad suficiente para la congregacion de sus feligreses y el desempeño de los augustos ejercicios á que se destinó. Tiene tres naves, su construccion es de sillares y mamposteria, y en las colaterales se conoce muy bien la precipitacion, con que se acabó la obra, habiendo sido necesario el año de 1675 renovar la de la derecha. En el dia es la mejor parroquia de Antequera, porque abandonando la villa la poblacion, y habiéndose estendido al rededor de ella todo el señorío pertenece á su feligresia y se halla en la plaza principal de la ciudad. La portada y frontis del templo es tambien de sillares labrados y sobre la puerta se ven las armas del emperador Carlos V. con las columnas de Hercules y la inscripcion: *non plus ultra*; á los lados hay tres estatuas que representa á San Pedro, San Pablo y San Sebastian su titular en medio todas de piedra, y colocadas en tres nichos. La capilla mas rica y adornada de esta iglesia es la de las Animas fundada por los sujetos mas distinguidos de la ciudad, que en seguida crearon una ilustre cofradia el año de 1530. Posteriormente se formó otra hermandad de Animas en esta parroquia por las predicaciones del doctor don Gregorio Victoria, canónigo de la colegial y despues de la iglesia de Córdoba, y se compuso de 72 individuos, número de los discipulos de Cristo, y de aqui tienen origen las animas viejas y modernas.

El año de 1519 Pedro de Trujillo y otros vecinos de Antequera pidieron licencia al ordinario para edificar una hermita con la advocacion del Apostol Santiago patron de España, y obtuvieron el permiso siguiente:

«Yo don Bartolomé de Baena, protonotario, escritor apostólico prior en la iglesia de Málaga, provisor y vicario general en lo espiritual y temporal en todo este obispado:

«Por el tenor de las presentes doy facultad y licencia á vos el honrado Pedro de Trujillo ó otras cualesquiera perso-

«nas vecinos de esa ciudad que á devocion se quisieren mo-
«ver á ello para que podais edificar y edifiqueis una iglesia
«en una haza que la ciudad tenia, que sale de la carrera, ca-
«mino de Granada, junto á la huerta del señor don Francis-
«co Pacheco, calle en medio en el sitio y lugar que la ciudad
«hubo señalado, por quanto soy informado que de ello Ntro.
«Señor será servido y su pueblo aumentado. E mando á cua-
«lesquier clérigos ó legos, ó otras personas de esa ciudad so-
«pena de escomunion mayor que no vos impidan el dicho
«edificio en manera alguna.—Otrosi vos doy la dicha licen-
«cia para que podais pedir é demandar limosna entre la bue-
«na gente para el dicho edificio de dicha iglesia, cuya advo-
«cacion sea del Sr. Santiago apostol. En fé de lo qual vos
«mandé dar y di la presente firmada de mi nombre y del no-
«tario infrascripto, que es fecha hoy sábado 19 dias del mes
«de marzo del año del Señor de 1519.—En fe de lo qual
«atento á que la justicia y regimiento de esta ciudad asi lo
«pidió, como pareció de una cédula firmada de su nombre,
«è del notario de su cabildo, la qual sea sin perjuicio de la
«parroquia de San Sebastian fecho ut supra; sea la advoca-
«cion de la iglesia del Sr. Santiago patron de España.—Barto-
«lomé Baena.—Por mandado del señor provisor Juan Gar-
«cia, notario apostólico.»

Como esta hermita se edificó con limosnas, duró la obra 44 años, como se deduce de un pedimento de los curas y beneficiados de San Pedro, en cuyo distrito estaba en el tiempo espresado, para que no se dijeran misas en Santiago, sino por los individuos de su corporacion, en virtud á *que se veian privados de las ofrendas y otros emolumentos y los fieles no eran instruidos en la doctrina cristiana.* Permaneció siendo hermita hasta el año de 1677 en que el sagrario de San Isidro se trasladó á ella y tomó el titulo de ayuda de parroquia, ó auxiliar de San Pedro. Fue preciso renovar entonces el templo y darle mas amplitud, que se consiguió casi sin dificultad, quedando muy adornado y vistoso, embovedado y enlucido, y el de 1575 se labró el camarín de Ntra. Sra. de la Salud.

No consta el año de la fundacion de la iglesia de San Miguel, pero se verificó sin duda durante el episcopado de

don Diego Ramirez de Villaescusa, que concedió 40 dias de perdon á los fieles que contribuyesen á la obra con sus limosnas. Es tradicion que promovieron y activaron su fundacion dos hermanos llamados los Migueles, que dieron el nombre á su calle, y hay en ella una cofradia con el titulo del Santo Arcangel, cuyas constituciones aprobó el provisor don Bernardino de Contreras en 20 de noviembre de 1515. Habiendose trasladado á ella el sagrario de San Salvador, se denominó en adelante ausiliar de San Sebastian, y en nuestros dias es una parroquia independiente como la de Santiago.

El primer convento de religiosas que se levantó en Antequera fué el de las Agustinas calzadas con el titulo de Madre de Dios de Monteagudo. Ignorase el año de su fundacion, pero consta el nombre de una de sus fundadoras llamada doña Isabel de Espinosa, que vino de las Nieves de Córdoba acompañada de otra religiosa. Hospedáronse al principio en la plazuela del Albaicin en la casa que es hoy curadero de cera, y en ella celebraron la primera profesion el 2 de junio de 1520. Mudáronse el de 1528 al precioso convento que poseen en la actualidad, que es el mejor de los monasterios de Antequera, cuyo sitio se hallaba entonces fuera de la poblacion. Profesan la regla de San Agustin, y estuvieron sujetas á la jurisdiccion de los prelados regulares hasta el de 1600, que se sometieron al ordinario.

Hallándose en Roma Maria Ruiz la Rubiana y su hija Lucia de Alvarez obtuvieron una bula de Leon X para edificar á sus espensas en el cerro del Infante un santuario en honor de la Santa Cruz y en memoria del monte Calvario, su fecha en 7 de julio de 1517. Regresaron á Antequera y plantearon el edificio, donde vivieron bajo la regla de Santa Catalina, pero el año de 1520 vinieron á fundar un monasterio de su instituto dos religiosas Carmelitas calzadas, y uniéndose á las beatas del cerro de la Cruz, las vistieron su hábito, y las incorporaron por medio de la profesion á su naciente comunidad. Don César de Riarío les autorizó para cambiar de hospedage, y entonces se trasladaron al convento que hoy ocupan. En el mismo año vendieron el patronato á doña Maria de Segura viuda de don Fernando de Galvez oidor de la Chancilleria de Granada y asistente de Sevilla.

Esteban de Villaloná su costa consagró un templo al principe de los apóstoles, aunque bastante reducido, y acabada la obra impetró licencia de don Bartolomé Baena provisor y vicario general de la diócesis para que don Juan Orgaz obispo y prior de San Juan de Acre en Sevilla lo bendijese, lo que se ejecutó el 31 de junio de 1522. Erigióse aqui poco despues una parroquia con el titulo de San Pedro, y habiendo crecido el vecindario por aquel arrabal, los curas y beneficiados estimularon la piedad de sus feligreses, para dar mayor estension á la iglesia. Como los gastos de la obra se reunian de limosnas, aunque se principió el año de 1574, no se concluyó hasta mucho tiempo despues, en que el cardenal de la Cueva obispo de Málaga mandó que se construyese de prestado la capilla mayor. Duró esta nueva obra desde 1656 hasta el 30 de setiembre de 1731. Instituyéronse en esta parroquia varias cofradias y hermandades, que han sostenido hasta nuestros dias su culto con el mayor brillo y decoro, sobresaliendo entre ellas la del Santisimo y la de las Animas. Es magnifico el templo de San Pedro y se estiende su feligresia por 42 calles donde se incluyen 5 plazas que son la de San Francisco, Cruz Blanca, Santiago, Matadero, y la de Navarro formada el año de 1746, siendo corregidor don Rodrigo de Navarro de quien tomó el nombre. Demolió para este efecto un cerro que habia en la puerta de Granada, y levantó al final de la calle de Belen un arco de sillares de piedra jaspe y ladrillos, haciendo en lo alto una pequeña capilla, donde colocó la imágen de la Virgen del Rosario. Desmembrada en la actualidad esta vasta parroquia por la ereccion de la de Santiago, hase menguado el numero de sus feligreses, pero abraza todavia limites muy regulares que la hacen la mejor de la ciudad, despues de la de San Sebastian.

Como el venerable fundador de los Remedios no habia perdido la posesion de la Cuevas del Portichuelo, que le servian de hospicio y á los demas individuos de su comunidad, cuando venían al pueblo, concibió el pensamiento de edificar otro convento en aquel sitio. Rodeábanle ya muchas cascas por todas partes, y tomando progresivamente incremento el vecindario, juzgó que no se desecharia su idea, no lle-

vando otro objeto, que hacerse util á los fieles con sus predi-
caciones, misas y ejercicios espirituales. En efecto ne se equi-
vocó, pues los mas del ayuntamiento la acogieron con benc-
volencia, y le ofrecieron su proteccion para realizarla. Ob-
tuvo se pues la licencia correspondiente y empezó la funda-
cion 8 años despues que la de los Remedios, es decir, el de
1527; pero las demas comunidades se opusieron fuertemente
y entablaron un pleito ruidoso para que no prosiguiese la
obra y se le despojase del local. La envidia y otras pasiones
mezquinas animaban la contienda y presentaban diaria-
mente nuevas dificultades para entorpecer la empresa co-
menzada. Mediaron para apagar la discordia los personajes
mas esclarecidos y respetables de la ciudad, mas no pudien-
do sosegar á los émulos del P. Martín, desistieron de dar
pasos en vano, y se limitaron á regularizar la cuestion. Ob-
jetaban los otros prelados que no podia haber en un mismo
pueblo dos conventos de un instituto, y querellábanse del
perjuicio que iba á ocasionarles la nueva fundacion compren-
dida en los términos de sus casas religiosas. Frívolos pretes-
tos y razones superficiales que dictaban otras miras ajenas
del carácter de que se hallaban aquellos revestidos.

A la verdad en Sevilla, Córdoba y otras poblaciones ha-
bia en aquel tiempo duplicados conventos de una misma re-
ligion, y no debian ignorarlo los de la oposicion, descubrian
en sus porfiados conatos la doblez de sus intentos. Por otra
parte las casas religiosas no eran parroquias, para que les
pertenesiesen los distritos de la ciudad, y aunque estuviese
una en frente de otra, como se verificó posteriormente con
los Remedios y San Juan de Dios, carecian de fundamento
para entablar una polémica tan escandalosa.

Reducida la cuestion á los términos expresados, se some-
tió á la decision de Roma, que omitiendo el primer punto
por su inutilidad, contestó al segundo que si el nuevo conven-
to estaba á distancia de 100 canas ó 250 varas de los demas,
cesase la contradiccion, y no fuese licito turbar á los religio-
sos terceros en su posesion, debiéndolos amparar cualquiera
juez, si no se conformaban los prelados regulares. A conse-
cuencia de este decreto, midióse la distancia que hay desde
San Agustin que era el convento mas cercano hasta el Porti-

chuelo y resultó sobrar mucho terreno despues de las 100 canas.

Mas no se aquietaron por esto las comunidades, que reprodujeron sus instancias para que se estorbase la prosecucion de la obra, y alegaban que no habiendo decidido Roma sobre el primer punto, era necesario hacer nuevo recurso, hasta que S. S. pronnciase una sentencia definitiva. Entonces el cuerpo municipal, para cortar de una vez aquellas disensiones, interpuso su autoridad ordenando que continuase la obra, y que no se llamase convento, sino colegio. A este medio de conciliacion correspondiendo la comunidad, se obligó á sostener sin interrupcion una cátedra pública de filosofia. De este modo triunfó el P. Martin de las Cruces de todos sus émulos, y construido el templo y el claustro le dió el nombre de Colegio de Santa Maria de Jesus.

Sin embargo carecia de patrono esta iglesia, y el año de 1642 se comprometió la comunidad á entregar la llave del sagrario el Jueves santo á don Pedro Ruy Diaz de Narvaez y á sus herederos, haciéndola aquel donacion en testimonio de su gratitud de un olivar de 36 aranzadas con su casa y bodega que poseia en el partido de Mollina. Pocos años despues de la fundacion del Colegio de Santa Maria de Jesus, se formó en él una cofradia con el titulo de Jesus Nazareno, que hacia anualmente su estacion al cerro de la Cruz, sacando la imágen en procesion el Viernes santo. Mas luego que se establecieron los dominicos en Antequera, en virtud de un privilegio de Pio V que los autoriza para agregar á sus iglesias las cofradias del Dulce Nombre, entablaron un pleito y demanda sobre el asunto, y lo ganaron, en seguida se apoderaron de la sagrada imágen, y la cofradia se trasladó á Santo Domingo el año de 1617. Pero á continuacion creóse otra en Jesus con el titulo de la *Cruz de Jerusalem*, cuyas constituciones aprobó don Luis Fernandez de Córdoba en 29 de febrero de 1620. He aqui el origen de las dos cofradias rivales, que con los nombres de *arriba* y *abajo* han porfiado tantos años por aventajarse en el lujo y magnificencia de sus procesiones, y se han disputado la gloria y ostentacion mas que el fervor y la piedad. La profusion y gastos excesivos de estas escenas religiosas, no menos que las estrepitosas disenciones que reinaban entre los

individuos de las dos cofradías, obligaron á la potestad real á intervenir en este negocio, y alguna vez prohibió formalmente las procesiones. Sin embargo el pueblo se ha tumultuado en varias ocasiones, y ha forzado en cierto modo á las autoridades á infringir los decretos de S. M. y en nuestros dias se ha conseguido su revocacion tal vez por haberse entiviado algun tanto el antiguo entusiasmo, y haber cesado el motivo principal de la prohibicion. Se venera en este templo la milagrosa imagen de la Virgen del Socorro.

Los reyes católicos habiendo ecsaminado los privilegios concedidos á la ciudad de Antequera por sus predecesores, y no perdiendo de vista los justos motivos que los impulsaron para mostrarse tan favorables y dadivosos los confirmaron, y su augusta hija doña Juana, insertándolos con las confirmaciones de sus regios progenitores, hizo lo mismo en Sevilla á 4 de diciembre de 1508. Esta conducta observaron despues Felipe II en Madrid á 10 de noviembre de 1561, y Felipe III en la villa mencionada á los diez años; y en tiempo del Emperador Cárlos V. ganó la ciudad de Antequera una ejecutoria en contradictorio de las franquezas y privilegios precedentes.

Continuaba el ayuntamiento administrando la laguna de la sal, perteneciente á los propios de Antequera, como ya hemos manifestado, aprovechándose de los caudales que producía en beneficio de la poblacion, y pagando á la corona 2 rs. por cada fanega que se estraia. Pero Felipe II dió orden al administrador de las Salinas de Granada para que tomase posesion de ella y la administrase. Recurrió entonces el ayuntamiento á S. M. suplicándole no se hiciese novedad alguna con respecto á la laguna, y que supuesto que don Juan II hizo esta donacion á las propios de Antequera, se respetase la posesion no interrumpida que desde aquella época habia gozado la ciudad. Felipe II en vista de la apelacion y de las poderosas razones en que la apoyaban, revocó su decreto por su real cédula de 8 de mayo de 1566, se conserva en la contaduria.

A fines del año de 1584 se presentaron en Antequera algunos religiosos de San Francisco de Paula, y suplicaron al ayuntamiento que les permitiese fundar en la ciudad un convento de su instituto, y en el cabildo celebrado el 29 de enero

del siguiente la obtuvieron. Compraron para este fin unas casas en la calle Fresca, y con la competente licencia del obispo don Francisco Pacheco, levantaron un pequeño claustro no acabándose la obra de la iglesia hasta el año de 1669. Se venera en este templo una preciosa imagen con el titulo de Virgen de los favores, de la cual refiere un portentoso milagro el P. Fr. Juan de Morales en la historia de las fundaciones de los conventos de esta religion.

El año de 1558 se comenzó la obra de las casas de cabildo, y no se acabó hasta el año de 1583. Edificáronse al mismo tiempo la oficinas de los escribanos, contiguas á la carcel y enfrente de las casas de cabildo, que formaban de este modo la plaza de Santa Maria. (1) En la actualidad solo quedan algunos vestigios de estos preciosos edificios y el templo de Santa Maria ha sobrevivido y permanece aislado y desierto. Se ignora absolutamente el año en que se colocó en la torre de las cinco esquinas la famosa campana conocida vulgarmente con el nombre de reloj de Papabellotas, pero es probable se verificase al mismo tiempo que el ayuntamiento embellecia todo aquel terreno, adornándole con las casas capitulares y oficinas mencionadas. Para los gastos de su fundicion y colocacion en la dicha torre vendió la ciudad un monte que poseia en el Chaparral, y de aqui procede su denominacion. Pesa cien quintales si hemos de dar crédito á unos metros vulgares, que hemos oido tambien en Velez Málaga, aludiendo á la campana mayor de Santa Maria, sin mas diferencia que trocar el nombre de *Papabellotas* por el de *Maria Cabeza*.

Papabellotas me llamo
cien quintales peso
quien no me creyere
tomeme á peso
lleveme á la plaza
y me vuelva á mi casa.

El corregidor don Alonso Rodriguez de San Isidro, con acuerdo del ayuntamiento derribó la antigua puerta de la villa que dividia la plaza de los escribanos de la feria, por razones

(1) Todos los lunes se celebraba una feria en esta plaza y habiendo decaído con el tiempo concedió Carlos IV el 2 de agosto de 1793 una feria anual para el 20 del mismo mes.

que ignoramos pero el año de 1585, siendo corregidor don Juan Porcel de Peralta, se levantó de nuevo en el mismo sitio dandole 24 pies de elevacion y 14 de ancho. Colocóse sobre la puerta la estatua de Hércules sobre un precioso pedestal, teniendo en la mano izquierda un escudo con las armas reales y en la derecha la clava en actitud de defenderlas; debajo del pedestal pusieron la jarra de azucenas y á los lados el castillo y el leon con la siguiente inscripcion:

PHILIPPO HISPANIARUM ATQUE INDIARUM
ORIENTALIUM
ATQUE OCCIDENTALIUM & UTRISQUE SICILIAE
INVICTISSIMO
REGI. SUMMO FIDES & CHRISTIANAE RELI-
GIONIS PROTECTORI
SENATUS ANTIQUARIENSIS EX RELIQUIIS OPPIDORUM
SINGILIAE, ILLURAE, ANTI & NESCANIAE EPI-
THAPHIA
QUAE HUIUS CIVITATIS ANTIQUITATEM
& NOBILITATEM DEMONSTRANT
HIC SITA D. JOANNE PORCELLO DE PERALTA
GRANATENSI
MILITE DIVI JACOBI ANNO NATIVITA-
TIS DOMINICAE M.D.L.XXXV.
PONTIFICATUS DOMINI NOSTRI SISTI QUIN-
TI ANNO PRIMO

Siendo corregidor don Juan Porcel de Peralta caballero del orden de Santiago natural de Granada, el ayuntamiento de Antequera dedicó al invictísimo don Felipe II rey de las Españas de las Indias orientales y occidentales, de las dos Sicilias, protector de la fe y religion cristiana estos epitafios que reunidos de las reliquias de los pueblos de Singilia, Iluro, Antequera y Nescania demuestran su antigüedad y nobleza. Año de 1585 de nuestra salud y el primero del pontificado de nuestro santísimo Padre Sisto V.

En la misma puerta y arco (1) á la espalda de Hércules estaba representada la fama con sus alas, y á sus pies se gravó esta inscripcion:

FAME S. ANTIQUARIENSIS PRÆT D. JOANNE

PORCELLO DE PERALTA

PRO PRÆT. LICENCIATO ANTONIO ORDAZ

VIRIS MERITISS.

STATUAM HANC INSIGNI FORMA UT QUIBUS EJUS.

DECOR ARRISERIT TALES ESSE CURENT QUALES

VOLUNT HABERI. DD.

El ayuntamiento de Antequera, siendo corregidor don Juan Porcel de Peralta y alcalde mayor el licenciado Antonio Ordaz, personas muy dignas de los destinos que desempeñan erigió á la fama esta estatua, para que los que se agraden de su belleza, procuren acreditar lo que desean parecer.

Juntáronse en seguida en este arco todas las lápidas y mármoles que contenian inscripciones pertenecientes á los vetustos municipios de la comarca y se incrustaron á los lados de la puerta. Algunos de ellos fueron conducidos desde Alora, otros del valle de Abdalasis los mas se encontraron en Antequera, y Cerro Leon no dejó de contribuir tambien con los suyos. Las inscripciones que no se entendia bien era preciso interpretarlas, y por lo comun se trasladaron á otros mármoles preparados para el efecto. Molestariamos sin duda la atencion de nuestros lectores y creceria demasiado este volumen, si hubiéramos de insertarlas, pues llegan hasta á 44.

Habia en Antequera varias ordenanzas municipales, que á veces se contradecian condenando unas lo que otras prescribian ó aprobaban. Con este motivo los infractores siempre se hallaban armados de la ley para defenderse, y el resultado era multiplicarse los litigios y quedar impunes los delitos y vejaciones de los ciudadanos. El ayuntamiento queriendo atajar semejantes males y fijar la ley, acordó recopilarlas, aumentarlas ó disminuirlas, segun lo reclamase aquel orden de cosas. Y para estorbar que en adelante pudiesen variarse,

(1) *Ellámase arco de los Gigantes porque á los lados de la puerta habia dos estatuas colosales.*

alterarse ó suplantarse se formó con ellas un libro con sus folios y marcas á propósito. Quiso ademas aquel ilustre cuerpo que las ordenanzas recopiladas no careciesen de requisito alguno que fuese necesario para que tuvieran fuerza de ley, y nadie pudiera evadirse de su esacta observancia sin incurrir en las penas marcadas, y con este objeto recurrió al rey por medio de Alvaro Nuñez Gante, vecino de esta ciudad. Ecsaminadas pues por S. M. el emperador Cárlos V fueron confirmadas y aprobadas por el concejo.

Forman las ordenanzas un volúmen de cien pliegos manuscritos, de los cuales extractamos lo mas curioso y notable, ya porque siendo en cierto modo el derecho público de Antequera no podemos escusarnos de dar alguna idea de ellas, y ya tambien porque encierran pormenores que no podrán menos de merecer la atencion.

Prescribela primera el modo de observar las fiestas es decir, los domingos, pascuas, y todas las demas que deben santificarse por disposicion de la iglesia. Se publicó esta ley contra algunos avarientos que no respetaban la solemnidad del dia en materias de intereses, y continuaban sus tráficos con escándalo de la piedad de los fieles de aquel tiempo. A los oficiales del pueblo se les permitian vender sus manufacturas despues de la misa mayor; pero sus tiendas no debian tener abierta mas que una puerta.

La segunda previene el modo con que ha de celebrarse la procesion del *Corpus*, para que se verifique con toda la solemnidad posible, pues *parece*, tales son sas palabras, *que en la solemnidad de esta fiesta se suplen las omisiones y negligencias que acerca de este Santisimo Sacramento se hacen por todo el año.*

Versase la tercera sobre el modo y tiempo en que debe celebrar sus sesiones el ayuntamiento. Encarga que á la entrada de la puerta donde se reuna esté colocada con la debida decencia una imágen de Ntra. Sra. ante la cual se postrarán los sres. regidores y jurados para ser *derechamente alumbrados en el servicio de su precioso hijo y de S. M., y por la conservacion y acrecentamiento de la república de esta ciudad.* Esta ordenanza es un reglamento esclusivo para el cuerpo municipal, y hablando de las reutas pertenecientes á la ciudad, se

explica en los términos siguientes;

Ningun regidor, ni jurado, ni oficial de cabildo ha de comprar, arrendar, ni acensuar por si ó por otro ningunas rentas ni bienes de los propios de la dicha ciudad. ¡Ojalá que siempre hubiera sido así!!!

Sabemos por la cuarta como deben elegirse los alcaldes del agua, como se han de conservar las acequias y corredores, las tierras que deben regarse una ó mas veces y los marcos de agua correspondientes á cada posesion en todos los partidos de huertas.

Trata la quinta de los sastres, ordenando en primer lugar que se elijan alcaldes de todos los oficios, con el cargo de examinar á los artistas en su profesion, sin cuyo requisito no podian establecer estos sus tiendas. Los sastres debian dar fianza al tiempo de establecerse por si echaban á perder las prendas, ó se fugaban con ellas. Los alcaldes tenian obligacion de visitar las sastrerías é informarse de los trabajos pendientes, los cuales les eran presentados al momento; y si veian alguna cosa que no se conformaba con lo que prescribian las ordenanzas, se apoderaban de ella para denunciarla al ayuntamiento la infraccion que acreditaba la prenda recogida. Imponiase á continuacion á los sastres una pena proporcionada á su atrevimiento ó inhabilidad. Los derechos de ecsámen eran un real para el alcalde y otro para el escribano ante quien se verificaba. Los roperos de viejo no debian hacer *jubones ni calzas nuevas* salvo que estas fuesen abotonadas ó de lienzo. Copiamos lo que sigue por su curiosidad. «Otro si ordenamos y mandamos que los roperos en los capuzes y capas que se hicieren no las puedan dar sangraduras, so pena de perdida la ropa, que asi les fuere hallada y mas 600 mrs., la tercia parte para el acusador, y las dos partes para lo propios» Fuera de esto encarga que se hagan las prendas con toda perfeccion y añade el modo de conseguirlo, y concluye prohibiendo que se compre ropa á personas desconocidas y á los esclavos. «

Se dirige la sesta á los herradores, los cuales habian de ser ecsaminados competentemente, no debian tener mas de una tienda, y no podian tener compania con oficial alguno, debiendo vender el herrage segun el precio marcado por el

ayuntamiento.

Esposa la séptima las obligaciones de los molineros que se entregan en el trigo para reducirlo á harina, y declara al mismo tiempo los deberes del fiel del peso de la dicha harina.

Prohíbe la quinta á los taberneros el comprar vinos de otros pueblos, acójer *bergantes* ó esclavos en sus tabernas y prosigue: «trosis ordenamos y mandamos por evitar el inconveniente que se sigue de que algunos casados, vecinos de esta ciudad tienen por costumbre de comer é cenar en las tabernas que ningun vecino de esta ciudad que fuere casado no sea osado de comer, ni de cenar, ni almorzar, ni merendar en las dichas tabernas ni en alguna de ellas so pena de 200 mrs. al vecino y otros 200 al tabernero en cuya taberna comiere por cada vez que le fuere probado.» Concluye esta ordenanza con varias reglas de las que no podian separarse jamas los taberneros.

Se formó la novena para el matadero; no olvida las cosas mas leves desde que son presentados los animales en el matadero hasta que se despacha la carne en las tablas y rinden cuentas los córtadores encargando especialmente que estos no tengan otra intervencion ni por si, ni por otras personas, que despachar las carnes bien pesadas.

La décima es para los tejeros ó cantareros; les prescribe el modo de hacer sus trabajos y la materia de los moldes de que deben servirse en las manufacturas de su alfahareria.

La undécima es para los sederos, á los que ordena que no confundan las materias de sus trabajos elaborándolas separadamente segun su clase y qualidad. Añade que los que venden sus manufacturas por las calles no puedan darlo fiado so pena de perderlo teniendo en consideracion para esto que estas cosas las compran solamente las mugeres sin licencia de sus esposos, y que son muy frecuentes los engaños que experimentan en semejantes adquisiciones.

La duodécima manda á los panaderos el peso que debe tener el pan juntamente con su precio y donde se ha de vender.

La décima tercera prescribe á los zapateros que sean examinados los materiales de que se han de valer para sus obras que manifiesten estas á los alcaldes, que trabajen con

perfeccion, que no puedan vender fuera del término de esta ciudad. Lo mismo manda con respecto á los chapineros, designando el hilo con que han de coser unos y otros, las costuras que han de llevar los zapatos, chapines y borceguies cada uno segun clase, que no confundan los materiales, como la badana con el cordoban y en fin que no vendan por las calles.

La décima cuarta ordena á los curtidores que trabajen con esmero y la posible perfeccion, y les señala la clase de colambres que deben destinar a cada especie de curtidos. Habla además de las obligaciones de los alcaldes del oficio y del modo de vender los efectos.

La décima quinta se refiere á los zurradores. Les manda dar fianza, les prohíbe dar trabajo de su profesion á otros para si, y tener dos oficios, zurrar con aceite y otras cosas olvidadas en el dia. Todos los años elegia el ayuntamiento alcaldes de los oficios de zapateros, curtidores y zurradores, acompañados de un escribano del número de la ciudad. Esta debia fijar los precios de los efectos pertenecientes á los oficios enunciados.

La décima sexta instruye á los mesoneros de sus obligaciones respecto á los transeuntes ó huéspedes, de lo que deben interesar por el tiempo que permanezcan en la posada, la medida y precio de la paja y como han de estar los pesebres. Añade que deberán preparar las camas segun la categoria de los sujetos que las pidan. Manda especialmente esta ordenanza que en los mesones no haya mugeres que *ganan dinero* y que si llegaban como pasajeras, no era lícito admitirlas, ni darlas hospedaje mas de una noche y el mesonero debia vigilar sobre su conducta evitando que *ganasen dinero dentro ó fuera del meson*. Mandóse que esta ordenanza estuviese fijada en las posadas.

La décima séptima habla con los venteros y es en todo semejante á la anterior, con la diferencia que esta señala el precio de los comestibles que venden los venteros y les prohíbe tener puercos y gallinas.

Las tres siguientes inculcan el modo de conservar el aseo y limpieza en la ciudad, los derechos y deberes de todos los oficios, y declaran como, cuando y á que precios han de vender sus efectos. No omite las obligaciones de los tenderos

y dice que los moradores de esta ciudad no paguen derecho alguno por lo que vendieren fuera de ella, ni por lo que compraren para su abasto, segun les conceden los privilegios de Antequera. Los pregoneros y corredores debian tener licencia de la municipalidad.

Ordenanzas del campo.

Esponde la primera el modo de adquirir el derecho de vecino en Antequera, para lo que necesitaba el forastero habitar en ella por lo menos cuatro años no interrumpidos al lado de su familia y dar fianzas para el caso de no cumplir lo que le fuere mandado. Hasta que gozaba del derecho de vecino no podia introducir ganado en el término de la ciudad pues esto estaba generalmente vedado á todo forastero, á no ser que fuese alquilado por los vecinos para trabajar en ella ó en sus campos. Asimismo ordena que los rastrojos despues de haberlos disfrutado sus dueños por espacio de nueve dias, sean comunes, mas no para los forasteros.

Prohibe la segunda que se rompan las veredas, que las bestias beban en el rio de la villa desde su nacimiento hasta la ciudad por surtirse de sus aguas, que no se laven trapos en el ni los paños de los tintoreros, *salvo que lo hagan de noche*. No se debe arrojar en él lino, esparto, ni cáñamo á no ser que sea en pilones fuera de la corriente. Ordena tambien que todos los pastos sean comunes, menos las dehesas, que todos los que poseen heredades fuera del ruedo de la ciudad, las tengan cercadas, que las aguas tanto de rios como de pozos realengos sean comunes, aunque junto á estos haya posesiones, que ninguno pueda estorbar que en sus tierras no estando sembradas se cojan espárragos, ó esparto, ó corten leña, y concluye previniendo que no se rompan mas tierras para *pan llevar* que las que ya se conocian, dejando las demas para pastos.

Dice la tercera que no puedan establecerse colmenares sin licencia de la ciudad, y que deben distar á lo menos media legua unos de otros. Si dentro de un año ó de tres, habiendo legitimo impedimento, no se cuidaren por sus dueños, prescribe su propiedad. Últimamente ordena que no puedan acomodarse los colmenares cerca de las viñas, mas no hay repugnancia en que se coloquen á media legua de distancia.

La cuarta autoriza á los caleros para que hagan sus caleras en el sitio que les pareciere mas acomodado, aprovechándose de toda clase de leña, no siendo de árboles, y de piedras. La cal se debia vender al precio marcado por el ayuntamiento, y con la medida aprobada por este ilustre cuerpo. Nadie podia desbaratar las caleras, que quedaban con la cualidad de comunes.

La quinta ordena el modo de conservar los caminos, señala al ganado el que debe llevar cuando atraviere el término de la ciudad, donde no le es licito emplear, mas de tres dias, prohíbe se introduzcan ganados en las tierras de labor y fija el precio que han de pagar de multa, ademas del daño, segun cada clase; no permite que haya cerdos desde el Guadalhorce hasta la ciudad, escepto en los meses de junio, julio y agosto, teniendo cuidado de no romper, è inutilizar las acequias. Añade que ninguno pueda cortar leña en los montes de Antequera, si no es vecino de ella, vedándose á los mismos el sacar corchos. Habla tambien de las reglas que han de observarse al echar los caballos á las yeguas. Arregla los deberes de los ganaderos y los derechos de las dehesas y cercados como asimismo el tiempo de la caza y su uso y por último veda los incendios y demuestra como se han de evitar.

La sesta es una especie de reglamento para la laguna. Era permitido á los vecinos de Antequera estraer de la laguna desde San Juan hasta Santiago toda la sal que podian conducir en un dia, no debiendo amontonar mas de la que habian de trasportar y no pudiendo acercarse á ella carreta alguna. Usábase entonces la sal en Antequera y casi en toda la provincia sin que jamas se haya notado que causase daño alguno á la salud, antes bien su salubridad y los buenos efectos que producía en lo que se empleaba, la hacian preferible á otra cualquiera, y este uso que no ha podido suspenderse sino por una injusticia manifiesta evitaba la ruina de tantos desgraciados, que por haberse dedicado á esa clase de contrabando, se ven todos los dias cargados de cadenas, ó privados de sus bienes. No tienen número los espedientes que resultan al cabo del año sobre este asunto, y unos hombres cuya reputacion no tiene tacha, y á quienes ha honrado mas de una vez la voz de todo un pueblo, son confundidos con los

criminales sin otro delito que haber intentado socorrerse por medio de alguna furtiva esportacion, y haber sido capturado por los individuos del resguardo. ¡Qué lejos estaria el ayuntamiento de preveer el estado actual de la salina, cuando establecia en la presente ordenanza, que los vecinos de Antequera como dueños y propietarios de aquella, podian vender la sal á los forasteros con licencia de la municipalidad! ¡Qué lejos estaria este pueblo de ver hollados algun dia sus derechos por los mismos que debieran protegerlos!

La séptima ademas de prohibir que los ganaderos usen armas; designa estensamente el uso de los pastos de las dehesas y prados y la ruta que han de llevar los ganados de cañada, sin olvidar las obligaciones de los pastores.

Las ordenanzas de montes recomiendan y prescriben reglas para la conservacion y aumento de los montes y bosques de álamos y otros árboles que eran entonces abundantes y escelentes; pero en el dia apenas se encuentran raices para calentarse en el rigor del invierno. La última de ella declara el modo de proceder en juicio contra cualquiera persona que contraviere á las ordenanzas, como se deben recusar los jueces y advierte que si se hiciere alguna variacion en ellas, no tenga fuerza hasta ser presentada al concejo y obtener su aprobacion.

Habia todas las semanas tres audiencias en las casas capitulares, para entender y sentenciar los pleitos que se suscitaban entre los vecinos y el juicio se pronunciaba con arreglo á las ordenanzas. El 28 de abril de 1531 fueron recopiladas, y cuando se confirmaron, tuvieron lugar algunas variaciones accidentales, especialmente sobre las multas impuestas á los infractores. Confirmólas el concejo por orden del Rey en la ciudad de Avila á 10 de julio de 1531.

Sigue otra porcion de ordenanzas añadidas posteriormente y confirmadas por los reyes, entre las cuales trata una del modo de molar la aceituna y estraer el aceite, y de los requisitos que debian concurrir en los que habian de ser molineros, proponiendo los medios mas conducentes para evitar que aquellos hurten ó desperdicien el aceite.

Prohibe otra que se siembre cáñamo en las huertas, y en el caso de hacerlo declara que no debe regarse como hortali-

za, sino con el derecho que tienen las viñas. Fueron confirmadas estas ordenanzas por el concejo en Valladolid á 17 de octubre de 1537.

Manda otra que el depositario del pósito se elija cada vez por dos años y que del caudal de propios se le señale 4000 reales de renta anual. Segun ella desde el carnaval nadie podia cazar, á no ser grullas y abutardas. Confirmáronse estas ordenanzas por el concejo en Madrid á 23 de junio de 1552.

El 15 de enero de 1567 fueron acordadas las ordenanzas de tejedores de lienzo, lana y algodón, las cuales esponen estensamente sus deberes, como asimismo las de los alcaldes de los oficios y el modo de elegirlos.

Otras ordenanzas se agregaron despues á las precedentes que por lo comun no tienen otro objeto que reproducir lo contenido en estas, y reclamar su esacto y puntual observancia, y como no encontramos en ellas mas que tal cual pequeña adición; las omitimos, por que no juzgamos necesario, ni aun util insertarlas como las anteriores.

CAPITULO XXXII.

Santo Domingo.--Continuacion de los alcaides de Antequera.--La virgen de los Remedios.--Traslaciom de los Remedios.--Santa Eufemia.--Sucesos notables del siglo XVII --Santa Clara de la Paz --Capuchinos.--Personas celebres por su virtud.--La Trinidad.--Belen.--Santa Catalina.--Descalzas.--Magdalena.--Recoletas.

¶ **H**abiase divulgado por todas partes la fama de la piedad y sentimientos religiosos de los moradores de Antequera, no menos que la de su grandeza y opulencia, y con este motivo todas las órdenes regulares deseaban establecerse en ella y aumentar el número de sus conventos. Asi que los padres predicadores asegurándose antes con la licencia que les franqueó el obispo de Málaga don Francisco Pacheco para que se hospedasen en la iglesia de Ntra. Sra. de la Concepcion,

mientras compraban casa y fundaban convento, se presentaron en esta ciudad el año de 1586. Nueve fueron los religiosos que vinieron á Antequera con el fin espresado, y hallábase entre ellos el provincial de Andalucía Fr. Geronimo Mendoza. Ocupado el templo de la Concepcion y la casa que habia edificado su cofradia, para que sirviese de asilo á los niños espósitos, sufrieron algunas contradicciones, porque los propietarios reclamaron su derecho, y ellos habian tomado posesion sin haberles comunicado la licencia del obispo, ni anticiparles aviso, ni noticia alguna. Entablóse un pleito reñido sobre el asunto, y no faltaron acalorados debates en el pueblo que tomó parte en la cuestion y se dividió entre los contendientes; pero el 24 de agosto del mismo año convenidos los frailes y los cofrades, finalizó el litigio, y tomaron aquellos posesion definitiva del local, aunque bajo ciertas condiciones gravosas para la comunidad.

Mientras duraba la desavenencia, doña Ines Fernandez de Córdoba viuda de Luis Diaz de Rojas y Narvaez, remitió á los padres predicadores en testimonio de su afecto mil ducados para que comprasen casa, y sitio suficiente para la obra, y ellos lo verificaron, haciendose de varios edificios contiguos al hospital de la Concepcion, en la calle Nueva llamada entonces de los Mesones el año de 1588. El regidor don Francisco Ulloa y Fabora y su esposa doña Beatriz Chacon Zapata, labraron la capilla mayor el de 1595 con la condicion de que se les diese el patronato, y el de 1600, habiendo comprado los frailes el meson de los Naranjos, delinearon el pequeño claustro que en nuestros dias se ha convertido en una fábrica de licores. La iglesia es muy decente y capaz, y la adornan algunas de las imágenes mas preciosas de Antequera. La capilla mas primorosa y frecuentada por los fieles en este templo es la del Dulce Nombre, cuya cofradia se denomina comunmente de *abajo*, y en las famosas procesiones de competencia, renunciando los individuos de esta la túnica blanca que los cubria antes de separarse de Jesus, adoptaron desde 1617, la morada con que se distinguen en la actualidad de los de *arriba*.

El décimo alcaide de Antequera fué don Rodrigo de Narvaez á cuyo destino incorporó Felipe III un oficio de regidor

que debe ser el de la izquierda de la *justicia*, según la real cédula de 14 de noviembre de 1603, con la calidad de hereditario en sus descendientes. Concedióle además este soberano que pudiese entrar armado en el cabildo, y por su ausencia ó impedimento sus tenientes, tener asiento voz y voto en las deliberaciones del cuerpo municipal, y que dispusiese para su defensa de una guardia de cuatro alabarderos, y el teniente de dos. Era don Rodrigo de Narvaez caballero del orden de Calatrava, y su sobrino don Rodrigo Manuel del habito de Santiago. Habiendo muerto el alcaide sin sucesión, le sustituyó éste, que finó del mismo modo en Antequera el 20 de octubre de 1629. Como Felipe II habia suprimido el oficio de alguacil mayor enagenando el anejo de la casa de los Chacones, aunque era merced vitalicia, recompensó el agravio, condecorando á don Juan Chacon con una plaza de regidor por su cédula de 13 de diciembre de 1566.

Aumentábase diariamente la devoción de la virgen de los Remedios, y en las necesidades y tribulaciones de la ciudad acudian los fieles con fervorosas plegarias á la iglesia de las Suertes. Ya habia muerto su venerable fundador en olor de santidad, y lejos de entibiarse el entusiasmo religioso, se unió este nuevo motivo para visitar con mas frecuencia el templo y orar sobre su sepulcro. El año de 1598, careciendo de agua los campos, condújose en procesion la imágen desde las Suertes á Santa Maria, y habiéndose mostrado el cielo propicio, ordenó el ayuntamiento que se restituyese la Virgen á su santuario con la decencia posible. Asi consta del cabildo de 8 de mayo del citado año que copiamos á continuacion:

«La ciudad dijo, que se trujo la imágen de Ntra. Sra. de los Remedios á esta ciudad desde su casa por la falta del agua, y ha sido Ntro. Señor servido de socorrer esta necesidad, y se ha de volver la imágen á su casa, é para que vaya con la decencia posible, acordó se adove el camino por donde ha de ir, se cometió á Juan de Rojas Padilla, é lo que costare se libre sobre propios.»

En el cabildo de 18 de mayo de 1601, se ordenó celebrar un solemne novenario en su iglesia por la salud de la ciudad, y el de 14 de junio dice así: «La ciudad dijo que tenia

«prometido de traer á esta iglesia á Ntra. Sra. de los Remedios por la salud de esta ciudad, y esto conviene se haga por haber salud y que se dé gracias á Ntro. Señor; acordó que los regidores Geronimo de Rojas, y don Geronimo Matias «la traigan en la forma que mas convenga.» Y el 18 de setiembre se mandó aderezar el puente de la villa ó de los Remedios con este objeto. Lo mismo sucedió el año de 1605 por la escasez de agua, como consta de los cabildos de 4 y 28 de enero. Posteriormente en el de 1607, con motivo de una procesion de esta imágen, á que asistieron ambos cabildos, el obispo de Málaga que visitaba á la sazón la iglesia de Antequera, mandó proveer auto porque el ayuntamiento se colocó detrás, como lo vemos en nuestros dias, y para escusar pleitos y discordias, fué nombrada una comision de este ilustre cuerpo, que presentándose al prelado, le hizo ver su derecho de tiempo inmemorial. En el cabildo de 4 de setiembre de 1612 hallándose el rey agoviado de una peligrosa enfermedad, dispuso el ayuntamiento se trasladase en forma de rogativa la imágen á la iglesia mayor con acompañamiento de todas las comunidades donde se la hizo un solemne novenario.

Ya en este tiempo se habia trasladado la comunidad de los Remedios con la sagrada imágen al sitio que ocupa hoy su convento. Reflexionando los religiosos terceros que se hallaban á muy larga distancia de la ciudad, y que las continuas procesiones que acordaba el ayuntamiento, bien por las necesidades y apuros de la poblacion, bien en accion de gracias, ofrecian graves inconvenientes, á causa de la escabrosidad y aspereza del terreno del tránsito, determinaron abandonar las Suertes é internarse en el seno de la ciudad. Asi lo ejecutaron el año de 1607 apoderándose de la hermita de Belen, pero habiéndose opuesto las demas corporaciones regulares, alegando ciertos perjuicios que decian resultarles de la aprocsimacion de esta comunidad, aunque todavia estaba fuera del pueblo, resolvieron, trasladarse al interior, y supuesto se habia entablado pleito, se disputase por todo, y terminase de una vez las querellas. Pasaron pues de la hermita mencionada á la de San Bartolomé sita en la calle Estepa y en la esquina de la que hoy conserva su nombre.

Sin embargo el 27 de enero del año siguiente amanecieron en la acera opuesta, y con la proteccion de las autoridades quedaron quieta y pacificamente en la posesion del nuevo sitio. Levantaron en seguida un magnífico convento que es sin duda el mejor de Antequera, y una iglesia suntuosa, cuyas preciosidades, adornos y primorosa arquitectura sería muy largo describir. Su retablo es todo dorado, y el camarín de la Virgen merece la atención general; fundóse en este templo una ilustre cofradia con el nombre de Esclavos de Maria, que se compone de los sugetos mas esclarecidos de Antequera.

Tres religiosas del convento de Jesus Maria de Archidona de las cuales una se llamaba doña Maria de la Paz, vinieron á Antequera el año de 1601 y edificaron un monasterio con la advocacion de Santa Eufemia. Compraron para este fin unas casas, y al principio fué bien reducido el edificio y el templo; despues han dilatado sus limites dándoles alguna mas estension y vendieron el patronato á don Juan Uribe Montehermoso por escritura celebrada ante Juan Borrego Salvador el 6 de octubre de 1656.

Por este tiempo es decir el año de 1614 á 25 de agosto falleció en Antequera el obispo de Málaga don Juan Alonso de Moscoso en casa de don Rodrigo de Narvaez calle de Pasillas donde se habia hospedado. Aunque su senectud que pasaba de 86 años anunciaba en este pastor un viejo caduco, manejábase con un vigor extraordinario. Su entierro fué muy pobre; solas seis hachas ardian delante del fêretro, y el clero y las comunidades religiosas asistieron al funeral sin cera. Habia sido poco generoso y su misma servidumbre contaba cuantiosos atrasos, que la adeudaba. Asi que apenas espiró desapareció su bolsa, y faltaron recursos para celebrar con pompa sus exequias. El clero Antequerano se hallaba bastante resentido de la conducta que observó el prelado durante su residencia en esta ciudad; jamás dió una limosna, y las capellanias de universidad que vacaban lejos de proveerlas en los naturales como lo ecsijia la justicia, las distribuyó entre sus familiares.

El 4 de setiembre de este mismo año se trasladó desde la calle de Santa Maria á una callejuela que salia al campo

á espaldas de la calle Fresca, la casa de *mancebía*. Entre las ordenanzas que dictó el Emperador Carlos V para el arreglo y gobierno de Antequera, hemos ecsaminado una que autorizaba entonces la citada casa de prostitucion. Sus minuciosos artículos que señalan los derechos de los *padres y arrendadores y alcades* de la *mancebía*, no menos que los de las miserables disolutas que se ofrecian á un tráfico tan vergonzoso forman un raro contraste con las severas costumbres de aquel siglo. Como se hallaba la *mancebía* á la otra acera del convento de Jesus, porfió la comunidad en despojarla del mencionado local; sostuvo al intento un pleito de cuatro años, y abrió ademas una porteria enfrente, ya para menoscabar la frecuentacion del lupanar, y ya para esforzar la razon en que se fundaba. Mas habiendo probado el establecimiento de prostitucion que era mas antiguo que el convento, en ningun tribunal obtuvieron los religiosos sentencia favorable. Entonces pusieron en movimiento unos resortes mas poderosos en aquel tiempo, que produjeron en breve el resultado que deseaban. Iluminaban el portichuelo todas las noches, abrian la puerta de la iglesia desde la oracion, predicaban á los grandes concursos que atraian con sus piadosos ejercicios, inspiraban con sus ecsortaciones un odio implacable hacia la torpeza y sus victimas, y de este modo la casa de liviandad, viendose abandonada, conoció que era imposible prosperar en la calle de Santa Maria.

El año de 1630 vendió Felipe IV á la ciudad de Antequera las varas de alguacil mayor y del campo en 12,000 ducados, para que se sorteasen entre los regidores como los demas officios añales, y verificada la operacion el 5 de junio designó la suerte á Santiago Andaya por alguacil mayor, y á Luis de Baro cupo la vara del campo. El año siguiente por disposicion del concejo valió para el rey la fanega de sal á 43 rs.; el administrador la vendia á 45 y en las tiendas se compraba á 4 y medio cada celemin.

Por escritura con S. M. en 1.º de octubre de 1642 se concedió al ayuntamiento de Antequera el dosel y tratamiento de señoria, contribuyendo cada 15 años con 23437 mrs.

Uno de los corregidores mas dignos de la gratitud de Antequera fué don Alonso de Tapia. Apenas se encargó del

gobierno del pueblo el año de 1671, se dedicó á embellecer la ciudad; concluyó la obra de las casas de cabildo del coso de San Francisco que habia muchos años estaban en sus cimientos, formó la cerca de la plaza alta, y la citarilla, y no descansó hasta conseguir que se empedrasen las calles.

Para fundar un monasterio de religiosas de Santa Clara abonó doña Maria de Osorio la cantidad de 89,996 rs. Vinieron de Estepa con este intento doña Francisca de Navarrete, doña Maria de Mendoza, doña Francisca de Cespedes, doña Maria de Guzman y doña Maria de la Encarnacion monjas todas de la segunda regla del Seráfico Patriarca, y aparecieron en Autequera el año de 1601, pero hasta el 18 de diciembre de 1603 no se dijo la primera misa en la iglesia de Santa Clara.

Fr. Severo de Lucena y Fr. José de Linares religiosos capuchinos solicitaron el año de 1612 que el ayuntamiento les donase y señalase sitio para una fundacion de su órden. Dióles la ciudad la hermita de Ntra. Sra. de la Cabeza, y en ella permanecieron un año, pero á sus instancias les designaron despues el lugar que hoy conocemos con el nombre de Capuchinos viejos, donde levantaron un edificio poco sólido. Con este motivo y la insalubridad del terreno impetraron licencia del ordinario para mudarse al sitio del convento actual y la obtuvieron sin dificultad por los buenos informes del ayuntamiento, del estado eclesiastico y de las demas comunidades. Vendieron pues la otra casa y con su importe compraron tierras al sindico Juan Pacheco, Salvador del Castillo y Andres de Vegas, y en ellas formaron una reducida habitacion. Mas el año de 1656 fueron nombrados patronos don Alonso de Bilbao, Arroyo y Ayala del hábito de Santiago y su esposa doña Maria Guerrero de Torres, que en menos de tres años concluyeron la obra de los Capuchinos nuevos, edificando para su uso una vivienda muy capaz con su jardin y tribunas á la iglesia.

Está sepultado en el convento primitivo de Capuchinos Fr. Francisco de Sevilla varon de singular virtud y santas costumbres. En el momento de la agonía aseguró á sus hermanos desconsolados por su cercana muerte que el Señor le habia prometido arrebatarlo á las mansiones celestiales des-

de la cama del dolor. Tambien vivia por este tiempo la venerable Marina Alonso cuya admirable vida y heróicas virtudes celebraron los poetas Antequeranos en la invencion de su cuerpo. Nació el año de 1572, y dejó de ecsistir el 9 de abril de 1636. Sepultáronla en la capilla mayor del Colegio de Santa Maria de Jesus, que era el templo que visitaba con mas frecuencia, y los religiosos de esta comunidad fueron sus directores espirituales. Diez años despues abrieron una zanja en esta capilla para disminuir la altura del altar mayor, y formar debajo una bobeda, y encontraron su cadáver incorrupto, revestido del hábito con que fué amortajada, sin que la humedad y accion de la tierra la hubiese causado las mas leve novedad ó infeccion. Colocáronla en una urna muy decente, y el pueblo en aquellos dias inundó el Portichuelo para admirar el prodigio. Como en el mismo sitio habian sido posteriormente enterrados varios religiosos cuyos cuerpos estaban reducidos á cenizas, y el de la beata Marina se habia conservado entero, sin experimentar en 10 años alteracion alguna, era esta consideracion para los fieles un nuevo motivo de asombro y un poderoso estímulo para su devocion y su piedad. El P. Fr. Antonio Perez maestro povincial entonces del órden tercero, interesándose en este acontecimiento por las noticias que recibia, comisionó al P. Fr. Miguel de Badillo, exdфинidor y calificador del santo oficio en Sevilla, para que pasando á la ciudad de Antequera, hiciese las informaciones de los milagros que se divulgaban por todas partes, obrados por la venerable Marina Alonso, y habiéndolo verificado con toda escrupulosidad, resultó un número muy considerable de prodigios, testificados bajo juramento por los vecinos de la poblacion. Pero el siguiente romance heróico que transcribimos con el doble objeto de ofrecer á nuestros lectores una compendiada noticia de su vida, y dar á conocer una composicion poetica de un hijo de Antequera, nos suministrará curiosos pormenores dignos de publicarse.

Romance heróico.
Si el mausoleo admirais, deteneos
á especular la vida de Marina,
y hallareis en lacónicos renglones
altas virtudes, grandes maravillas,

En esta losa, noche del sepulcro
relámpago será la pluma mia,
que precediendo el trueno de la fama
con luz muy breve todo patentiza.

Fuè su cuna este pueblo y el ser tuvo
de aquel Martin Alonso y de Maria
Gutierrez su muger, que unir supieron
la virtud y nobleza por su dicha.

Pusiéronla Marina en el bautismo
que en san Isidro fuè, parroquia antigua
año setenta y dos que á estos sucesos
sobre mil y quinientos ya corria.

Muertos sus padres en horfandad tanta
fuè su asilo la casa de su tia
llamada Isabel Diaz Fontiveros
que la educó como á su propia hija.

Su niñez admirable en esta casa
quien puede brevemente describirla
si escedia con pasos de gigante
la virtud á los años de una niña?

Ni el juego, ni el placer, ni los afeites
ni las galas del seco favorititas
corrompieron su espíritu entregado
todo á Jesus, quien era sus delicias.

En el colegio de este nombre era
donde su confesor siempre tenia
do esfundia sus preces de continuo
y donde mas y mas se santifica.

Sus penitencias eran estremadas
su obediencia sin par, pues sometida
su voluntad al superior precepto
con Juan Delgado la casó su tia.

Varon hidalgo, integro y prudente
con quien pasó una santa y dulce vida,
de cuyo matrimonio tuvo un hijo
que profesó de lego Carmelita.

Muerto su esposo en época ignorada
por tres veces penando la visita
y de su confesor con el precepto

oyó su petición de que se admira.

Como tanto penar, le dice, esposo,
si á la ley tan conforme aca vivias?

No peno por mi culpa, le responde
capa fui de un pecado; tantas misas

Manda decir por mi, lo cual cumplido
volvió á darla las gracias y decirla
si queria irse con él? Mas ella dijo
que cuando fuese voluntad divina.

Vestía escapulario descubierto
con una gruesa cuerda muy ceñida
sin faltar de profesa á las funciones
en el colegio con la tercera.

Al Calvario y convento de las Suertes
los sábados descalza siempre iba,
sin poderla impedir los temporales
estas dos devociones favoritas.

Comunion cuotidiana en su colegio
ayunar tres cuaresmas, disciplinas,
silicios increíbles y una cama
de tablas con un cuero por encima.

Tales eran sus obras meritorias
por quienes hizo Dios mil maravillas
y las que aun en su vida grangearon
que la santa llamasen á Marina.

Pidió y obtuvo episcopal licencia
para pasar á Roma peregrina,
por ganar aquel santo jubileo
que las culpas del todo borra y limpia.

Pero Dios estorbando sus proyectos
una enfermedad dióla muy prolija
en Jaen, desde donde se regresa
y en todo con el cielo se resigna.

Fué su misericordia con los pobres
tan rara, generosa y esquisita
que cosia de valde y los lavaba
y al enfermo sustancia le ponía.

Dígalo el negro ciego que en su casa,
hasta que murió él, lo mantenía

por haberlo arrojado el crudo amo
á la calle por falta de la vista.

Si á Sacramento aun por la noche oyese
Marina sin remedio con Dios iba,
y si para ausiliar fuese llamada
jamás se excusa, corre compasiva.

Dichoso el moribundo que en sus manos
logró ver los extremos de la vida,
Marina bien dispuesto lo despacha
y por sus cargos manda aplicar misas,

Luego despues en mil apariciones
segun refiere el testo de su vida
las gracias tributándola sus almas
á las fruiciones celestiales iban.

A muchas parturientes que se hallaban
en duras penas y allicion sumidas
con hacerlas la cruz y orar por ellas
felices del peligro ya salian.

Muchos dolores, mil agudos males
á quienes no alcanzaban medicinas
cedian al contacto de su mano
que estuvo para el pobre tan propicia.

Su caridad ardiente y encumbrada
muchos grandes sucesos la publican
que mucho? si do habia manifesto
estática se estaba todo el dia.

La forma consagrada un sacerdote
dió á un anciano y cayó por las gradillas
y á tal perturbacion dijo la madre:
descansad que en mi pecho está la misma.

A Jesus Nazareno en su colegio
Ana Ruiz rezaba con Marina,
y vió espantada la cabeza y ojos
de Cristo que á sus preces respondian.

Con un manto rajado por la calle
efecto de sus dádivas continuas
salió un dia la madre y avisada
de este lance Quiteria su sobrina,
Prestóle uno el que devuelto hizo

entre otras cosas dos de gloria dignas,
ser ileso entre fuego y luz hermosa
salir al desplegar por sus orillas.

Llena por fin de fama y de virtudes
á los sesenta y cuatro de su vida
año de mil seiscientos treinta y seis
fué la preciosa muerte de Marina.

El pobre la lloraba como á madre
y el pueblo sus prodigios aplaudia
á sus exequias concurriendo todo,
que fueron en Jesus muy esquisitas.

Ocho años su cuerpo en tierra estuvo
y al hacer una obra en la capilla
mayor, un oficial lo sacó entero
que su frescura y rectitud le admiran.

Entrada en el convento, conocieron
los religiosos ser el de Marina
que admiracion! cuando otros tres contiguos
posterior enterrados no escitian.

Intacta su almohada y sus vestidos
zapatos, cuerda, escapulario y cintas
con solo un desollon en las narices
y el pie derecho al darle con la pica.

Médicos al momento son llamados
y el cuerpo con cuidado lo registran
que por su olor, su tacto y compostura
ser milagroso á una voz publican.

Hallan mas; que el cerebro destilaba
un balsamo oloroso, gran reliquia
que dando la salud al pueblo entero
con fe al colegio de Jesus corria.

El obispo de Málaga se hallaba
en este pueblo para su visita
y autorizó con su presencia el caso
sucediendo aun mayor la maravilla.

Agotóse la fuente del cerebro
mas el P. Rector que lo advertia
al cadáver mandó bajo obediencia
que fluyese otra vez, con que Marina

Acreditando que despues de muerta
era tan obediente como viva
volvió á arrojar licor tan abundante
que por brazos y pechos ya corria.

El obispo con orden *in scriptis*
mandó que con decencia la mas digna
una urna se hiciese primorosa
do colocase el cuerpo la provincia.

En el altar mayor de la otra iglesia
lado del evangelio fué erigida
con cinco llaves y un buen religioso
que fué el Argos de tan gran reliquia.

El provincial informaciones hizo
de parientes y estraños ecsigidas
cincuenta y dos testigos que juraron
y depusieron su admirable vida.

Refieren que al nombrarla, ó al tocarse
del hábito ó vestido las reliquias
sanaban de las fiebres, de los flujos
de sangre y cuantos males padecian

Desde aquel tiempo antiguo fervoroso
casi puede decirse que la olvidan
padeciendo muy mucho su cadáver
de abandono en la caja primitiva.

Sucediendo despues á la otra iglesia
la del Socorro insigne y gran capilla
trasladóse la caja y esqueleto
al camarín devoto de Maria.

Dije esqueleto, pues que no ha quedado
mas que una trabazon muy bien unida
de muzculos, tendones y pellejo
á efectos y hurtos de almas pias.

En tal estado viéndole un devoto
restaurador glorioso de Marina
resarció sus vestidos y su caja
la adornó con industrias esquisitas.

Dos sepulcros le lleva costeados
primorosos en dicha gran capilla
y al fin por humedad con otras causas

á su casa llevóla de interina.

No puede ponderarse el grande esmero aunque patente y claro está á la vista, con que escedido se ha por adornarla si puede haber escesos con Marina.

En su poder con devocion guardadas de esta sierva de Dios tiene reliquias y á sus espensas y devoto celo le ha costeado un *libro de su vida*.

Y ved aqui el sepulcro fabricado con mayor pompa que la tuvo antigua que primores de Fidias y de Apeles y aun de Menfis las glorias resucita.

Y ved ya reducidas á compendio las virtudes y grandes maravillas de esta sierva de Dios; pedidla fieles, pues lo mismo que entónces es Marina.

En la actualidad se haya la mencionada urna en la iglesia de los Remedios á la derecha del sagrario. En el año de 1624 padeció martirio en el Japon el B.º P. Juan Lopez, natural de Antequera, y el de 1596 murió en esta ciudad el B.º Diego Mendez, presbítero secular, cuya caridad ardiente fue la admiracion de sus contemporáneos. En la sacristia de santo Domingo se lee este epitafio: «Aquí yace el V. P. Fr. Miguel Martínez, grande en todas sus virtudes, padre de pobres, y señalado en humildad y penitencia. Houróle Dios con grandes milagros en su vida y muerte que fue á 4 de julio de 1621. Fue colocado por los dos illustres cabildos de esta ciudad, é innumerable concurso. Trasladó su cuerpo á este lugar el M. R. P. Fr. Gaspar de Frias, prior de este convento en el año de 1645. Florecieron tambien en Antequera la V. M. Beatriz Alvarez de Castañeda, cuya vida fue muy ejemplar; su cuerpo está sepultado en el convento de la Victoria; y el B.º Diego Martin Casas, que reparó con una penitencia muy rigurosa los escándalos de su juventud, y murió en loa de santidad el año de 1600, enterráronle en san Pedro. Por último habiendo sido desterrados los moriscos por real decreto de los dominios de España, salieron de Antequera 266 personas entre hombres, niños y muge-

res, descendientes de los que permanecieron en ella despues de la conquista, el 1.º de febrero de 1610, y habiendo llegado á Fez, sufrieron el martirio nueve de ellos por no abjurar la fe cristiana.

El año de 1631 por orden del general de los trinitarios descalzos se presentó en Antequera el V. P. Fr. Simon de la Concepcion, y habiéndose puesto de acuerdo con el ayuntamiento para fundar una casa religiosa de su orden, y obtenida licencia del rey Felipe IV, del obispo de Málaga, que era á la sazón don Fr. Antonio Enriquez virey de Aragon, y un breve de la santidad de Urbano VIII, compró unas casas en la Cruz blanca, y empezó la obra del convento, que en vano trataron de entorpecer y embarazar los prelados de las otras religiones, escepto el rector de Jesus que rehusó entrar en la liga. Aderezose rapidamente una pieza de las dichas casas para que el provincial celebrase la primera misa, como lo verificó el 20 de agosto de 1637. El 25 de agosto de 1671 se puso la primera piedra del templo, y se acabó doce años despues. El claustro aun no está concluido; es magnífico todo el edificio, y debajo de esta iglesia tienen su panteon la ilustre familia de los Parejas ó condes de la Camorra y el marques de Villadarias.

Tuvo principio la comunidad de carmelitas descalzos de Antequera en una hermita de nuestra señora de Belen, que estaba fuera de la ciudad en el camino de Granada, año de 1617. Mudóse despues á un molino de aceite que hoy conocemos con el nombre de molino de los Frailes, donde permaneció algun tiempo, hasta que levantaron el estenso convento que aparece en nuestros dias, al principio algo reducido, en la calle de las Tres Cruces que ahora se llama de Belen, y enfrente de la calleja de los Serranos.

Fundóse el monasterio de religiosas dominicas de santa Catalina en el sitio que ocupan actualmente el año de 1650 y hasta el de 1735 no pudieron acabar la obra de la iglesia y del claustro. El doctor don Francisco Padilla magistral de la Colegial les señaló en su testamento recursos abundantes para la empresa, pero establecieron al principio en la calle de Pazillas en la casa que llamaron de los Gigantes que sirve en el dia de Tejar. Fueron las fundadoras doña

María de Galvez, doña Isabel Davalos, doña Leonor Rico de Rueda, doña Juana de Sotomayor y Sor. Ines del Espíritu-Santo y vinieron del convento de santa María de Lucena el 11 de agosto de 1639. Hallándose el antiguo monasterio al lado del barranco de san Sebastian, cuyas inundaciones en el invierno, son perniciosas á la salud por la humedad que causan, se vieron precisadas á abandonarle, y trasladarse al Coso viejo donde residen actualmente.

Doña María de Rojas y Padilla, viuda de don Geronimo Matias de Rojas enagenó por escritura celebrada ante el escribano Francisco de Alcantara el 25 de junio de 1632, ciertos bienes para la fundacion de un convento de Carmelitas descalzas. Vino pues de Baeza el de 35 la M. Isabel de la Visitacion con otras religiosas, y el 13 de julio del mismo año se celebró la primera misa en el pequeño templo que edificaron, siendo el claustro tambien muy limitado. Aumentado despues el número de monjas, le dieron mayor estension empezando la nueva obra en 28 de mayo de 1707, y acabándose la iglesia el de 1734.

El funesto contagio que esperimentó Antequera el año de 1679 fué ocasion para que dos religiosos de San Pedro Alcantara sin temer los horrores de la muerte viniesen á esta ciudad para asistir á los moribundos, y suministrarles los socorros espirituales de aqui se siguió que solicitasen levantar un convento de su orden, y recurriendo al obispo de Málaga don Fr. Alonso de Santo Tomas protector de esta reforma, obtuvieron licencia para posesionarse de la hermita de Santa María Magdalena, donde se albergaran tres ó cuatro hermitaños con su capellan, que lo era á la sazón el licenciado don Andres de Atienza. El dia 5 de mayo de 1686 lanzaron á estos de aquel santuario elevado en el desierto á semejanza de los célebres templos de la Tebaida, pero indignado el ayuntamiento de un paso tan avanzado, al que no habia precedido aviso, ni insinuacion alguna, y participando el pueblo del mismo enojo porque apreciaba á los solitarios fueron comisionados dos regidores para notificar á los frailes que desamparasen la hermita. Mediaron desde este momento muchas contestaciones y el resultado fué convenirse la autoridad en que los regulares permaneciesen en su po-

sesion. Labraron pues un convento pequeño, pero el año de 1690 emprendieron una obra mas costosa y concluyeron el convento que hoy aparece en 1708, ayudándoles su patrono don Tomas de Luna.

Habiendo mandado doña Maria Gabiote en su testamento cerrado y abierto ante Cárlos de Talavera el 6 de setiembre de 1676 que con sus bienes se edificase un monasterio de Agustinas descalzas, y habiéndose aderesado con este objeto una casa en la calle de Carreteros, esquina inferior de la del Purgatorio, aparecieron estas religiosas en Antequera el 25 de junio de 1745. Empezaron la clausura el 27 del mismo mes, pero el 10 de noviembre de 1757 se trasladaron á la esquina opuesta de Madre de Dios, donde permanecieron hasta la estincion de la compañía de Jesus, en cuya época se apoderaron de su convento.

CAPITULO XXXIII.

Hermitas destruidas.--Hermitas ec-sistentes.--Casas de beneficencia.--Laguna de la sal --Fin de los alcaldes de Antequera.--Articulos principales del Comercio de Antequera.--Carácter de sus moradores.--Minerales.--Pastos.--Cuevas de la Camorra --Torcales.--Incendio de San Sebastian.--Traslacion de la Colegial -- Patronato de Ntra. Sra. de los Remedios.--Felipe V en Antequera.--Incendio de Madre de Dios.--Langosta y moro del marques de la Peña --Estado de los pueblos comarcanos.--Número de habitantes de Antequera.--Empresa para el desagüe de la laguna.--Fin de la obra.

Ademas de los templos mencionados y de las hermitas ec-sistentes, hubo antiguamente otras muchas que fueron destruidas. Santa Lucia que estuvo en el camino de Málaga junto á la fuente Santa, y cuyo nombre conserva todavia aquel sitio, San Cristobal el alto, fundado sobre la cumbre del cerro de este nombre, y el bajo en la falda con las ruinas de la otra hermita, cuya campana por disposicion del obispo de Málaga don Fr. Alonso de Santo Tomas, fué trasladada

á la escuela de Cristo, por haberse destruido este santuario, Espiritu-santo que existió en la plazuela de la Viñuela, que hoy se denomina del Espiritu-santo. Fuera de esto hubo dos comunidades que no existian al tiempo de la esclaustracion de 1835; á saber la de la Compañia de Jesus, y la de las monjas de la Concepcion, cuyo monasterio fué la casa enfrente de la puerta de la iglesia de la Victoria y sus últimas religiosas murieron en Madre de Dios en la epidemia del año de 1804.

Ya hemos hablado de Santa Catalina de Alejandria, cedida á los Agustinos por el obispo de Málaga, y de la hermita del cerro. En la rivera de los molinos hay una hermita con el titulo de Ntra. Sra. del Loreto edificada el año de 1570 por Pedro Fernandez y Francisca de Aguilar su esposa; en el matadero viejo hay otra con la advocacion de San Roque. La Humildad es una capilla independiente de la iglesia de la Victoria, y las constituciones de su cofradia fueron aprobadas por el Nuncio apostólico en Madrid á 20 de noviembre de 1596. La escuela de Cristo que es de la congregacion de San Felipe Neri, está dedicada á la Virgen de la Rosa, y se labró el año de 1665. Tuvo principio su hermandad en Santiago; trasladándose despues á la Victoria y últimamente el año 72 compró unas casas al convento de Madre de Dios, y en ellas fundó el santuario de este nombre. La capilla de la *Via sacra* que está en el cancel de los Remedios, enfrente de la de San Anton, la de San Judas en lo alto de la cuesta de su nombre, la de la Virgen de la Cabeza levantada sobre las ruinas de la Rábita y en el sitio donde batió á los moros el obispo de Palencia, y cuya primitiva advocacion fué de San Roque. Hay en esta hermita un acofradia que era la sesta que asistia con su bandera el segundo dia de Pentecostes á Sierra Morena, y en memoria de esto celebra una funcion anual, á la que concurre un pueblo inmenso. La virgen de la Estrella que se venera en una torre de la antigua villa, la de Espera en la de la puerta de Málaga, San Isidro edificado por la sociedad de labradores en un arrabal de San Pedro, y la de San Antonio por don Diego Escobar en una casa de su propiedad el año de 1827

628.

Habiendo manifestado Felipe V al ayuntamiento de Antequera que seria de su real agrado que se estableciese en esta ciudad un colegio de niñas huérfanas, y careciendo éste de recursos para emprender la obra, el Dr. don Antonio de Godoy hizo donacion de una casa que poseia en la calle de *Medidores*, y el año de 1712 abierto el colegio, fué su primera Rectora la M. Teresa de Jesus, mojer de grande prudencia y singular gobierno. Aumentado el número de niñas huérfanas, trasladáronse á la calle de *Lucena*, frente á la de *Chimeneas*, pero el año de 1721 habiéndolas cedido un solar el alcaide don Jacinto de Narvaez, y comprados otros por el presbitero don Francisco de Palma, don Pedro de Luque y don Clemente de Luna en lo alto de la calle de *Carreteros*, labraron el edificio y templo que poseen en la actualidad.

La caridad tuvo principio en la calle de *Lucena* el año de 1615, y fué su fundador Pedro Nabajas, que poco despues, habiendo comprado unas casas en la de *Estepa*, levantó el hospicio y una iglesia pequeña; pero su hermandad la amplificó el de 1715. Su instituto se reduce á socorrer á los ajusticiados, dar sepultura á los desvalidos y albergar á los pobres mendigos.

En tiempo de Felipe II habia en Antequera los hospitales siguientes: la Caridad, San Sebastian el viejo, la Concepcion, San Juan, Santa Ana, Jesus, Buenas Nuevas y por una real cédula mandóse redujesen todos á uno solo en atencion á que separados ninguno podia socorrer á los enfermos. En cumplimiento de ella el 16 de agosto de 1629 se empezó por disposicion del cardenal Trejo obispo de Málaga la obra del hospital de Santa Ana por la parte arriba de San Juan de Dios, y desde entonces le administraron ocho hermanos con su capellan. Posteriormente don Fr. Alonso de Santo Tomas persuadido á que estarian mejor asistidos los enfermos, se lo entregó á los religiosos hospitalarios; pero hasta el 9 de mayo de 1696 no se empezó la obra del claustro y templo que duró 20 años.

Felipe V apurado con los enormes gastos de las guerras que sostenia mandó incorporar á la corona las *rentas*, *derechos* y *oficios* que con cualquiera titulo, motivo ó razon se hubiesen segregado de ella, y por esta real cédula quedaba An-

tequera despojada de la propiedad de la laguna que le producía mas de 30,000 rs. anuales, sin hacer otra costa para sacarla y almacenarla que 10 mrs. en fanega. Solicitó pues que fuese preservada la laguna de Fuente-la-piedra, y el rey no dudó acceder por su cédula de 18 de octubre de 1711, que se conserva en esta contaduría.

El duodécimo alcaide fué don Rodrigo de Narvaez, caballero del hábito de Santiago, y á quien Felipe IV confirmó la merced de preeminencia entre los individuos del cuerpo municipal concedido á sus antecesores, en 22 de junio de 1630. El décimo tercio fué su hijo don Pedro Ruiz de Narvaez, y el décimo cuarto fué su nieto don Pedro Jacinto de Narvaez y Argote. Su madre doña Maria Argote nombró por teniente durante su menor edad á su tío don Juan de Narvaez, pues el primogénito heredero hermano de éste y esposo de aquella, falleció á los pocos años de su casamiento. El décimo quinto fué don Diego Domingo de Narvaez Rojas y Argote y al mismo tiempo era alferéz mayor por los años de 1706. El décimo sexto y último alcaide de Antequera fué don Luis Maria de Narvaez Argote y Guzman, conde de Bobadilla, y habiendo muerto sin sucesion recayó la herencia en su hermana la condesa de Bobadilla.

Los principales artículos del comercio de Antequera son granos, aceite, vino, frutas, sedas, y hortalizas, que conducidos á Málaga y á los pueblos de la comarca aumentan considerablemente su riqueza, sin escasear en la población lo suficiente para el gasto ordinario.

La afabilidad, la prudencia y la circunspeccion son los felices distintivos del carácter de sus moradores. Su lealtad y valor han merecido en todos tiempos los aplausos nacionales, y su piedad religiosa puede competir con la devocion de los pueblos mas ilustre del cristianismo. Sus habitantes son naturalmente robustos, nerviosos, de estatura regular, amantes del trabajo y de la industria, animosos para emprender, constantes en sus obras, valientes en la guerra, pacíficos y sociales en tiempos de concordia, inclinados á la hospitalidad, y afectos reciprocamente.

Abunda su terreno de minerales de plata, oro, plomo, hierro y carbon de piedra. Segun se deduce de la relacion de

Florian de Ocampo, los fenicios se enriquecieron con los preciosos metales descubiertos en estas inmediaciones, de donde tomaron nuestras sierras y cerros el nombre de *Oropendas*, y el año de 1730 se encontró en la caseria de los Remedios una piedra con mezcla considerable de plata que habiéndose analizado en Sevilla, y estraído el metal, fué presentada en una barra á Felipe V. Tambien se ha descubierto en nuestros dias á la otra parte de esta sierra un diamante aun no coagulado, del cual conserva un pedazo un vecino de esta ciudad.

Los arrogantes y briosos caballos que se alimentan con los pastos saludables de este terreno son envidiados por todas partes, las piaras de ganados bacuno y lanar son innumerables y por la pronta y fácil disolucion de las nieves que cubren en el invierno las cimas de las sierras no tienen que mudar parage en la mencionada estacion. Sus dehesas son feraces y dilatadas y pertenecen á sus propios las de Mollina, Fuente-la-piedra y las dos Cuevas.

Hay en el cerro de la Camorra trece cuevas cuyos nombres son los siguientes: 1.^a cueva de los Organos; 2.^a la del Corralon; 3.^a la de la Lengua del Ciervo; 4.^a la de los Pastores; 5.^a la de los Finados; 6.^a la de Gonzalo; 7.^a la del Viento; 8.^a la de las Palomas; 9.^a la de las Salas; 10.^a la del Cántaro; 11.^a la del Higueron; 12.^a la del Jarro, y 13.^a la de las Lomas. Ademas de estas que son las principales, hay otras muy capaces donde se recoje el ganado que pasta al rededor y bebe el agua que destila la eminencia. Dista el cerro de la Camorra poco mas de dos leguas y media de Antequera. Se estiende de oriente á poniente y es su forma bastante prolongada. En el cerro inmediato al *Camorrillo* estuvo situada la antigua Ostipo, hoy Estepa; y no hace mucho que se descubrieron en él varios sepulcros, cajas de plomo y otros vestigios de su pasada poblacion. Contiene todo este terreno y especialmente la cueva mil preciosidades de la naturaleza, dignas de contemplarse, y en algunas ocasiones han tratado los curiosos de registrar todos sus senos, aunque despues se limitaron á un ecsamen parcial.

De la palabra *Torcas* con que se designan en las montañas de Leon las grandes y diversas concavidades de sus sierras tomaron las nuestras la denominacion de Torcales. Compónese estas de peñascos colocados unos encima de otros

grandes sobre pequeños y al contrario, unas muy altas y otras de poco tamaño, que mirandose desde alguna distancia parece que estan pendiente en el aire, y de aqui resultan los dilatado huecos vacios y concavidades que son la admiracion de todos sus espectadores. Llénanse muchas de ellas de agua en el invierno, y la conservan todo el año sin agotarse apesar del consumo diario de los pastores y ganados. Desde la cumbre de algunos tajos se descubre el mar á seis leguas de distancia, y hácia el poniente y septentrion se registra una tierra inmensa. Interceptan el paso al interior de sus concavidades muchas peñas, arboles y zarsas, cuya fragosidad no puede atravesarse sin grande dificultad, pero penetrando en ella es indecible el asombro que causa el maravilloso espectáculo que se presenta á la vista, divisánse á lo lejos formas humanas, arcos primorosos, calles espaciosas, ciudades pintorescas, torres elevadas, pirámides soberbias y la imaginacion encantada no sabe distinguir las apariencias de la realidad. No se pueden examinar estas concavidades sin una guia bastante diestra y practica en el terreno, porque no es posible sin este socorro encontrar salida, luego que se entra en aquel dilatado y pasmoso laberinto; es su estension muy larga, y por su notable singularidad han venido á visitar los Torcales en varias épocas las personas de mejor gusto. De aquí se sacan piedras de jaspe de todos colores, no solo para Antequera, sino tambien para otros muchos pueblos, y en Málaga se han embarcado muchas de ellas para la santa iglesia de Cádiz, y podemos asegurar que su solidez apenas tendrá semejante.

Siendo sacristan menor de la parroquia de San Sebastian Pedro Escalona amigo intimo del cohetero Juan Navarro acaeció el doloroso incendio de San Sebastian del modo siguiente. Entrególe este al sacristan unos sacos de pólvora para que se los guardase, los cuales fueron depositados en un emboyedado de diez ó doce gradas que tenia el altar mayor; quedóse abierta la puerta por falta de precaucion, y los acólitos habiendolos descubiertos, entraron con una vela encendida con el objeto de sacar alguna pólvora para sus juegos pueriles. Mas apenas empezaron á desenvolver los sacos, emprendióse un fuego horrible que redujo á cenizas el altar

Compóuse esta obra por el Sr. D. Juan de Dios...

mayor y la mayor parte del templo. Los tres acólitos que estaban en el embovedado fueron victimas de su imprevisión y loca temeridad y pereció además en la explosión un albañil que trabajaba en el altar de Santa Catalina. Trasládose el Santísimo Sacramento que no se hallaba en el altar mencionado á la Escuela de Cristo y de allí á Madre de Dios. Grande fué el espanto, consternación y sentimiento de la ciudad por esta desgracia impensada ocurrida en la tarde del 11 de noviembre de 1690, y si no se hubiera trasladado la colegial á este templo por aquel tiempo, tal vez no se hubiera reparado todavía San Sebastian de los daños causados por el incendio.

Ya habia mas de setenta años que el cabildo eclesiástico instaba por abandonar las cuevas de Santa Maria y trasladarse á otra iglesia de las que estaban en el plano de la ciudad, y aunque no cesaba de enviar prebendados á la corte para que activasen la solicitud y no omitiesen diligencia alguna con el fin espresado, el concejo de Castilla prevenido por las representaciones del ayuntamiento, que se oponia fuertemente á la mudanza de la Colegial, rehusaba decidir la cuestion. Paralizadas por esta causa las negociaciones, el obispo don Fr. Alonso de Santo Tomas, que acogió desde luego la pretension de los canónigos, dió á este asunto un impulso extraordinario, y logró lo que se habia deseado inutilmente por tantos años. Su primer paso fué ganar el voto y aprobacion del presidente de Castilla que era entonces el arzobispo de Zaragoza don Antonio Ibañez, el cual penetrado de las justas razones alegadas por el cabildo eclesiástico, y dispensándole su proteccion, compuso se despachase la apetecida real cédula de Carlos II el año de 1691, en la que se autorizó á los canónigos para trasladarse á San Sebastian. Como este templo se hallaba tan deteriorado y destruido con el incendio, fué necesario repararlo y renovarlo empezándose la obra al momento, y concluida el año de 1692, el dia del *Corpus* 5 de junio salió la procesion de Santa Maria para no volver mas, y terminando y recojiéndose en la nueva iglesia. Los curas y beneficiados de esta parroquia habian levantado el año 75 un campanario de poco gusto sobre los sillares de la fuente donde colocaron las dos campanas de la parroquia y

los hermanos de las Animas modernas otra mas pequeña para sus aniversarios y entierros; pero el año de 1703 empezó la magnífica obra de la torre actual que duró seis años, donde pusieron los canónigos cuatro campanas de su propiedad, tres de la parroquia inclusa la de las ánimas, y una que dió la ciudad que estaba antiguamente en las casas consistoriales de la plaza alta y es la que llamamos *Queda*. Fué el artifice que dirigió la obra el maestro Francisco Andres Burgueño; está labrada la torre de sillares y ladrillos, tiene cuatro cuerpos y doce balcones de hierro; remataba en ocho piramides de piedra, pero en nuestros dias la han aliviado de un peso tan enorme sustituyéndola un precioso chapitel forrado de plomo.

Elévase sobre la cúpula un ángel colosal de cobre dorado á fuego que se sostiene sobre un pie, con una bandera al hombro para designar el viento, está vestido de tonelete, peto, botín, y morrion con su plumage, y tiene al pecho un relicario con reliquias de Santa Eufemia.

Acrecia progresivamente la devocion de Ntra. Sra. de los Remedios y por espacio de dos siglos fué el recurso universal de los moradores de Antequera en todos sus apuros y aflicciones. El ayuntamiento repetia á sus espensas magnificas procesiones en que la imágen de los Remedios era conducida en medio de inmensos concursos con la mayor ostentacion y piedad, y las calles y casas públicas resonaban de continuo con las mas sinceras y fervorosas aclamaciones. Su nombre se invocaba comunmente en los peligros y amarguras; todos la miraban como un regalo del cielo, y los oportunos beneficios que recibian cuando solicitaban sus gracias, acreditaban el titulo que la distingue, y el vaticinio del misterioso é incognito caballero que la depositó en las manos del venerable P. Martin de las Cruces. Pero este entusiasmo popular y el decidido afecto que la mostraba el cuerpo municipal, fué causa para que fundado el convento de santa Eufemia, la primitiva patrona, se presentase al ayuntamiento un memorial en que se pedia fuese declarada esta santa como patrona única de Antequera. Entonces don Pedro de Arroyo de Santisteban, del órden de Calatraba, regidor perpetuo, sindaco provincial y fiscal por los comunes de Antequera,

habiendo consultado, son sus palabras con los consultores de este novilísimo consistorio, y visto, y examinado (fué comisionado al efecto) que la pretension de dicho memorial se reduce á que la imágen de los Remedios que desde su aparicion fué jurada, votada y confesada patrona de este pueblo, se declare no serlo, hizo la enérgica y victoriosa defensa de la que estractamos las cláusulas siguientes, que merecen mayor atencion.

»Si el memorial nos dice que no tuvo V. S. arbitrio en el patronato de Santa Eufemia, tampoco lo tuvo V. S. en el de esta Señora, pues si aquel lo dió la suerte, este lo dió Dios por medio del apostol Santiago; y si esto no es de fe, como se dice, aquello digo yo tampoco lo es; y si no quiso la Santa tener compañero en el patronato, de que hay infinitos ejemplares en otros pueblos, esto es en otros santos del órden comun, pero no en Maria Santisima, que siendo universal patrona de toda España, lo es particularmente en sus imágenes de todos los pueblos de ella, pues no hay lugarito pequeño ó grande que teniendo su patrono, no tenga tambien á la Madre de Dios en alguna imágen por abogada y patrona, con especialidad los pueblos que lograron tener como este imágenes aparecidas como en Zaragoza, Madrid, Sevilla, Granada, Málaga y otras infinitas ó diversas ciudades del reino como consta generalmente.

Señor, hecho el voto V. S. y autenticado, repetido y ratificado, no hay facultad, motivo, ni razon para alterarlo, ni para oír la menor duda ni razon sobre ello, por lo que mandará V. S. imponer perpetuo silencio en el asunto y sin dar fomento á memoriales nuevos acordará ser patrona Santa Eufemia desde la conquista por haber sido en su dia, y que no admitirá otro algun Santo ó Santa que lo sean y que Maria Santisima de los Remedios lo es tambien desde su aparicion y que tampoco puede admitir otra ninguna imágen de la Madre de Dios por patrona respecto á que todas las imágenes representan á la Madre de Dios que es una, y así lo siento sin responder á lo teológico y docto del memorial, porque seria mover y fomentar disputas y discordias, que nos dejasen perpetuas parcialidades y sentimientos en que seria ofendida la Madre Divina, desatendida la causa comun y malogrados los fines de la tranquilidad, union y paz, con que V. S. procura

dar ejemplo á sus comunes.»

En razon de este informe, habiendose reunido el ayuntamiento pleno el 1.º de setiembre de 1721 para señalar las fiestas votivas por decreto de S. M., despues de la del corpus que es la primera, dice asi:

A la santa y milagrosa imágen de Ntra. Sra. de los Remedios que desde su aparicion tiene votada la ciudad por su patrona &c. de donde se infiere que el patronato de la Virgen de los Remedios, fué anterior al breve de Urbano VIII espedido el año de 1630, prohibiendo la multiplicidad de patronos, y la introduccion de alguno nuevo sin la aprobacion pontificia.

El año de 1730 dia 15 de marzo entró en Antequera el rey Felipe V fundador dela dinastia de los Borbones en España, principe glorioso y digno de ceñir la diadema. Acompañábale la reina doña Isabel Farnesio, y su real familia, y se alojó en la casa del marques de Villadarias. Permaneció en Antequera cinco dias, en los cuales esperimentó la lealtad y afecto de sus moradores, y al cabo de este corto tiempo desamparó la ciudad.

El año de 1745 celebrando la comunidad de Agustinas calzadas la fiesta de su glorioso fundador, consumió el fuego toda la iglesia con sus venerables reliquias y preciosas alhajas. La multitud de velas que ardian en el altar mayor y en el retablo, el calor del dia, y el numeroso concurso que asistia á la funcion ocasionaron una desgracia tan lamentable; se propagó el fuego con tanta rapidez que nada se pudo salvar, y las llamas lo redujeron todo á cenizas. Refugiáronse las monjas á la casa del marques de Villadarias, donde estuvieron diez y ocho dias, en cuyo tiempo murió una de ellas que fué sepultada en la Concepcion.

Una horrible y espesa nube de langostas cayó sobre los campos de Antequera el año de 1756, plaga que no habian esperimentado en mas de un siglo segun testificaban los ancianos y la tradicion, y despues jamas se ha visto en el pais. El 21 de abril del año siguiente un moro que servia al marques de la Peña, habiendo cometido con cinco niños el pecado nefando, fué aprendido por la autoridad. Sustanciósse el proceso

y el 29 de julio subió al patíbulo, despues, de haber confesado su crimen. Antes de ejecutarse la sentencia, se convirtió á la religion cristiana, tomando el nombre de Manuel, y habiéndose bautizado al pie de la horca, espió sus maldades en este infame suplicio. Cortósele la mano derecha que se colocó en la calle Fresca, donde se encontró la primera victima; la cabeza se puso en el cortijo del Romeral donde se halló la segunda y lo restante del cuerpo fué entregado á las llamas en la *haza del Moro* que tomó su denominacion de este suceso.

Justo será que formemos antes de concluir un estado de las almas que contienen actualmente los pueblos comarcanos, Archidona desde su conquista y especialmente desde que se aseguró el pais de las incursiones de los Sarracenos, abandonando su elevada posicion, se estendió sobre el llano que está al pie de la sierra, y en brevè reunió un numeroso vecindario. Es una villa rica, y bastante ilustrada; su colegio fundado por los PP. Escolapios la ha dado mucho nombre, y producido personajes insignes en la literatura; en la actualidad la habitan mas de 1000 vecinos, ó 4900 almas, segun el estado de la provincia. Cuevas Altas ó de San Marcos, ó como se llama al presente, Villanueva de San Marcos cuenta cerca de 1000 vecinos, ó 3782 almas de poblacion y Cuevas Bajas cerca de 500 vecinos. Son ambos pueblos opulentos, y sus feraces campiñas les subministran cosechas abundantes. La fertilidad de las huertas de Alora y los frutos que producen sus campos lahan elevado al nivel de las villas mas populosas y ricas, cuenta al presente cerca de 2000 vecinos, y el valle de Abdalasis la mitad. Mollina, cuya dilatada é irregular estension, se describe en este proverbio vulgar: ni es ciudad, ni villa y es mas grande que Sevilla, contiene 1669 almas, ó cerca de 800 vecinos. Poco menor es el número de habitantes del Saucedo ó Villanueva del Rosario. Cauche que ya se llama Villanueva de Cauche solo cuenta 422; el Humilladero 657 y Bobadilla 69. Aunque nos hemos arreglado al estado de la provincia, no dejamos de conocer su inesactitud, porque teniendo un interés los pueblos en ocultar y disminuir el número de sus habitantes por el sistema vigente de contribuciones, y reemplazo del ejército, estamos ciertos de que no habrán manifestado con puntualidad el número de almas ecisistentes.

En tiempo del imperio romano, cuando Antikaria era un municipio esclarecido, aunque nos consta su existencia, y sabemos que los Césares la distinguieron con este título, ignoramos absolutamente el número de habitantes de que se componia su poblacion. Mucho menos nos es permitido correr el velo que oculta la época de su fundacion y disipar las densas tinieblas que rodean su noble cuna; en nuestro concepto, como hemos espresado, tuvo su origen en los tiempos mas remotos ó en los primeros dias de la poblacion de España; asi lo persuade la cueva de Menga y tal vez algunas otras de las que subsisten todavia en el contorno, por lo menos los manuscritos que hemos consultado son de este dictámen, y la tradicion no se opone antes al contrario apoya nuestro sentir. Desde aquellos primeros dias, y especialmente desde que los pobladores de España se reunieron en sociedad, empezó Antikaria á crecer y aumentarse progresivamente, y en tiempo del imperio, en que su vecindario debió ser bastante numeroso, fué condecorada con el título de municipio como Malaga, Singilia, Nescania, Iluro, Oso ú Osone, y otros pueblos igualmente vetustos é ilustres que hallamos en la antigua geografia. Durante la dominacion de los Vándalos Silingos y Godos tropezamos con la misma ó mayor obscuridad, si es posible, al investigar el número de almas que la poblaban. Ni serian mas felices nuestras conjeturas si nos propusiéramos iluminar con la antorcha de la historia los tiempos calamitosos de la opresion de los Arabes, apenas han podido averiguarse los grandes acontecimientos ocurridos en esta época en las ciudades mas populosas, y capitales de sus multiplicados dominios, y el número de sus habitantes ha sido siempre un arcano impenetrable. Antequera pues que perdiendo entonces su dilatada estension, y reducida al cortoespacio de la cumbre del cerro, donde se ve todavia su arruinado Castillo, hubo de perder al mismo tiempo una gran parte de su vecindario, y convertida en una estrecha villa, no figuró en la historia, mientras dominaron los Arabes, es imposible que nos presente un estado de sus almas en toda esta época deplorable. Conquistada despues por el infante don Fernando, é incorporada á la corona de Castilla, ya hemos espuesto el número de personas que la desalojaron el dia de la rendicion de su alcázar,

mas como habia perdido innumerables individuos en su prolongado asedio y ademas permanecieron todavia dentro de la villa algunos de sus antiguos moradores no podemos guiarnos por la estadística que se formó de los emigrados, para graduar el número de sus habitantes. Posteriormente poseida por los cristianos sufrió varias alternativas de bajas ó incremento segun la prosperidad ó suerte adversa de sus armas, pero reina un profundo silencio sobre este asunto en todos los manuscritos y no hemos podido encontrar documento alguno que nos ilumine en nuestro intento. En la actualidad segun el estado de la provincia cuenta 17,347 almas, pero á nuestro parecer tendrá cerca de 6000 vecinos.

Con el motivo de haberse formado el año de 1828 una empresa para desaguar è inutilizar la laguna de la sal, el ayuntamiento de Antequera hizo ver á S. M. los perjuicios incalculables que seguirian forzosamente á la ejecucion de este desatinado proyecto, porque no siendo posible agotar los manantiales de las aguas, que estancadas en aquel sitio y cuajadas con la accion del sol, producen una riqueza tan considerable, si se variaba su direccion y se las daba distinto curso, para que no se reuniesen en la laguna, habian de formar muchas pequeñas salinas en su tránsito, y de este modo seria mas difícil y gravoso al real erario custodiarla è impedir su uso. Manifestó ademas evidentemente que lejos de ser nociva á la salud la sal de Fuente-la-Piedra como injustamente suponen los que tienen un interés en desacreditarla y estinguirla, era preferible á la de Loja, y que no podia dudarse de su salubridad con algun fundamento ó razon. En efecto todos los pueblos de la comarca y muchos mas lejanos habianse abastecido de ella desde siglos muy remotos, y jamas habia perjudicado á la salud. Despues de la invasion de Bonaparte, como estuvo franca todo el tiempo de su dominacion, se almacenaron en el convento de san Francisco mil fanegas, las cuales se vendieron por la real hacienda como las sales mas escelentes, y claro es que si entonces no carecieron de salubridad, la tuvieron antes y despues de la época mencionada.

Fuera de esto hizo presente el ayuntamiento las ventajas que reportaria la real hacienda del consumo de esta sal, que

los propios de Antequera cargados de atrasos respirarian de este modo pudiendo contar con una renta de 30000 reales anuales, que con 10 mrs. en fanega se beneficiaba y almacenaba, y que se evitaria estando franca la ruina de treinta ó cuarenta vecinos honrados, á quienes pierde cada año la codicia de este contrabando. Habianse consultado algunos ancianos sobre la causa de la prohibicion de estas sales, y contestaron que habia sido la decadencia de las demas salinas del reino de Granada que no podian utilizarse sino á fuerza de gastos muy crecidos, siendo asi que la de Antequera se habilita con muy módica cantidad, porque todo lo hace la naturaleza, sin necesidad de los brazos é industria de los hombres.

En vista de unas razones tan dignas de la consideracion de S. M., ordenó entre otras cosas que se hiciese un escrupuloso análisis de nuestra sal por los médicos de la ciudad. Verificóse esta operacion el 23 de octubre de 1828; pusieron á disolver; dice el espediente con este motivo, diez y seis onzas de sal en cuarenta y ocho de agua destilada; hecha la disolucion y filtrada; la añadieron otra que contenia ácido *ojálico*, con la que se alteró levemente su transparencia, manifestando en esto la existencia en dicho liquido de alguna cantidad aunque pequeña de cal, que separada por medio de la filtracion, se calculó su peso como de seis granos.—Por medio del muriato de Barite fué probada la misma disolucion salina que se enturbió regularmente, formando nuevo precipitado, manifestando ser de ácido sulfúrico, el cual fué separado como el anterior por medio del filtro.—El alkali volatil formó otro nuevo y abundante precipitado que por su forma indicó ser magnesia, lo que se comprobó combinándola con el ácido sulfúrico, pues presentó al gusto su propiedad amarga, habiendo calculado el peso de la magnesia en veinte y seis granos, y el del ácido sulfúrico que se precipitó con la *barite* y se supone combinado con dicha magnesia y con la cal como en cuarenta y siete granos. Con el nitrato de mercurio fué probada igualmente la misma disolucion, formándose otro precipitado, que separado, desecado y espuesto á fuego fuerte, manifestó ser muriato de mercurio, que se volatilizó, dejando un pequeño residuo de *sulfato* de

mercurio y una pequeña cantidad de arena, como de tres granos.—Con el agua de cal y acetato de plomo se comprobó las existencias de dichos principios en diferentes operaciones que se repitieron con distintas porciones de la mencionada sal que se estrajo de la laguna, habiéndose reunido los espesados facultativos á mañana, tarde y noche en los siguientes dias para rectificar sus observaciones y dar lugar á que los reactivos tuviesen tiempo suficiente para ejercer sus propiedades particulares.—La disolucion salina practicada en el principio no alteró la tintura de pasta del tornasol. El *pruciato* de *potasa* no indicó contener dicha disolucion sustancia alguna metálica, ni el *acetato* de plomo sustancia sulfurosa, pudiendo concluir de las espesadas observaciones y otras que se practicaron por cada uno de los facultativos particularmente, que dicha sal consta de los principios que á continuacion se espesan:

Una libra castellana de dicha sal 16 onzas.

<i>Principios de que se compone.</i>	<i>onzas.</i>	<i>granos.</i>
Acido muriático.	8	102 ⁶⁸ / ₁₀₀
Sosa.	6	348 ⁷⁸ / ₁₀₀
Agua de cristalizacion.	0	543 ⁵⁴ / ₁₀₀
Acido sulfúrico combinado con magnesia 38 gs. } Id. combinado con cal 9 gs. }		47
Magnesia.	0	26
Cal.	0	6
Agua de cristalizacion con el sulfato de magnesia 71 granos. } Id. con sulfato de cal 4 granos. }		75
Arena.	0	3
Total.	16	

Ejecutadas las precedentes operaciones y obtenidos los resultados que hemos visto dieron los médicos de Antequera el informe siguiente:

Dictámen de los médicos de Antequera, redactado por don Miguel Ortega, subdelegado de Medicina, sobre la salubridad de la sal de Fuente-la-Piedra.

Del análisis que se ha hecho de ella y acompaña, resulta que no solo contiene las bases ó radicales que deben consti-

tuirla, sino hasta en las proporciones convenientes. Los demas principios, que igualmente se hallan en su combinacion, no pueden desvirtuarla, ni ser perjudiciales á la salud, tanto por su naturaleza como por sus pequeñas cantidades; ademas que si se elabora y apila segun costumbre al aire libre como es facil perderá mucha parte de sus principios disolubles como el sulfato de magnesia, y será mucho mas recomendable; siendo de advertir que aun cuando careciesen de dichos datos estarian siempre á favor de su uso, porque la constante y dilatada observacion les ha hecho ver su utilidad para toda clase de condimentos; debiendo igualarse por lo tanto con cualquiera otra de superior calidad, y aun preferirse á la de Loja por su abundancia, ventajas que reportaria el erario por la proximidad á esta capital de partido y por su mayor salubridad, pues que conteniendo la de Fuente de Piedra solo diez y nueve granos por libra de sulfato de cal y la de Loja dos dracmas y sesenta granos, claramente se deduce, que puede esta causar incomodidad en la economia animal, por ser dicha sustancia menos soluble, y aunque se procure beneficiarla, resultará siempre el sulfato en su totalidad. = Siguen las firmas.

Sin embargo de todo esto, posteriormente el año de 1835 se sacó á pública subasta el desagüe de la laguna, pero habiendo recurrido el ayuntamiento á S. M. logró paralizar el desatinado proyecto.

Tocamos ya el término de nuestra penosa tarea, y dejando para otras plumas mejor cortadas la descripcion de la Antequera actual, que en pocos años ha tomado un carácter desconocido, y que nos anuncia será en adelante un pueblo fabril, y comerciante sin dejar de ser agricultor, concluimos nuestros trabajos en este capitulo. Ya hemos dado á conocer la nobleza é ilustre antigüedad de Antequera; la hemos pintado como un pueblo heróico que detuvo al pie de sus muros al aguerrido ejército Castellano, vencedor en cien gloriosos combates, y se resistió con solo el valor de sus habitantes por seis meses consecutivos de cotidianos asaltos y sangrientas batallas; hemos referido las inauditas hazañas de sus conquistadores, y la gloria de que se cubrieron muchas veces en el campo del honor; hemos escitado la gratitud y admiracion

de la posteridad con nuestras exactas y sinceras narraciones, y por último no hemos omitido la piedad y religiosos sentimientos de los dos últimos siglos, época de engrandecimiento, gloria, y prosperidad para Antequera; solo nos falta trazar el magnífico cuadro que presenta en nuestros días un pueblo que no tardará en rivalizar con las ciudades mas industriosas y ricas de la nacion española. Mas como hemos insinuado al par que siempre fuè nuestro ánimo limitar la historia hasta el principio del siglo presente, dejamos este trabajo no solo porque ya flaquean nuestras fuerzas sino principalmente porque empezándose ahora á renovar el aspecto de Antequera, y hallándonos en la época de la lucha empeñada entre el pueblo antiguo y moderno ni nos parece prudente lanzarnos á la palestra y mezclarnos en la contienda, ni nuestra narracion podria interesar mas que á una pequeña porcion de hombres parciales y mal intencionados.

Es verdad que como testigos oculares podiamos deponer con mas seguridad de los sucesos de nuestros tiempos, pero escribimos en el año 42, en que la intolerancia y el exclusivismo son el alma de las innumerables banderías, fracciones y parcialidades que destrozan el seno de nuestra patria, y el historiador contemporáneo ó debe decir la verdad, aunque ofenda á sus enemigos, ó guardar silencio en obsequio de la paz y por no faltar á los deberes de la justicia y la imparcialidad.

Sin embargo haremos una ligera indicacion de los importantes y lucrativos establecimientos que se han levantado en Antequera desde el año de 1830 hasta el presente, y deploraremos ademas la ruina de otros, que el abandono ó las calamidades del siglo han hecho desaparecer, ó han reducido á escombros, en vez de conservarlos y destinarlos á ejercicios y objetos de utilidad.

El genio emprendedor, activo, é industrioso de los señores Morenos ha abierto una nueva era de prosperidad para Antequera, explotado una mina inagotable de riqueza, y promovido su futura grandeza, dando principio á las fábricas de hilados. Imitaron sus generosos esfuerzos otros propietarios, no menos laboriosos y amantes de su país, que multiplicando esta clase de establecimientos han fomentado la industria y

prestado al comercio de Antequera un impulso extraordinario. Puesta en movimiento la máquina de los primeros, don Vicente Robledo construyó la suya en el Henchidero, y la ribera de los molinos se va poblando poco á poco de magníficos y elegantes edificios destinados á la elaboracion de la lana, y fábricas de paños y bayetas.

Ultimamente se ha construido una fábrica de hilados que podemos llamar de los Tres Franciscos; porque este es el nombre de los tres honrados y laboriosos ciudadanos que la han levantado para su uso y tráfico.

Pero almismo tiempo se arruinan los edificios mas hermosos de la ciudad, pertenecientes á las comunidades suprimidas y lejos de cuidar de ellos y repararlos para el servicio de los ciudadanos, aumento de su poblacion, y belleza del aspecto público, se abandonan y desprecian, como objetos de ninguna importancia y de marcada inutilidad. Los Remedios, este precioso monumento de la piedad de los siglos anteriores á pesar de su mucha solidez, debe arruinarse y destruirse en muy pocos años si la hacienda nacional no trata de repararlo. San Agustin se halla en peor situacion, San Francisco (1) y la Victoria son en la actualidad poco menos que solares y Bellen no está lejos de hundirse y desaparecer.

Mas no debemos estrañar se observe una conducta tan culpable respecto á los conventos suprimidos, cuando en nuestros mismos dias se han convertido en escombros la iglesia de San Salvador, digna de conservarse por todos títulos, y que era la única basilica consagrada que habia en Antequera. Sus mismos cimientos han sido escabados y estraídos sus robustos sillares, apenas se conservan vestigios en aquel lugar del venerable santuario que le ocupó. Cuando leemos en el respaldo de la paz que sirvió en la primera misa: *Adstantibus D. Infante D. Ferdinando atque Illmis, qui kal. Oct. an. M. C. D. X eam benedixerunt. ac consecrarunt; y sobre el asa: D. Lop. de Mendoza Archiepiscop. Compost benedixit, D. Santius de Rojas Episcops. Placent adstilit,* y vol-

(1) No hace mucho que enagenó la hacienda nacional el convento de San Francisco y su dueño le empezó al momento á reedificar. Pero los demas se hallan en la mas triste situacion y no tardarán en reducirse á ruinas y escombros, sino se acude á su reparo.

vemos los ojos hácia las respetables ruinas de San Salvador, nos preguntamos sorprendidos no menos que indignados: es este el sitio donde se elevó aquella antigua mezquita que fué consagrada por el arzobispo de Santiago, delante del glorioso conquistador y de los invencibles guerreros que derramaron su sangre y sufrieron los mas penosos y prolongados trabajos por santificarla é invocar en ella el nombre augusto del Dios de las victorias? Es este el lugar donde descansan los restos de los ilustres ascendientes de la generacion actual y los huesos de los héroes inmortales, que ennoblecieron con sus triunfos y hazañas esclarecidas á la invicta villa de Antequera? Estuvo aqui el templo donde oraron los reyes de Castilla, y se entonaron himnos sagrados en accion de gracias por los faustos acontecimientos con que premiaba el cielo la piedad de nuestros mayores? Ah! todo ha desaparecido con una rapidez increíble, y lo que ayer fué una basilica consagrada es hoy un monton de ruinas y escombros.

Cuando el obispo don Fr. Alonso de Santo Tomas el año de 1667, trasladó su sagrario á San Miguel porque se habia despoblado la parroquia, reconociendo el ayuntamiento que habia sido la primera iglesia de Antequera, y que alli estaban depositados los huesos de los personajes mas ilustres de los tiempos pasados, la reparó y reedificó á su costa, y fundose en ella una capellania, para que en union de la que poseia el cura mas antiguo de la colegial, hubiese dos misas los dias festivos. Pero profanada por los franceses el año de 1811 y arrojadas sus santas imágenes y reliquias á otras iglesia, procuróse despues purificar á Santa Maria que sufrió la misma suerte, y San Salvador se abandonó á su inminente ruina. Funesta calamidad que siempre lamentaremos y que la posteridad privada de un monumento tan interesante y glorioso, no podrá menos de maldecir.

Quisiéramos antes de finalizar la obra formar un catálogo de los varones ilustres é hijos esclarecidos que han honrado á esta ciudad desde su conquista hasta el presente, pero nos faltaria el tiempo y la paciencia si hubiéramos de enumerar á tantos obispos, prelados regulares, escritores, literatos, sabios, poetas, y eruditos en todas facultades y ciencias que ha producido Antequera en poco mas de cuatro

siglos, y para no insertar los nombres de todos, es mejor no mencionar á ninguno.

Sin embargo no podemos escusarnos, de celebrar los bellos y singulares talentos de doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, que fué en su tiempo el objeto de las alabanzas de todos los ingenios, y en los nuestros ha merecido los elogios del autor del diccionario critico-burlesco. Su fogosa y electrizada imaginacion produjo infinitas composiciones en verso, donde se encuentran elegancia, gusto, invencion, fluidez y todas las bellezas de la poesia. Improvisaba amenudo sobre cualquier punto dado, y el insigne Lope de Vega, que tributo una justa admiracion á sus correctas composiciones escribe de ella en su laurel de Apolo, fol. 19.

Mas ya por la estendida Andalucia
rios de menos fama nos previenen
que ilustres hijos tienen
y se oponen con lirica poesia.

Doña Cristobalina tan segura
como de su hermosura
de su pluma famosa.

Sibila de Antequera
que á quien la escucha
sabia, y mira hermosa
alli piensa que fué de amor la esfera &c.

Omitimos otros prodigios de ingenio semejante, que hasta nuestros dias han ilustrado el parnaso y han merecido los favores de las nueve deidades, que veneran los poetas y concluimos asegurando que el presbitero don Juan Capitan, tercero que fué de San Francisco, catedrático del colegio de Jerez de la Frontera, ha heredado todas las gracias de sus antepasados.

FIN.

TABLA DE MATERIAS.

CAPITULO I.

Nombre de Antequera.-Antia ó Antium.-Su origen.-Nociones generales de historia.-Cueva de Menga.-Los Celtas y Rhodios.-Los Fenicios. Los Cartagineses.-Los Romanos.-Antequera municipio romano.-Era cristiana.-Tiberio.-Caligula.-Estatua consagrada á la Libertad.-Vespasiano.-Division de España por los romanos.-Division del imperio.-Los bárbaros del Septentrio. 11

CAPITULO II.

Epoca de la destruccion de Singilia.-Asedio de la inscripcion.-Descripcion de Singilia.-Anfiteatro.-Laguna nauaquia.-Antequera no es la antigua Singilia.-Objecion y refutacion.-Explicacion de la palabra Barb. que se lee en sus inscripciones. 24

CAPITULO III.

Los Vándalos y Silingos.-Antigua poblacion de Antequera.-El Castillo.-Los Godos.-Antequera toma parte en los grandes acontecimientos de la nacion.-Antequera reclamada por el obispo de Málaga.-Ecsaminase si Antequera fue en algun tiempo silla episcopal.-Fin del reinado de los Godos. 32

CAPITULO IV.

Los Sarracenos ocupan la Andalucía.-Toma de Antequera por los Arabes.-Clima de Antequera.-Antequera Mahometana.-Nueva monarquia española.-Abdalacis. 39

CAPITULO V.

Antigüedad de Nescania.-Nescania Municipio.-Otras lápidas.-Antigua poblacion de Nescania.-Iluro.-Oso ú Osone.-Sitio de la fabulosa Antia.-Cortijo del Cambron.-Prósperos sucesos de las armas Católicas. 43

CAPITULO VI.

Conquista de Andalucía.-Antequera frontera de Cristianos.-Acércanse los Cristianos á Antequera.-Vista del Castillo y villa de Antequera. Costumbres bárbaras de estos tiempos. 53

CAPITULO VII.

Alteraciones de Castilla.-Rey Moro de Granada.-Antequera sitiada.-Los Antequeranos se preparan para defender la plaza.-Retirase el ejército Castellano.-Desgracia del Rey Bermejo.-Muerte desastrosa del Rey Don Pedro.-Enrique II.-Sucesos posteriores. 59

CAPITULO VIII.

Minoridad de Don Juan II.-El infante Don Fernando.-Renuncia la

corona.-Introduccion á la conquista de Antequera.-Motivos de la próxima campaña.-Se reúne en Córdoba el ejército.-Nombres de los guerreros mas ilustres. 70

CAPITULO IX.

Conferencian los generales sobre la direccion del ejército y punto de ataque.-Inclinase don Fernando á situar á Antequera.-Rescate prodigioso de dos niños cautivos en Antequera.-Decide el infante el asalto de esta plaza. 70

CAPITULO X.

Combate de un Caballero Cristiano con el alcaide de Ronda en el puente de Lucena.-Nombre del Cristiano.-Entra en Antequera don Tello.-Sale el ejército de Córdoba.-Historia de la doncella Laurena. 78

CAPITULO XI.

Orden de batalla.-Recibe el infante la espada de S. Fernando.-Juramento de los caballeros.-Colocanse los reales en el coso de S. Francisco.-Los moros de Antequera.-El obispo don Sancho ocupa la Rábida.-Cerro de S. Cristobal.-Traslacion del cuartel general. 87

CAPITULO XII.

Las bastidas.-Su construccion.-Sale un mensajero de Antequera para Granada.-Cueva de las Albarizas.-Su descripcion.-Llega á Granada el mensajero.-Alteraciones de esta capital. 93

CAPITULO XIII.

Envia Joseph un poderoso ejército para socorrer á Antequera.-Colocan los infieles el cuartel general en la boca del Asna.-Combate parcial entre las abanzadas.-Ocupan los cristianos el cerro de Santa Lucia.-Descúbrese los enemigos.-Sale un trozo de ejército á reconocerlos. 99

CAPITULO XIV.

Siguen los enemigos á los cristianos en su retirada.-Batalla de la Rábida.-Retiranse los infieles á la plaza del Portichuelo.-Victoria completa en la boca del Asna.-Regresan los cristianos al cuartel general. 105

CAPITULO XV.

Conduccion de las bastidas.-Armanse las bastidas.-Se aproximan al muro.-Accion gloriosa del infante.-Los manteletes.-Incurcion de los cristianos en los campos de Archidona, Loja y Málaga. 114

CAPITULO XVI.

No es admitida una proposicion de paz presentada al infante por el rey de Granada.-Se descubre una conspiracion.-Rodrigo de Velez.-Supplicio de los traidores.-Compónense las bastidas. 123

CAPITULO XVII.

Batalla en la vega de Archidona.-Antigua Archidona.-Postigo del agua.

-Pide et infante socorro á Castilla. 132

CAPITULO XVIII.

Historia de la mora Garrida.-Rápida ojeada sobre la villa.-Mortandad de los moros en la aprocsimacion de las bastidas. 139

CAPITULO XIX.

Apoderanse los cristianos de la torre de las bastidas.-Asalto general. Ancora de las bastidas.-Entace de doña Leonor con Montalvo.-Nombres de los primeros que asaltaron la villa.-Ocúpase el castillo y la villa es evacuada.-Ceremonia en la colocacion de los pendones.-Tómense los castillos de Aznalmara, Cauche y Tebar.-Aratíspi. 149

CAPITULO XX.

Biografía de Rodrigo de Narvaez.-Consagracion de la mezquita del castillo.-Sta. Eufemia patrona de Antequera.-Armas de Antequera.-Nombres y número de los primeros regidores y jurados. 160

CAPITULO XXI.

Parte el ejército con su caudillo para Sevilla.-Pierden los antequeranos el castillo de Tebar y le recobran.-Ereccion de las tres primeras parroquias.-Privilegio de don Juan II. 168

CAPITULO XXII.

El infante don Fernando rey de Aragon.-Cisma de los cincuenta y un años.-Infortunios de don Ruy Lopez Dávalos.-Abindarraez y Rodrigo de Narvaez. 177

CAPITULO XXIII.

Derrota de los infieles al pie de las murallas de Antequera.-Victoria del Chaparral ó batalla de los cuernos.-Muerte de Rodrigo de Narvaez. 183

CAPITULO XXIV.

Pedro de Narvaez segundo alcaide de Antequera.-Conquista y destruccion de las Cuevas.-Derrota y muerte de Pedro Narvaez.-Alcaide tercero de Antequera Fernando de Narvaez.-Victoria de Vadomaese.-Espedicion á los campos de Archidona y Loja.-Desastre en la Peña de los enamorados. 191

CAPITULO XXV.

Peña de los Enamorados.-Armanse las mugeres de Antequera.-Disensiones en la villa.-Pleito homenaje de los caballeros antequeranos.-Titulo de ciudad concedido á Antequera.-Confirmacion de los privilegios de Antequera.-La nobleza de Castilla confirma los privilegios precedentes. 198

CAPITULO XXVI.

Manda el rey don Juan á los antequeranos que abandonen la plaza.-Concejo de los caballeros de Antequera.-Discurso de Ocon-Contestacion al rey.-Carta segunda del rey.-Contestacion segunda de los antequeranos.-Carta de los antequeranos al arzobispo de Sevilla.-Circular del prelado. 210

CAPITULO XXVII.

Derrota de Albohacen y ocupacion de Fuente-la-piedra.-Conquista de Archidona.-Albala de Enrique IV en favor de las iglesias de Antequera.-Titulo de muy noble ciudad concedido á Antequera.

220

CAPITULO XXVIII.

Entra Enrique IV en Antequera.-Sepulcro de Rodrigo de Narvaez.-Muerte de Fernando de Narvaez.-Causa y principio de la guerra de Granada.-Desgraciada expedicion á la Ajarquia de Málaga.-Derrota y prision del rey chico Boabdil.-Don Fernando el Catolico en Antequera.

228

CAPITULO XXIX.

Toma de Alora.-Rendicion del Valle de Abdalacis.-Conquista de Málaga.-Incremento de la poblacion de Antequera.-Fundacion de la parroquia de S. Juan.-Cultivo de la vege.-El Guadalorce.-El rio Lavilla y otros arroyos.-Laguna de la sal.-El V. P. Martin de las cruces.-Alguaciles mayores y alcaides.-Convento de S. Francisc.

235

CAPITULO XXX.

Iglesia Colegial.-San Agustin.-Convento del Cármen.-Cabildos celebrados en San Salvador.-Los Remedios.-Hurto de la Virgen de Villaviciosa.-Aparicion de la Virgen de los Remedios.-Continuacion de los alcaides y alguaciles mayores.

245

CAPITULO XXXI.

Parroquia de San Sebastian.-Santiago.-San Miguel.-Madre de Dios.-La Encarnacion.-Parroquia de San Pedro.-Colegio de Santa Maria de Jesus.-Confirmacion de los privilegios de Antequera.-Revocacion del decreto de Felipe II sobre administracion de la laguna de la sal.-Convento de la Victoria.-Casas de Cabildo y Papabellotas.-Puerta de la villa y arco de los Gigantes.

255

CAPITULO XXXII.

Santo Domingo.-Continuacion de los alcaides de Antequera.-La Virgen de los Remedios.-Traslacion de los Remedios.-Santa Eufemia.-Sucesos notables del siglo XVII.-Santa Clara de la Paz.-Capuchinos.-Personas célebres por su virtud.-La Trinidad.-Belen.-Santa Catalina.-Descalzas.-Magdalena.-Recoletas.

273

CAPITULO XXXIII.

Hermitas destruidas.-Hermitas ecistentes.-Casas de beneficencia.-Laguna de la sal.-Fin de los alcaides de Antequera.-Articulos principales del Comercio de Antequera.-Carácter de sus moradores.-Minerales.-Pastos.-Cuevas de la Camorra.-Torcales.-Incendio de San Sebastian.-Traslacion de la Colegial.-Patronato de Ntra. Sra. de los Remedios.-Felipe V en Antequera.-Incendio de Madre de Dios.-Lan-gosta y moro del marques de la Peña.-Estado de los pueblos comarcanos.-Número de habitantes de Antequera.-Empresa para el desagüe de la laguna.-Fin de la obra.

289





